El espíritu del tiempo Martí & Domínguez

El espíritu del tiempo hizo que un médico austríaco se interesara por el desarrollo de las teorías darwinistas. *El espíritu del tiempo* hizo que pensara en aplicar los estudios sobre el comportamiento animal al progreso de la especie humana. *El espíritu del tiempo* hizo que pusiera sus investigaciones al servicio de una política totalitaria. *El espíritu del tiempo* lo convirtió en un puntal de las teorías eugenésicas que fundamentaban las prácticas nazis. *El espíritu del tiempo* lo situó en el frente del Este en la guerra contra los rusos. *El espíritu del tiempo* no impidió que este científico recibiera el Premio Nobel. *El espíritu del tiempo* es una novela que reflexiona sobre las más inquietantes pasiones de la naturaleza humana.

En esta magnífica narración literaria, Martí Domínguez recrea la vida de un científico austríaco al servicio de la política nazi que, una vez capturado por el bando soviético, es sometido a un proceso de desnazificación y obligado a escribir sus recuerdos, reviviendo todos los horrores cometidos durante el nazismo.

Martí Domínguez

El espíritu del tiempo

ePub r1.0
Titivillus 11.04.2023

Título original: *L'esperit del temps*
Martí Domínguez, 2019
Traducción: Martí Domínguez
Colección: Áncora Delfín,
n.º
1492

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Todo esto pertenece al espíritu del tiempo.

ERNST JÜNGER, *Notas del Cáucaso*

1

Los rusos

El sargento se aproximó al prisionero y le pegó un tiro. El comandante del campo de concentración le lanzó una mala mirada, pero solo sirvió para encender aún más los ánimos del *starshiná*, que acto seguido escupió sobre el muerto. Los prisioneros nos pusimos en seguida a escribir, mientras un par de soldados rusos se llevaban el cadáver, arrastrándolo por los pies y dejando tras él un rastro de sangre brillante, más negra que roja. Habíamos recibido la orden de explicar nuestra vida, reflexionando sobre nuestros actos fascistas y nuestra necesaria conversión a la doctrina bolchevique. Los que nos hallábamos en aquella sala del campo de concentración de Kirov habíamos reconocido en la ficha personal que pertenecíamos al
NSDAP
, es decir, al Partido Nacionalsocialista de los Trabajadores. La mayor parte eran oficiales y suboficiales, soldados de la Wermarcht, pero en realidad había de todo.

El comandante, que era originario del sur de Ucrania, aulló, en un perfecto alemán:

—¿Algún imbécil más se niega a escribir y prefiere que el *starshiná* le reviente su estúpida cabeza?

El comandante separó las sílabas de las palabras «imbécil» y «estúpida», de una manera que con el tiempo entendería que le era muy peculiar. Caminó unos cuantos pasos por la sala y añadió, con una mirada retadora, alzando aún más el tono de voz:

—¿O que la teniente Kamensky lo utilice como diana para sus pruebas de tiro?

Kamensky era una reputada francotiradora y su misión allí era precisamente aquella, darnos caza si intentábamos escapar. Desde el

fondo de la sala nos miraba impertérrita, luciendo en el pecho dos rutilantes medallas de la orden de la Gloria, que recompensaban sus importantes servicios, entre ellos haber eliminado a más de una docena de famosos francotiradores alemanes. Se rumoreaba que odiaba de manera especial a los miembros de los *Einsatzkommandos*, porque al inicio de la guerra habían ahorcado a su hermano, y que por ese motivo se había enrolado en la Academia Central de Mujeres Francotiradoras.

Los allí presentes habíamos reconocido nuestra pertenencia al partido nazi porque no hacerlo también tenía sus graves consecuencias. Lo habíamos comprobado con ejecuciones sumarísimas: delaciones acompañadas por penas de muerte inmediatas, sin juicio alguno ni posibilidad de defensa. También habíamos visto cómo ejecutaban sistemáticamente a todos los miembros de las Waffen-
SS
; a estos no les valían atenuantes de ningún tipo, y ser un «calavera» era una condena segura de muerte, que los soldados rusos practicaban con júbilo. Muchos soldados alemanes habían buscado con desesperación rendirse a los ingleses o a los norteamericanos; los que allí nos encontrábamos no habíamos tenido ninguna opción y habíamos caído para nuestra desgracia en manos soviéticas. Los rojos eran lo peor y más temible que nos podía ocurrir, la pesadilla más escalofriante. Nuestra vida pendía de un hilo y no valía nada. «Si no has matado a un alemán la jornada está perdida», escribía el bolchevique Ilya Ehrenburg. Si no has matado a un alemán la jornada está perdida, parece que repetían todos ellos, buscando la víctima del día entre nosotros. Nadie estaba fuera de peligro y nuestra vida dependía de imponderables infinitos.

Además, en aquel campo de Kirov, a unos cien kilómetros de Moscú, vivíamos amontonados, en unas condiciones infrahumanas; yo llevaba semanas alimentándome de insectos y arañas, y no se trata de ninguna exageración novelesca. Comía gusanos, larvas de escarabajos, saltamontes, grillos, todo lo que cayera en mis manos y tuviera la certeza de que no era venenoso. Y, en muy poco tiempo, había adelgazado mucho, se me habían chupado las mejillas, tenía una cara demacrada, con los ojos saltones y los incisivos protuberantes, lo que se conocía como *cara de liebre*. Un rostro de

lepórido, con las orejas que sobresalían del cráneo rapado. Los rusos a duras penas tenían alimentos para ellos: ¿cómo iban a preocuparse de nosotros? La guerra seguía, al galope, y nosotros la estábamos perdiendo, a la desesperada. Por tanto, cualquier excusa era buena para pegarte un tiro y lanzarte al bosquecillo de abedules, a una fosa abierta donde los lobos y las alimañas te comerían por la noche. No había que irritar a los guardias: «Si no has matado a un alemán la jornada está perdida», y aquella vida sin valor bien podía ser la tuya.

Miré el reguero de sangre que había dejado el teniente, a quien había conocido y tratado como médico. Vino a verme por una fuerte lumbalgia durante la gran ofensiva rusa, en el frente de Vitebsk, en el país de Bielorrusia. Hice tanto cuanto pude: llevaba días sin dormir, teníamos a los rusos en los talones, durante varias jornadas había participado en operaciones quirúrgicas, largas y agotadoras, a vida o muerte, y mis conocimientos como fisioterapeuta eran escasos, por no decir que nulos. No sé si lo alivié o, en cambio, empeoré su estado. Después nos habíamos reencontrado en aquel campo de mala muerte de Kirov. Cuando nos reconocimos, compartimos un par de cigarrillos de un sucedáneo de tabaco, llamado *machorka*: le pregunté de dónde era y me contestó que de Wetzlar, en la región de Hessen. Yo moví la cabeza afirmativamente: a pesar de ser originario de Viena conocía muy bien el paradero de aquel pueblecito famoso.

—Allí se inspiró Goethe para su novela de Werther —le dije con emoción contenida—. Allí se enamoró de Charlotte Buff.

Insistí porque el simple hecho de recordar aquellas reminiscencias de cultura, en medio de aquel escenario devastador, era para mí como un bálsamo inesperado y esperanzador. El recuerdo de los libros, y en especial los versos de Goethe, era de gran consuelo durante aquellos días, una especie de cobijo espiritual donde refugiarme, y encontrar alivio y esperanza. El oficial asintió con la cabeza, y los ojos se le iluminaron, me confesó que vivía a dos pasos de aquella casa de Charlotte Buff, en una vieja construcción que, si había visitado el pueblo, en seguida recordaría, porque era muy singular (me la describió con todo lujo de detalles) y allí estaba su familia, y su hijo de año y medio. Yo le correspondí con las confidencias, y le dije que tenía dos hijos, ya crecidos, y una

hijita de unos pocos años, y todo aquello hizo que se emocionase. Y yo también con él, porque las lágrimas llaman a las lágrimas. Entonces me dijo:

—No sé si podré mirar de nuevo a los ojos a mi familia, *Herr doktor*. He hecho cosas terribles en esta maldita guerra.

Pegué una calada intensa e intenté tranquilizarlo, con un argumento, lo reconozco, muy trillado:

—La guerra saca al animal que todos llevamos dentro. No somos responsables: luchamos para sobrevivir. Los culpables son los que nos metieron en la boca del lobo.

Pero aquello no lo convenció.

—Si le soy franco, no estoy muy seguro de eso. Creo que todos somos un poco culpables. Nos podríamos haber negado a aceptar algunas órdenes… ¡Haber hecho alguna cosa! ¿No lo cree así?

Lo vi dudar y fumar compulsivamente. Intenté calmarlo, poniéndole mi mano sobre su hombro, e insistiendo que todos, absolutamente todos, habíamos hecho cosas de las que nos arrepentiríamos toda la vida. Que quizá sí, que a lo mejor todos podríamos haber hecho algo más, pero que el nazismo nos arrastró como un tablón de madera en una tempestad. Entonces se sinceró, los ojos extrañamente abiertos.

—Los últimos meses me pusieron a cargo de unos camiones Saurer, camuflados como ambulancias. Iban equipados con un sistema para que funcionaran como una cámara de gas… Era una orden secreta, que llevé a término con algunos hombres de confianza.

Le pregunté si era para *tratar* a los prisioneros rusos.

—No, doctor, para nuestros heridos… Aquellos que estaban sentenciados.

Recordé cómo se habían llevado con aquellas ambulancias a los heridos más graves de nuestro hospital de campaña, y que yo imaginaba, muy aliviado, que habían llegado a su destino en la retaguardia. De hecho, a menudo pensaba que eran unos malparidos con mucha suerte.

—No disponían de camas para tantos heridos, ni tampoco tanta capacidad de traslado. Ni hombres, ni ambulancias, ni gasolina, ni medicamentos, ni médicos, ni… ¡No había nada! ¡Lo más sencillo era aniquilarlos en la retaguardia y volver cuanto antes a por más

enfermos! Por eso me luxé la espalda: a fuerza de sacar muertos del camión. ¡Los asesinábamos y los lanzábamos al río!

Moví la cabeza con incredulidad. Aquello, aquel trabajo sucio, era más propio de las
SS
, pero es posible que precisamente por ese motivo escogiesen a un oficial de la Wehrmacht, para no despertar sospechas entre el personal médico.

—Muchos chillaban, rogaban que abriésemos la puerta, nos insultaban tan pronto como entendían qué estaba sucediendo… Algunos tenían heridas leves y chillaban espantados, con toda la fuerza de sus pulmones. Yo había hecho todo lo posible para que no subieran: siempre decía que aquellos que estaban muy malheridos tenían preferencia, pero a veces se nos colaban algunos espabilados. Habían subido al camión felices, contando chistes a los camaradas, pensando que en pocos días estarían en casa y de pronto se encontraban con aquello, con aquella puta traición. ¡Los gaseábamos como ratas! ¡Como habíamos hecho años antes con los judíos! Mis hombres y yo lo intentábamos superar a fuerza de *Schnapps*. Pero todo aquello alcanzaba el límite de lo soportable.

Le pregunté si lo había practicado con heridos de la división 206, de la As de Picas. Se quedó mirándome, una mirada turbia y trastornada. Lo vi dudar, para finalmente decirme que no y proseguir de una manera dramática.

—¡De ninguna manera los heridos podían caer en manos rusas! ¿Lo entiende, doctor? Aquello habría desmoralizado a la tropa: saber que si caes herido no hay salvación, no hay retaguardia. El soldado tiene que luchar convencido de que nos ocuparemos de él si cae en el frente de batalla. Que todos somos uno y todos cuidaremos de todos. Hicimos un simulacro de evacuación, con el fin de mantener vivas las esperanzas de los soldados y la moral alta. ¡Con qué alegría subían algunos a la ambulancia! Y aquello contagiaba al resto, que seguía luchando a la desesperada, cumpliendo con su deber, con las órdenes, con su país. Los traicionamos de la peor manera. Por lo que sé aquello ya lo habían practicado antes en Rusia, durante la retirada. ¡Una auténtica canallada!

Aquel soldado nunca más volvería a ver a su familia. Por

haberse negado a recordar, por no haber querido someterse al peso de aquellos recuerdos que le corroían el alma. Estaba convencido de que entre las víctimas de aquellas falsas ambulancias también había enfermos míos, pero en ningún momento lo hice responsable de lo sucedido. Sencillamente, *Befehl ist Befehl!* Una orden es una orden. Pero ¿se podría haber negado? Eso era lo que atormentaba al oficial. Y lo que, en el fondo, nos atormentaba desde hacía tiempo a todos nosotros. ¿Hasta qué punto éramos culpables? A veces, no resultaba fácil esclarecer qué era resultado de las órdenes recibidas y qué de nuestro compromiso y voluntad. Aquello entraba dentro de lo que se conocía como el *Führerprinzip*: intentar hacer siempre más de lo exigido para de este modo mostrar nuestro firme e indoblegable compromiso con la doctrina nazi y con nuestra patria. Y muchos habíamos llevado aquel principio hasta sus últimas consecuencias, yendo mucho más lejos de lo pedido, y ahora nos arrepentíamos.

El comandante del campo pasó por mi lado y vio el título que había puesto a mis recuerdos, tal y como él había indicado. Lo había escrito con mayúsculas: «El hombre que hablaba con los animales». Leyó mi nombre (mi nombre en ruso) y me dijo, gritando:

—¡Qué título de mierda es ese, Adolfovich! Espero que no vaya con segundas intenciones…

Palidecí.

—No, comandante, soy naturalista… ¡Un estudioso del comportamiento animal!

El comandante empezó a reír, como si yo estuviese bromeando, y aquello fuera realmente gracioso, porque significaba mi inmediata ejecución por el sargento mayor.

—¡Ya lo veremos, Adolfovich! Espero que sea eso, porque de lo contrario acabará como el desgraciado de su compañero.

Y después añadió en voz alta, dirigiéndose a toda la sala:

—Cada día escribirán durante una hora sus recuerdos y me los entregarán. Recuerden que de lo que se trata es de valorar sus acciones y de decidir por qué motivo las realizaron, si por disciplina militar o por convencimiento propio. Y de si ahora, a la luz de la nueva doctrina marxista-leninista, las volverían a repetir. Sean del todo francos y sinceros, y expliquen sus actos, todos sus actos de

guerra, sin ningún temor. Si así lo hacen, no habrá ninguna represalia, y conseguirán la salvación. En cambio, quien no lo haga, si descubrimos que alguien nos ha ocultado su pasado, o que nos ha querido dar gato por liebre, será muy severamente castigado. El objetivo final es su total y completa desnazificación para poder reincorporarse a la sociedad y recuperar la libertad. ¡Se tienen que redimir, y la única forma posible es reconociendo y confesando sus crímenes!

Y de este modo, en aquel barracón del campo de concentración de Kirov, bajo la severa mirada del *starshiná*, comenzaron estas notas sobre mi vida, escritas un poco a vuela pluma, con un arma apuntándome a la cabeza. Estábamos a inicios del mes de agosto de 1944 y me jugaba la vida.

2

La fotografía

Me afilié al partido nazi tan pronto como fue posible. Y eso fue pocos días después del *Anschluss*, de la anexión de Austria por Alemania, consumada el 12 de marzo de 1938. Tenía treinta y cinco años. Por tanto, no era ni mucho menos un mozalbete envalentonado e irreflexivo, sino una persona ya muy centrada, padre de familia con dos hijos, y un científico más o menos respetado. Cuando digo más o menos respetado, quizá la verdad está más cerca del menos que del más: en realidad, nadie tomaba muy en serio mis investigaciones. Pero con treinta y cinco años ya sabes qué quieres en la vida. Y si no lo sabes, no lo sabrás nunca.

De la misma manera que para Charles Darwin, el nacimiento de mis hijos fue para mí un buen motivo de estudio científico, y no había progreso que hicieran, tanto cognitivo como de desarrollo, que no apuntara en mis cuadernos de campo, junto con el estudio de los cuervos, de los somormujos lavancos y de las ocas. El mayor tenía nueve años y mi hija siete: los había tenido bastante joven, con mi mujer que era unos pocos años mayor que yo y que trabajaba como enfermera en la sección de maternidad de un hospital. Durante años había vivido de su sueldo, de sus guardias médicas y de otras actividades pesadas y exigentes, que la dejaban agotada durante días. Ella se dejaba la piel en el hospital, siempre angustiada con mil asuntos, y yo llevaba a cabo mis experimentos sobre el comportamiento de los zampullines y de los ánades reales, y elaboraba dibujitos sobre sus fascinantes cortejos prenupciales y sus cantos apasionados. Mis compañeros de la universidad consideraban que todo aquello no era ciencia, sino un pasatiempo amable que, en última instancia, no llevaba a ningún sitio, ni tenía ninguna posibilidad de transcendencia científica. En general, por decirlo sin tapujos, lo consideraban una absoluta pérdida de tiempo.

Por tanto, recibí con gran alborozo la anexión de Austria, de la Ostmark, como entonces la denominaba la propaganda nacionalsocialista. Recuerdo a los policías austríacos alzando con entusiasmo las barreras de la frontera que existían entre Alemania y nuestro país, como diciendo, ¡por fin somos una única y gran nación! ¡Tenemos todo el futuro por delante! ¡Somos un pueblo seguro de sí mismo e imparable! En Viena gritábamos, entusiasmados: «*Der Führer kommt!*». («¡El Führer viene!»), agitando banderitas con la esvástica que los hombres de las
SA
habían distribuido entre nosotros, preparando la inminente visita del Führer y de sus capitostes. Y a los pocos días, tan pronto como fue posible, me afilié al
NSDAP
.

Aquel día tan señalado para mí, me fotografié con una insignia de la cruz gamada en el ojal de la chaqueta. Una fotografía donde me muestro con un gesto duro, la mirada algo perdida pero reflexiva, los dientes apretados, todo demasiado estudiado para ser natural. Pero es una instantánea que refleja mi estado de ánimo en aquel momento; es decir, el de alguien que está llamado a llevar a cabo una gran gesta y ser reconocido en el mundo entero. Me había vestido elegantemente y me había ajustado al cuello mi mejor corbata, azul con una gran franja blanca. Aquella fotografía recoge el orgullo que sentía por ser uno de ellos. Por ser uno de los *elegidos*.

Así pues, con la anexión muchos de nosotros sentíamos plenamente que había llegado el gran momento y que nuestra gloria sería también la de nuestra nación. Fui uno de los que el 1 de abril de 1938 votaron a favor de la anexión, como lo hizo el 99,7 por ciento de los votantes. Estos, por supuesto, fueron los datos ofrecidos por las autoridades y no hay que descartar que fueran convenientemente maquillados: en realidad, es muy probable que hubiera más gente que votara en contra, aunque tengo la certeza de que la gran mayoría, por no decir la inmensa mayoría, votó a favor. En Alemania se respiraba un clima generalizado de revancha, un malestar que se había enquistado, después de tantos años de humillación a consecuencia del Tratado de Versalles, y esta

sensación de desquite y de querer cambiar las cosas también impregnaba profundamente nuestro país. El pueblo culpaba a los oligarcas judíos de haberlos traicionado, de haber firmado un armisticio injusto y humillante, y lo consideraba como una puñalada vil y traidora. Durante aquellos años se hizo muy popular la imagen de un judío taimado apuñalando por la espalda a un soldado alemán, hasta el extremo de que Adolf Hitler afirmó en un discurso de aquellos días que Alemania hubiera podido salvarse de *la puñalada traicionera* gaseando algunas decenas de miles de judíos en 1918. Lo que no contaba el Führer es que más de doce mil judíos habían muerto heroicamente en las trincheras durante la primera Gran Guerra; un dato que se ocultó, porque en el fondo no nos importaba nada.

Por tanto, vivimos una euforia general con la incorporación de Austria al Tercer Reich. Entre los que habíamos dado nuestro respaldo al nacionalsocialismo antes de la anexión, y en estrecha colaboración con la Braunes Haus, se expidieron los primeros carnets de militantes: ¡207 095 carnets provisionales! Y uno de ellos, como digo, fue el mío. Podéis imaginar mi alegría al ser poseedor de un carnet tan solicitado, tan preciado, y las envidias que suscité en seguida entre los que no habían tenido tanta fortuna. Se recompensaba mi apoyo al partido, cuando militar en el nacionalsocialismo estaba prohibido y perseguido judicialmente. Ahora, por fin, podíamos caminar por las calles con el brazalete de la cruz gamada, o con la insignia en el ojal de la chaqueta, y mirar de hito en hito, sin temer nada, a la policía. Más bien al revés, con arrogancia se les podía incluso preguntar: ¿ya te has unido al partido, camarada? ¿Qué esperas? ¡Sé uno de los nuestros y no dejes escapar tu momento de gloria! ¡El futuro es nuestro!

También votó a favor toda mi familia, y especialmente mi padre, Adolf, que brindó con el mejor vino del Rin por el inicio de un nuevo y moderno Reich. Mi padre era un ejemplo para el nacionalsocialismo, por sus ideas eugenésicas y por la manera estricta, casi severa, en que nos había educado. Siempre había mirado con suspicacia a los aliados y sus esfuerzos por desmantelar Alemania, favoreciendo a partidos separatistas, como los de Renania, algo que de suceder acabaría con la esencia territorial germánica. Había escrito (y publicado) su autobiografía, donde no

disimulaba sus ideas nazis, el orgullo germánico mancillado por las intolerables condiciones del Tratado de Versalles y el juego sucio y deshonesto de los vencedores. Y en Adolf Hitler reconocía una suerte de *alter ego*; también él tenía un origen modesto, pero gracias al trabajo, a la seguridad en sí mismo, a una laboriosidad constante y testaruda, se transformó en un médico rico y respetado. Después, con la gran depresión, perdió buena parte de sus ahorros, y regresamos a una situación acomodada, pero sin grandes lujos. Sin embargo, habíamos conocido el éxito social, éramos plenamente arios (mi estatura de más de metro ochenta y mi cráneo dolicocéfalo así lo testimoniaban para gran orgullo mío) y estábamos a rebosar de deseo de revancha. Una revancha que considerábamos justa y natural, totalmente legítima.

Las barbas de mi padre eran de patriarca, del Moisés de Miguel Ángel, aunque estoy seguro de que esta comparación, por muy acertada que sea, no habría sido de su agrado. Un hombre dotado de una extraordinaria seguridad en sí mismo, que irradiaba respeto y autoridad y que, a pesar de su edad avanzada, conservaba la cabeza muy lúcida. Era un fiel admirador del alcalde Karl Lueger, el hombre que modernizó Viena, que trajo la luz a la ciudad, que reguló el cauce del Danubio, que electrificó el tranvía, que municipalizó el gas, y que al mismo tiempo era un beligerante antisemita, con afirmaciones como «los lobos, los leones, las panteras, los leopardos y los tigres son más humanos que estos depredadores disfrazados de hombre». ¿Cómo podía yo pensar que Lueger estuviera tan equivocado? ¿Cómo podía yo imaginar que mi padre también lo estuviese? ¿Cómo podía concebir que aquellas gentes, respetables y buenos paterfamilias, ciudadanos ejemplares, conducirían al pueblo germánico hacia una derrota tan dramática e irreparable? ¿Cómo creer que no lo hacían de buena fe, y que no los teníamos que seguir hasta las últimas consecuencias? Michel de Montaigne escribe que hay que ponerse en el lugar del otro: «*Être humain, savoir se mettre à la place de*
c'est
l'autre
». Lo dice en el pasaje sobre los caníbales, que incluso se nos muestran ahora menos inhumanos, los caníbales, que nosotros, los nazis. Pónganse, por tanto, en el lugar del caníbal, es decir, de los

alemanes humillados, despojados de sus recursos, de su futuro, del porvenir de sus hijos. ¿Cómo no seguir a un visionario como Adolf Hitler que nos aseguraba que haría una Alemania más fuerte, que crearía puestos de trabajo y que retornaría la gloria a nuestro maltrecho país, que nos situaría de nuevo en el gran mapa del mundo? ¿Cómo no confiar en alguien que estaba tan orgulloso de ser uno de los nuestros? ¿Cómo no hacerlo?

No justifico nada, comandante. Tan solo quiero explicarme, lo mejor que pueda. Tan solo deseo hacer comprender el nivel de deslumbramiento, de hipnosis, de obnubilación colectiva, de júbilo, que significó aquel momento para la mayoría de los germánicos. Si ves una luz en el fondo de una cueva, es muy difícil no dirigirte hacia ella, y si la luz se va agrandando a medida que te acercas entonces tienes la certeza de que aquel es el camino, el único camino posible. La alternativa es regresar a las tinieblas y a la incertidumbre, a la melancolía nacional, al callejón sin salida, al desánimo patrio. Así las cosas: si mi padre Adolf creía en Hitler, y si tantos como él creían en Hitler, y si las palabras de Hitler, aunque a veces algo estridentes (eso no lo negaré), nos parecían la única manera de resistir y de superar aquellos años tenebrosos y humillantes de la posguerra, ¿por qué no había de creerlo yo? ¿Por qué no me había de sumar a aquella atmósfera de victoria tan ilusionante?

Además, en aquel momento mis estudios sobre el comportamiento animal no interesaban en absoluto a los directores de los departamentos de las universidades austríacas. Los consideraban un amateurismo, un entretenimiento entrañable, pero alejado de la Gran Ciencia, como podía ser la anatomía, la morfología o la genética. Johann Wolfgang von Goethe había creado la palabra «morfología», y la ciencia austríaca buscaba más este tipo de análisis científico de laboratorio, frío y del todo distanciado del estudio de campo y de la naturaleza. No veían en el estudio de los hábitos de los animales nada que pudiera contribuir a la Gran Ciencia, sino algo más próximo al circo o a un entretenimiento amable que al riguroso pensamiento científico. Sí, mis investigaciones las encontraban más circenses que científicas: yo era aquel que amaestraba a los patos, aquel al que las ocas pequeñas confundían con su madre, y lo seguían donde fuera, en

fila india; aquel que trataba de tú a tú a los cuervos y cornejas, que cuando lo veían se lanzaban en picado y se posaban en su hombro, y le hacían cosquillas en las mejillas con sus picos relucientes y afilados. Era un espectáculo curioso, incluso admirable, pero que no tenía más recorrido ni transcendencia para las mentes científicas de aquel momento, que claramente repudiaban mis descubrimientos y los calificaban de pasatiempos inofensivos.

No es necesario decir que el desprecio de mis superiores académicos me dolió profundamente e hirió mi orgullo. Mi padre también criticaba mis estudios: en realidad, hubiera deseado que me dedicara plenamente a la medicina, que fuera un gran cirujano y que me dejara de aquellas investigaciones ridículas sobre la psique de los animales. Lo que había comenzado como una afición en mi infancia, aquel amor a la naturaleza y aquella prodigiosa capacidad para relacionarme con los seres vivos, fueran estas aves, reptiles o incluso peces, se había convertido, a su parecer, en un vicio en la edad adulta; de la misma manera que opinaba que la poesía era un ejercicio literario que no tenía sentido a partir de los veintiún años, también pensaba que aquel empecinamiento mío por la historia natural tenía algo de infantil y candoroso, de mórbido y enfermizo, y que se tendría que haber extinguido de una manera natural a medida que se me iba poblando la barba. Evitaba hablar con él de mis investigaciones y descubrimientos, ya que cuando lo hacía veía cómo le variaba la expresión de los ojos y le crecían unas ligeras arrugas en la frente, casi imperceptibles (porque mi padre era de esos que no dejaban manifestar sus emociones), pero que para mí eran tan evidentes como cuando el somormujo lavanco erizaba las plumas de la cabeza durante el cortejo nupcial.

También criticaba, aunque de una manera velada, mi matrimonio: que mi mujer fuera mayor que yo, y que fuera además enfermera, maltratada por las guardias y los excesos hospitalarios, no le acababa de gustar. Hubiera preferido *una buena austríaca*: una moza cinco o seis años menor que yo, con una buena carrocería, dispuesta a parir hijos uno tras otro, y a amamantarlos sin desfallecer con una leche abundante, densa y nutritiva. Entre ambos (mi padre y mi mujer) existía poca simpatía; entre otras cosas porque también la acusaba de que fuera tan permisiva con mis aficiones, hasta el extremo de sacrificarse y ser ella la que

mantenía la familia, mientras yo *jugaba* todo el día con una vieja cacatúa amaestrada. Por tanto, en muchos aspectos me sentía inseguro en mi trayectoria vital, muy cuestionado por la academia y por mi familia, y el nazismo, de alguna manera, le dio una sólida razón de ser a mi vida. Estaba convencido, plenamente convencido, de que había llegado mi momento.

Poco antes de la anexión, había escrito mi primer artículo científico, donde por primera vez describía el innatismo que guía muchas de las acciones de los animales. Era un trabajo importante, al menos a mi parecer, y yo me consideraba en muchos sentidos el pionero de una nueva disciplina, con un brillante futuro por delante. Sin embargo, el catolicismo rancio y filisteo imperante en Austria descubría con disgusto mis explicaciones evolutivas, basadas en el darwinismo más moderno, que consideraban deterministas: la única voluntad, a los ojos de la esterilizante doctrina católica, era la de Dios, decían incómodos. El hombre nunca ha aceptado con agrado su origen biológico, que intenta camuflar tanto como puede. Solo faltaba que además el comportamiento pudiera tener una base biológica y hereditaria; solo faltaba que los animales pudieran tener una psique desarrollada y compleja como nosotros. ¿En qué se distinguiría el hombre del resto de animales si así fuera? A fin de cuentas, el hombre es un simio que se niega a reconocerlo, al menos abiertamente.

Así pues, estudié medicina, por imposición paterna, pero me especialicé en psicología, para proseguir con mis estudios sobre la psique de los animales. Una manera de agradar a todos. Me doctoré a principios de la década de 1930, y tuve la fortuna de ser ayudante del prestigioso profesor Ferdinand Hochstetter, en el Instituto Anatómico de la Universidad de Viena, que me respaldó tanto como pudo. El profesor Hochstetter provenía de una familia de gran renombre científico, con antepasados dedicados a la morfología y la geología, y sin duda era un honor trabajar junto a él. Lo admiraba en todo: en su manera de impartir clases, su oratoria, su presencia física. Recuerdo su gran barba blanca y las gafitas redondas que reposaban sobre una nariz de halcón (afortunadamente para él, no era una nariz judía); sus libros de anatomía eran un prodigio de ciencia, contenido y belleza. No obstante, cuando se jubiló, sus sucesores, entre los que estaba el profesor Pernkopf, me prohibieron

continuar con mis estudios sobre comportamiento animal y, poco a poco, a base de pequeñas renuncias, tuve que abandonar la universidad. Las pocas clases que seguí impartiendo fueron sin retribución económica, por puro amor y compromiso con la ciencia, y al poco me sentí desplazado y ninguneado. No contaba para nadie, y la verdad es que no tenía ningún futuro. Por tanto, no negaré que mi aplauso a la llegada del nazismo no tuviera también su origen en ese resentimiento intenso que sentía hacia aquel *establishment* científico, tan apolillado como reaccionario. Quizá de haber vivido más tiempo el profesor Hochstetter, yo habría estado más tutelado y protegido, y quizá no me habría embarcado de una manera tan firme en la política nazi. El profesor Hochstetter, a pesar de no estar en absoluto de acuerdo conmigo, porque él no era nacionalsocialista, redactó una carta de recomendación para la concesión de una beca donde indicaba que mi conducta era irreprochable. Que era alguien totalmente capaz y admirable. Pero no obtuve aquella beca; en realidad, me quedé bien lejos. ¿Qué hubiera sido de mí si la hubiese conseguido? ¿Dónde me habría conducido el destino?

De bien poco sirve hacerse ahora esta clase de preguntas. Son tribulaciones que no van a ninguna parte. Ciertamente, durante aquellos años todos estábamos sometidos a esta clase de cuestiones, porque fueron unos años intensos, que lo trastocaron todo. En general, nuestras vidas cambiaron de golpe. Sin embargo, recuerdo una conversación con Fritz Knoll, catedrático de Botánica y director del Jardín Botánico de Viena, un poco antes de la anexión, y que sería determinante para mi futuro. El botánico Knoll era un hombre bajito, de cara algo infantil, de cabellos lacios y con la raya bien marcada, muy distinguido en la manera de vestir, que atesoraba un gran prestigio (había luchado en la Gran Guerra) y que, en secreto, también pertenecía al
NSDAP
. Vestía siempre con corbatita de lazo, como si aquello fuese una especie de marca de carácter. Decían que muchos años antes de la anexión ya impartía conferencias con los pantalones bombachos de las SS. Aquella conversación tuvo lugar en el Botánico de Viena mientras caminábamos por los paseos del jardín. Cuando llegamos al monumento a Johann Strauss, a aquella singular escultura

dorada, con el músico mostachudo tocando arrebatadamente el violín, Knoll me dijo, con un tono de voz algo desilusionado:

—Tendría que entender de una vez por todas que en este país la biología por ella misma no agrada demasiado.

Me puse a reír. Ya llevaba mi barbita, y era un hombre fuerte y atlético, algo que agradaba a Knoll, que no era precisamente un adonis. Tenía una cara agradable, pero sus rasgos resultaban algo infantiles, como un adolescente barbilampiño que no acaba nunca de alcanzar el estado viril de un hombre.

—¿Y qué quiere que haga, profesor? —le repliqué.

—¡Dedíquese al estudio anatómico, siguiendo los pasos de su mentor Hochstetter! Persevere en la anatomía, y quizá tendrá algún futuro… ¡Reconozco que su trabajo es sugerente! Pero ahora sus tesis no son bien recibidas. Hay que esperar un poco… ¿En qué está trabajando ahora?

Le conté, con todo el entusiasmo de que fui capaz, que en el innatismo de las ocas. Knoll rompió a reír y me pidió que le explicara algo más de mi trabajo.

—Creo que el estudio del comportamiento puede ayudar a definir filogenias evolutivas, el grado de parentesco entre especies. En ocasiones, mucho mejor que estudiando la anatomía. De este modo, tan solo basándonos en el estudio del comportamiento, podemos trazar proximidades evolutivas entre las especies. Y eso lo estoy estudiando en las ocas. No es necesario fijarse tanto en la anatomía: con el comportamiento hay de sobra, porque deja unas marcas muy fáciles de seguir… He solicitado financiación a la DFG, pero me la han denegado. A pesar de un informe muy positivo de Erwin Stresemann. ¡Claramente, me tienen fichado! Soy un elemento sospechoso por los motivos que ya sabe.

El profesor Stresemann era una autoridad y una de las mejores personas que he conocido. Nadie sabía más que él de ornitología. Era profesor honorario en Berlín, director del museo Humboldt de Historia Natural y autor de un libro maravilloso titulado *Aves*, que no me cansaba de consultar y admirar. Para mí era como un dios; como un dios germánico, naturalmente. Knoll contestó, algo sorprendido e irritado:

—¡Puede que el respaldo de Stresemann no fuera lo mejor! Ya

sabe que es muy crítico con el nazismo.

—¡Precisamente por eso lo fui a buscar! A mí me acusan de simpatías hacia el nacionalsocialismo y quería mostrar que incluso alguien tan alejado de mí ideológicamente como el profesor Stresemann estaba de mi parte…

Knoll me escrutó con la mirada y me preguntó si aquello era cierto. Respondí sin dudar:

—¡Ya sabe que sí! ¡Pienso que nosotros, los austríacos, somos los más sinceros y convencidos nacionalsocialistas! Pero, no veo qué tiene que ver una cosa con otra. Yo hago ciencia, no política. Solo me interesa la ciencia y haré cualquier cosa para que me dejen cultivar mi disciplina. Y por eso confío en Adolf Hitler, que ha prometido que cada ciudad tendrá sus centros de investigación, porque ha quedado bien demostrado que la ciencia salva al hombre de cualquier tendencia a la aberración mental.

Knoll me miraba complacido. Sabía que aquellas ideas le eran también muy próximas, pero que no osaba manifestarlas abiertamente por miedo a represalias. De saberse que pertenecía al NSDAP sería cesado fulminantemente como director del botánico. Yo, en cambio, tenía muy poco que perder, y me podía exponer más abiertamente. Proseguí:

—La educación de la biología en la escuela es ridícula. No se habla de evolución humana, ni se explica la medicina de una manera biológica… ¡A veces parece que más que describir un organismo vivo se enumeran las partes de una máquina! La educación está en manos de los jesuitas, que no quieren saber nada de Darwin, ni de evolución, ni de comportamiento animal. ¡Y para nuestro Ministerio de Educación, evolucionismo y nacionalsocialismo es lo mismo! ¡Somos unos apestados!

Todo esto muestra, de una manera muy sumaria, el ambiente que se respiraba en Austria, poco antes de la anexión. El partido NSDAP estaba ilegalizado y los simpatizantes con el nazismo eran mirados con recelo y suspicacia, cuando no perseguidos y multados, o incluso condenados a prisión. A mi amigo Otto Antonius lo habían cesado de su cargo como director del zoo de Schönbrunn, acusado de ser militante del

NSDAP
, y tuvo que pleitear para demostrar la falsedad de aquella acusación: una lucha que duró tres años, hasta que recuperó su cargo de director. A él le admiraba que yo no ocultara mis simpatías por los nazis, pero sinceramente pensaba que era la única manera de librarnos del esterilizante catolicismo que impregnaba la vida austríaca, y que tanto entorpecía el quehacer científico. Mi ateísmo era absoluto; tan fuerte e indoblegable como mi amor por la ciencia. Y dentro de esta estricta escala de valores, los nombres de Darwin y Haeckel ocupaban los primeros lugares.

No obstante, seguí un consejo del catedrático Knoll, que me dio aquel día durante nuestro paseo por el jardín y que sería determinante para mi futuro.

—Sin duda, eso de la filogenia de las ocas es de gran interés para la ciencia. Pero si pudiera conducir el estudio hacia aspectos que fueran más del interés del Reich, puede que le fuese más fácil encontrar financiación.

Me quedé pensando. Dudaba si confiarle una idea en la que estaba trabajando. Sabía que era una investigación prometedora, y temía exponérsela a Knoll, y que este se fuera de la lengua, y alguien se la apropiara. El mundo universitario está plagado de gente sin escrúpulos, que se aprovechan de las ideas de los demás. Pero si no confiaba en él, ¿en quién podía confiar? Por fin me animé a explicársela muy por encima:

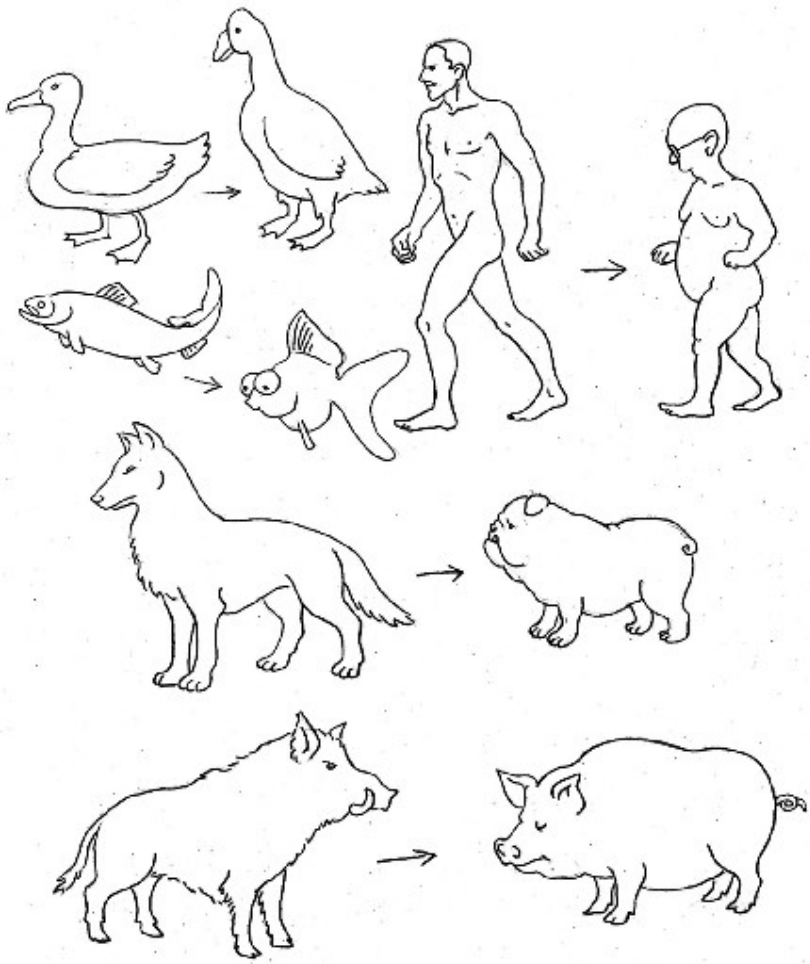
—Hace tiempo que vengo observando perturbaciones en el comportamiento de las ocas salvajes como resultado de la domesticación. Y eso es más evidente con los cruces de las salvajes con las domésticas.

—¿Y qué interés podría tener eso para el Reich, querido amigo? —replicó Knoll, reticente a dejarse convencer por el comportamiento de unas ocas salvajes.

En esta ocasión en su mirada había una ironía. Un guiño como quien dice: ¡Basta! ¡No sea ingenuo, tiene que pensar en grande y dejar de una vez por todas sus puñeteras ocas!

—Podría ser un argumento de gran importancia para impedir la mezcla de las razas —argumenté en mi defensa—. Según mi tesis, la mezcla de dos razas produce lo peor de ambas. ¡En lugar de potenciar las posibles virtudes, magnifica los defectos!

Saqué mi bloc de notas y le mostré unos dibujos: el animal salvaje y la variedad domesticada. Patos salvajes y domésticos, lobos y perros, jabalíes y cerdos. Knoll miraba aquellos dibujitos, interesado pero sin acabar de entenderlo. Finalmente, dibujé un hombre, viril y robusto, y la consecuencia de la hibridación: un hombrecillo grueso, de vientre caído, cráneo rechoncho y aspecto zafio. De golpe a Knoll se le iluminaron los ojos. Siempre recordaré aquel cambio en su mirada, aquella transmutación de unos ojos, como si se hubiera encendido en ellos una luz verde. Y cómo, entonces, caí en la cuenta de que había acertado plenamente en la idea. Cuando Goethe le explicó a su buen amigo Friedrich Schiller la tesis evolutiva de la planta arquetípica, este le replicó que tan solo se trataba de una idea y que lo más complicado era probarlo. Que una idea sin pruebas no servía de gran cosa. Pero yo tenía pruebas y lo podía demostrar. El dibujo que hice al doctor Knoll era parecido a este:



—¡Esto podría ser muy útil! Un argumento más, y de gran solidez científica, para preservar la pureza de la raza aria —concluyó el director del Botánico, claramente impresionado.

Yo continué, excitado por la buena acogida de mi tesis:

—Ya Darwin alertaba del peligro de la domesticación… Cuanto más domesticado, más taras genéticas. Y mayor tasa reproductiva. Los animales salvajes tienen una natalidad muy inferior a los domésticos, pero sus hijos son más sanos y fuertes. Más viables.

Knoll apostilló, con una pincelada de exultación:

—Eso mismo se observa muy bien en los polacos y, en general, en nuestros vecinos orientales… ¡Los eslavos se reproducen a una

velocidad monstruosa, como conejos! Buena prueba de que son *subhumanos*.

Lo miré sonriendo. Una sonrisa triunfal.

—«La sangre es un jugo muy especial», podemos leer en el *Fausto* de Goethe. Hay que dar toda la transcendencia posible a esta frase, tan premonitoria en tantos aspectos. Por eso, hay que preservar al precio que sea la pureza de nuestra sangre. Hay que drenar la buena sangre y separarla de la impura. He observado que el cerebro de las razas domesticadas es muy inferior en tamaño al de las salvajes. La domesticación produce una hipertrofia de algunos de nuestros instintos más humanos y fundamentales. Hay que regresar a la naturaleza, rehuir las grandes urbes y controlar los matrimonios. Evitar a toda costa la hibridación. Es la única manera de parar la degeneración de nuestra raza.

El profesor Knoll me miró con inquietud. Claramente, estaba sorprendido y admirado por mis palabras, tan reveladoras e inesperadas. De pronto, aquel infeliz estudioso de los patos, al que consideraba un buen chaval pero algo fantasmón, tomaba una altura inesperada ante sus avezados ojos de experto. Porque el concepto *Entartung* alertaba de que nuestra especie se hallaba en un proceso casi irreversible de descomposición, como se podía apreciar en las artes, la música y la literatura.

—¿Piensa que aún podremos remediarlo? —me preguntó.

Contesté que sí, que aún no era demasiado tarde, que aún podíamos parar en seco aquella «porcinización» de nuestra raza y recuperar nuestra verdadera esencia.

—Cerdos versus jabatos… ¡Me agrada la metáfora, profesor! —concluyó Knoll.

¡Cómo celebré aquel *profesor*! ¡Con qué fuerza resonó aquella palabra en mi alma! ¡Y con qué habilidad la utilizó! Dijo que era totalmente menester *erradicar* a los elementos degenerados, que sobrevivían en nuestra sociedad como parásitos y vivían a costa de los individuos sanos. Se acarició la barbilla y continuó:

—Judíos, comunistas, homosexuales, artistas obscenos, poetas pornógrafos… ¡Baudelaire y toda su tropa! Thomas Mann, Remarque, Zweig y sus amiguitos judíos y comunistas… Todo esto me recuerda el libro *Mittgard*, de Willibald Hentschel, donde proponía la creación de una comunidad rural formada por cien

hombres y mil mujeres, para renovar la raza germánica. En su momento fue erróneamente interpretado como un obsceno canto a la poligamia. ¡Pero no lo era! ¡Era una necesidad muy realista!

—Hentschel era discípulo directo del gran Ernst Haeckel, pero no tenía pruebas —puntualicé—. ¡Ahora es una evidencia científica, profesor! ¡Y yo tengo esas pruebas! ¡Y las puedo mostrar cuando y donde haga falta!

Y así, en 1938, recibí finalmente una beca del
DFG
para llevar a cabo ese estudio. Aquel mismo año, poco después de la anexión, mi mentor Fritz Knoll fue nombrado rector de la Universidad de Viena, después de la destitución del rector vigente, el químico Ernst Späth. Todo me sonreía. Y a él también: a los pocos días se hizo retratar al óleo de una manera solemne, de cuerpo entero, vestido con la toga universitaria, como un sabio benefactor de la humanidad, con un tapiz de cruces gamadas a su espalda.

El futuro era nuestro y no lo íbamos a dejar escapar.

3

La máscara

Mientras escribo estas líneas, comandante, me doy plena cuenta de la desgraciada deriva de aquellos días. Pienso en cómo mi inocente y apasionado estudio de los hábitos de los animales me abocó hacia unos resultados que podían tener consecuencias desastrosas y funestas para la humanidad. Y, sin embargo, era cierto que la hibridación de las ocas resultaba perjudicial y alteraba gravemente su comportamiento. Que aquello se pudiera trasladar a la especie humana era algo muy diferente, que pensaba, además, que nunca llegaría a ocurrir. Quiero decir, que nunca nadie osaría ponerlo en práctica de veras, ni comprobarlo experimentalmente, porque para poder hacerlo, con garantías científicas, era necesario tratar a los seres humanos como animales, y una cuota de deshumanización de aquel calibre era, aún en aquellos días tormentosos de fervor nazi, del todo inimaginable. Pero a mí, en aquel momento, me interesaban mis ocas y poco más. Llamadme ingenuo, naíf o, sencillamente, irresponsable. Pero gracias a eso pude desarrollar mi pensamiento científico.

Puede que pecara de ingenuo, o puede que estuviese tan obcecado con mi trabajo que no quisiera mirar más allá de la fascinante oportunidad que se abría ante mí. O puede que fuese plenamente culpable. Se podría decir que fui un arribista, y no sería del todo falso, si no fuese porque el ideario nacionalsocialista no me era ajeno, ni a mí ni a mi familia. Mi padre era un nazi convencido, nacionalsocialista hasta el tuétano, seguidor del Führer hasta sus últimas consecuencias, y mi esposa tampoco se quedaba atrás. Con la masiva expulsión de las enfermeras judías de los hospitales consiguió por fin una plaza estable; por tanto, junto con el nacionalsocialismo ideológico también existía una motivación económica que no se podía soslayar y que se materializaba en un

buen sueldo y una posición laboral plena y desahogada. Muchos de nosotros nos beneficiamos con la caída de los judíos y los comunistas: ocupamos sus lugares de trabajo, nos quedamos con sus apartamentos, y a veces, incluso, con sus libros, muebles, ropa y automóviles. Y lo hicimos sin complejos de ningún tipo, sin remordimientos, nos sentíamos con derecho a eso y a mucho más.

Si examino ahora mi pensamiento de aquellos días, después de estos años pasados tan duros y reveladores, creo entender todo lo que ocurrió. Sencillamente, el viento sopló a mi favor, y de pronto los estudios sobre comportamiento animal interesaron a las autoridades, del mismo modo que los habían despreciado y casi prohibido unos pocos años antes. En este sentido, me sentía seguro y tranquilo, y no me importaba demasiado el uso posterior que se pudiera dar a mis estudios. Podría iniciar aquí el debate sobre la responsabilidad del científico, pero no lo haré, porque es una polémica larga y compleja, y que con mucha probabilidad no nos llevaría a ningún lado. Ya Charles Darwin escribió que un científico no debía tener deseos ni afectos, sino tan solo un corazón de piedra. Y mi actitud era parecida: yo cultivaba la ciencia, y lo que después se hiciera con ella no era de mi incumbencia. Del mismo modo que el fabricante de cuchillos no debe sentirse culpable si estos, en última instancia, se utilizan para acuchillar o destripar al prójimo.

El profesor Fritz Knoll me respaldó y ejerció su poderosa influencia sobre Fritz von Wettstein, director del Instituto del Káiser. Como Knoll, Wettstein estaba convencido de la necesidad de una política racial efectiva, y llevaba a cabo importantes experimentos genéticos con los briófitos, con la intención de poder extraer conclusiones más generales. De los musgos a los hombres, se podría decir, de una manera muy somera. Ambos Fritz denunciaron a Hans Leo Przibram, el director del Vivarium (que es como conocíamos el acuario de Viena) y miembro de una familia judía de mucho renombre en la ciudad. Aquello me sorprendió sobremanera, o por decirlo así fue la primera gran sorpresa de aquellos años de tantos cambios, porque Przibram había dedicado su fortuna personal a mejorar aquellas instalaciones, que sin duda alguna eran de las más importantes de Europa. Además, Przibram pertenecía a la burguesía judía culta liberal, con su creencia incondicional en el progreso y su apertura a todos los éxitos del arte y de la ciencia. Entre sus

familiares más directos estaban los juristas Joseph Unger y Josef Schey, y el químico Adolf Przibram, personas estimadas y muy notables, verdaderas eminencias. El mismo Hans Leo Przibram era un poeta talentoso, con un profundo sentimiento social y solidario, y como científico estaba muy interesado en las aplicaciones técnicas de la ciencia. Estuvo involucrado en la invención de una batería galvánica, con la que, a principios de los años ochenta, iluminó su residencia. De esta manera, «el judío Przibram», que era como se le conocía en Viena, fue de los primeros, si no el primero, en tener luz eléctrica. Un personaje tan rico como admirable, un auténtico mecenas y hombre de ciencia.

Pero, sin duda, donde Przibram demostró su carácter filantrópico, fue adquiriendo con su fortuna personal aquellos acuarios viejos y semiabandonados de Viena, donde tantas veces yo había acudido a estudiar los hábitos de los peces. Era un palacete algo versallesco, como si en su interior se conservaran los más grandes tesoros de la humanidad. Przibram invirtió en él un capital enorme para recuperar su buen uso, y con las condiciones más modernas y favorables para la salud de los peces. Cada acuario reproducía un hábitat diferente, con su flora y fauna; y no solo el de los estanques y ríos de Austria, sino también ecosistemas marinos, algunos incluso de aguas tropicales. Por tanto, poder contemplar, en el corazón de la bella Viena, en el centro de aquella ciudad bañada por el resplandeciente Danubio, la fauna multicolor y arrebatadora de un arrecife de coral era todo un espectáculo cautivador e indescriptible, y las colas fuera del acuario eran largas, llenas de escolares alegres y de turistas expectantes. Entre las salas más visitadas de aquel centro figuraba la de los animales teratológicos, aquellas deformidades de la naturaleza que nos indicaban lo poco que se necesita para que de golpe, sin esperarlo, aparezca un monstruo. Aquello siempre me había interesado, y cómo el incesto continuado era a menudo la causa de aquellas deformaciones, cómo existían genes buenos y genes malos, cómo la endogamia era causa de graves problemas de desarrollo y cómo en última instancia la pureza de la sangre era un tesoro biológico muy preciado. No imaginaba Przibram que aquella sala, que tantas alegrías le había reportado, también significaría, y en tantos sentidos, su desgracia.

A Przibram se le expulsó del Vivarium y del Instituto asociado, y

se le prohibió la entrada. Al mismo tiempo, también se le desalojó de su casa, que se vendió al mejor postor, con muebles y biblioteca, por una miseria. Fue un robo en toda regla, en el que participó directamente el rector Knoll, que se apropió de buena parte de la biblioteca, y la primera gran herida de las muchas que sufriría mi conciencia. Aquel saqueo a una persona tan íntegra y generosa me conmovió y me molestó profundamente. Con Przibram había mantenido interesantes charlas sobre la relación de la temperatura con el metabolismo, y el admirado y querido amigo Karl von Frisch, que estudiaba el comportamiento de las abejas, era su discípulo directo.

La deportación de Przibram al campo de concentración de Theresienstadt me dolió, pero no afectó a mi trabajo. He de decir que nunca he sido un antisemita declarado, pero tampoco he sentido simpatía, ni incluso lástima, por el pueblo judío. Me molestan todas las religiones, y la judía no es ninguna excepción. No puedo tragar a los sacerdotes y aún menos, si soy sincero, a los rabinos, con sus barbas extravagantes y sus narizotas espantosas. Todos ellos son propagadores de dogmas odiosos, de credos anticientíficos, de paparruchas místicas, y por poco que les dejes, enemigos peligrosos de la ciencia y del cultivo empírico. En cualquier caso, pensé que era una gran pérdida desaprovechar un cerebro tan privilegiado como el de Przibram. Había sido un gran benefactor de la sociedad, y la providencia se lo recompensaba de aquella manera, enviándolo, a él y a su bondadosa esposa, a un campo de concentración.

El rector Knoll lo persiguió de manera implacable, como a buena parte de los trabajadores del Vivarium, también judíos, y en pocos días despidió a más de una docena, que acabaron todos deportados. Aquellos que durante años se encargaron de administrar la vida en el Vivarium, y de hacer de aquel centro un lugar dedicado a la ciencia y a la belleza, acabaron consumiéndose uno tras otro en los campos de concentración. El rector Knoll también despidió a cerca de trescientos profesores de la universidad por ser judíos o tener algún antepasado semita: nunca se había producido una persecución de este calado en la Universidad de Viena. *A priori*, para estar libre de toda sospecha se tenía que demostrar que no se contaba con ningún ascendente judío hasta antes del año 1750, y

una parte muy significativa de los docentes no pudo testimoniar aquel exigente nivel de pureza. Algunos descubrieron, con sorpresa y angustia, un bisabuelo o una bisabuela judía y tuvieron que abandonar la universidad por impuros.

En mi descargo, comandante, puedo decir que intenté hacer cambiar de opinión al rector Knoll. Me lo había encontrado en el vestíbulo de la universidad y me había saludado con mucha cordialidad. Poco antes había leído en el tablón de anuncios un nuevo cartel, con la esvástica, que rezaba: «Cuando el judío escribe en alemán, miente; en el futuro, cuando publique en lengua alemana, se deberán calificar sus libros como traducciones del hebreo». Aquello me hizo pensar en el malogrado Przibram, y en cómo de injustas resultaban aquellas palabras en su caso, un gran científico que tan bellos conocimientos había comunicado en nuestra lengua. Por este motivo le pregunté al rector por Przibram, si no podía hacer nada por él. Me lanzó una mirada fría, desde aquella cara imberbe, de niño grande. Y no me contestó. Me ninguneó por completo. Claramente, mi pregunta lo había enojado, seguramente porque no se la esperaba de un nacionalsocialista convencido como yo. Aun así insistí, diciendo que se debería hacer una excepción con alguien tan valioso como él, que tan bellas obras había escrito en nuestra lengua. Knoll me contestó muy molesto:

—¿Acaso no ha leído el cartel? ¡Cuando el judío escribe en alemán, miente! ¡Sistemáticamente! En realidad, traduce del hebreo. ¡No piensa en alemán! ¡Y por ese motivo, todo judío es un traidor en potencia!

En seguida me arrepentí de haber sacado el tema. Entonces, calmándose un poco, me dijo:

—¿Conoce al profesor Eduard Pernkopf? ¿Al nuevo decano de la Facultad de Medicina?

¿Cómo no lo iba a conocer? Había sido profesor mío de anatomía, y tan solo hacía unos días que había asistido al acto inaugural de inicio de curso, donde Pernkopf, ya elegido decano y vestido de uniforme, había pronunciado un discurso emocionante, abogando por la higiene racial y la inmediata esterilización de los individuos racialmente inferiores. Había comenzado el parlamento con un «*Heil Hitler!*», y congratulándose de que un hijo de Austria como el Führer hubiera llevado a cabo la reunificación de los

pueblos alemanes. Y lo finalizó expresando, desde la profundidad de su corazón, su adhesión al nacionalismo y tronando desde lo alto del escenario: «*Adolf Hitler, Sieg Heil!, Sieg Heil! Sieg Heil!*». Aquel entusiasmo nos puso a todos en pie y secundamos su saludo, todos a una voz, todos como un solo hombre.

—Lo primero que ha hecho Pernkopf al ser elegido decano —me contó el rector— ha sido expulsar a todo el profesorado judío. ¿Sabe a cuántos ha expulsado Pernkopf? ¡A 153 de 197 profesores! Entre ellos, tres premios Nobel. ¡La Facultad de Medicina estaba infestada de judíos! ¡Estoy muy contento con Pernkopf!

El rector, bajando un poco la voz, añadió:

—Al mismo tiempo Pernkopf está realizando un excepcional atlas de anatomía, con unas láminas inigualables, por su rigor y belleza. Será una verdadera obra maestra.

Dudó un momento, miró en torno suyo, y añadió, bajando aún más el tono de voz:

—En confianza, le revelaré que ha comenzado a utilizar cuerpos de opositores al régimen que le proporciona la Gestapo. Hay de todo, pero sobre todo activistas políticos y también algunos judíos. A veces, incluso se retrasa alguna ejecución para que el equipo de dibujantes y artistas tenga algo de margen y no se le acumule tanta faena. Los cuerpos de estos ejecutados son de particular interés para los anatomistas, ya que son en general de jóvenes y están muy frescos. Ya ve, amigo mío… Pernkopf ha sabido conciliar la ciencia y el arte, y está creando una obra inmortal que será patrimonio de toda la humanidad.

Y me miró como diciendo: ¡este es el camino! ¡No me venga ahora con remordimientos! Hay que fortalecer ese corazón. Eso es lo que espero de usted. Esta es nuestra gran oportunidad de cambiar las cosas para siempre. Y añadió:

—Tenga la certeza de que en cinco o seis años nadie recordará a Przibram. ¡En cambio, nuestros nombres pasarán a formar parte de la gloria de la ciencia alemana!

Intento imaginarme a Przibram vestido de reo, con la estrella amarilla en el pecho, arrastrando un pico y una pala, trabajando en una cantera, tras una carretilla, y no puedo. Era un verdadero caballero, con su bigotito perfectamente recortado y sus ojos cálidos y bondadosos, algo irónicos, como quien mira la vida con un

escepticismo congénito. Quizá precisamente por haber nacido judío. Pero el destino es ignoto y nunca estás suficientemente avezado para sus giros inesperados. El recuerdo de aquel filántropo de la ciencia aún me hiere el corazón. ¿Podría haber hecho algo más por él?, me pregunto con inquietud siempre que lo recuerdo. Puede que sí, aunque eso hubiera supuesto poner en riesgo mi carrera científica. Algo que no estaba dispuesto a hacer. Por tanto, como decía el rector Knoll, tenía que acostumbrarme y endurecer el corazón, y procurarme lo antes posible una máscara.

No hice nada por Przibram. Por lo que pude averiguar poco después, murió de agotamiento, debido al rigor de los trabajos forzados a los que fue sometido. Su mujer, al conocer su muerte, se suicidó, envenenándose. No sé más.

4

El congreso

El profesor Jaensch me indicó:

—Por favor, profesor, tómese el tiempo que necesite. Sus ideas son del máximo interés para el auditorio aquí presente. Estoy seguro de que a nadie le importará que se exceda del tiempo acordado.

Se oyó un murmullo de aprobación general. Me habían invitado a hablar en el Sexto Congreso de Psicología Alemana, en Bayreuth, y ya hacía unos cuantos minutos que había agotado el tiempo de mi intervención, de título «Las consecuencias de la domesticación sobre el instinto de los animales y su significado psicológico». Vestía un traje de corte muy elegante, con un cuello almidonado y una corbata de *tricot* azul marino, y en el ojal de la chaqueta la rutilante insignia de la cruz gamada. El profesor Erich Rudolf Jaensch, una de las más importantes personalidades de la escuela de psiquiatría alemana, tenía los cabellos muy blancos y un elegante bigote también blanco. En el ojal de la americana portaba la insignia de la cruz gamada, como muchos de los allí reunidos: pertenecía al partido desde los años veinte y era uno de los más firmes defensores del nacionalsocialismo. También lucía en la corbata una aguja con un botón bermejo, que hacía juego con la insignia y marcaba su estatus de honorable profesor distinguido. En su alocución inaugural había cargado duramente contra el psicoanálisis judío y había animado a los asistentes a perseguir la verdad de una manera científica, tal como hacía Adolf Hitler.

En mi intervención, ante casi trescientos participantes, había hablado de cómo el hibridismo produce la degeneración de la raza y cómo se debía evitar la mezcla de sangre aria con la de otras razas, especialmente con otras razas inferiores. Había proyectado algunas imágenes de ejemplares teratológicos (algunas procedentes del

acuario de Viena, recogidas por el malogrado Przibram: evidentemente oculté a los asistentes su autoría) y un dibujo de la degeneración de los animales domésticos. Había explicado las alteraciones corporales que se manifiestan de manera regular durante el curso de la domesticación de los animales: la atrofia muscular progresiva y la adiposis, con el consecuente descendimiento del vientre, y el acortamiento de la base del cráneo y de las extremidades. Aquello había producido un silencio profundo en la sala, roto después por unos aplausos fuertes, entusiastas. Mi exposición les había sorprendido tanto como fascinado, y había quedado perfectamente integrada en el lema central del congreso «Carácter y educación». Quedaba claro que si se perdía el pulso de la raza la educación se convertía en casi un imposible. Porque, además, aquello tenía unas consecuencias capitales en la tarea de la crianza de los hijos:

—La solicitud maternal y la intervención desinteresada y valerosa en pro de la familia y la sociedad se ven también altamente afectadas. De esta manera, cuanto más impura y corrompida es la sangre, mayor es el grado de desatención parental.

Ante mí los capitostes del congreso, sentados en la primera fila, daban grandes cabezadas de conformidad y gestos de asentimiento. Mi intervención les estaba fascinando.

—Por tanto, resulta notoriamente falso el dicho que afirma que el hombre es igual por naturaleza. ¡Nada más alejado de la verdad! Hay hombres con buenos genes y otros con genes defectuosos. Es una realidad que hay que afrontar y que hay que solucionar, antes de que los genes malos corrompan nuestra sociedad. Si existen factores mutagénicos, su identificación y eliminación sería de la máxima importancia para la protección de la raza. La continua aparición de personas con deficiencias constituye un peligro para el pueblo incluso aún mayor que el de la mezcla con razas extranjeras.

Recibí nuevos aplausos. El profesor Jaensch concedió el turno de palabra a los asistentes, a pesar de que me había excedido bastante del tiempo convenido. Se alzaron en seguida diferentes manos. Jaensch señaló al profesor Narziss Ach, miembro del comité organizador del congreso. Era un hombre imponente, con unos ojos de un azul transparente, unas cejas espesas e hirsutas, una barba en forma de pera, y una gran y profunda cicatriz que le cruzaba la

mejilla derecha.

—Sus investigaciones me han resultado muy oportunas y de gran interés, y lo felicito efusivamente —dijo, con tono seco y rotundo—. Nadie habría dicho nunca que del comportamiento animal se pudieran obtener unos resultados tan valiosos, en especial para el pensamiento nacionalsocialista. Las cuestiones que usted ha abordado, desde un planteamiento puramente empírico, ya han estado expresadas por nuestro Führer en diversas ocasiones.

El profesor Walter Poppelreuter, que vestía el uniforme de las SA, lo interrumpió diciendo:

—¡Nuestro Führer es un gran psicólogo!

Aquello produjo un aplauso general. El profesor Poppelreuter era muy respetado, porque había trabajado con los heridos de la Primera Guerra Mundial y desarrollado diversos test de aptitud. También había sido un defensor del nazismo mucho antes de la *Machtergreifung*, es decir, de la llegada de Adolf Hitler a la cancillería. El profesor Ach esbozó un gesto de aprobación, aunque la intervención de Poppelreuter lo había importunado un poco. Continuó:

—Por lo que he entendido, usted es partidario de la eugenesia, tanto de la positiva como de la negativa.

—Sí, profesor Ach —contesté, poniendo en mi voz una entonación con la que deseaba indicar el gran respeto que sentía por él—. Cuando una célula tumoral se instala en nuestro cuerpo, la única manera eficaz de acabar con ella es extirpándola de raíz. Por tanto, hay que extraer a los individuos que ponen en riesgo la salud de nuestro pueblo y, sobre todo, el futuro saludable de nuestra raza. Lo que se conoce como eugenesia negativa. Pero también hay que vigilar el emparejamiento de procreadores sanos, es decir, estimular una eugenesia positiva. Hay que evitar la reproducción de los tarados, de los idiotas, de los seres inferiores, y sobre todo la mezcla de razas, por el bien de la salud del pueblo alemán.

Aquello produjo nuevos aplausos generalizados. Entonces añadí, con un velo de emoción en la voz:

—*Meine Herren!* Mi padre, que lleva orgullosamente el nombre de pila de nuestro Führer, ya escribió un tratado científico sobre la acuciante necesidad de la eugenesia. En su trabajo hay ejemplos

incontestables, que refuerzan la necesidad de actuar rápidamente para que esta peste, este cáncer, no se extienda de tal manera que sea después irreparable. Una vez lo hemos detectado, no lo podemos dejar escapar, porque después se mezcla en el acerbo genético de nuestro pueblo y ya resulta casi imposible de localizar, hasta que aparece de nuevo, con renovada energía y capacidad de destrucción. ¡Y, entonces, ya es demasiado tarde!

En aquel momento, el profesor Otto Selz alzó la mano. Era un hombre menudo, de mirada viva y nariz ganchuda. Su presencia había sorprendido y desagradado mucho a los asistentes, por ser judío. Nadie se lo esperaba ni nadie sabía muy bien cómo había podido viajar hasta Bayreuth, pasando todos los controles y filtros policiales. Aún no había sido expulsado de la Sociedad Alemana de Psicología, porque había sido uno de los socios fundadores y, a pesar de que lo veían como una gran provocación, nadie había osado cerrarle el paso, ni tampoco negarle la palabra. Otros miembros judíos, como William Stern o David Katz, habían renunciado voluntariamente para evitar males mayores, pero no había sido el caso de Selz, que era un hombre tan valiente como orgulloso. En realidad, conservaba aún una pizca de autoridad en aquella Sociedad, que quería demostrar cierta ecuanimidad científica; una Sociedad que Selz había ayudado a crecer con su esfuerzo y trabajo abnegado. Con su voz aguda, me dijo:

—Si me lo permite, profesor, no creo que sus experimentos sean determinantes de nada, ni muestren gran cosa. En realidad, el concepto de degeneración es muy cuestionable. Además, me parece que plantea un problema moral irresoluble. ¿Quién decide quién es el retrasado? ¿Quién decide a quién se debe eliminar? ¿Y si decidimos eliminar a todos los miopes, por ejemplo? También la miopía es hereditaria y quizá si la dejamos prosperar podríamos acabar todos ciegos.

Aquellas palabras produjeron mucho revuelo. Hay que convenir que el profesor Selz era muy audaz no solo por presentarse, sino también por exponer tan claramente su pensamiento y sus objeciones. Le contesté, con autoridad, como quien muestra una verdad irrebatible, pero repitiendo de nuevo los mismos argumentos:

—Las mujeres deben comenzar a concertar buenos matrimonios.

Hay que evitar que procreen con portadores de enfermedades hereditarias. La miopía no es un problema grave, y se puede subsanar fácilmente. Pero hay otras plagas que resultan mucho más peligrosas. Los portadores de alguna enfermedad grave hereditaria se deberían presentar voluntariamente para ser esterilizados, por la salud del *Volk*. También hay que evitar mezclarse con otras razas. «Lo igual solo se tiene que cruzar con lo igual», como decía el sabio profesor Ludwig Büchner. ¡Tanto entre los pueblos humanos como entre las plantas y los animales!

Otto Selz soltó una risita sarcástica, claramente nerviosa, y preguntó, con cierta perplejidad, enarcando las cejas:

—¿Quiere decir que mi esposa se equivocó casándose conmigo, profesor? Porque somos de razas distintas…

Aquello produjo un nuevo y aún mayor alboroto en la sala. Las leyes de Núremberg se habían aprobado en septiembre de 1935, y en ellas se prohibía terminantemente el enlace de un ario con un judío, o cualquier tipo de relación sexual. La pena se castigaba con prisión. ¿Qué quería que le contestara? ¿Que aprobaba y respaldaba aquella ley? El general de brigada Hans von Voos hizo un aspaviento: era un hombre profundamente religioso y aquellas cosas le desagradaban. Representaba a la Wehrmacht en la asociación y no era antisemita; sencillamente, se encontraba muy incómodo con aquella situación. El profesor Selz era uno de los más importantes seguidores de la psicología cognitiva, una figura respetadísima antes de la llegada de los nazis al poder, y todo aquello era molesto y posiblemente innecesario. Hans von Voos no era partidario nunca de crear situaciones violentas, y lo que estaba sucediendo faltaba al decoro, del que él era siempre un firme defensor. Por otra parte, mi referencia a Ludwig Büchner era claramente intencionada, y había producido su efecto positivo en la sala. Büchner había sido uno de los grandes valedores del darwinismo en Alemania y había mantenido correspondencia con el naturalista inglés.

Me vi obligado a intervenir de nuevo, me encontraba en una situación débil y sentía la boca seca:

—Aquí tan solo estamos ofreciendo ejemplos generales. Después cada caso concreto merece un examen más concienzudo y pertinente, que será realizado por diferentes comisiones especializadas. Nuestro deber como científicos es mostrar los hechos

tal y como son, y acto seguido el Gobierno es quien debe actuar, como mejor le parezca.

El profesor Jaensch también se vio forzado a decir algo, mientras ensayaba una larga cara de circunstancias. Hacía años, había defendido la tesis doctoral titulada «Sobre el análisis de las expresiones faciales» y se podría decir que su expresión en aquel momento quería sugerir al mismo tiempo comprensión y cansancio, irritación y autoridad, dulzura y contundencia. Pero, sobre todo, era una cara que reflejaba decepción y algo de asco.

—Profesor Selz, créame que no es este el lugar para polemizar sobre estas cuestiones, que se alejan de la ciencia y entran en el reino de la política…

Aquel hombre tan pequeño, pero al mismo tiempo tan angustiado, rebatió aquellas últimas palabras, y mirando enérgicamente a Jaensch, de quien era amigo desde hacía muchos años, exclamó:

—¡Precisamente, profesor Jaensch! ¡Pensaba que esta era una sociedad *cien-tí-fi-ca*! Como bien sabe, hace cinco años me expulsaron de mi cátedra de la Universidad de Mannheim. ¡Y no por una cuestión *cien-tí-fi-ca*, sino exclusivamente *po-lí-ti-ca*! ¿Ahora tampoco me permitiréis hablar en la Sociedad que he ayudado a fundar y consolidar? ¿Ahora también me privaréis aquí, en la que ha sido mi casa durante tantos años, de expresar mi parecer y poner objeciones del todo pertinentes? ¿Adónde quieren llevar la psiquiatría alemana? ¿No se dan cuenta de que la están destruyendo? ¿Nos tendremos que exiliar los que no pensamos igual? ¿Como ya ha hecho el profesor Krueger, uno de nuestros grandes referentes? ¿O el profesor Köhler, que se ha afincado en Pensilvania? Pero ¿por qué? ¡Yo me siento profundamente alemán y no quiero abandonar la que considero mi patria! ¿Por qué tengo que dejar mi país? ¿Alguien me lo puede explicar racionalmente? Porque, digo yo, en eso consiste la ciencia, ¡en rebatir argumentos con el uso de la razón!

Y dirigiéndose a mí, me espetó:

—Un antiguo profesor suyo, y miembro destacado de esta asociación, el profesor Karl Bühler, que si no estoy equivocado le impartió clases de psicología en la Universidad de Viena, fue arrestado por el simple hecho de estar casado con una mujer judía.

Suerte que ha podido exiliarse a Londres. ¿También hizo mal el profesor Bühler con aquel matrimonio mixto e impuro?

Yo había sido asistente de Bühler y había seguido con el mayor interés y placer sus seminarios sobre el instinto animal. De hecho, su salida forzada me había despejado el camino para ocupar su sitio en la academia alemana. Me quedé callado sin saber qué contestar, pero adopté una actitud distante, como quien se ve obligado a soportar unos comentarios inoportunos, que no eran pertinentes y que se alejaban del objetivo real de mi intervención. Pero aquello no desanimó a Selz.

—El profesor Bühler merece mejor suerte, ¿no le parece? Tengo entendido que respaldó la carrera de usted siempre que se lo pidió.

Entonces, intervino Alfred Baeumler, un pedagogo famoso por sus opiniones duras e intransigentes. Era un hombre atlético, con la cabeza completamente afeitada, la mirada brillante y gesto hosco. Recordaba vagamente al Duce, por el aspecto y la gesticulación tan exagerada. Había escrito un libro sobre Nietzsche que había sido muy bien recibido por los nacionalsocialistas, donde concluía que «cuando gritamos *Heil Hitler!*, estamos diciendo al mismo tiempo *Heil Nietzsche!*». Alzándose ruidosamente de su asiento y amenazando con el índice al profesor Selz, prorrumpió, saliendo en mi auxilio:

—¡No mezcle las cosas, Selz! ¡Al profesor Bühler se le arrestó por sus sentimientos y manifestaciones antinacionalsocialistas y la propaganda comunista! Él no es judío, pero sí su esposa. Y por tanto su descendencia, manchada para siempre por la marca del judaísmo.

Y mirando a todos los congresistas, prosiguió, más enardecido a cada momento:

—¡Alemania tiene que decidir cuál quiere que sea su destino! Si ser una colonia romana, o ser la líder de Europa. ¡Alemania solo puede existir desde la excelsitud, desde la grandeza! ¡Y por eso hay que recuperar el espíritu y el orgullo de la Gran Guerra! ¡Y expulsar a todos aquellos traidores plutócratas que nos debilitan como pueblo y como patria! *Heil Hitler!*

Los asistentes se alzaron y con el brazo en alto gritaron también un estentóreo *Heil Hitler!* Yo también lo hice, mirando al profesor Selz, que se vio obligado a retirarse. Antes de abandonar la sala, me

lanzó una larga mirada, en la que expresaba mil cosas, pero, por encima de todo, su decepción. Había jugado su última carta, ante sus antiguos y queridos colegas, y había fracasado. Estaba ya completamente a solas, abandonado por todos.

Después del congreso, todos me felicitaron. Yo todavía me sentía muy incómodo por el inesperado altercado con Selz y por su alusión a mi profesor Bühler, uno de los intelectuales más sólidos y valiosos que he conocido. Sin duda, su pérdida era irreparable para la Universidad de Viena y para el estudio del lenguaje. Su mujer Charlotte también era una persona intelectualmente muy valiosa (iba a escribir *a pesar de ser judía*): hija del arquitecto Hermann Malachowsky, había estudiado ciencias naturales y humanidades, y después había destacado como una importante psicóloga infantil, con mi paisana Hildegard Hetzer como colaboradora. Impartía clase en la Universidad de Viena, y también seguí alguna de sus lecciones, brillantes y exclusivas, sobre la psique infantil. Su máxima para la educación de los niños era: «Todo por amor, nada por la fuerza».

Entre los congresistas que me felicitaron estaba Walter Jaensch, hermano de Ernst Rudolf y miembro del partido y Oberscharführer. También era psiquiatra y antropólogo, investigador en la Facultad de Medicina de Berlín, y uno de los más importantes defensores de la eugenesia. Un hombre con aspecto pulcro e inmejorable, rubio y con unos ojos azules como turquesas. Un auténtico caballero.

—¡He sentido mucha vergüenza, mucha vergüenza! ¡Como osa esa rata judía presentarse aquí y reprocharle nada! ¡Demasiada paciencia ha tenido, *Herr* profesor!

Me encontraba muy incómodo, porque en el fondo también admiraba el trabajo del doctor Selz y sus opiniones me hacían dudar de las mías. Sentía una sensación agridulce. Por primera vez, había expuesto mis ideas científicas sobre la eugenesia y había sentido, también por primera vez, el riesgo evidente que comportaban.

—¡Espero que alguien dé buena cuenta a las SS de lo sucedido! —añadió, haciéndome entender que él haría lo necesario para que así fuese y no se volviese a repetir una escena tan lamentable.

Ahora podría intentar exculparme y decir que procuré disipar

aquella idea de la cabeza de Walter Jaensch, pero no fue así. Era un hombre que imponía, de una arrogancia excesiva, pero que él sentía como legítima: durante la primera guerra había servido en el frente como veterinario, y su valor le había reportado una cruz de hierro. Era un héroe, y estaba plenamente convencido de la rectitud de sus actos y de que si habíamos perdido la Gran Guerra había sido por viles traidores como Selz.

—De todas formas, profesor, yo soy más partidario de la ortogénesis que de la eugenesia, porque gran parte de los individuos con defectos genéticos tienen un aspecto muy saludable y es muy complejo dilucidar estas taras. Por tanto, hay que dirigir la natalidad, buscar emparejamientos seguros, guiar a nuestros ciudadanos en el momento de escoger pareja y no permitir ciertos matrimonios. Selz ha tenido hijos con una alemana aria: una descendencia para siempre contaminada de una manera irreparable. Lo mismo se puede decir de Bühler. Con un Gobierno vigilante se evitaría desaprovechar la buena sangre aria, y se podrían dirigir con lógica y provecho los impulsos genésicos de nuestro pueblo.

Solo pude darle la razón en todo. Y ahora solo puedo reconocer con pesar y vergüenza que no hice nada cuando a los pocos días los hombres de la Gestapo encarcelaron al profesor Selz, ni cuando poco después fue enviado a Auschwitz, donde desaparecería para siempre. Ni yo ni ninguno de sus viejos y doctos colegas quiso saber nada más de él.

5

La cátedra

El día que me afilié al partido, redacté este escrito de solicitud:

> Soy un científico y pensador austríaco, además de nazi. Entre los científicos, pero sobre todo entre los estudiantes, he desarrollado una intensa actividad de promoción del nazismo, que ha resultado de gran éxito, demostrándoles la imposibilidad biológica del marxismo. Esto ha motivado a muchos estudiantes míos a convertirse al nazismo y transformarse a su vez en activos defensores de la doctrina nacionalsocialista. Durante mis numerosas giras de conferencias, he llevado a cabo la mejor difusión posible del ideario nacionalsocialista, y he denunciado, con todas mis fuerzas, las mentiras aireadas por la prensa internacional judía. Finalmente, puedo decir que todo mi trabajo científico se encamina a trabajar en los aspectos sociopsicológicos del pensamiento nacionalsocialista.

Cuando pienso en estas palabras me doy plena cuenta de su irreparabilidad. Cuando las escribí nunca imaginé que podrían llegar a tener el escabroso sentido que tienen hoy. Todo lo que representan, todo lo que significan, todo lo que simbolizan. Quizá, en mi descargo, comandante, puedo decir que son un poco exageradas, escritas para causar buena impresión al comité evaluador del
NSDAP
, porque ni tenía tantos acólitos a los que adoctrinar ni había impartido tantas conferencias por el mundo (¡«giras de conferencias»!, como si fuera una estrella de la música). En cuanto a lo de la prensa internacional judía, era el mantra del momento, y no podía faltar en ninguna declaración de exaltación nacionalsocialista.

Sea como fuere, no lo negaré ahora, celebré la invasión de Polonia, y la ampliación del espacio vital para el pueblo alemán. El 1 de septiembre de 1939 brindé con mi padre y mi familia por el gran futuro de la nación alemana. Y también por un nuevo hijo que venía en camino: una sorpresa que colmó de felicidad a mi padre, porque, sin haberlo expresado abiertamente, pensaba que con solo dos hijos me quedaba un poco corto, y no cumplía con mi deber genésico hacia mi pueblo.

A principios del año 1940, publiqué un artículo en una prestigiosa revista de biología. En él criticaba los puntos de vista de dos autoridades del nazismo que eran del todo refractarias a la teoría evolutiva. Mi aproximación no fue tanto demostrar la veracidad incontestable de la evolución, sino el hecho evidente para mí de que el evolucionismo y el nazismo eran compatibles, y que esta ideología era la más conveniente para el análisis evolutivo de la naturaleza, tal como había expresado en mi nota de afiliación. Si la unidad esencial biológica era la pureza de la raza, resultaba obvio que el evolucionismo tenía más que ver con el nacionalsocialismo que con el comunismo. Esta última doctrina se basaba en unos supuestos intelectuales que a mi parecer eran contra natura. Por tanto, se tenían que seguir preceptos darwinistas para purificar el legado biológico de la raza aria, y conducir el esfuerzo hasta sus últimas consecuencias.

El rector Fritz Knoll me felicitó por el artículo. Me había llamado a su despacho de la universidad, donde ya se exponía su deslumbrante retrato vestido con todas las ínfulas académicas: había amasado un poder inmenso y cada vez se mostraba más soberbio y engreído. Sin embargo, me consideraba de alguna manera su protegido y deseaba compartir conmigo sus ideas, y posiblemente también mostrarme un poco de su gloria. Y eso siempre es agradable: quiero decir, constatar el gran poder que atesora tu mentor. Te obliga, naturalmente, a prestarle atención, incluso con algo de turbación por tener el honor de ser el receptor de sus importantes confidencias, tan decisivas para tantas personas.

—Los conceptos cristianos y nacionalsocialistas son incompatibles, porque estos últimos se basan en fundamentos científicos —me dijo al inicio de la entrevista.

Estaba totalmente de acuerdo. No obstante, el rector esbozó un

gesto de contrariedad y continuó:

—Sin embargo, el hombre necesita creer en algo, necesita tener un gancho espiritual. Hay que hacerle entender que lo que llamamos Dios o Todopoderoso es la fuerza que mueve todos los cuerpos en el universo, según leyes naturales…

Yo lo miraba algo escéptico. De pronto, dejó de hablar y fijó su mirada en mí, con sus ojos vivos como centellas. Una mirada que inspiraba temor, aquella que no había vacilado en acabar con el profesorado judío de la universidad, aquella que no había temblado cuando se había extirpado de cuajo a la poderosa familia Przibram. Entonces me espetó, con cierta agresividad:

—Doctor, usted es un materialista puro, y lo respeto. Pero el pueblo no tiene su inteligencia… Necesita creer en algo, y más en estos días difíciles y de prueba que nos aguardan. Nadie desea escuchar que no hay vida después de la muerte. Por tanto, ¿por qué no pensar que es la energía presente en la materia el elemento susceptible de ser deificado? Hay que homenajear a la naturaleza, y al Dios que ha creado todas las cosas, hay que propugnar ese panteísmo natural, con el fin de alejarnos cuanto sea posible de la liturgia cristiana. Hacer pensar a nuestros hombres que uno se mantiene vivo después de la muerte gracias a nuestros hijos, que estamos presentes en ellos, y así también alentarlos todo lo posible a reproducirse, cuantos más hijos mejor… En fin, hay que socavar como sea el poder del obispo Von Galen que, a pesar de haber jurado lealtad al régimen, nos critica sin pausa.

El rector Knoll quería cambiar una religión por otra: la cristiana por la *Gottgläubig*.

—Y dentro de esta veneración por la naturaleza la raza aria es su gran valedora. Por el contrario, la judía representa la corrupción de todo lo natural, el bolchevismo y la plutocracia…

Escuchaba intrigado a mi amigo. ¡Con qué facilidad conseguía reunir en aquel gran cajón de sastre a judíos, comunistas y capitalistas! Y ahora también quería incluir a los cristianos. Lo miraba admirado, como gesticulaba, como agitaba sus manos menudas, y como relucía el anillo de oro, con un blasón, y lanzaba reflejos por la estancia.

—Se preguntará por qué le he hecho llamar… ¡Si para hablarle de todas estas cuestiones tan abstrusas!

Se rio divertido.

—¡Pero tan necesarias! —apostilló, moviendo de nuevo las manos por encima de la cabeza y sin pasar aún al nudo de la cuestión.

—Sé de buena tinta que Martin Bormann está trabajando esta idea que le acabo de exponer. Hay que desarrollar el pensamiento científico, el Tercer Reich tiene que ser fruto de la ciencia, pero al mismo tiempo resulta imprescindible buscar un sustituto espiritual al cristianismo. ¿Entiende lo qué quiero decir?

En efecto, comenzaba a preguntarme para qué me había llamado. Bormann era el cabecilla de la Parteikanzlei, es decir, de la Cancillería de Hitler, y un hombre ambicioso y con un inmenso poder, además de ser un enemigo declarado de la Iglesia católica. Mi amigo lo sabía, y buscaba posicionarse, y hacer algunos movimientos que le resultaran de interés a Bormann. El poder siempre busca al poder para perpetuarse en él: son dos imanes que se atraen desde siempre.

Entonces intervine, casi por no dejar de aportar alguna cosa a aquel discurso:

—Ernst Haeckel no estaba seguro de que Jesucristo hubiera existido. Y coincidía con Chamberlain en que, en todo caso, sus rasgos no serían semíticos, sino arios…

Para mi sorpresa, aquello exasperó a Knoll.

—¡Sí, sí, aquella historia de que Jesús sería hijo de un legionario romano! Y María una adúltera impostora… ¡Un desmadre demasiado complicado, amigo mío! Dejemos a Chamberlain tranquilo, con sus tesis incomprobables. Por tanto, estaría bien que buscara desarrollar esta idea. ¿Qué le parece?

—¿Qué idea? —pregunté, con la perplejidad de haber perdido el hilo.

—¡La de un panteísmo natural que pudiera sustituir al cristianismo!

En realidad, me parecía mal. Siempre había pensado que en el nacionalsocialismo latía una veleidad de panteísmo y que aquello era un grave error, porque, evidentemente, era una manera de restar poder a la ciencia, de minar su credibilidad. El pensamiento científico debe estar libre de dogmas, y para combatir uno no se debe inventar otro. Como advertía Adolf Rein, rector de la

Universidad de Hamburgo, la ciencia no se puede controlar ni desde arriba, ni desde abajo. Y, por supuesto, no sabe de culturas ni nacionalidades. Y, sin embargo… Y, sin embargo, seguí el juego de Knoll.

—Rector, hay que desarrollar una ciencia alemana, que se aleje cuanto pueda de la ciencia judía…

Afortunadamente, estas palabras agradaron a Knoll. Y si cabe aún más las siguientes que pronuncié:

—Haeckel ya defendió que los arios eran los mejor adaptados al medio, y que se debía impedir la reproducción de los enfermos mentales. Lo que más admiraba de Esparta era cómo eliminaban a los recién nacidos con alguna tara, después de una cuidadosa inspección… Haeckel recomendaba a los alemanes seguir el ejemplo de los espartanos con el objeto de perfeccionar la raza.

—¡Así es! ¡Así es! Y la ciencia alemana está apestada de judaísmo, que hay que erradicar de raíz —añadió, moviendo enérgicamente la cabeza—. Hay una física judía, y una alemana, y una psicología judía y una alemana… Hay que depurarlo todo, lo antes posible, antes de que sea demasiado tarde. El conocimiento no es suficiente, debemos utilizarlo. ¡Los buenos deseos no conducen a ninguna parte, hemos de actuar!

Entonces, lo adulé un poco, reconociendo en sus últimas palabras una cita de Goethe:

—Ha hecho un gran servicio a la Universidad de Viena y ha *actuado* valerosamente… ¡Como advertía Goethe! Una labor tan admirable como complicada y enojosa de llevar a cabo.

Aquello le hizo sacar pecho.

—¡Ah, no ha sido nada fácil…! Muchos de los destituidos eran viejos compañeros y amigos míos. Pero no me ha temblado el pulso. Como tampoco he tenido dudas de expulsar a los estudiantes inadecuados, ¡que han sido más de dos mil! Porque hay que librarse de sentimientos si de veras queremos salvar nuestra patria y nuestra sangre. Como hacían los espartanos. ¡A nadie le gusta sacrificar a un bebé porque tenga labio leporino! ¡Pero hay que hacerlo! ¡Sin dudar ni un segundo!

Se hizo un silencio. ¿Por qué me había hecho llamar? ¿Para ponerme a prueba? ¿Aún coleaba mi defensa de Przibram y me quería sondear? Knoll me miró fijamente, y cambio el tono de voz

por uno más reflexivo.

—Creo que es de la máxima urgencia que encuentre una posición estable en la universidad para que pueda desarrollar sus ideas…

Tosió tímidamente. El corazón me batía con fuerza. ¿Qué me iba a proponer?

—Sus ideas que son las mías… —añadió, por si había alguna duda.

¿Me iba a proponer una plaza en la Universidad de Viena? Entonces, bajando el tono de voz, dijo, como quien revela una confesión indiscreta:

—Está libre la cátedra de Kant…

¿Libre? ¿Dónde?

—¡En Königsberg! La mítica cátedra de Immanuel Kant…

¡El rector me estaba ofreciendo una plaza en la Universidad de Königsberg, a una distancia de seiscientos kilómetros! Me puse a reír. A Knoll aquellas risas lo desarmaron, y entonces se justificó.

—No nos sería nada difícil convencer al rector de aquella universidad de su idoneidad para esa plaza. Además, en Königsberg hay colegas muy afines a nosotros, como Eduard Baumgarten… O incluso Alfred Baeumler podría recomendarlo, con la prudencia necesaria… ¡Pero dejando bien patente que es su candidato! ¡Quedó gratamente impresionado con su ponencia en Bayreuth! Y una vez hubiera hecho un poco de currículum, podría reclamarlo para Viena. Entiéndame, sería una manera de poder fabricarse un currículum fácilmente y de poder regresar en poco tiempo a su tierra. Cualquier profesor debe hacer estancias fuera y… ¡sin duda la Universidad de Königsberg está predestinada a ser la universidad del Reich! Ha sido una isla de germanidad, que ha sobrevivido al duro asedio polaco de los últimos años y que ahora recupera su verdadero carácter y esencia alemán. ¡Hágame caso y no lo dude!

La cabeza me daba vueltas. Aquello significaba abandonar mi hogar, mi familia (u obligarla a acompañarme a una ciudad extraña, a un país «extranjero» que ahora era el mío). Pero mi mujer estaba embarazada de unos pocos meses, y seguro que no le sería nada grato aquel cambio en esos momentos.

—¡Piénselo bien! —apremió el rector—. ¡La cátedra de Kant ocupada por un darwinista! ¡Qué gran avance para la ciencia!

Sin duda, aquello sería un éxito para el pensamiento evolutivo. ¡La psicología evolutiva como una disciplina filosófica! El rector me miraba ansiosamente, para él era importante ir situando a sus pupilos en las más prestigiosas universidades alemanas, y con aquella mirada expectante me empujaba a animarme.

—Allí trabaja el antropólogo Arnold Gehlen, que admiro mucho —dije, como pensando para mí.

Knoll me lanzó su mirada sagaz y cómplice. Gehlen se había alistado en el
NSDAP
en 1933, junto con Martin Heidegger y Carl Schmitt. Acababa de publicar *El hombre*, una obra que me había impresionado, y donde también mostraba abiertamente su antisemitismo. El rector se explicó:

—El profesor Gehlen es un buen nacionalsocialista, miembro del partido desde casi sus inicios. Primero aceptó una plaza en Frankfurt, sustituyendo a la rata traidora de Paul Tillich, después en Königsberg…

Lo miré sorprendido, porque Knoll había interrumpido su comentario con una gran sonrisa. Una de aquellas sonrisas que se califican como triunfales.

—¡Y ahora aquí, en Viena! ¡Donde espero que se incorpore bien pronto! ¡Ya ve, estimado amigo, este es el camino! ¡En unos pocos años podría regresar con toda la gloria! ¡Y con una posición consagrada! Puede contar con mi respaldo incondicional. ¡Le espera un gran futuro!

En efecto, podría seguir los pasos de Gehlen. Pero yo seguía dudando, porque tenía dos hijos adolescentes, y aquello significaba un cambio en tantas cosas… Y mi esposa embarazada… ¡Marchar a Alemania! ¡A la Alemania del Tercer Reich! Abandonar a mi padre, que ejercía aquella fuerte influencia sobre mí, y que ya era un hombre muy mayor, con sus necesidades… Knoll me leyó el pensamiento, y con su dedo índice, pequeño y algo torcido en la punta, apuntó a la cruz gamada que lucía en el ojal de mi chaqueta y me dijo, con tono consejero:

—Usted es un buen nacionalsocialista y estoy seguro de que no desaprovechará esta ocasión. Ahora somos un gran país, y Alemania no es una nación amiga y hermana, sino nuestra patria. ¡Hagamos

ciencia alemana! ¡Y hundamos de una vez por todas y para siempre a la ciencia judía!

Y como colofón, levantándose de su butaca y acercándose a mí con una sonrisa, me dio una palmadita en la mejilla a título de despedida y aliento.

A los pocos meses de esta charla con el rector Knoll, gané la cátedra de Psicología de Königsberg, en la prestigiosa Universidad Albertina. A fin de cuentas, eso significaba una auténtica victoria para la biología, al ser aceptada como una parte más de los estudios filosóficos, un área del conocimiento que se debería atender siempre en el momento de hablar de la naturaleza humana. A pesar de la influencia de Knoll, y de las recomendaciones de Baumgarten y Baeumler, quería creer que las autoridades por fin me habían escuchado y habían entendido que era necesario el estudio del comportamiento animal para interpretar justamente los pasos del hombre. Este, como bien sostiene Paul Brohmer, no es más que un eslabón de la gran cadena de los seres vivos, como cualquier otro organismo. Y, por tanto, resulta evidente que tan solo hay una psicología, en la que el hombre se encuentra íntimamente emparentado con los animales.

Además, ocupar la plaza de Immanuel Kant era un motivo de alegría y orgullo. El hombre que hablaba con los animales dialogaba ahora, cara a cara, con el legado del filósofo más importante de todos los tiempos. Kant era antisemita, y de alguna manera justificaba la persecución de los judíos, con unas frases famosas (al menos entonces): «En su condición de pueblo especialmente elegido por Jehová, de pueblo que hostiga a todos los otros pueblos y que por eso es hostigado por todos, excluyó de su colectividad a la totalidad del género humano». Kant culpaba a los judíos de su persecución, por su arrogancia de creerse el pueblo elegido, y por tanto resultaba natural que el resto de razas lo malquisiesen al haberse sentido excluidas.

Sea como fuere, sin mi carnet del partido nazi, y sin mis artículos a favor de la eugenesia y en contra de la mezcla racial, nunca hubiera logrado aquella plaza en Königsberg. Supe jugar bien mis cartas, apostar por los nombres adecuados, decir lo que querían escuchar y afirmarlo con arrobada elocuencia, ser convincente sin parecer en exceso arribista ni falsario. Recuerdo que el profesor

Jaensch me decía durante una jornada de visita en Königsberg: «¡Celebro su elección, porque usted es un auténtico nacionalsocialista! En cambio, si le puedo ser franco, no soporto a Martin Heidegger. ¡Es un hipócrita de la peor clase! ¡Quiere pasar por nazi, tan solo para seguir prosperando!». ¡Ser preferido a Heidegger era todo un progreso! Sobre todo si se piensa que tan solo unos meses antes yo era un completo desconocido…

Escribo estas páginas con la plena disposición de redimirme y de purgar mi pena. Pero es importante que se entienda mi confusión de aquellos días. Ello, por supuesto, no me exonera de nada, no resta ninguna responsabilidad a mis actos, ni mucho menos los excusa, pero sí que puede ayudar a entenderlos un poco. Ahora veo las cosas mucho más claras, y me sorprende que me dejara arrastrar de aquel modo por las palpitaciones de mi tiempo. Pero si Heidegger proclamaba *Heil Hitler!* y si Kant escribía sobre la proverbial habilidad de los judíos para aislarse de los otros pueblos, ¿cómo no prestarles atención? ¡Por no citar a Fichte, que animaba a cortar la cabeza a todos los judíos y a reemplazarlas por otras que no tuviesen ni un solo pensamiento semita! En definitiva, estaba convencido de la fundamentación científica de mis observaciones naturalísticas, y si estas eran de interés para los nuevos gobernantes había de entenderlo como una fortuna o regalo del destino. Y si se me pregunta si fui un oportunista no tengo más remedio que contestar que claro que sí. Ya lo he dicho. Ya lo he mostrado con todas sus consecuencias. Me vino de maravilla aquel nuevo ambiente, aquella purga de profesores que denigraban mis ideas, que veían en la biología darwinista un peligro para la sociedad. Yo pensaba entonces que el peligro eran precisamente ellos, y no me importó que, de un día para otro, desaparecieran sin dejar rastro. Era mi momento, el momento de mis ideas, una época por fin propicia para el pensamiento heideggeriano de que «la universidad es la ciencia». Y yo tenía toda una nueva ciencia que explicar, que desarrollar, que comprobar, y no sentí ningún tipo de remordimiento en llevarla adelante por encima de todo. Goethe ya decía en el *Fausto* que el hombre perfecto es aquel que aprovecha su momento. Yo quería ser uno de ellos y no lo iba a dejar escapar. Mi momento.

6

La mariposa

La primera vez que visité una casa Lebensborn fue en el sanatorio de Wienerwald, a pocos kilómetros de Viena. Aquel hospital se creó como un centro especializado para enfermos tuberculosos, sobre todo para los casos terminales y con una buena fortuna para gastar. Imitaba en todo a los sanatorios suizos, que Thomas Mann describe en *La montaña mágica* y, de hecho, en aquel exclusivo centro de Wienerwald se trató el escritor Franz Kafka. Acudí al centro acompañando a mi paisana y colega Hildegard Hetzer, una autoridad en psicología infantil y una vieja conocida mía (como antes he comentado, ambos habíamos seguido los cursos de psicología del matrimonio Bühler). Poco después de la anexión, el centro había sido requisado por la Gestapo, y se había transformado en una Lebensborn, con la oposición de sus directores, los doctores neumólogos Hugo Kraus y Arthur Bauer, que finalmente se suicidaron, o al menos eso explicaron las autoridades alemanas. Ni Kraus ni Bauer pudieron soportar que aquel hospital, que era la obra de sus vidas, se transformara en una especie de vivero de soldados de las
SS
.

Acompañé a la doctora Hetzer a inspeccionar los protocolos establecidos. Entonces muchas de las mujeres que lo frecuentaban eran las amantes de los oficiales de las
SS
, que necesitaban llevar el embarazo de una manera discreta. Cuando se registraban en el centro prescindían de su apellido, y tan solo se las conocía por el nombre de pila, como *Frau* Maria o *Frau* Elisabeth, para así preservar su anonimato. Después del parto, a los

pocos días, daban el hijo en adopción. En realidad, el Reichsführer Himmler animaba a sus hombres a las relaciones libres, incluso al adulterio, y a dejar embarazadas cuantas más mujeres mejor. También alentaba a sus soldados a dejar encinta a sus esposas antes de marchar al frente, y les aseguraba que si caían en combate el Estado alemán se haría cargo de los gastos de su educación. El Reich tenía necesidad de soldados, y el programa Lebensborn (etimológicamente, «fuente de vida») buscaba suministrar buenos alemanes, de la más pura raza aria. Allí, tan solo en aquel sanatorio, durante tres años, nacieron alrededor de dos mil niños. Los que tenían alguna deformidad física, o algún retraso cognitivo, eran sacrificados, sin contemplaciones. Tanto la doctora Hetzer como yo estábamos de acuerdo con aquellas prácticas eugenésicas, que veíamos absolutamente necesarias para repoblar los nuevos territorios conquistados con individuos genéticamente no sospechosos, libres por completo de taras hereditarias. Por otro lado, los niños polacos seleccionados habían empezado a llegar y se estaban poniendo en práctica todos los protocolos de germanización, a un ritmo verdaderamente ilusionante.

La doctora Hetzer era una mujer muy estricta: con unos ojos grandes y saltones, y una nariz chata, pequeña como un garbanzo, los cabellos cortos, *à la garçon*, algo canosos, tenía una voz seca y un poco ronca, consecuencia de su vicio nicotínico. Había desarrollado un sistema de medida de la inteligencia que era de gran utilidad para descartar a los niños aptos de los tullidos y retardados, con idiotez congénita, y que fue muy utilizado por los médicos de las SS. Era una psicóloga muy respetada: había escrito diversos tratados sobre la psicología de la infancia, en especial de los niños de barrios pobres y deprimidos socialmente, que eran de uso común en las universidades austríacas y alemanas. Incluso alguna obra suya se había traducido al inglés y se utilizaba en los centros académicos anglosajones. Para ella, el nazismo era una manera rápida y expeditiva de acabar con la pobreza, y un método seguro de igualdad social.

Recuerdo aquel día de finales de la primavera del año 1940, poco antes de instalarme en Königsberg, caminando por los ricos y tupidos jardines que rodeaban el sanatorio. La invasión de Polonia había producido muchos desplazados, y se buscaban psicólogos para

la correcta germanización de aquellos territorios. Necesitaban especialistas que pudieran reconocer a los niños racialmente valiosos, para separarlos del resto con garantías. Separarlos y germanizarlos, cuanto antes mejor, para que pudieran ocupar su lugar en la sociedad germana y en los nuevos territorios conquistados. La doctora estaba muy animada y me decía:

—Tendremos que preparar un formulario especial, para asegurarnos de que el criterio de selección de los arios es correcto. No es suficiente el color de los ojos o de los cabellos, también hay que estudiar los pómulos de la cara y muchos otros rasgos que indiquen un posible e indeseable origen eslavo. En Polonia se han producido muchos matrimonios mixtos, de polacos con alemanes. Se tendrá que afinar mucho más de lo que hemos hecho hasta ahora, y no creo que nuestros formularios actuales sean suficientes. El criterio más importante hasta ahora era la distancia entre la frente y la parte posterior de la cabeza. ¡Eso solo no puede determinar el destino del niño!

Comenté que todo ello obligaría a separar a los niños de sus progenitores y que seguro que ocasionaría numerosas dificultades. La doctora Hetzer fijó su mirada sobre mí, con unas ojeras importantes, y lo que me contestó me llamó poderosamente la atención, y más viniendo de una persona de su contrastada inteligencia:

—El Reichsführer Himmler está absolutamente convencido de que el proceso de educación será relativamente fácil, porque los ideales alemanes reverberarán en el espíritu de los niños que se asemejan racialmente a nosotros.

Me puse a reír y repliqué que entonces los que no *reverberaran* es que no eran buenos arios, pero, en seguida, percibí que aquella ironía había sido mal recibida.

—Es tan sencillo como decirles que sus padres han muerto —contestó, un poco incómoda—. Y que a partir de ahora tendrán un nombre alemán. ¡Si te llamas Joseph, te llamarás Jürgen! Se tienen que evitar los nombres cristianos, que pueden dar la sensación de pertenecer a la oposición. ¡Nadie quiere un Joachim! ¡Ni una Christa! ¡Mejor un Hans!

—¡O una Heidrun! —añadí riendo.

—¡Sí, incluso una Heidrun!

(Heidrun es la cabra celestial de las Eddas, porta hidromiel en los pechos y persigue con avidez y lubricidad al macho cabrón, y, por lo que fuera, el nombre se había puesto de moda entre las familias más nacionalsocialistas, a pesar de su evidente contenido obsceno).

Estas páginas ilustran, comandante, lo más fidedignamente posible, el pensamiento de un tiempo, convulso y cruel, que será muy difícil de entender con el paso de los años. Los arios nos sentimos la raza elegida, y esta idea fue fructificando en nuestras mentes, como una especie de infección masiva. Decir que fuimos víctimas de un proceso infeccioso, de una intoxicación desgraciada, sería querer quitarnos responsabilidad, pero sí que puede servir para entender (o al menos, intentarlo) por qué tantos de nosotros caímos en aquella trampa, de una manera tan rápida y rotunda. Que alguien tan preparado y brillante como la doctora Hildegard Hetzer, que había tratado de una manera benefactora y altruista a los niños de los barrios más pobres vieneses, viera con buenos ojos aquel proceso de germanización de los niños polacos arrebatados por la fuerza a sus progenitores es muy indicativo de lo que quiero decir. Que no sintiera remordimientos, ni ningún cargo de conciencia, que le pareciera absolutamente necesario, explica por qué muchos de nosotros, gente preparada y con una formación culta y académica, estuvimos ciegos ante hechos y comportamientos que ahora nos resultan evidentemente desoladores y execrables.

—Por supuesto se tendrá que prohibir que hablen polaco —continuó la doctora—. Está demostrado que el bilingüismo es malo, impide desarrollar una visión unitaria del mundo. El compañero Friedrich Sander ha trabajado esta cuestión y ha demostrado que los bilingües sufren más afasia, y cometen más errores en el momento de hablar. En cualquier caso, los niños más aptos pueden ser adoptados por los miembros de las
SS
, y así nos aseguraríamos una educación totalmente germánica. Los otros, los que tengan rasgos híbridos, o sean defectuosos, pueden darse en adopción a familias alemanas, con la etiqueta de *niño polaco viable de germanización*.

Las vistas desde el sanatorio eran magníficas. Aquellas colinas de la Baja Austria, con bosques espesos de robles y píceas, invitaban al

paseo y al recogimiento interior. Mientras hablábamos, una mariposa macaón pasó volando entre nosotros, con su batido de alas elegante y pomposo, como si fuera el alma de una de aquellas damiselas que había acogido el hospital de tuberculosos. Después fijé la vista sobre un gran y solitario abedul, aislado del conjunto del bosque; el viento removía sus hojas de una manera especial, como ocurre con los de su especie. Todo aquello era pureza génica, majestuosa y envidiable. ¿Por qué no procurar lo mismo con la especie humana? Ser tan bellos, puros y perfectos como aquella mariposa, o como aquel noble abedul.

—¿Y los niños inviables? —inquirí.

Sin mirarme contestó:

—Eso ya será decisión de las SS. No nos incumbe. Nuestro rol es determinar aquellos que son aptos para el proceso.

Me quedé callado. Era sorprendente que aquella doctora fuera la misma que había escrito un libro donde explicaba las virtudes del juego en la educación, especialmente entre los niños más desfavorecidos socialmente, a los que había asistido de una manera tan bondadosa y desinteresada. Pensé en la cita de Nietzsche: «En el hombre auténtico se oculta un niño que quiere jugar», una frase que la doctora había citado en diversas ocasiones en sus admirables trabajos.

Acto seguido, nos entrevistamos con el director del centro, el doctor Norbert Schwab: nos recibió en su despacho, lujosamente dispuesto con muebles requisados a familias judías de Viena. Nos explicó que todas las Lebensborn seguían un mismo patrón, copiado del centro de Steinhöring, la casa madre en Baviera. El funcionamiento era el siguiente: el día comenzaba a las siete de la mañana, y la enfermera comprobaba el estado de salud de los niños. Vivían juntos en paz, y los delitos que se cometían eran responsabilidad colectiva. Después del almuerzo, los niños jugaban, en general a la guerra. Cuando se anunciaba una gran victoria del ejército alemán, recibían un pastel.

—Estos métodos conductuales son de gran eficacia —convino la doctora, aprobando las palabras del médico.

Este continuó.

—Tendría que ver cómo les brillan los ojos a los niños, y cómo desean vestir el uniforme de nuestros héroes… Y cómo gritan *Heil*

Hitler! Estoy seguro de que este es el camino que hay que seguir. Ciertamente, al principio, lo más difícil son las noches, con algunos niños polacos llorando porque echan de menos a sus padres. Los intentamos calmar, asegurándoles que pronto tendrán una nueva familia y serán felices… De todos modos, evitamos que los niños nacidos aquí, de padres alemanes, se mezclen con los llegados de Polonia, por muy arios que puedan parecer.

La doctora Hetzer preguntó inquieta si habían conseguido que dejaran de hablar polaco.

—A veces, se hace muy difícil. No lo negaré, doctora. Pero quien es descubierto hablando su lengua materna inmediatamente es castigado, y no solo él, sino todo el grupo. Unos castigos que le aseguro que nunca olvidarán. Hemos de ser muy selectivos, doctora. Del mismo modo que lo somos con los hijos de nuestras enfermeras, donde cualquier defecto, por mínimo que sea, significa descartar el *producto*…

—¿Como el labio leporino? —preguntó la doctora.

—¡Evidentemente! En este caso no hay duda. Como con los que son autistas… Hablo de otras cosas aparentemente menores. Como la suciedad, comerse las uñas, tirarse pedos, o en el caso de los más mayores, la masturbación. Si algún niño se orina en la cama, todos son castigados. Si es reincidente, también se elimina. El doctor Hans Asperger ha recuperado el término *Gemüt*, con el objeto de conciliar los rasgos raciales con los anímicos y psíquicos: no solo queremos niños racialmente incuestionables, sino que también se integren plenamente en el espíritu del nazismo, que sean socialmente estables y sientan empatía por los otros. Un niño que no tenga esta disposición, que sea *gemütsarm*, a pesar de poseer unos rasgos arios perfectos, también debe ser sacrificado. Y por supuesto todos los niños autistas, o que tienen una tendencia insociable, no tienen cabida en nuestro sistema de valores. Somos muy exigentes, doctora. Y también, insisto, con los progenitores. Tan solo el cuarenta por ciento de las jóvenes que han querido entrar en el centro como enfermeras han sido aceptadas…

La doctora preguntó si eran mujeres casadas. El médico dudó un momento.

—A principios del programa había más casadas, ahora el setenta por ciento son jóvenes solteras.

Y bajando la voz.

—Y en su mayoría, vírgenes. Esto resulta muy útil.

Entonces intervine y pregunté sobre el procedimiento de selección y el protocolo posterior. El médico dudó de nuevo, aquello ya entraba dentro de la política confidencial de la Lebensborn.

—Evidentemente, hemos analizado que no tengan ningún antepasado judío, ni ningún caso en la familia de enfermedad hereditaria, o de idiotez.

El doctor se resistía a darme detalles más concretos. Lo miré intensamente: una mirada que quería decir, ¿nos lo va a explicar o no? ¡No tenemos demasiado tiempo!

—Bien, en general, intentamos que confraternicen un poco antes de pasar la noche juntos. Está demostrado que en este caso, si se conocen, si han hablado y se han divertido juntos antes, la eyaculación masculina es mucho más intensa, de notable mejor calidad. Las enfermeras están vigiladas, y al décimo día de la última regla intentamos que tenga lugar el apareamiento. En general, pasan tres noches juntos, con eso hay bastante… La mayor parte se quedan embarazadas. Y ya no vuelven a ver nunca más al progenitor: en este caso, está totalmente prohibido utilizar los verdaderos nombres de pila, tanto en el caso de ella como en el de él. Todo se lleva a cabo en el más absoluto anonimato. A los diez días del parto, se da el hijo en adopción.

Entonces nos advirtió que en aquellos momentos estaba teniendo lugar una charla de un Hauptsturmführer a las jóvenes enfermeras del centro. En las Lebensborn, a las jóvenes que acudían a dejarse embarazar por los

SS

se las llamaba «enfermeras», pero la gente de los pueblos de los alrededores las conocían de una manera mucho más clara y rotunda. Me dio la sensación de que era una manera de escabullirse de nuestras preguntas, por lo que el doctor insistió en que nos resultaría de interés, y que así entenderíamos mucho mejor el funcionamiento del centro.

Cuando llegamos a la sala el Hauptsturmführer ya había comenzado. Era un joven atlético y de buena planta, con los cabellos color paja, y las muchachas lo miraban embelesadas. Iban vestidas con ropa deportiva, con camiseta blanca de tirantes con el

emblema de la Bund Deutscher Mädel, la
BDM
(una cruz gamada entre dos flechas), situada a la altura de los pechos, y unos pantaloncitos cortos negros. El Hauptsturmführer les decía, enérgicamente:

—Vivimos en una sociedad con doble moral. Mientras la mujer no se queda embarazada se permiten las relaciones veladamente, pero si esta unión amorosa da su fruto es cuando empiezan los problemas. Pero estamos en guerra, y hay que servir a nuestro Führer y al Tercer Reich, y para ello cuentan más los resultados que la legalidad. Al año se producen un millón doscientos mil nacimientos. ¿Y sabéis cuántos abortos? ¡Medio millón!

Aquello produjo un comentario general entre las enfermeras.

—¡Tenemos abortos para llenar un estadio olímpico!

Aquella visión aún redobló más los comentarios. Algunas jóvenes meneaban la cabeza con incredulidad.

—Podéis informaros de todo esto en el *Das Schwarze Korps* —dijo el Hauptsturmführer agitando por encima de su cabeza el semanario de las
SS
, como si aquello dotara de mayor legitimidad todo lo que había contado.

—¡Os animo a leerlo, aparece los miércoles y es gratuito! En el número de esta semana, se explica que hay que animar a la mujer alemana, de sangre pura y sana, a reproducirse. Porque la guerra está afectando a nuestros jóvenes… Hay más mujeres que hombres: según nuestras estimaciones, dos millones más… Además, existe el grave problema de la homosexualidad: alrededor de un millón de invertidos. Hombres que no sirven para la tarea del Reich.

Este último comentario produjo nuevos murmullos, y caras de disgusto entre las jóvenes. El Hauptsturmführer concluyó:

—¡Por tanto, faltan tres millones de hombres! Si un hombre tiene que elegir entre cinco mujeres para casarse, ¿qué hacemos con las cuatro restantes? ¿No tienen derecho a tener descendencia? ¡Claro que lo tienen! ¡Cualquier joven aria tiene derecho a la maternidad! ¡Una madre de sangre pura es sagrada! ¡Y no solo tiene derecho, sino obligación! ¡Obligación de servir a su país y a su raza!

Estas últimas palabras produjeron unos aplausos entusiastas

entre aquellas jóvenes. Si el Hauptsturmführer hubiese querido, las habría inseminado allí mismo a todas. Me percaté que tenían la misma edad y el mismo porte, y que eran muy parecidas físicamente, como si se hubiera utilizado un estricto patrón de selección previo.

Cuando acabó el acto, hablamos un momento con él. Destilaba seguridad y arrogancia. La doctora le expresó su deseo de desplazarse a Polonia como examinadora racial, para poner en práctica sus amplios conocimientos pediátricos y relacionarlos con la pureza de la raza. El Hauptsturmführer celebró su decisión:

—Dentro de un año seremos amos y señores de Rusia y en diez años la nueva Gran Alemania tendrá doscientos millones de alemanes germánicos. Para este gran objetivo necesitamos toda la ayuda disponible. ¡Y la colaboración de alguien de su valía, doctora, será muy apreciada!

La doctora Hetzer afirmó, con cierta solemnidad, que podían contar con ella. Que aquella visita a la Lebensborn la había convencido plenamente. El Hauptsturmführer hizo un ademán caballeroso, como quien recibe una gran distinción, y acto seguido entregó a la doctora una insignia con la runa Algiz de la Lebensborn: un tridente hacia arriba, símbolo de la vida. Entonces nos animó a salir al patio, donde las jóvenes iban a realizar unos ejercicios de coreografía que simbolizaban las fuerzas de la naturaleza. Las dirigía una entrenadora, vestida de negro, de gesto severo, de cabellos recogidos, y silbato plateado en mano. Allí, cerca de cincuenta enfermeras, con una pelota negra en las manos, se ejercitaron delante de nosotros, mostrando la elasticidad de sus cuerpos, listos para recibir, en sus vientres planos y perfectos, las gestaciones de los hombres de las
SS
.

La doctora comentó:

—¡Hay que reconocer la buena labor realizada por la doctora Jutta Rüdiger!

El Hauptsturmführer se mostró de acuerdo. Rüdiger era psicóloga y la responsable de la
BDM
. El Hauptsturmführer indicó, sin dejar de mirar los saltitos que

daban las atletas:

—La doctora Rüdiger propugna en la
BDM
que las muchachas han de tener armonía entre el cuerpo y la mente, entre el alma y el espíritu. Necesitamos jóvenes sanas de cuerpo y mente, y que su cuerpo sea una muestra de la belleza de la creación. Estas deben poner toda su voluntad al servicio de Alemania y del nacionalsocialismo.

Y, sin duda, aquella coreografía era la mejor demostración de todo aquello. No obstante, la doctora Hetzer añadió al comentario del oficial:

—Las jóvenes tienen que ser gráciles y naturales, pero tampoco demasiado masculinas… No queremos atletas, sino hembras que disparen la libido de los hombres. ¡Buenas caderas y buenas delanteras!

Y mirando escrutadoramente a algunas de ellas, concluyó, dirigiéndose esta vez al doctor Schawb:

—Para mi gusto, algunas están demasiado flacas. El ejercicio físico es saludable, pero no en exceso. A algunas se les ven las costillas, o el pantalón les queda ancho. Como dice el Führer, un buen motor no es suficiente para un coche, necesita también una buena carrocería, que entre por los ojos.

Por eso, cuando acabó la exhibición, el doctor llamó a la entrenadora y le expuso el comentario de la doctora Hetzer, ante el gesto serio y algo tenso del Hauptsturmführer. Esta acusó mal las observaciones, apretó los labios, alzó las cejas, marcándosele unas arrugas muy pronunciadas en la frente y unos hoyuelos en las mejillas. La doctora, en cambio, sin inmutarse, insistió:

—Doctor, ¿podría decirle a esa *Fräulein* que se acercara?

Era una joven con mucho busto, de mejillas arreboladas, que había realizado el ejercicio con una notoria dificultad y una vergüenza aparente por su incapacidad de coordinación. Cuando se presentó, la doctora la cogió por la mano y le dijo:

—Me juego lo que sea que cada pecho suyo dará más de un litro de leche. ¡Una bendición para el recién nacido!

Y mirando a la entrenadora añadió, con autoridad:

—¡Necesitamos más mujeres como esta! Y muchas menos de las atletas.

La enfermera sonrió satisfecha, sacando más el pecho y levantando la barbilla. La doctora añadió, dándole una palmadita en la mejilla:

—¡Ah, *Fräulein*, si fueses rubia, y con una buena nariz griega, serías perfecta!

Con Hildegard Hetzer al lado me sentía capaz de llevar a cabo aquellas ideas raciales. Era una mujer que irradiaba firmeza, seguridad, deseo de servicio. No dudaba, todo parecía claro, cristalino, diáfano. Recordé unos versos de Schiller:

> *Ya no temo nada, y contigo del brazo*
> *me siento capaz de desafiar al siglo.*

7

Desafiar al siglo

Siempre he creído en la ciencia como guía esencial de mi pensamiento. Y durante aquellos días también creí, con una profunda convicción, en la verdad científica que avalaba mis pasos. Tenía del pueblo alemán el más alto de los conceptos posibles, y anhelaba lo mejor para él. Estoy convencido de que muchos compañeros llegaron al nazismo desde una disposición trémulamente patriótica y bienpensante: proteger las esencias de nuestra cultura y de nuestra tierra. El nazismo no solo era un movimiento político, sino que aportaba toda una cosmovisión de la vida y de la existencia; ya Wilhelm von Humboldt divulgó la idea de que el lenguaje y la visión del mundo constituyen un dúo inseparable. La especie humana es territorial por naturaleza, pero junto a este instinto se une el legado cultural, que representa una pulsión aún más poderosa que la patria física: la lengua es el territorio del alma y allá donde se habla está su reino. Si digo *Guten Morgen* y me contestan *Guten Morgen* estoy en mi casa, y esa es mi patria. Las fronteras lingüísticas poco tienen que ver con las políticas, y a menudo los conflictos nacen cuando una se quiere imponer sobre la otra. Por eso, la anexión de Austria a Alemania, y convertirnos de un día para otro en ciudadanos alemanes, pareció a la gran mayoría de los austríacos un motivo de júbilo y alegría. Como también las siguientes anexiones de los Sudetes de Checoslovaquia, de la Alsacia y la Lorena, pobladas estas últimas por nuestros hermanos de sangre de las tribus de los queruscos. Una parte significativa de Polonia era de habla alemana, y la esencia germana se descubría en seguida en los apellidos de sus habitantes o en sus topónimos, tan próximos a los nuestros. La Gran Alemania era esa: la de la lengua y la del alma, la de *Heim ins Reich*, la del

regreso al Reich, y quizá por todo ello, y lo apunto con toda la cautela posible, los alemanes seguimos al Führer con entusiasmo. Si los territorios germánicos de Polonia estaban poblados por polacos, se tenían que rehabilitar de nuevo y expulsar a los pobladores impostores, porque aquellas tierras, de una manera natural, nos pertenecían. Los éxodos y la crueldad que significaban aquellas deportaciones masivas no nos afectaban demasiado, porque los intrusos son siempre expulsados y vistos como una especie de engendros sin derecho ni futuro. Por supuesto que yo, como profesor de filosofía en Königsberg, tenía la obligación moral de ir un poco más lejos de aquel populismo desorbitado, y de administrar normas y consignas a una población hipnotizada por aquellos cantos de sirena del nazismo. Estas confesiones me sirven para pensar en los motivos, en los verdaderos motivos, por los cuales me adentré en aquella vía de perdición, de obnubilación y de fanatismo, como tantos otros alemanes y austríacos. No justifico nada, tan solo cuento cómo sucedió todo. Pero estoy muy agradecido por poder hacerlo.

En Königsberg, conocí a Kurt Stavenhagen, profesor de filosofía y gran especialista en Kant. Había escrito una obra titulada *La tierra natal como base de la existencia humana*, donde establecía los nexos espirituales entre el territorio y los individuos. Kurt era un hombre de una extraordinaria cultura, y con una sensibilidad especial por el arte. En general, dentro del nacionalsocialismo el arte era considerado una debilidad, y sobre todo el arte contemporáneo era visto, en muchos sentidos, como algo enfermizo y degenerado. Stavenhagen se reía de todos aquellos ignorantes, y tenía muchos amigos artistas, algunos de ellos «invertidos». También allí intimé con Eduard Baumgarten, tan amigo de Heidegger que este era padrino de una de sus hijas. Sin embargo, recuerdo que aquellos días se habían distanciado bastante, como consecuencia de una fuerte discusión sobre Kant. Era un hombre afable, con unos ojos azules tras unas gafas de culo de vaso, y con la cara plagada de verrugas, gruesas como garrapatas. Un rostro, desde luego, singular. De aquellos que tienen una personalidad plena. Baumgarten se había entrevistado con Hitler, y le había cautivado en seguida su mirada hipnótica. Decía que la mirada del Führer era la de un visionario, dotada de una capacidad de análisis

que superaba cualquier grado de lucidez y se hallaba más cerca de un fenómeno mágico o sobrenatural. De esta manera, el Führer era una especie de demiurgo al que se tenía que escuchar y al que no era esencial comprender: teníamos que seguirlo ciegamente porque su clarividencia antes o después quedaría comprobada.

Con Eduard y Kurt tuve largas charlas sobre el nazismo y la manera de dotarlo de fundamentos filosóficos. ¿En base a qué principio se tenía que exterminar a los judíos? ¿La existencia del pueblo judío no era uno de los fundamentos filosóficos del nazismo? ¿Qué pasaría cuando desapareciera en su absoluta totalidad? ¿También lo haría el nazismo? El antisemitismo era el verdadero elemento unificador en la reconstrucción de Alemania y era necesario pensar qué pasaría una vez la obra estuviera acabada. ¿Con quién proseguir? ¿Con los eslavos? ¿Y una vez acabados con ellos? ¿Los asiáticos?

Uno de los máximos ideólogos del nazismo, Alfred Rosenberg, buen amigo de Eduard Baumgarten, decía que el nacionalsocialismo aplicaba «las leyes de la vida». ¿Podemos trasladar las leyes de la vida a un humanismo biologizante? Todos estábamos a favor de la eugenesia, en casos claros de retraso mental, enfermedades degenerativas o trastornos importantes físicos, porque pensábamos que su existencia producía un perjuicio claro al futuro de la sociedad, tornándola más débil y vulnerable. Pero ¿los pueblos tenían derechos? ¿Un pueblo más fuerte tenía derecho a aniquilar a uno más débil? El Tercer Reich acababa de invadir Polonia, produciendo la expulsión de miles de polacos de sus tierras, un éxodo dramático y devastador. ¿Los alemanes tenían derecho natural a instalarse en aquellas tierras? ¿A tratarlas como un botín de guerra? ¿Y a expropiar sus bienes? Kurt Stavenhagen sostenía, siguiendo a Fichte, que la razón última de la superioridad de los alemanes residía en el hecho de que estos siempre habían vivido en su patria, mientras que las naciones europeas occidentales eran descendientes de las tribus germánicas que habían emigrado desde los países originarios. Por tanto, Alemania era la patria madre, y los países occidentales no eran más que colonias, que había que tornar a germanizar. Decía Kurt:

—Las tribus germánicas que emigraron adoptaron una lengua, el latín, que no solo no era suya sino que, sobre todo, estaba muerta

en el momento de su adopción. La diferencia entre los alemanes y las naciones europeas occidentales es precisamente una diferencia entre la vida y la muerte. Y como la vida es superior a la muerte, de la misma manera el mundo alemán es superior al mundo europeo occidental.

Y eso, según Kurt, nos dotaba de derecho a conquistarlos. Y más cuando se trataba de expoliar las tierras de los pueblos eslavos, que eran vistos por los nazis como *Untermenschen*, es decir, como *subhumanos*. ¿A quién le importaba aquella gente? Nosotros, los de la raza aria éramos «superhombres» (*Übermenschen*), que podríamos con todo y que pondríamos el mundo a nuestros pies.

Tengo que reconocer que creí plenamente en todo aquello. No quiero responsabilizar a nadie más de mis actos, ni mostrarme víctima de ningún engaño. Era del todo consciente de que aquella filosofía era cruel e inhumana, y de que participaba en la propagación de aquellas ideas colonialistas y genocidas. Estaba convencido de que era un mal que teníamos que cumplir con el objetivo de conquistar una mejor salud para la especie humana, del mismo modo que a veces hay que podar un árbol que está demasiado lozano, y hay que sacrificar algunas bellas ramas que ponen en riesgo la salud del árbol entero. Que aquellas ramas fueran miles de personas, miles de polacos, miles de judíos, miles de eslavos, tanto daba. Miles o millones. Cuando una idea fructifica en tu mente te vuelve insensible a las consecuencias, y vives infatuado pensando que aquel es un camino que hay que recorrer, porque las grandes gestas exigen siempre grandes sacrificios. Nosotros éramos el pueblo elegido, la raza pura que había que preservar, la cultura que dotaría a la especie humana de un futuro aún más glorioso y sublime. No se podía retroceder, era una ocasión que requería de héroes, de hombres con nervios de acero. Claro que nos afectaba el dolor ajeno, pero no eran nuestros iguales, y de alguna manera nos teníamos que proteger de ellos.

Durante aquel período en Königsberg, mi padre estaba orgulloso de mí, y así lo explicaba a todos los amigos y conocidos, con grandes gestos de anuencia, que le removían los canosos pelos de su gran barba de patriarca. Él siempre se había opuesto a mis estudios biológicos, que secretamente consideraba naderías, y habría celebrado que siguiera sus pasos profesionalmente. Nunca se habría

imaginado que estudiando las ocas, los gansos y los patos, o el zampullín chico, se pudiera llegar a ocupar la plaza de filosofía de Immanuel Kant. Naturalmente, divulgó tanto como pudo, a los cuatro vientos, que su hijo había pasado de hablar con los animales a hacerlo de tú a tú con Kant, con lo mejor de la filosofía alemana (que para él, todo sea dicho, era la única filosofía que existía). Cada individuo es exclusivamente responsable de sus actos, y por ellos tiene que responder; pero hay que considerar siempre como atenuante las condiciones en que se desarrolló, el ambiente en el que se crio; y cuando todos ven bien el nazismo, cuando todos te animan para que te impliques aún más, cuando incluso todos te piden que seas más expeditivo y que no tomes tantas precauciones, que no seas tan desconfiado, ¿cómo no escucharlos? Ya sé que esta idea la he expuesto anteriormente, y que parece que intento dotar de sentido algo que no lo tiene, que de algún modo busco explicar con argumentos racionales la inaudita realidad de aquella catástrofe colectiva. Pero, como psicólogo que soy, ¿cómo no intentar entender ahora, aunque solo sea de manera muy general, aquel apocalipsis? ¿Cómo no buscar entender que personas formadas, cultas y leídas como yo, o como la doctora Hetzer, o como los profesores Stavenhagen o Baumgarten, o como tantos otros docentes universitarios que pasarán por estas páginas, llegaran a aquella falta de sensibilidad moral que roza lo más inhumano? El pueblo alemán tenía una fe mística en Hitler, al que veía como una especie de enviado de las fuerzas superiores de la providencia, de Wotan y otros dioses germánicos. Pero yo no creí nunca en todo aquello. Entonces, ¿por qué lo hice?

En Königsberg pasé cerca de año y medio. Allí seguí trabajando intensamente con mis tesis eugenésicas y raciales. A principios de enero nació mi hija pequeña en Viena y al poco toda la familia se trasladó a Königsberg. Mi mujer abandonó sus responsabilidades en el hospital: por primera vez podía alimentar a mi familia con mi buen sueldo de profesor universitario, y no tener que depender del de mi esposa. Aquello me llenaba de orgullo y también satisfacía mucho a mi padre. Siempre he creído en la igualdad de sexos y he pensado que la mujer es un ser igual de brillante y capaz que el hombre. Pero el nacionalsocialismo reservaba a la mujer un papel menor en la gran gesta, el de la procreación y las obligaciones del

hogar (lo que se resumía en las tres
KKK
: *Kinder, Küche, Kirche*, es decir, niños, cocina e iglesia). Al alemán común le gusta la mujer con una buena delantera, risueña y de poca complicación mental; aquella que se comporte como una buena yegua y dé hijos a montones. Y no negaré yo ahora que este tercer hijo, tan alejado de los dos anteriores, no estaba algo motivado por el anhelo común de contribuir en la tarea reproductiva del Tercer Reich. El Reichsführer Himmler ya había advertido que cuatro hijos era lo mínimo a lo que debía aspirar un matrimonio bueno y saludable, y que todos se debían esforzar en conseguir ese hito (y nosotros no lo dábamos por descartado del todo). Sea como fuere, mi mujer, en casa, con la recién nacida y mis otros dos hijos ya crecidos, tornó nuestro hogar en la expresión viva de la nueva identidad alemana.

Tengo que decir que fui muy feliz aquel año y medio en Königsberg, y que si me hubieran dejado allí habría pasado mi vida, dedicándome a los estudios filosóficos, siempre relacionados con la psicología, manteniendo a mi familia con mis buenos honorarios, comiendo con fruición Königsberger Klops y queso Tilsit, y venerando la sagrada memoria de Kant. Fue el período más creativo y rico de mi vida, el más lleno de sentido y contenido. Lo pienso una y otra vez, y me imagino cuánta felicidad habría significado aquello, esa vida dedicada al estudio y a la docencia, al *sapere aude*. A la lectura y a la escritura. A la epistemología de la razón. Pero no fue posible y nunca más se volvió a repetir, al menos con aquella intensidad. Mi destino era otro y no quería esperar.

8

La caries

Conocí al doctor Rudolf Hippius en Königsberg. Vino a entrevistarse con Kurt y conmigo, y a exponernos sus ideas sobre las razas. Hippius era un hombre alto y delgado, de cara infantil, de voz fina y campanuda, de cabellos como pelos de panocha, que destilaba una mezcla extraña de nerviosismo y exigencia. Era originario de Estonia, en concreto de la zona de Narva, de fuerte influencia rusa, y quizá por eso su nacionalsocialismo era aún más fervoroso y extremado de lo habitual, para así disipar cualquier cavilación o prejuicio. Se había doctorado en psicología, había realizado numerosos viajes por las comunidades *Volksdeutsche* de los Sudetes y había leído con gran interés mis trabajos sobre la hibridación de las razas y el peligro de degeneración. El filósofo Baeumler le había hablado muy bien de mí y de cómo había conseguido «detectar la caries en la domesticación y bastardización». También era un admirador de las ideas de Kurt sobre la relación de los hombres con el territorio.

En este sentido, acababa de desarrollar una tesis, supuestamente científica, entre la forma de vida y las construcciones. Según el doctor Hippius, un estudio de este estilo permitiría legitimar la expulsión de los polacos de sus tierras, en el marco del Wartheland: las construcciones polacas, claramente inferiores a las alemanas, justificarían en parte su expulsión, como una raza inferior. Aquella tesis tan *ad hoc* no tuvo demasiado éxito en el mundo académico. Pero Hippius era un hombre tenaz, insistente, perspicaz, que sabía adular de manera conveniente y buscarse sus contactos. Estaba seguro de que conseguiría sus objetivos, porque era un hombre dispuesto a llevar adelante sus ideas sin demasiados escrúpulos, con una tenacidad y constancia envidiables. Hippius pensaba que existía

una correlación directa e íntima entre la raza y su forma de vida.

Allí, en el parque de la universidad, caminando alrededor de la escultura ecuestre del duque Alberto de Prusia, Hippius me decía, con su voz nasal y campanuda:

—Ciertamente, a medida que se desnaturaliza la raza se pierden elementos culturales y valores que se trasladan a sus manifestaciones humanas. Cuanto más pura es la raza más características son sus acciones, su arquitectura, sus costumbres.

Entonces, mirándome desde sus ojos profundamente azules, dijo, agudizando aún más la voz:

—Estoy pensando pedir una subvención estatal para testar sus ideas sobre la degeneración racial.

Me quedé observándolo boquiabierto. En realidad, mis textos se basaban mucho más en los efectos de la domesticación que en el estudio de las razas.

—Hay que aprovechar la Wartheland para constatar la realidad de sus ideas, profesor. En Polonia tenemos alemanes de linaje, que pertenecen a grupos y asociaciones germanófilas desde antes de 1939; gente que habla el alemán como lengua materna; gente que se ha mezclado con polacos, aquellas familias híbridas donde uno de los cónyuges es alemán… Según el Sicherheitsdienst Herbert Strickner estos individuos son traidores a su nación y deben ser regermanizados de manera urgente.

Herbert Strickner formaba parte de un *Einsatzgruppe*, grupos de intervención de las
SS
que iban eliminando a los sujetos indeseables de Polonia. Oficialmente tenían como misión pacificar las regiones recientemente conquistadas. Pero en la práctica eran grupos armados, que actuaban con una absoluta impunidad: habían matado a centenares de personas, de las élites estatales (intelectuales, profesores universitarios, actores, funcionarios, escritores, periodistas destacados, directores de empresas estatales…), judíos y enfermos mentales, en un proceso denominado «purificación política». Le pregunté si lo conocía personalmente.

—¡Sí, por supuesto! Los llama malditos renegados. Es un coloso: desde los dieciséis años, lucha por la pureza racial. Al principio en Estiria, su tierra natal… Ahora donde le mandan desde el Reich.

¡Un hombre con una voluntad férrea!

Intenté matizar un poco, pero Hippius saltó en seguida, atajando cualquier argumento exculpatorio.

—Un buen alemán debe unirse con sangre racialmente pura —dijo, como recordando mis tesis, y al mismo tiempo algo sorprendido de eso, de tenérmelas que recordar—. En esta clasificación aún quedarían los consortes, aquellos que están casados con un alemán pero son polacos. Es la categoría menos favorable, y que debe ser sometida a una germanización más intensa e implacable.

Y mirándome fijamente, con aquellos ojos tan fríos y al mismo tiempo tan puros, añadió, como si aún quedara alguna duda:

—¡En definitiva de lo que se trata es de comprobar la validez de su tesis, profesor! Que el hibridismo y la mezcla de razas es una temida caries que hay que extirpar. Hay que dirigir los pasos genésicos de nuestros conciudadanos. Y hay que estudiar sin prejuicios y lo más científicamente posible de qué tipo de material humano disponemos para la reconstrucción de Polonia. Es de la máxima urgencia, porque de aquí a bien poco la contienda habrá acabado y se tendrán que tomar decisiones rápidas y lo más expeditivas posible, de las cuales dependerá o no la salud de la nueva Gran Alemania. Hay muchas vidas en juego y hay que hacer las cosas lo más racionalmente posible.

Kurt Stavenhagen venía hacia nosotros, con su paso decidido, marcando la mandíbula. Era un hombre tan alto y delgado que a veces daba la sensación de molestarse a sí mismo. Acudía a su clase y, como siempre, iba justo de tiempo. Le hice detenerse un momento y los presenté, y el doctor Hippius le rindió todos los honores. Debo reconocer que era una persona muy hábil, casi diría astuta, que sabía complacer y halagar de manera conveniente. Le dijo cuánto admiraba su trabajo, y la oportunidad que tenía de comprobarlo en Polonia. Stavenhagen había nacido en Tukkum, en Letonia, y eso también lo unía a Hippius: el hecho de ser un germanófilo nacido en el Báltico, fuera del Reich, y repatriado con ocasión de la *Umsiedlung*. Kurt no era antisemita, pero sus compatriotas odiaban a los judíos de una manera especial, con un odio venenoso y reconcentrado, y desde el día de la liberación habían participado de manera muy activa en la aniquilación de

«aquellos parásitos». Kurt siempre decía *aquellos parásitos* impostando la voz, para así mostrar que hablaba un poco en broma. Pero aquellos días, y eso es un hecho, el letón era el archienemigo del judío.

—La cuestión es… —dijo Hippius, con su tono meloso, y muy satisfecho de tenernos a ambos expectantes— hasta qué punto el hibridismo destruye la sustancia genética germana. Hasta qué punto los hijos de un alemán y una polaca son una degeneración, una degradación irreparable, o bien aún pueden ser regermanizados con éxito, a pesar de la impureza de la sangre. Se tendrá que estudiar detenidamente la fisiognomía de estos híbridos, y el comportamiento de estos bastardos, porque como dice con tanto acierto Egon von Eickstedt las formas físicas raciales tienen su equivalente en la forma mental racial.

A Kurt estas apreciaciones le parecieron muy pertinentes. Hippius continuó, y cerró su pensamiento con una conclusión drástica:

—Así pues, hay una correlación entre la fisiognomía, el hibridismo y la inteligencia alemana, que hay que explorar y debatir científicamente.

No querría dar la sensación de que me desagradaban aquellas ideas. Estas notas buscan, por encima de todo, ser sinceras conmigo mismo, en el marco de un absoluto deseo de desnazificación de mi pensamiento. Quiero ser absolutamente honesto en esta exposición de mi vida, y no esconderme detrás de nadie, ni camuflar mi culpabilidad. Al fin y al cabo, si Hippius había venido a verme era porque sabía que estaría interesado. Y porque necesitaba mi nombre y consentimiento para pedir financiación para el proyecto.

Pensé en mi colega Hildegard Hetzer, que ya se había integrado en el
NSV
y desplazado a Polonia para trabajar con los niños de las Lebensborn, seleccionando a los más aptos para el programa. Ella sí que estaba poniendo en práctica sus ideas raciales y determinando con arrojo la validez de las mismas, ya que las estaba comprobando sobre el terreno. Y la verdad es que me desagradaba que alguien tan vulgar como Hippius hubiera hecho suya mi tesis y que, además, ahora la quisiese testar. Si aquel estudio daba unos resultados

fiables sería de gran interés para el Tercer Reich y para todas sus políticas raciales. Hubiera preferido conducir yo solo la investigación, pero una cosa era trabajar con patos y ocas, y otra, muy diferente, hacerlo con personas, con las cuales no tenía ninguna experiencia tangible, a pesar de ser psicólogo. Para eso necesitaba a Hippius, porque él sabría cómo llevarla a término, sin demasiados prejuicios.

Rudolf Hippius continuó, con entusiasmo, alzando el tono de voz, de natural ya muy aguda:

—¡Imaginad qué interesante sería si pudiésemos demostrar que la unión con un eslavo o una eslava produce una descendencia degenerada racialmente, con un coeficiente intelectual claramente menor! ¡Con unas aptitudes alarmantemente inferiores a una descendencia puramente alemana! ¡Estos resultados sin duda los podríamos publicar en la *Zeitschrift für Rassenkunde* (Revista de estudios raciales), que dirige el profesor Von Eickstedt!

El nombre de Egon Freiherr von Eickstedt producía en nosotros una auténtica admiración. Era originario de Posen, y autor de un libro de referencia del nazismo: *Etnología y raza en la historia de la humanidad*. Junto con Hans
F. K.
Günther, eugenicista y miembro influyente del partido nazi, dirigía la *Zeitschrift für Rassenkunde*, y publicar en aquella revista, y más en aquellos años, podía significar la consagración profesional de cualquiera de nosotros. Por otra parte, Günther era autor de un libro divulgativo sobre las razas, notoriamente inferior al del profesor Von Eickstedt, pero que era lectura de cabecera de Adolf Hitler. Estar presente en aquel círculo de influencia podía ser determinante para nuestro futuro. Y también por eso lo que nos proponía Hippius tenía para nosotros tantísimo interés: nuestra carrera podía depender de alguna de aquellas publicaciones tan exclusivas. Es sabido que para publicar en estas revistas no es tan importante el contenido sino disponer de algún buen padrino, alguien que te abra la puerta, que te guíe sobre cómo superar los filtros necesarios; Hippius podía llamar a la puerta de Von Eickstedt con mucha mayor facilidad que nosotros.

Hippius añadió, mirándome con picardía:

—Incluso entre las mujeres se ve una gran diferencia. Las

polacas van siempre muy pintiparadas, como potenciales fulanas que son. ¡Pero una verdadera mujer germana nunca se empolva ni maquilla! ¡No lo necesita! ¡Esto se ve a simple vista, pero también hay que demostrarlo científicamente!

Kurt Stavenhagen meneó la cabeza afirmativamente, como dando su aprobación a todo aquello. Yo quedé con Hippius en que me mantendría informado, aunque en el fondo pensaba que todo aquello era una baladronada suya.

Ya en la universidad, Kurt me hizo observar la dificultad que tenía comprobar aquellas ideas. Su origen báltico le había causado algunos problemas con los nacionalsocialistas, que opinaban que no concedía suficiente importancia a la raza, tanto en sus clases como en sus textos académicos. En realidad, Stavenhagen consideraba, un poco a la manera de Montesquieu, que las aptitudes humanas eran más el resultado de la geografía que de la sangre, algo que en el Tercer Reich era anatema: para él una nación era un colectivo de gente que se siente unida espiritualmente, y no depende ni de la geografía, ni de la raza, ni de la sangre. Stavenhagen era amigo personal de Martin Heidegger, y un filósofo notable, especialista en Husserl y con cierta arrogancia intelectual, que a veces lo ponía en situaciones incómodas y poco recomendables. Quizá por ese motivo, y a pesar de haber militado en las
SS
, no resultaba simpático a los nazis y había llegado incluso a ser considerado como un indeseable. El propio Alfred Rosenberg no le manifestaba ninguna simpatía; algo muy natural, porque nadie como él había llevado tan lejos la cuestión de la sangre hasta hacer de ello un mito de nuestro siglo.

—¿De veras no piensas que se están sacando las cosas de quicio? —me preguntó Kurt.

Aquella pregunta era muy comprometida. ¿Qué quería decir? ¿Que no se debía prestar tanta importancia a las hibridaciones? Le pregunté por qué no había puesto objeciones a Hippius.

—¡Porque se lo habría chivado *ipso facto* a sus amiguitos de las SS! Pero veo muy complicada esta clase de estudios. Y además la conclusión también me parece muy previsible… Ya Bismarck, en 1861, era partidario de erradicar a toda la población polaca, porque eran como animales… —observó, con cansancio.

Comenté, un poco incómodo, que antes de nada se debía separar la sangre aria de la que no lo era.

—No digo que no… Pero hay que ir con mucho tiento para no acabar diciendo tonterías del estilo de las de Streicher.

Julius Streicher, editor del diario antisemita *Der Stürmer*, había escrito un opúsculo seudocientífico donde mantenía que un único coito con un judío contaminaba de manera indeleble la sangre de la mujer alemana, y aunque se casara después con un ario nunca más podría tener hijos puros, tal era la resistencia de la contaminación judía. Kurt continuó:

—¡Si no vamos con cuidado acabaremos manteniendo cosas parecidas! ¡Si vamos a acabar escribiendo chorradas como las de ese patán, los exterminamos a todos de una puñetera vez y acabaremos antes! ¡Bismarck no necesitó tantos estudios científicos para borrar al pueblo polaco de la faz de la Tierra!

Era precisamente aquella actitud rebelde y obstinada de Kurt la que molestaba tanto a los nazis. El exterminio tenía que estar justificado científicamente, o al menos parecerlo. Para eso subvencionaban nuestros estudios.

Mi amigo suspiró.

—¿Sabes cómo llamaba Herder a gente como Hippius? ¡Filósofos veterinarios!

Kurt rio después de recordar aquellas palabras de su admirado Herder. Se despidió de mí y se fue a impartir sus clases. Sí, todos nosotros hacíamos aquellos días de filósofos veterinarios, de científicos de tres al cuarto. Lo que no podía columbrar Stavenhagen es que él, pocos meses después, también participaría activamente como ideólogo del exterminio, y que acabaría manchándose las manos de sangre, intentando destruir la caries de la bastardización.

9

Camino de Polonia

Rudolf Hippius contactó por teléfono conmigo en la universidad y me anunció que le habían concedido dos mil quinientos Reichsmarks para nuestro estudio. Dijo exactamente *nuestro estudio*, y aquello me inquietó y molestó. Pero, evidentemente, no pude negarme a participar. Del mismo modo que había obtenido por recomendaciones la cátedra de Königsberg, la podía perder si ahora se extendía el rumor de que no colaboraba con suficiente entusiasmo con las políticas raciales del Reich. Además, durante aquellos días sobrevino otro hecho, esperado pero no por eso menos traumático: me llamaron a filas. Como miembro de la NSDPA, me había enrolado, y *a priori*, debería estar ansioso de combatir para defender nuestras ideas nacionalsocialistas. La llamada a filas cayó sobre mi familia como un rayo: se habían integrado plenamente en la vida de Königsberg, mi mujer había abandonado su trabajo en el hospital y ahora yo era reclamado en el frente oriental. Aún estaba débil por el parto y a duras penas podía con la crianza de los otros dos hijos, por tanto, aquella noticia fue como un jarro de agua fría sobre todos nosotros. Tenía treinta y siete años, estaba a punto de cumplir treinta y ocho, y el destino que me esperaba era muy incierto.

Hablé con Hippius de la situación, y este se mostró muy tranquilo. Me dijo que conseguiría destinarme a Polonia, al frente este, y así poder trabajar conjuntamente. Con su voz aguda, plena de confianza, gritó en el auricular:

—¡Medicuchos tenemos de sobra! Pero muy pocas mentes tan privilegiadas como la suya… ¡No podemos permitir que reciba un tiro de los rojos! Hablaré con el Obersturmführer Hans Beyer y en

seguida lo solucionará.

Parece ser que para la concesión de aquel proyecto, Hippius había contado con el respaldo entusiasta de Hans Beyer (con la llegada del nazismo había cambiado su patronímico Joachim, por ser en exceso cristiano, por el mucho más germánico de Hans). Era uno de los máximos defensores de la segregación racial y de la colonización de los territorios conquistados por nuevos colonos puramente arios. Había elaborado la lista de intelectuales polacos a los que había que buscar, interrogar y fusilar, y su *Einsatzkommando* lo había llevado a término con una eficacia extraordinaria, en el marco de la Acción Tannenberg. Ahora él ocupaba una de las plazas universitarias de aquellos profesores que había asesinado de la Universidad de Posen, y yo aspiraba a pasar mi tiempo en el frente ocupando otra, si aquello era posible. Así se lo sugerí a Hippius. Este exclamó:

—¡Qué buena idea! ¡Seguro que estará encantado de contar con usted! Sé que el Obersturmführer sigue colaborando activamente como oficial de las
SS
con una oficina encargada de las expulsiones de *Fremdvölkische*. Incluso quizá yo también le pueda ser de utilidad.

Aquellas oficinas eran las responsables de limpiar de extranjeros los nuevos territorios conquistados y de verificar la pureza de sangre de sus habitantes. Y Posen era tierra de conquista.

Mi tiempo en Königsberg había acabado bruscamente. La Universidad de Posen se había cerrado durante la ocupación de 1939, pero se acababa de reabrir bajo el nombre de Reichsuniversität Posen, alineada por completo con las fuerzas de ocupación nazis y desde la cual tan solo se generaría pensamiento puramente alemán. Aquella nueva universidad tenía que ser el reino espiritual desde donde se irradiara la nueva doctrina colonialista, y que serviría para abandonar el viejo y periclitado modelo de universidad alemana, «neutral, indiferente, incoherente y tolerante», en palabras de Alfred Baeumeler. Evidentemente, la mayoría de los profesores polacos habían sido detenidos o habían huido. O, como ya he dicho, los más destacados habían sido asesinados por Beyer y sus secuaces. Solo habían sobrevivido aquellos pocos que tenían origen germánico, o que no causaban

ningún problema. La región de Posen era considerada por los nacionalsocialistas una isla de germanidad, asediada por los polacos, y que por fin ahora se había incorporado plenamente a la nueva Alemania. Obviamente, entre la Universidad de Königsberg y la de Posen existía una importante diferencia de prestigio, pero más valía aquello que el frente ruso. El «salvaje este» era preferible al temible Iván.

Hippius insistió, en el otro extremo del cable telefónico, reflexionando en voz alta:

—Sí, quizá yo también le podría proponer mis servicios… Sería un honor trabajar junto a él: su tesis doctoral sobre los intercambios raciales y biológicos en el territorio europeo es excepcional. Nadie como él ha demostrado que el mestizaje es uno de los grandes peligros para la supervivencia de Europa. Nosotros aún estamos a tiempo de detenerlo, y no nos pasará como a Estados Unidos, que están condenados a la decadencia por la mezcla racial.

Pensé en Kurt Stavenhagen y le sugerí que también se podría sumar a nosotros, puesto que su situación en Königsberg era cada vez más incierta.

—¡Claro que sí! Faltan profesores en Posen. ¡El Obersturmführer Beyer ha hecho una buena limpieza! Y el hecho de que Stavenhagen sea originario del Báltico también ayudará en su admisión. El decano es originario de Riga.

Tengo que advertir que a Hans Beyer lo había conocido en Königsberg. Por lo que esperaba que mi solicitud fuese bien recibida, llegase o no acompañada por la recomendación de Hippius. Era un hombre tímido, de cara imberbe, de nariz huesuda, con unos grandes ojos azules, un poco caídos. Con tan solo treinta y tres años lo habían nombrado catedrático de la Universidad de Posen y lo habían dotado de un enorme poder. Tenía línea directa con el Obergruppenführer Reinhard Heydrich, responsable de toda la seguridad del Reich (que incluía la Gestapo y los *Einsatzgruppen*). El Obergruppenführer Heydrich había valorado mucho la selección de Beyer de profesores polacos y posibles disidentes, así como el celo con que se había aplicado en su localización y rápida eliminación. Las ejecuciones en la región de Posen, a manos de su comando o de grupos paramilitares formados por polacos progermánicos, los hombres de la *Selbstschutz*, fueron

de alrededor de cinco mil personas, lo que muestra la exhaustividad de la limpieza. A Beyer le gustaba hilar fino, y trabajaba de una manera limpia e impecable, sin pensar demasiado y con gran efectividad. Estaba justificado que el Obergruppenführer Heydrich lo considerase uno de sus mejores hombres en Polonia y atendiese sin pegas todas sus recomendaciones.

Hippius me dijo, dándose aires:

—¡No debe temer nada si cuenta con la protección del Obersturmführer Beyer! Y puede también contar por supuesto con mi más sincera y devota amistad. Siempre pienso en esta frase de Nietzsche sobre la amistad: «Que tu ambición sea siempre amar más que el otro, no ser nunca el segundo».

Le agradecí de corazón aquellas palabras. Se iniciaba en mi vida un nuevo período de incertidumbre, y contar con el respaldo entusiasta de alguien como el doctor Hippius podía ser de gran ayuda. En realidad, temía que me enviaran al frente como doctor, y tener que enfrentarme a los horrores de la guerra, sin tener suficientes conocimientos médicos. Esa posibilidad me producía mucha ansiedad y dudas; si le soy totalmente sincero, comandante, una angustia extraordinaria. ¿De qué les servía un psiquiatra de animales, injertado de filósofo, en el frente de batalla? La guerra no es más que un estado de alienación mental, y los héroes muy a menudo son los más perturbados. Puedo hablar de eso en primera persona. El hombre experimenta un vigorizante placer con la destrucción, la destrucción por la destrucción, y la guerra es una pura locura de destrucción. La sangre quiere sangre, y cuando por fin se presenta siempre parece poca.

En octubre de 1941, me trasladé a Posen, entre otras cosas merced a las hábiles maniobras de Hippius. Allí pondría a prueba mis ideas sobre la degeneración de la raza, aquella caries fruto de la unión de personas de razas distintas. Fui forzado por las circunstancias, pero también con ciertas expectativas de demostrar la validez de mis ideas y de progresar académicamente. Si los principios del siglo XX habían sido el tiempo de Einstein y de Planck, de la revolución de la física, yo quería demostrar que la segunda parte del siglo sería el de la biología. Creía firmemente que el hombre necesitaba estudiarse científicamente, saber más de él y regular su crecimiento de una manera planificada: sabiendo quién era y dónde quería llegar.

Conocer su legado biológico y mejorarlo. El hombre es un gran desconocido para el hombre, decía yo siempre. Pero ahora puedo decir que descubrí un hombre que no conocía.

10

Los híbridos

La Universidad de Posen era un lugar muy singular, con aquel edificio aparatoso, seudogótico, y dos torrecitas laterales que le conferían un aspecto de templo. Aquella universidad, repristinada bajo el ideal nacionalsocialista, quería servir ahora de plataforma para las nuevas políticas expansionistas y colonialistas del Reich. La región de Posen había sido ocupada antiguamente por colonos germánicos, y los nacionalsocialistas consideraban que los polacos, que la llamaban Poznań, la habían colonizado tan solo temporalmente, y que ahora nuestro deber era recuperarla de nuevo para la vida alemana. Algunos, como el ingeniero Geo Jopke, argumentaban, sin duda algo audazmente, que siempre había sido alemana, y que cuando se fundó ya fue con el nombre germánico de Posen. Oír decir Poznań los encolerizaba, ya que lo consideraban una especie de adulteración de su historia germánica. De Posen a Poznań había solo una pequeña diferencia de letras y de pronunciación, pero ambos términos simbolizaban dos concepciones radicalmente opuestas de aquella bella ciudad. Por esa razón, la rápida regermanización de aquel territorio era para el Tercer Reich una cuestión de total prioridad. Y en este sentido, querían que la universidad fuese un ejemplo relumbrante de nacionalsocialismo, el ombligo de la nueva doctrina expansionista.

Al primero a quien fui a visitar fue a Hans Beyer, por indicaciones de Rudolf Hippius. Me recibió con cordialidad, con su gesto apático, saludándome con un *Heil Hitler!* apagado, enervado. Tenía los ojos enrojecidos, como si se hubiera pasado la noche en vela, y la boca un poco pastosa. Era un hombre de rostro alargado, poco marcial, más bien obeso y mórbido, a quien le costaba hablar, y cuando por fin arrancaba lo hacía con circunloquios y con una sonrisa flácida en los labios, rosados y húmedos, que mostraban una

reticencia permanente. Las venas de las manos se le transparentaban en la piel blanca, de una manera muy visible, marcando aquel sistema circulatorio de un color violado. Lo primero que hice fue felicitarlo por su ascenso a Hauptsturmführer. Acto seguido le agradecí su intercesión y le mostré mi compromiso más absoluto con el programa universitario. Entonces, me dijo:

—¡No tiene nada que agradecerme, en todo caso está en deuda con el Obergruppenführer Reinhard Heydrich!

Beyer tosió enérgicamente.

—Profesor, ha sido llamado a filas, pero lo necesitamos aquí, con el objeto de llevar adelante la investigación que ha iniciado el doctor Hippius. Por tanto, de momento su destino está con nosotros, en una unidad de las
SS
que mandará el doctor Hippius y estará bajo mi completo control. Una vez concluida la investigación, y a la espera de ser útil en nuevos estudios raciales, se integrará en el hospital psiquiátrico.

Me puse blanco como la cera. Beyer tartamudeó un poco, antes de explicarse:

—Ya entiendo que estas noticias le puedan decepcionar un poco. Pero ahora mismo no tenemos demasiado interés en su investigación kantiana sobre el *a priori* y el *a posteriori*.

Esbozó una sonrisa evanescente, como si no hubiera podido reprimir la broma pero en seguida se hubiera arrepentido. Beyer era un *academiker* brillante, conocía bien los resortes del mundo universitario y sabía que aquella decisión afectaba gravemente mi carrera docente.

—En fin, necesitamos que abandone por unos meses a Kant y trabaje codo con codo con el doctor Hippius.

Sentí que un escalofrío me recorría el espinazo. Aún hoy en día tengo aquella sensación física cuando rememoro las palabras de Beyer. ¿Qué había pasado? ¿Hippius había utilizado su poder para ponerme completamente bajo su tutela?

—Para nuestro programa, es de la máxima importancia que usted dependa del hospital psiquiátrico, que es donde se llevará a cabo la investigación. Allí nos será mucho más útil que en la universidad. Evidentemente, mantendrá un vínculo con nosotros y con nuestros proyectos de investigación universitarios, y formará

parte de nuestra Oficina de Política Racial, con las ventajas que eso comporta.

Me mantenía firme ante él, pero sentía la boca seca. Me sentía engañado, defraudado, estafado. Si en Königsberg había gozado de una enorme libertad, de pronto aquel período de investigación pura sobre Kant y la biología, que pensaba que podría prolongar en Posen, aunque solo fuese en pequeños momentos libres, se había acabado. Me exigían hechos y resultados concretos, y el resto de tiempo me obligaban a ejercer de médico psiquiatra en el hospital. Pero ¿qué demonios sabía yo de psiquiatría clínica?

Beyer siguió, algo incómodo por la situación, tan tensa:

—Su esfuerzo será recompensado. Le doy mi palabra de caballero. Pero ahora no hemos de pensar en particularismos egoístas, sino en el servicio que cada uno de nosotros puede rendir al Reich. Y estoy convencido de que su puesto está ahora mismo en el hospital, donde hay mucho trabajo por hacer. Y a medida que avance la guerra, cada vez habrá más. Y cuando le sea requerido, bajo las instrucciones del profesor Hippius. La investigación del profesor Hippius está a punto de comenzar.

Aquella doble alusión al *profesor Hippius* me removió las tripas. ¿Profesor? Que yo supiese no había sido docente en ningún centro universitario. A no ser que… Beyer lo advirtió, claramente se le había escapado. Presintió un posible altercado y cambió el tono de voz a uno más melifluo y comprensivo.

—A Rudolf Hippius lo necesito completamente centrado en la investigación, doctor. Por eso, he considerado la necesidad de que tenga una plena ocupación académica… Quieren que la universidad se ocupe por completo de los aspectos más prácticos de la colonización polaca, y en eso Hippius es un especialista muy notable. Usted es un teórico que no tiene nada de práctica en ese sentido.

Pregunté por el destino de Kurt Stavenhagen. El Hauptsturmführer Beyer se sintió de nuevo incómodo, lo que hizo que se restregara los ojos nerviosamente con los dos pulgares.

—El profesor Stavenhagen es filósofo, y no puedo destinarlo al hospital. ¿No le parece, doctor? Por lo que también ocupará una plaza en la universidad. En realidad, si le soy franco, esta decisión no la he tomado yo, sino el decano Wittram, que me ha asegurado

que la actitud del profesor Stavenhagen hacia el nacionalsocialismo es totalmente respetuosa, algo que no tengo yo tan claro, la verdad. Pero, en fin, el profesor Stavenhagen ha sabido jugar sus cartas… De hecho, contamos con él para la investigación del doctor Hippius. También estará como colaboradora la esposa del doctor Hippius, que, como seguro que sabe, es una excelente psiquiatra, especialista en grafología, en lo que ella denomina «la expresión gráfica de los sentimientos». Estoy muy contento del equipo tan potente que he reunido y tengo depositadas en él muchas esperanzas.

Todo aquello me irritó de manera especial. Me sentí utilizado y relegado a un papel secundario. Sobre todo cuando asimilé plenamente que Hippius había sido admitido como profesor en la universidad, en una plaza que seguramente habría podido ocupar yo. En una plaza que, muy posiblemente, era la mía. ¡Y que Stavenhagen iba a ocupar la cátedra de filosofía!

—Tiene que entender que tenemos muchas solicitudes, de profesores con currículums extraordinarios, y que desgraciadamente no podemos ni considerar —se justificó Beyer, cada vez más incómodo—. Tan solo de mi antigua universidad de Königsberg, que también es la suya, he tenido que denegar media docena de propuestas. Y no me ha resultado nada sencillo. Si le soy sincero mi candidato para la plaza de Stavenhagen era el profesor Walther Freymann, director de la tesis doctoral del profesor Hippius, y que impartió una excepcional y emotiva conferencia en la universidad hace un par de años, demostrando fehacientemente la necesidad de reagrupar toda la sangre germánica… Y además, cuenta con experiencia militar. Pero seguro que encontramos alguna manera de compensarlo… En eso estoy ahora mismo. Como ve, todos hemos de hacer sacrificios estos días.

Y con un gesto de cansancio, como si aquellas cuestiones burocráticas le pareciesen tediosas, añadió, bajando la voz y haciendo crujir los dedos:

—Créame que si usted no está ahora mismo camino de Rusia es gracias a esta investigación liderada por el doctor Hippius y a la insistencia que puso de que se integrase en su equipo…

Tosió de nuevo y me miró, con sus ojos acuosos. Había hablado demasiado, con un ramalazo final algo ofensivo. El profesor Beyer se había formado en la Universidad de Königsberg, donde había

acudido atraído por las investigaciones historiográficas del profesor Hans Rothfels, de gran renombre entonces entre los estudiantes. Bien pronto Beyer mostró su interés por los espacios fronterizos germanicopolacos, y su situación ahora en Posen era para él una especie de culminación de un sueño, donde podía poner en práctica muchas de sus atrevidas ideas. El profesor Rothfels había tenido que emigrar a Inglaterra, a causa de sus orígenes judíos. He aquí un caso bien singular: si Rothfels no hubiera tenido antepasados directos semitas, habría sido una de las voces más importantes de la política expansionista nacionalsocialista. De hecho, se había mostrado como uno de los ideólogos de la expansión de Alemania hacia el este y de la esclavitud de los pueblos vecinos. Antes, había combatido valerosamente en la guerra del 14, como oficial en la reserva y había perdido una pierna; por su valor militar había sido distinguido con una cruz de hierro. ¡Y, por supuesto, había votado a Adolf Hitler! Pero ahora la inconveniencia de su raza se interponía entre sus ideas y una brillante carrera. En cambio, su discípulo Beyer no tenía ningún problema en este sentido racial: era un ario puro y ahora ostentaba todo el poder de su antiguo maestro. Y estaba dispuesto a ejercerlo.

—Stavenhagen es bastante mayor que usted y no es apto para el frente. ¡Cada uno debe cumplir con su obligación! —remachó, como dando por cerrado el asunto.

La Operación Barbarroja, el nombre con el que se conoció la invasión de Rusia, se había llevado a cabo con un éxito extraordinario, con miles de prisioneros rusos, pero también muchos heridos alemanes. Se había iniciado el 22 de junio de 1941, se había movilizado una fuerza militar excepcional, nunca vista hasta entonces. Era necesaria cuanta asistencia médica fuese posible, y yo era bien consciente de que era un claro candidato para ser enviado rápidamente al frente, a las estepas rusas, a ayudar en todo lo que fuese posible. ¿Y, sin embargo, qué sabía yo de medicina militar? ¿Qué sabía yo de amputaciones y primeros auxilios? Lo insinué, para que Beyer fuera consciente de que yo no era exactamente un médico, pero este movió su blanca mano, restándole importancia.

Entonces insistí en que no tenía ninguna experiencia en psiquiatría clínica. Beyer suspiró.

—Bueno, ya irá aprendiendo en el hospital… Pero ahora su lugar es en nuestra unidad de las
SS
.

Entonces, fijando sus ojos saltones sobre mí, fríos y casi sin expresión, me dijo, con cierto énfasis, como advirtiéndome que deseaba de mí toda la colaboración posible y que no lo defraudara:

—Esta investigación es prioritaria para los intereses del Tercer Reich. Como sabe, las
SS
han encontrado dificultades en algunos casos en el momento de distinguir étnicamente entre polacos y alemanes. Y la cuestión se complica mucho con los matrimonios mixtos. De esta manera, para poder expulsarlos del país, hay que tener muy claros cuáles son los elementos que evaluar y la mejor manera de llevarlo a término. Y los niños, si llevan sangre alemana, deben ser regermanizados. Y, por tanto, apartados de sus familias y enviados a centros que puedan realizar su cometido de manera eficiente y rigurosa.

Y esbozando una ligera sonrisa, concluyó:

—El doctor Hippius cuenta con mi entera confianza. Él sabrá aislar la sustancia genética polaca e identificarla, y separarla plenamente de la germana. Ciertamente, la sustancia alemana se caracteriza por el dinamismo, la perseverancia, la viveza invasiva que pone en todas las cosas. Y la sustancia polaca, en cambio, por una apatía vital y una pobreza general de temperamento… Pero, a veces, surgen situaciones complicadas y es menester actuar de la manera más científica posible. Evidentemente, el objetivo final es la total germanización de Polonia, y permitir tan solo la reproducción a los individuos adecuados. ¡Por tanto tenemos mucho trabajo por delante, doctor!

Asentí. Y tan solemnemente como pude me puse a sus órdenes.

—*Zu Befechl, Herr Hauptsturmführer!* —grité de la manera más efusiva posible.

Beyer pareció satisfecho de mi aquiescencia y bramó, alzando el brazo:

—*Heil Hitler!*

Contesté con el *Heil Hitler!* reglamentario y me retiré, tan marcialmente como me fue posible. Y así entré en aquella unidad de

las
SS
, que durante los siguientes meses iba a llevar a término un estudio que sería determinante para las políticas raciales del Tercer Reich.
No es necesario explicar que aquellas noticias me habían decepcionado mucho. De repente me sentía utilizado, y en una investigación que no lideraría. Había pasado de ocupar la cátedra de Kant a estar bajo las órdenes de un estonio ruso que utilizaba la ciencia racial para expulsar a los legítimos pobladores de sus tierras. En aquel momento, pensé en mi padre, y en lo que pensaría de todo aquello. Tan lejos de casa, y tan lejos de mi familia, que se había quedado de momento en Königsberg, a la espera de noticias mías. Dudé si solicitar una entrevista con el rector Peter Carstens, genético especialista en mejora animal y Standartenführer: posiblemente conocería mis trabajos y sería sensible a mi reivindicación. Pero Carstens era un hombre frío y altivo, que intimidaba un poco, y al mismo tiempo corría el riesgo de molestar a Beyer con mi reclamación, que podía ser entendida como una cuestión de altanería, incluso de indisciplina. Y acabar al final en el frente ruso. No obstante, me corroía el gusanillo del trato injusto: ¿por qué se me había cerrado la puerta de aquella universidad cuando gente mucho menos competente que yo, con muchos menos méritos científicos, había entrado? ¡Pero si venía de ocupar la prestigiosa cátedra de Kant en Königsberg! ¿Por qué aquella inesperada reticencia? ¿Por ser austríaco, de Viena? ¿Por no haber hecho suficientemente explícita mi militancia en el
NSDAP
? ¿O acaso por no ser de una de aquellas regiones limítrofes germánicas del Báltico? El decano Wittram era de Bilderlingshof, cerca de Riga, y seguramente eso había facilitado a Hippius y a Stavenhagen su admisión, como había sucedido con la recolocación de muchos otros investigadores venidos del Instituto Herder de Riga. Aquella universidad se había convertido en un reducto de alemanes del Báltico, muchos de los cuales se habían desplazado desde sus tierras a consecuencia del pacto entre Alemania y Rusia, y yo como austríaco, con mi fuerte acento vienés, me sentía un poco fuera de lugar. ¡Vaya tropa, estos del Báltico!
Días después, me reuní con el matrimonio Hippius. Rudolf había

sido promovido a Obersturmführer, y apareció elegantemente vestido de uniforme, con las tres flamantes cuentas de plata en el cuello del uniforme, y con la gorra con la calavera, calada hasta los ojos. Llevaba del brazo a su esposa, que avanzaba junto a él con una satisfacción callada pero cierta: Maria Hippius era una persona agradable, una rubia atractiva y expansiva, de dientes muy blancos y sonrisa luminosa. Tenía una voz cálida, sensual, un poco maulladora, y una risa muy sonora y gorgoteante, alargando la última carcajada con un ruido gutural, como un *aggrrrr* final que indicaba lo mucho que le divertía todo aquello. El matrimonio tenía tres hijos, y Maria compartía su trabajo como psicóloga con el de ama de casa. Ambos se habían incorporado a las
SS
y se instalaron en unas amplias y lujosas habitaciones del hotel Continental.

Por mediación de Hippius, también conocí aquellos días al anatomista Hermann Voss, que se había integrado recientemente en la Universidad de Posen como profesor de la Facultad de Medicina. Era un hombre severo, con gafas sin montura; lo recuerdo con un ojo mucho mayor que el otro, quizá como consecuencia de algún extraño reflejo de aquellas lentes. El profesor Voss era un antisemita convencido y había ayudado al profesor August Hirt, de la Universidad de Estrasburgo, a reunir los huesos de un esqueleto de judío para demostrar la inferioridad racial. Hirt también había llevado a cabo, junto con su compañero Bruno Berger, una colección, muy admirada y comentada, de cráneos de comisarios judíos, ajusticiados durante la reciente campaña de Rusia. Cuando Voss conoció la investigación que íbamos a llevar a término, se mostró muy interesado y entusiasta. Pero, al poco, sentenció:

—Estos estudios están bien. Pero mi opinión es que el pueblo polaco debería ser erradicado en su totalidad, sin tantas cautelas. Sería mucho más rápido y nos evitaría muchos problemas. El doctor Hahn asegura que todos los polacos son actores y que, tras la cara más amable, siempre se esconde un potencial asesino de alemanes, afilando su cuchillo.

Suspiré, incrédulo, pero aquel insensato fijó sobre mí su ojo implacable, y entonces entendí que hablaba muy en serio. Voss continuó:

—Hay que conducir la cuestión polaca sin sentimientos, desde una mirada exclusivamente biológica. Hemos de destruirlos; en caso contrario, serán ellos los que nos destruyan. ¡Se reproducen el doble de rápido que nosotros! Si no nos espabilamos, en dos o tres generaciones nos borrarán del mapa. ¡Por eso, cada éxito del movimiento nacional polaco es un fracaso de nuestro Reich! Por eso también me alegro de cada polaco muerto. Si pudiéramos acabar con toda la sociedad polaca sería feliz.

Rudolf Hippius me miró en silencio, sin osar desmentir las palabras de Voss, que después supe que era buen amigo del Hauptsturmführer Hans Beyer. Pero en la mirada de Rudolf creí descubrir una ironía encubierta, como quien dice, ya ves, hay quien cortaría por lo sano y se ahorraría esta clase de estudios, que ven tan innecesarios como redundantes. Hagámoslo lo antes posible, y salvemos a todos los polacos que puedan llegar a ser algún día buenos alemanes.

Sin embargo, Rudolf dio la razón a Voss.

—Como dice el compañero Walter Geisler, director del Instituto Geográfico de Posen, ¡hay que limpiar concienzudamente esta tierra!

Voss dirigió su ojo hipnótico hacia Hippius:

—Indudablemente, la unión de la psicología y la geografía es del todo indispensable en esta guerra total. ¡Queremos un pueblo sin castas ni señores, con una única raza y un único destino! El profesor Geisler es una autoridad en el *Herrenvolk* y sabrá consolidar el hábitat del pueblo alemán. ¡Estoy seguro de que no desfallecerá! ¡Y lo dejará todo bien limpio de judíos, polacos y comunistas!

Hippius, como corolario, soltó su risa estridente y nerviosa. Al lado de Voss, parecía un hombre moderado. Como en todo, siempre hay gente más extremada que el más extremado, gente que, por decirlo con un símil, necesita *siempre* más pimienta, por muy picante que esté el plato. Mi compañero no quería dar la sensación de ser débil, ni mucho menos de ser *amigo de los polacos*, y Voss lo azuzaba para que fuese más resolutivo y se dejase de tantos circunloquios. Siempre hay alguien que revienta las posturas comprensivas, que vive mejor en aguas revueltas, que goza con la destrucción, y que pega fuego a cualquier acuerdo. Y durante aquellos días estos caracteres radicales abundaban. Así pues,

aceptando participar en aquel proyecto, tuve la sorprendente sensación de estar adoptando una postura progresista, benevolente, que podía salvar algunas vidas. Y aquello me hizo sentir un poco mejor. Me dije: salvaré a cuantos pueda. Pero no fue así.

11

El estudio

Queríamos estudiar al menos mil polacos, de los dos sexos y de diferentes edades. Las inspecciones se tenían que realizar en el Hospital Psiquiátrico de Posen: los de las
SS
traerían a los pacientes y nosotros los examinaríamos, en tres grupos de trabajo: el matrimonio Hippius, Kurt y yo. La primera persona que examiné fue una joven con unos rasgos arios perfectos, con el cabello muy rubio, recogido en una cuidada trenza. Cuando la vi aparecer suspiré aliviado, seguro de que todo iría bien. Le dije buenos días en alemán y no contestó, y después en polaco, *Dzieri dobry*, con el mismo resultado. Después le pregunté su nombre, pero siguió sin contestar, como alelada. Consulté la ficha y vi que se llamaba Tereska, y que era hija de madre alemana. Venía de un pueblecito del sureste de Polonia, y había sido traída a la fuerza, secuestrada a su familia. Aquella joven tenía un trauma y la examiné como médico. Parecía desnutrida y débil, pero en cambio tenía buena salud. Pedí la ayuda de la traductora, una mujer de las
SA
que hablaba polaco y que había venido acompañando a los pacientes. Se llamaba Ingrid Weise, y me advirtió que la joven llevaba un par de días sin hablar ni comer. Le pidió en polaco que dibujara su casa, en una pizarra que habíamos traído. Tereska se levantó, tomó la tiza y se quedó parada ante la pizarra. Me había alegrado verla reaccionar a las palabras de Ingrid, y pensaba que todo se solucionaría. Pero de pronto empezó a hacer garabatos, en un movimiento compulsivo esquizofrénico. La
SA
me miró: era una rubia con la cabellera ondulante, algo cargada de

espaldas, pechos poderosos y ancha de caderas. Aquella mirada anublada lo decía todo, y era una condena. Tereska *a priori* parecía perfecta para nuestro objetivo de regermanización. Cualquier familia alemana sería feliz de tenerla, rubia, de tez muy blanca y fuerte como una mula.

Examiné la ficha de nuevo. Había sido recogida, es decir, raptada, por el Untersturmführer Koch. Le pregunté a la
SA
si sabía qué había pasado. Me explicó que su madre se había resistido y que el Untersturmführer no había tenido más opción que utilizar la fuerza. Después, bajando la voz, susurró, de manera confidencial:

—Cuando ya salían del pueblo, su padre apareció a medio camino con una escopeta de caza. Intentó disparar pero el conductor aceleró y el Magirus le pasó por encima. Después las
SS
evacuaron todo el pueblo, como represalia por aquel atentado frustrado. Imagino que la madre debió acabar también *evacuada*.

No quise saber más. Borré los garabatos de la pizarra y le pedí a Tereska que escribiese su nombre. O que escribiese lo que quisiera. Cualquier cosa. Tereska no hizo nada. Entonces lo escribí yo: Tereska Rempa. Se lo leí y le pregunté si lo pronunciaba bien. Pero no logré ninguna respuesta. Insistí, casi le rogué que contestara. La asistente de las
SA
me miraba incómoda. Atónita. Para ella estaba claro que el caso no tenía solución. Entonces le dijo alguna cosa en polaco, de manera muy agresiva, que en seguida repitió en alemán: «¿Acaso se te han comido la lengua?». Yo necesitaba ganar tiempo para obtener de aquella cabeza alguna luz, alguna nota de esperanza. Le pregunté a la
SA
si sabía alguna canción polaca y me dijo que no, plegando los labios con un gesto de desprecio, como si las canciones perteneciesen al ámbito sentimental y ella solo hablara aquel idioma para llevar a cabo con mayor eficacia el exterminio de sus hablantes.

Entonces concluyó:

—Es un caso claro de la mezcla de razas… Guapa como una

alemana y tozuda como una polaca.

Asentí con la cabeza. Mientras tomaba notas, le pregunté cómo habían recolectado a los jóvenes.

—Primero vamos algunas exploradoras por los pueblos. Nos hacemos pasar por la Cruz Roja, o por alguna institución cristiana, y decimos a los lugareños que estamos llevando a cabo un estudio sobre la salud de los habitantes. Estos se aproximan a nosotros y entonces tomamos nota de todos los jóvenes que nos interesan y de dónde viven. Les preguntamos si tienen hermanos, si son rubios como ellos, si hablan en alemán o polaco en casa. Si son hijos de alemanes…

Yo seguía apuntando datos sobre Tereska mientras escuchaba todo aquello. Pregunté cuántos pueblos habían visitado.

—Alrededor de trescientos… Después de esta primera inspección, regresamos acompañados por las
SS
y buscamos a los niños y a los jóvenes. A los niños los hemos llevado a diferentes centros de análisis racial, como el de Bruczków, a cargo de la doctora Hildegard Hetzer. Los jóvenes, al de aquí, de Posen. Si están en la calle mucho mejor, porque así no nos hemos de enfrentar con los familiares. Pero, a menudo, no hay más remedio que entrar en las casas, como sucedió con la familia de esta joven.

En aquel momento apareció en la consulta Rudolf Hippius. Examinó a la joven y soltó una mirada furtiva a mis anotaciones. La
SA
Ingrid miraba al profesor Hippius con un gesto devoto, como quien se encuentra ante un ser único y especial, a quien hay que reverenciar. Le expliqué el caso y las dudas que me generaba. Aquella joven no podía ser más aria y sin embargo… Y, sin embargo, se resistía a hablar. Quería que me concediera la opción de la duda, de reservarla, de darle una oportunidad. De dejarla descansar y volver a la carga al día siguiente… Pero Hippius no vaciló.

—Piense que si la seleccionan la enviarán a un centro para ser germanizada. Es un proceso que dura alrededor de seis meses, costoso para el Reich. Hemos de seleccionar muy bien a los escogidos y no dejar nada al azar. Porque después serán asignados a

una familia alemana para que continúe con el proceso. En cualquier caso, lo más importante es no adulterar para nada el estudio científico. ¡No dejarse llevar por los sentimientos, profesor!

Finalmente, no tuve más remedio que poner el cuño «*UNTAUGLICH*». Ingrid se llevó a la joven, y aún recuerdo vívidamente su trenza rubia y su mirada vacía y traumatizada.

Después de Tereska entró otra joven, de nombre Daria. Llevaba los cabellos castaños revueltos, pastosos, iba sucia y tenía los ojos pequeños y enérgicos. En realidad, era el caso contrario a Tereska: sus rasgos no eran nada arios. En este caso su padre era alemán y su madre polaca. Pensé que seguramente había salido a la madre. En cambio, cuando le pedí el dibujo de su casa, realizó un buen trabajo, aplicado e ingenioso. Después le pedí que recitara la balada de Adam Mickiewicz, el gran poeta polaco, gloria nacional. Lo hizo sin dudar, una declamación perfecta. Le pregunté complacido si le gustaba la poesía.

—Sí, doctor… Me gusta mucho Mickiewicz. ¡Incluso en alemán! —contestó, modosa y educada.

Obligarlos a recitar Mickiewicz en alemán tenía su parte de solemne ironía: era como si, de cambiar las tornas, nos hicieran a nosotros declamar Klopstock o Goethe en polaco. La balada de Mickiewicz glosaba las gestas de un brujo, de nombre Pan Twardowski, que había llegado a un pacto con el diablo con el fin de procurarse poderes sobrenaturales. Una especie de *Fausto* a la polaca. Mientras Daria me recitaba las grandes gestas de Twardowski, pensaba que la magia del brujo bien poco podría hacer contra nosotros.

De nuevo tuve dudas. Hablaba bastante buen alemán, respondía con sosiego, pero sus rasgos eran claramente eslavos. No me la pude imaginar en una casa alemana. Por mucho que la germanizaran siempre sería una polaca. Y añadí, *in mente*, una polaca fea. Aun así, seguí investigando y le pregunté si conocía algún otro poeta de su país.

—Hay muchos, doctor… Hay uno que se llama Baczynski…

Puse el cuño de «*UNTAUGLICH*». Ahora sé que Baczynski era un líder de la resistencia, y un poeta admirado por los jóvenes, una mediocridad de moda. Pero lo que me hizo descartarla no fue aquel hecho, que entonces desconocía por completo, sino la confirmación

de que leyera poesía en polaco: sabía de la gran influencia que tenía la poesía en el momento de mantener vivo un ideal, y una joven así podía ser un peligro para nuestra empresa.

Hice un receso. Necesitaba hablar un momento con Kurt y echar un vistazo a sus resultados. Intercambiar opiniones y sensaciones.

Cuando entré en su sala vi que junto a él estaba un oficial de las SS. Me lo presentó como el encargado de la seguridad de Posen (*Sicherheitsdienst*), se llamaba Herbert Strickner. Recordé mi conversación con Rudolf Hippius en Königsberg, y lo saludé cordialmente, diciendo que sabía muy bien quién era, algo que le complació mucho. Era un hombre alto, de ojos claros, nariz larga, mentón corto y labios finos; a los dieciséis años había comenzado a participar en grupos paramilitares para la seguridad nacional de Estiria, y ahora era uno de los hombres más temidos de Polonia. Kurt me dijo:

—El *Sicherheitsdienst* Strickner me estaba contando las grandes dificultades que encuentran para distinguir un alemán de un polaco. Y que muchos han comprado certificados para demostrar su origen alemán, con lo que todo se complica extraordinariamente.

Strickner fue más contundente. Sin duda, a pesar de sus treinta años, era uno de los especialistas en cuestiones de segregación racial, un auténtico experto en asuntos de *Volkstumpolitik*, porque antes de su destino en Posen ya se había ejercitado a fondo en Tilsitt, eliminando a los elementos impuros de Lituania.

—Si, como afirma el Gruppenführer Karl Frank, el propósito último de nuestras acciones tiene que ser la germanización completa de los territorios conquistados, hemos de tener mucho más claros qué criterios de separación se deben utilizar. Si no, las SS no podemos trabajar de una manera eficiente y avanzamos a trancas y barrancas, sin un criterio común.

Entendí qué quería decir con eso de *eficiente*. Continuó:

—Junto con el *Gauleiter* Arthur Greisser hemos comenzado a elaborar una Lista étnica de los Germanos (*Deutsche Volksliste*, DVL), con el objetivo de tener un registro. Pero ¿dónde acaba un germano y dónde empieza un polaco? Hay zonas del territorio

donde están tan mezclados que surgen multitud de dudas.

La pregunta era muy pertinente.

—Solo los que puedan demostrar que son alemanes podrán tener propiedad privada. Eso está ocasionando muchos sobornos por parte de los empresarios, para poder entrar en la
DVL
. Se inventan cualquier cosa, con tal de poder estar en ella. Hay que establecer los criterios de la manera más estricta posible y si se puede siguiendo un criterio racial, contrastado de manera científica.

Eché una mirada a las fichas de Kurt, y vi que dos de ellas eran aptas y una *Untauglich*. Tuve sensación de culpa, como si yo hubiera sido demasiado intransigente. ¿Puede que aquella joven lectora de poesía fuera una buena alemana? Me la imaginé declamando a Schiller.

—Vengo de hablar con el doctor Hippius, y le he mostrado la necesidad que tenemos de estudios serios como este. Estoy seguro de que sus resultados nos serán de gran utilidad —concluyó Strickner—. No podemos desperdiciar ni una gota de sangre alemana, pero tampoco nos podemos dejar engañar por polacos impostores.

Se despidió con el *Heil Hitler!* pertinente y desapareció tras la puerta. En aquel momento, sentí un desfallecimiento, una angustia, noté la boca seca, como cuando en mis primeros días como docente iba a dar alguna conferencia, y me sentía inseguro y nervioso, especialmente cuando sabía que mi padre estaría entre el público. A fin de cuentas, cuando yo había acuñado con aquel «asocial» las fichas de Tereska y Daria, no solo estaba certificando que no eran aptas para la germanización, para nuestros intereses raciales, sino que era consciente de que las estaba condenando a un campo de concentración y, posiblemente, a una muerte lenta, a una muerte casi segura. No podía disociar el trabajo científico de sus consecuencias humanas.

Aun así, le pregunté a Kurt:

—¿Qué pasa con los que marcamos como asociales? ¿Los retornan a su pueblo…? ¿A sus familias?

Kurt me contestó que pensaba que no.

—Si la descendencia no es viable de ser regermanizada, lo más seguro es que los familiares también sean antes o después

expulsados… Por tanto, no invertirán recursos para nada. No tendría ningún sentido. En cambio, si es marcado como apto es posible que a sus familias también se les permita permanecer en el país.

—¿Adónde son expulsados? ¿Lo sabes? —pregunté.

—Hay un proyecto de enviarlos más allá de los Urales… Pero mientras tanto los confinarán en campos de concentración.

Comprendí que Kurt Stavenhagen haría aquel trabajo, porque necesitaba la plaza en la Universidad de Posen. Y también fui consciente de que si yo no quería ser enviado al frente, tenía que implicarme a fondo en aquella tarea, por ingrata que me fuera. Los resultados serían utilizados por gente como Strickner para separar alemanes de polacos: para requisar tierras, para expropiar empresas, para introducir nuevos colonos, de buena casta, puramente germánicos. Se trataba de repoblar Polonia, que aquellas familias fueran fértiles y diesen hijos a manta, que las
SS
se reprodujeran abundantemente en las Lebensborn, y que toda aquella nueva sangre pura y germánica se lanzara a conquistar el mundo. Polonia tenía que ser un gran vivero de vástagos del nuevo Reich, un campo de pruebas para después proseguir a toda máquina con otros territorios conquistados. Aquellas granjas, con unas ciento veinte hectáreas de extensión, eran una atractiva recompensa para los soldados condecorados, y no solo para los alemanes, también para sus aliados, como los rumanos, que luchaban motivados por la promesa de convertirse en terratenientes después de la guerra. La ambición personal mueve a los hombres, y la codicia, como es sabido, es el primer motor de la humanidad.

Pero lo admito, comandante, tras todas aquellas ideas había un fondo que me resultaba muy próximo. Con mis artículos, y en especial durante mis conferencias, había propagado la idea de que la selección natural ya no actuaba sobre la especie humana, y que las mutaciones negativas se iban acumulando en los pueblos. Que el pueblo era más importante que el individuo, y que era capital apartar las manzanas podridas, las piezas defectuosas. Apartarlas y, claro está, destruirlas. Por otra parte, yo preconizaba una educación fuera de las ciudades, en el campo, sana y en contacto con la naturaleza. Las ciudades creaban monstruos asociales, decía en mis

artículos. También advertía sobre la necesidad de eliminar a los individuos tarados o tullidos, o al menos no dejarlos reproducirse, para que no esparcieran sus taras congénitas. Siempre había apostado por la transformación de las grandes urbes en lugares más habitables, con más jardines y menos población. De alguna manera, con el *Warthegau* se buscaba todo aquello: propulsar una sociedad sana y aria, seleccionando a los más aptos, criarlos en el campo, rodeados de naturaleza y buenos alimentos, en un clima plenamente germánico. Y por encima de todo vigilar la descendencia, controlarla y guiarla, e ir construyendo una raza pura, bella e invencible. Una sociedad modélica, abierta a la ciencia y al conocimiento.

Pero cuando se mata a personas inocentes, todos los esfuerzos de la razón zozobran y se nos muestran inútiles. ¿De qué servía la cultura si acabábamos enviando jóvenes como Tereska o Daria a un destino espantoso? ¿De qué habían servido Goethe y Schiller al pueblo alemán? ¿O Bach y Telemann? Ante todo esto, no servía ningún argumento basado en la razón, en la ciencia, en la cultura. Kurt me dijo, como continuando su comentario anterior:

—El *Generalplan Ost* prevé la expulsión de treinta y cinco millones de personas. Pero quedarán alrededor de trece millones de indeseables, que no pueden vivir en común con los alemanes y que tampoco pueden ser diseminados.

Le pregunté qué pensaba que harían con ellos. Suspiró:

—Imagino que los eliminarán… Como a los judíos. Charles Darwin dice en *El origen del hombre* que las razas civilizadas están sustituyendo a las razas inferiores. Nosotros no hacemos más que eso.

Lo miré incrédulo. ¿Hablaba en serio? ¿Estaba conforme? ¿Le parecía bien exterminar a trece millones de personas? ¿O se trataba de una nueva salida de tono suya?

Mientras pensaba en cómo interpretar esas palabras, entró una joven híbrida en el despacho de Kurt. De madre alemana y padre polaco. Era una belleza nada acicalada, rubia, de labios carnosos, de ojos de un verde aguamarina y pechos protuberantes. Sus ojos reflejaban un miedo feroz que la hacía acaso más atractiva. Kurt comenzó a entrevistarla, su alemán era bueno, dibujaba con seguridad, y leyó la balada del poeta con gracia y buen ritmo, con

voz cantarina y mucha desenvoltura. Se llamaba Doda: lo recuerdo porque pensé en el dodo, y en su extinción, e imaginé que aquella joven merecía sobrevivir. De pronto recordé dos cosas: la advertencia que hacía el músico Franz Liszt de mantener estrictas leyes maritales entre los arios, con el fin de recuperar la pureza racial, y el comentario de Richard Wagner de que tan solo los de raza aria pueden ser creativos. Doda era una belleza híbrida, pero ¿hasta qué punto merecía sobrevivir? Allí no estábamos valorando si una persona era guapa, sino si podía ser una buena alemana. Si sus genes debían ser o no destruidos. Entonces Doda dijo que había denunciado a polacos que escondían a judíos en sus casas de Posen, cuya denuncia había significado su fusilamiento. Aquello podía ser falso, pero me llamó poderosamente la atención, porque desde mi llegada me habían contado diversos casos de delaciones de polacos, desvelando a la Gestapo, o a la KriPo, los escondites de los judíos en la ciudad, o incluso en algún búnker en medio del bosque. Aquellos que nosotros considerábamos *subhumanos* delataban a los judíos, a los que nosotros considerábamos como piojos o ratas, con una animadversión que igualaba nuestro desprecio. Hasta el punto de que buena parte de los judíos descubiertos aquellos días, encerrados en un falso techo, o en un sótano, o en un pajar de una granja, lo eran gracias a la delación de los polacos. Aquello me pareció extraño, incluso un poco perturbador, y le pregunté qué pensaba de nuestro Führer.

—¡Adolf Hitler cuenta con nuestra simpatía porque nos está librando de los judíos! —dijo, con cierta parquedad. Kurt añadió, impostando la voz:

—¡De los *parásitos* de los judíos!

Doda, sin entender la voz de falsete de Kurt, remarcó:

—Si no hubiera sido por gente como nosotros, nunca los habríais descubierto. Porque se ocultan muy bien.

Su alemán era perfecto. Y su odio sacrosanto hacia los judíos resultaba muy convincente. Aun así le tiré de la lengua y le pregunté por qué los delataban, por qué colaboraban con nosotros.

—Está prohibido esconderlos bajo pena de muerte. Un decreto del 15 de octubre de 1941 alerta que si se encuentran judíos en una casa se matará a toda la familia…

Eso ya lo sabía.

—Por eso, un padre denunció a su hija por ocultar judíos en el sótano, y la fusilaron. ¡Aquel padre cumplió con su obligación! Y salvaguardó al resto de la familia. Una amiga mía sabía donde se escondía un antiguo prometido suyo, que la había dejado para casarse con una judía muy rica. Este había ido a pedirle ayuda, y le confesó desesperado que vivía en un refugio, junto con ocho judíos más, en un lugar bien escondido del bosque. Mi amiga lo traicionó… Los de la Orpo descubrieron el refugio, los obligaron a salir y los fusilaron a todos.

Miré a Doda con compasión, porque sospechaba quien era aquella *amiga*. Nunca te imaginas cuánto odio es capaz de cobijar el corazón humano. Mientras tanto Kurt escribía anotaciones en la ficha, pero estaba claro que Doda había pasado la prueba. Si todo iba bien, sería alemana.

Una noche de aquellos agotadores días del estudio, llamaron a la puerta de la residencia donde me hospedaba, una habitación sencilla del gran hotel Ostland, ocupado por toda clase de oficiales de las

SS

y de la Wehrmacht. Durante el tiempo que pasé en Posen colaborando con el estudio para las

SS

, me facilitaron aquella habitación, muy agradable y recientemente acondicionada. Abrí la puerta y me encontré a la

SA

Ingrid Weise, con una pícara sonrisa. Le pregunté si pasaba algo, si había algún problema. Ingrid contestó, ronroneando, sin ningún tipo de subterfugio:

—He pensado, profesor, que se debe sentir muy solo.

La miré sin acabar de entender. No estaba de buen humor, porque entre mis examinados había muchos descartados, por más esfuerzos que había hecho por pasarlos. Durante aquellos días, entendí por qué habían encomendado aquella misión a Hippius: había demostrado tener unos increíbles arrestos y capacidad de liderazgo, imponiendo sus ideas sin ningún tipo de compasión. En cambio, yo me sentía vigilado y temía que denunciaran mi indulgencia y mi falta de agallas. Además, se acercaban las fechas navideñas, y todo hacía presagiar que no tendría permiso para

visitar a mi familia. ¿Se refería a eso la
SA
?

—Si lo desea, le podría hacer compañía esta noche —aclaró.

De pronto lo entendí y empecé a reír, intentando que no se sintiera violenta, y contesté que estaba muy cansado y que aquella noche no, que quizá más adelante… Me interrumpió.

—Profesor, lo he observado con detenimiento y se lo digo abiertamente: me gustaría tener un hijo suyo. Proporcionar al Reich un hijo de su inteligencia. Por la cuestión de la maternidad no se tiene que preocupar, ya conoce las Lebensborn y la buena labor que llevan a cabo…

Yo solo era capaz de decir «sí, sí, claro, claro».

—Por tanto, es más bien una cuestión de responsabilidad. Yo estoy ahora en mi período más fértil, y estoy segura de que, como en la otra ocasión, todo irá bien.

Ingrid casi me estaba obligando a que la inseminase, para que no se echara a perder su ovulación. La miré, no ofendido, pero sí un poco atolondrado. Había conseguido desconcertarme por completo. Nunca me habría imaginado que se pudiera hablar tan abiertamente de aquellas cuestiones, y me hizo dudar. Le pregunté si había tenido más hijos.

—Sí, doctor profesor. Un hijo más. También de un hombre como usted, educado e inteligente, un auténtico orgullo que me dejara encinta… Y una gran responsabilidad para mí. Lo dejé en adopción en la Lebensborn y ahora ya me siento con fuerzas para servir de nuevo a nuestro Führer. Estoy muy orgullosa de que el Reichsführer, después de haber examinado personalmente mi-
Fragebogen
RF
, me haya considerado apta para un segundo embarazo. Y tan pronto como lo he sabido, y he estado en condiciones de fertilidad, he pensado en usted.

Ingrid volvía a exigirme que la inseminara. Apelaba a mi responsabilidad de buen nacionalsocialista. Y a la autoridad de Himmler. Aun dijo, bajando el tono de voz:

—Si lo prefiere podemos apagar las luces, para que todo sea lo más impersonal posible. En un rato habremos acabado. No es

necesario que pasemos toda la noche juntos, si no lo desea… Aunque para la fertilización es más conveniente, a ser posible un par de coitos…

No se quería ir. Pero necesitaba un poco más de tiempo. Le dije que era un hombre casado y que me lo tenía que pensar. Dudó un momento y añadió, en voz baja:

—Esto no tiene nada que ver con el matrimonio ni con ninguna relación de ningún tipo. Se trata de un acto de patriotismo, máxime cuando los hombres válidos escasean por estar en el frente, y las mujeres necesitamos de un macho que nos pueda hacer madres.

A todo esto nos había conducido la política racial. De la cual yo también era responsable. ¿Desde una visión nacionalsocialista, me podía negar a la oferta de Ingrid? Naturalmente que sí. Sin embargo, lo que la
SA
me pedía respondía a una de las consecuencias de mis ideas de pureza racial. Si había pocos hombres, porque la mayoría estaba en el frente ruso, o en otras contiendas bélicas, y si por otro lado promulgábamos las uniones puras, ¿cómo decir que no a una joven que desea reproducirse? Yo tenía ya tres hijos, pero podría diseminar mi legado biológico por muchas otras mujeres. Por tantas como quisiera, y me lo permitiera el físico. Puede que no estuviese justificado tener tantos escrúpulos, a fin de cuentas se trataba de un acto patriótico. Aquello me produjo un mareo y me pregunté si Hippius o Stavenhagen habían tenido ya estas experiencias, si sus asistentes se les habían ofrecido de aquella manera. Dudé, debo reconocerlo. Ingrid ya se había marchado, pero estaba seguro de que lo volvería a intentar. Tras aquella petición no había ningún tipo de pasión ni libertinaje, tan solo un sentimiento de querer ser útil a su país, de una manera que tan solo las mujeres lo podían ser. Pensé en todos aquellos jóvenes a los que había puesto el sello de «NO APTO», porque tenían las mejillas sumidas, las orejas separadas o los labios demasiado gruesos. O porque no hablaban casi alemán. O porque tenían una cara eslava que te tiraba para atrás. Pensé en todos aquellos miles de familias polacas que habíamos *evacuado*. En el espacio vital tan ancho y vasto, y que ahora era necesario rellenar con nuestra sangre. Donde todos debíamos contribuir activamente, exprimiendo al máximo nuestra

capacidad reproductora.

12

Los colonos

En total examiné a 290 jóvenes. De ellos, a 95 los consideré «asociales». El resto estuvieron en la categoría 3 y 4: es decir, aquellos que eran fácilmente regermanizables y aquellos a los que había que dedicar un esfuerzo importante para su conversión. Mis resultados fueron bastante semejantes a los del matrimonio Hippius y a los de Kurt Stavenhagen. De los 877 casos, alrededor de un tercio los consideramos asociales, y fueron directamente deportados a campos de concentración. Posiblemente también de exterminio, no lo sé. Sobre este aspecto no puedo concretar más, ni puedo decir cuántos de ellos han conseguido sobrevivir. De los de la cuarta categoría, tan solo un veinte por ciento pasaron los siguientes filtros y el resto también acabaron expulsados del programa y enviados a diferentes centros de internamiento. Al final, alrededor de 350 híbridos fueron considerados aptos y sometidos a regermanización. El Reichsführer Himmler temía que los jóvenes descartados acabaran integrándose en la resistencia polaca, algo bastante probable, y todos los que no eran adecuados para formar parte de la nueva patria debían ser erradicados. Un joven polaco sin controlar era un peligro potencial y no tenía sentido dejarlo en libertad; y especialmente a un polaco de una zona germánica, que habiendo podido aprender alemán se había mantenido indiferente, si no contrario, a nuestra cultura. Uno de los criterios de evaluación había sido la proximidad al idioma y la reluctancia a hablarlo.

De lo que tengo casi total certeza, es de que los jóvenes no volvieron a ver a sus familiares: y digo «casi» porque la doctora Hetzer me contó que una de las niñas que ella había descartado después reencontró a su madre en el campo de concentración de Majdanek.

—Fue entonces cuando la madre supo lo que le había pasado. La

secuestraron y no pudo averiguar su paradero. Cuando a ella la enviaron a Majdanek, junto a Lublín, no se esperaba que allí recuperaría a su hija perdida. Fue tal la alegría que todos en el campo sintieron una intensa congoja. Incluso los guardas del campo se emocionaron.

Me había escapado para hacer una rápida visita a la doctora Hildegard Hetzer en Bruczków, en el centro donde la habían destinado para realizar la selección de niños polacos. Un colega de Hippius me había dejado prestada una

DKW

y el motivo de aquella visita estaba originado no solo por el deseo de conocer cómo le iba a mi paisana y la labor que estaba realizando, sino también de conducir aquella bonita motocicleta. El centro estaba alojado en un antiguo palacio, de aspecto neoclásico, con un cuerpo central de dos alturas, al que se accedía por una escalera señorial y dos alas anexas. Se alzaba en plena campiña polaca, en un lugar apartado de todo, lo que permitía realizar aquella selección en bastante secreto y con cierta libertad de movimientos respecto a los habitantes autóctonos. Durante el camino de aquel día de primavera del año 1942, me había gustado el paisaje, de campos de maíz y de remolacha, con las casuchas de colores de los lugareños, siempre con un jardincito de flores en la entrada. Pensé que de seguir adelante los planes de colonización alemana, en pocos años no quedaría nada de todo aquello, que, aunque muy humilde, tenía su encanto.

El camino de entrada a aquel palacio, flanqueado por chopos monumentales, de hojas trémulas y relucientes, tenía también su belleza sencilla. Al inicio del camino me dio el alto un control de las SS

, fuertemente armado, y que de alguna manera manifestaba que lo que ocurría allí dentro era de gran importancia. Les mostré mi documentación y después de algunas preguntas me dejaron pasar sin problemas.

La doctora me recibió en las escaleras exteriores del palacio. La encontré desmejorada, como si aquellos meses de vida recogida y oculta le hubieran erosionado un poco la voluntad. A pesar de la belleza del lugar, vivía por completo aislada, y aquella soledad, junto con la dureza y exigencia del trabajo que tenía que realizar, la

habían afectado mucho más de lo que esperaba. Me percaté de que junto a la casa señorial se erguía una capilla, y en uno de sus flancos, un Sagrado Corazón de Jesús.

—¡La religiosidad de estos campesinos es verdaderamente asfixiante! —me dijo la doctora, con un gesto de cansancio—. ¡Allá donde mires te encuentras un Cristo o una Virgen! ¡Tengo la sensación de estar vigilada constantemente por estas imágenes!

Le di la razón. De camino me había fijado en que no había campo que no estuviese presidido por una gran cruz, rodeada de flores:

—Para mi gusto, lo mejor que hizo Arthur Greiser, nada más llegar a Posen, fue destruir aquel monumento al Sagrado Corazón —comenté—. No solo era muy feo, con aquel aspecto de arco de triunfo, sino que al mismo tiempo era un punto de peregrinación del pueblo.

—Sí, estoy totalmente de acuerdo —contestó la doctora—. Estos simples piensan de veras que así protegerán las cosechas… Hay algo enfermizo en tanta religiosidad. Pronto nos desharemos de todas estas imágenes, porque en poco tiempo todos esos campos serán labrados por colonos alemanes. Y no en campitos miserables como ahora: cada alemán que se instale tiene derecho a recibir una buena finca, que le permita vivir en condiciones óptimas en su nueva patria.

Le pregunté cómo se apañaba allí, tan a solas.

—Apenas tengo con quien hablar… La lengua polaca me es del todo inaccesible, no entiendo ni jota. Solo sé decir *prosce* y *dziemkuje*… ¡Y con dificultades! Nadie habla nada de alemán, excepto mis colaboradores más próximos, y eso hace muy difícil el trabajo, y más aún la inspección de los niños. Ahora estoy con unos venidos del gueto de Łódź que no dicen ni una palabra en alemán. No sé qué sacaré de ellos, pero hay una fuerte demanda en Alemania y hay que hacer lo posible para encontrar niños germanizables.

Entramos en su despacho, situado en la sala más importante del palacio, con un balcón señorial que miraba al parque. Me desgranó su método de trabajo. La doctora utilizaba tres categorías para la inspección de los niños: 1) niños que presentaban un crecimiento ario deseable, 2) niños que presentaban un crecimiento ario

tolerable y 3) niños indeseables. Para estas categorías se había medido la cabeza del niño, su cuerpo, brazos y piernas, así como la pelvis en el caso de las hembras y el pene en el de los machos. Una niña con las pelvis anchas era indicadora de unas facilidades a la hora del parto que no tendría una con la pelvis estrecha. En cuanto al pene de los niños, aparte del tamaño y longitud, también se inspeccionaba que no tuvieran una fimosis demasiado acentuada, que dificultara la cópula llegado el momento del emparejamiento. A fin de cuentas, aquellos llamados a ser regermanizados no solo debían tener los rasgos de los arios, sino también poder perpetuarlos reproductivamente. Cualquier niño o niña que mostrara una deficiencia en los órganos reproductivos, por muy ario que fuese, era inmediatamente descartado. Finalmente, todos los niños eran fotografiados desde tres ángulos.

La doctora había llegado a la conclusión de que alrededor del veinte por ciento tenía posibilidades de regermanización, un porcentaje algo inferior al nuestro, que estaba cerca del treinta y cinco por ciento. Estuvimos discutiendo los posibles motivos, y que quizá nosotros teníamos una tendencia más integradora y ella, en cambio, se mostraba más rigurosa con aspectos que le parecían fundamentales. Nosotros habíamos analizado jóvenes adultos, que dominaban mejor el alemán que los niños. La doctora reflexionó en voz alta:

—Quizá algunos de los niños que he descartado podrían convertirse en buenos alemanes… Pero resulta absolutamente imposible saberlo. Esta incertidumbre es angustiosa, y es lo que más ansiedad me causa.

Le expliqué el caso de Tereska, que era el arquetipo de la raza aria, y las dudas que me había causado. Sentía malestar cada vez que la recordaba, su imagen aún se cernía sobre mi corazón. Me dijo que sin duda le habría puesto también «asocial» y eso me reconfortó.

—Nuestros resultados, Hildegard, muestran claramente cómo de indeseable es la mezcla de los dos pueblos: cómo de los híbridos se obtiene lo peor de las dos razas, cómo en lugar de sumar se resta. Lo que había estudiado en los animales domésticos, ahora lo hemos podido demostrar con los humanos. Unos resultados inapelables. Hay que evitar por tanto esta hibridación, y eso se debe regular

también por ley lo más pronto posible.

La doctora se mostró conforme. Me dijo que en la ciudad de Zamość, ya habían comenzado a poner en marcha aquel proyecto de limpieza étnica, con resultados esperanzadores. Recordé un artículo del doctor Willibald Hentschel, en *Der Hammer*, diario de propaganda del partido nazi: «Reunid un millar de muchachas. Aisladlas en un campo. Obligadlas a unirse con un centenar de jóvenes alemanes. Con cien campos así, obtendréis, de golpe, una generación de cien mil niños pura sangre». Nosotros estábamos colaborando en hacer realidad aquel sueño.

—No tiene ningún sentido acabar con los judíos y quedarnos con los polacos… —comentó la doctora—. Que además son más papistas que el papa de Roma y, por tanto, del todo imposibles de incorporar a la doctrina nacionalsocialista. El este debe ser reconstruido después de haber hecho tabla rasa. El problema es que la *Armia Krajowa*, la resistencia polaca, está atacando a los colonos y destruyendo muchos de nuestros avances. Los colonos se sienten desprotegidos, en medio de los campos… Los partisanos les destruyen las cosechas, les queman los graneros, los tienen atemorizados… El otro día apareció ahorcado en medio del bosque un *Volksdeutcher*: en uno de sus bolsillos encontraron una carta de despedida lamentando haber traicionado a sus compatriotas. Por eso se suicidaba. Pero, evidentemente, fue cosa de los partisanos, que también están persiguiendo a los buenos polacos que colaboran con nosotros.

Le pregunté si sabía cuántos colonos se habían instalado ya.

—Cerca de nueve mil… Aunque es difícil decirlo con exactitud. Son alemanes de la mejor sangre y de una germanidad íntegra. El Reichsführer Himmler está valorando la posibilidad de permitir la poligamia a estos colonos-soldados. Siempre y cuando sea con mujeres de sangre pura, a ser posible de pueblo, que no estén corrompidas por los vicios y tentaciones de la vida urbana. Será primero puesta en práctica seguramente en Ucrania: estos *Wehrbauern* irán armados y harán labores de repoblación y de defensa de la frontera. Nuestra idea es imitar a las milicias suizas, formadas por granjeros. El Führer considera que se podrían ofertar más de tres mil granjas al año, de alrededor de setenta y cinco hectáreas, y serán asignadas a soldados con más de doce años de

servicio, que se han ganado el derecho a una cómoda jubilación. A estas familias también se les asignarían niños de la Lebensborn para así estimular la recolonización.

De pronto, la doctora me miró inquieta.

—De todos modos, creo que este no es el mejor camino. Raptar a los hijos produce infinidad de problemas de difícil solución. Los estamos viviendo aquí. Muchos de los partisanos que se refugian en el bosque son padres que han visto cómo han secuestrado a sus hijos y están dispuestos a los máximos sacrificios. Evidentemente, hay que deportarlos en masa, pero ¿dónde?, ¿qué hacer con toda esta población inútil?

Puede que tuviese razón, pero ¿cuál era la alternativa?

—Hay que insistir en la obligación de las mujeres alemanas en la procreación —contestó en seguida—. Que su deber con el Führer y con su país es parir hijos. Cuantos más mejor. Hay que acabar con el concepto burgués del matrimonio y buscar otro tipo de modelo, basado en ser madres de la Patria. Y si a los cinco años el matrimonio no ha tenido descendencia se debe disolver por ley: al Estado no le interesan matrimonios sin hijos, no se pueden asumir parejas infértiles. La verdadera familia solo comienza con el tercer hijo…

Pensé que afortunadamente yo ya entraba dentro de aquellos cálculos tan estrictos de la *verdadera familia*. Aquellas palabras no eran nuevas. Rudolf Hess había escrito, en el *Völkischer Beobachter*, una «Carta a la mujer célibe», en la que afirmaba que el deber principal de esta era la procreación. Aquello había hecho que jovencitas de catorce y dieciséis años se quedaran embarazadas, a menudo sin tener la certeza de quién era el padre, y que se tambaleara peligrosamente el modelo familiar. Le expresé mis dudas a la doctora. Pero Hildegard estaba poco dispuesta a hacer concesiones en este sentido.

—Sin duda, hay que repasar estas uniones. Puede que no todas las mujeres alemanas puedan encontrar un marido, pero todas podrían ser madres. Se tiene que cambiar de mentalidad por completo. El hombre no es más que un reproductor, y la mujer un reservorio de sangre pura. ¡Este reservorio se tiene que explotar al máximo!

La guerra estaba acabando con lo mejor de la juventud alemana

y se debía buscar reemplazarla rápidamente por sangre nueva y pura, y para ello no servían ni los prejuicios ni los escrúpulos. Yo ya tenía una hija en edad reproductiva, y me puse en el lugar del padre que entrega a su hijita estimada a una granja de inseminación de las SS
. Un escalofrío me recorrió la espalda.

—Además, existe la opción de la bigamia… —continuó la doctora—. Convengo que para la salud mental de los niños es mejor tener una familia convencional. Pero se pueden regular matrimonios bígamos, donde un reproductor esté a cargo de dos reservorios, y sincronizar los nacimientos. Eso redoblaría la natalidad en las ciudades… Himmler dice que no tiene sentido que un hombre fuerte y sano eche a perder sus espermatozoides, que estos espermatozoides pertenecen al Estado y se tienen que aprovechar. En el caso de los colonos en las zonas rurales, ya digo que se aceptaría la poligamia, y se esperaría de cada mujer una cuota mínima de cinco hijos. Una vez se alcanzara el quinto, la familia tendría derecho a la ayuda de una cuidadora, de origen polaco o ruso, debidamente germanizada. ¡Alguna de aquellas jovencitas que su equipo ha examinado y aprobado doctor!

Sonreí. Me imaginé a la bella Doda en alguna granja de Ucrania, sirviendo de criada. Y no solo de criada.

—En algunos casos, si la adaptación a la familia se considera, por parte de la-*Frauenschaft*
NS
, del todo positiva, se podría permitir también la explotación sexual de estas cuidadoras por parte del paterfamilias, con el objetivo de incrementar el caudal reproductor del núcleo familiar. Todos estos hijos de los colonos serían educados como tropas de élite de las Waffen
SS
. Como dice Himmler, en la ciudad nacen los cobardes, y en el campo los héroes… ¿No lo cree así?

La pregunta me pilló por sorpresa. Todo aquello me angustiaba y me sobrepasaba. ¿Qué podía decir?

—No sé si las mujeres alemanas estarían conformes… —apunté finalmente, imaginando la reacción de mi esposa—. De hecho, las Lebensborn no acaban de funcionar porque muchas mujeres lo

consideran inmoral. Tienen ataques de celos y ponen en peligro la estabilidad del matrimonio.

—¡Himmler tiene dos hijos de la Lebensborn! —replicó la doctora—. Él ha dado ejemplo y se ha comprometido. ¡Y no se trata de si la mujer alemana quiere o no! ¡Jutta Rüdiger se ha mostrado reticente y eso es un inmenso error! Son tiempos difíciles que requieren de los máximos sacrificios. Parece mentira que se tenga que explicar algo tan obvio y necesario. Muchos matrimonios lo dejan con el segundo hijo. A menudo es la mujer la que no quiere tener más descendencia. A veces también se apaga la llama erótica… Otra mujer en el núcleo familiar estimularía una sana competencia entre ellas, con la certeza de que entonces activaría la natalidad. Podríamos comenzar con los soldados que han obtenido la cruz de hierro o la cruz de caballero: de ellos se esperaría hijos de una mayor calidad humana. ¡Necesitamos que el pueblo alemán agote todas sus posibilidades reproductivas! ¡Es una cuestión de la máxima importancia para la supervivencia de la nación!

Vi a la doctora muy cansada, como si aquella labor seleccionadora le hubiera exprimido la energía. Daba la sensación de que soportaba mal aquel trabajo, y que todas estas ideas le parecían mejor que la de ir raptando niños y niñas de rasgos arios por puebluchos polacos. Si era necesario que todas las mujeres fértiles de Alemania se abrieran de piernas y se dejasen fecundar por extraños, ella lo secundaría; es más, lo aplaudiría con todas sus fuerzas. La doctora me insistió:

—Las Lebensborn deberían buscar esta clase de niños, más que los raptados. Son mucho más seguros. Puede que, sin los secuestros de niños, la resistencia polaca no fuese tan fuerte y el trabajo de colonización se desarrollaría mejor. Las reacciones de un padre son desesperadas y promueven un heroísmo absolutamente incontrolable. Estas acciones afectan gravemente a nuestra relación con el pueblo que nos torpedea todo lo que puede.

Y, ciertamente, tenía razón y se habían dado muchos pasos en ese sentido. El 12 de agosto, día del nacimiento de la madre de Adolf Hitler, se concedían los premios a la natalidad, las cotizadas *Mutterenkreuze*: una cruz de bronce (de cuatro a seis hijos), de plata (de seis a ocho) y de oro (más de ocho). En algunos tratados académicos se hablaba de madres que habían tenido más de veinte

hijos, algo biológicamente posible. También se podrían seleccionar aquellas que tenían una tendencia hereditaria a los partos múltiples, e intentar que se reprodujeran el máximo posible, y seleccionar su descendencia para una línea especial genésica, que se podría vigilar o incluso perpetuar en algún centro especial. Esta clase de madres multiparidora podrían gozar de prebendas particulares, un trato de favor, con acceso a privilegios, materiales y sociales. De lo que en última instancia se trataba era de potenciar todo lo posible las buenas madres reproductoras: el período fértil tenía que ser para la mujer alemana el *summum* de su existencia.

No obstante, objeté a la doctora lo que significaba aquel concepto reproductor para la mujer trabajadora. Se acababa así con la mujer intelectual, independiente y sin hijos. Algo que era, en última instancia, la misma doctora Hetzer. Esta contestó que se tenían que replantear los deberes de cada uno. Que la mujer se podría divorciar, si así lo deseaba, pero que, en cambio, si lo hacía, no recibiría ninguna contrapartida económica del marido, y este no estaría obligado en ningún sentido con ella. Es decir, que estaría por completo desvalida, en la calle y sin patrimonio. Los únicos divorcios que serían vistos con buenos ojos serían aquellos que se fundamentasen en problemas de fertilidad de la pareja.

Entonces, le comenté lo que me había sucedido con Ingrid, la camisa parda, y cómo se me había propuesto como reproductora.

—Amigo mío, hace tiempo que nos conocemos. También conozco a su esposa. No soy yo quién para decirle lo que debe hacer. Pero estoy segura de que estos son tiempos extraordinarios y de que la mujer alemana es muy consciente de ello, y su esposa es una buena nacionalsocialista. El Reich necesita cuantos más hijos mejor, y en especial si son de su inteligencia, profesor. El Reichsführer lo tiene muy en cuenta, y los que se prestan a este servicio obtienen más fácilmente un ascenso.

Le pregunté perplejo si pensaba que eso me podría ayudar a obtener una plaza en la universidad. La doctora Hetzer fijó en mí su mirada, sus ojos grises, cerúleos, algo tristes:

—Sin duda alguna, querido amigo. ¡No lo descartaría en absoluto! Creo que han sido muy injustos con usted. Y no me extrañaría que el doctor Hippius hubiese alegado al Reichsführer sus esfuerzos genésicos para desbancarle de la universidad.

La miré atónito. ¿Hippius, en la Lebensborn?

—¿Por qué no? Solo digo que es posible.

Le insistí si tenía alguna certeza de ello. Suspiró y continuó, cambiando a un tono de voz más confidencial:

—Ya sabe que se mantiene en secreto el nombre de los progenitores. Pero el rápido ascenso del doctor Hippius podría tener, entre otras causas, su compromiso activo con la política reproductora del Reich. Himmler es en este aspecto muy riguroso. Mire, tengo ahora cuarenta y dos años, y de aquí a unos pocos días cumpliré cuarenta y tres, y aún me planteo si dar semejante paso. Y si no lo doy es porque creo que puedo ser más útil al Reich manteniéndome en mi lugar de trabajo. No es el caso de la
SA
de la que me habla, que fácilmente puede ser sustituida por cualquier compañera voluntariosa con ganas de trabajar. Pero si yo encontrara un reproductor de su inteligencia, profesor, puede que sí que me animase…

¿Se me estaba insinuando? ¿Quería que la fertilizara como si fuese una coneja? Siempre había dudado de la orientación sexual de la doctora, incluso pensaba que no era ni carne ni pescado, y por eso me sorprendió doblemente. La doctora se explicó:

—Cuando voy a alguna reunión, las mujeres de los altos cargos del partido, cargadas de joyas arrebatadas a los judíos, me miran como *una desertora de la reproducción*… ¡Como si hiciese huelga de vientre! Ninguna me ha dicho nada, porque la abofetearía sin dudarlo, pero sé que se preguntan si eso mío aún funciona, y si es así por qué no me busco un *Zeugungshelfer*, algún asistente genésico… Sé que el Reichsführer Himmler quiere, una vez acabada la guerra, obligar a todas las mujeres fértiles de más de treinta años a tener hijos, como un impuesto reproductivo hacia el Estado. Una especie de impuesto genésico. Si aún tienes el período, debes alumbrar un hijo, o serás multada o tendrás que pagar más impuestos. Pero me temo que yo no llegaré a tiempo…

Afortunadamente, en aquel momento llamaron a la puerta. Se presentó un hombre menudo, con gafas de pasta negra, con una sonrisa servil. La doctora me lo presentó como Kurt Heinze, director de la Lebensborn Oberweis. Venía acompañado por un Rottenführer, que se mantuvo callado todo el tiempo, firme sobre

sus botas enfangadas, y un Orpo, un hombre mayor que parecía muy cansado, con la cara mal afeitada. Kurt Heinze anunció a la doctora una nueva remesa de niños, todos ellos provenientes de los territorios conquistados de Rusia, que había recogido el Standartenführer Guntram Pflaum.

Heinze había nacido en Posen, y se había convertido en uno de los colaboradores más fieles y exigentes de la doctora Hetzer.

—Doctora, también traigo conmigo una niña, que por diversos motivos ha llegado ahora a mis manos. Es de una pedanía cercana… Nos vendría muy bien si la pudiera examinar ahora, y nos proporcionase su decisión lo antes posible. Nosotros esperaríamos fuera, el tiempo que fuera necesario.

Y dirigiéndose a mí añadió, con abyección y una sonrisa corderil:

—Es un caso difícil, y quizá el profesor también pueda aportar su valiosa opinión… Le quedaría muy agradecido.

La doctora Hetzer dio su consentimiento. En realidad, era difícil negarse a los requerimientos de las
SS
. Y yo, por supuesto, participé. Se llamaba Eugenia y aquel nombre ya me causó muy mala espina.

Durante mi regreso a Posen, me extravié en aquella infinitud de caminos de la campiña polaca. Llegué a una granja, donde un oficial de las
SS
estaba enseñando a unos colonos sus nuevas tierras. La casota, construida con ladrillos rojos, de una sola planta y de tejado a dos aguas, estaba muy descuidada, y los colonos no parecían nada contentos. Iban vestidos de ciudad, él, un hombre maduro, con sombrero de fieltro, y ella, una mujer delgada y enclenque, con su abrigo de piel. A su lado, una joven cargaba en brazos un niño pequeño, que lo miraba todo con extrañeza. Le dije al oficial que me había extraviado, y este me indicó cómo rencontrar el camino, pero realmente aquello era un laberinto de carreteritas, todas muy semejantes, en la inmensa llanura polaca. Por tanto, ante el temor de quedarme sin gasolina en la motocicleta, preferí aceptar la segunda opción que me sugirió: pronto tenía que regresar a Posen y si lo deseaba lo podría seguir. En el grupo de *Volkdeutschers*

también había una joven, que al principio no supe encontrar cuál era su vinculación con la familia. Vestía un abrigo largo de color marrón claro y una boina a juego, y era una mujer atractiva. Cuando me vio me sonrió y convino amablemente que aquellos caminos eran un verdadero galimatías. Eso me dio paso a preguntarle de dónde eran.

—Somos de Dorpat…

Me quedé en blanco y la joven se rio.

—En letón Tartu y en ruso Jurjew… Todo depende en manos de quién caigamos…

Entendí que eran colonos del Báltico, y que su colonización era forzada, por la expulsión de sus tierras a partir del pacto del Führer con los rusos al inicio de la guerra. De algún modo, también eran unos damnificados de aquellos tiempos tan convulsos.

—Hemos perdido nuestra casa y nuestras tierras allá. Tuvimos que abandonar todo lo que teníamos. Subimos al barco Orotava a la desesperada, con una maleta cada uno de nosotros, por la inminente llegada de los rusos… El chiquillo no pudo ni coger su peluche preferido.

Intenté animarla diciéndole que muy pronto tendrían un nuevo hogar.

—Es la tercera casa que visitamos. En la anterior, aún estaban sus inquilinos polacos, que además han sido tan amables que nos la han enseñado ellos mismos. Mi madre no lo ha podido resistir y ha roto a llorar. Mi padre intentaba en vano calmarla. ¡Parecían tan buenas personas, aquellos polacos!

Entendí que para todos aquellos colonos la experiencia en muchos casos tampoco estaba siendo nada grata.

—La primera casa la hemos visto en el distrito de Warthbrücken. El lugar es bonito, pero los colonos llegados a la zona son todos ucranianos *Volksdeutchen* de Volhynia, y nos hemos sentido extraños… Hablan alemán, pero no tienen nuestra cultura. Allí se han establecido unas mil familias. ¡No será fácil encontrar nuestro lugar en el mundo!

Le pregunté su nombre y me dijo que se llamaba Irmgard.

—Nos han concedido un crédito por el valor de las propiedades que tuvimos que abandonar en Dorpat, para que podamos reiniciar aquí nuestras vidas. A mí, como soy tipógrafa, me han propuesto un

trabajo en la Oficina de Fideicomiso, en Posen. Pero tengo dudas de si abandonar a mis padres ahora, cuando más me necesitan…

Le hice saber que la Oficina de Fideicomiso era un lugar muy importante en aquellos momentos, que por allí pasaban todas las transacciones de la zona, todas las empresas y todo aquel que quisiera desarrollar un negocio. Me miró asombrada y se puso a reír.

—Perdone por la confianza… ¡Estoy hecha un mar de dudas!

Y volvió a reír, de una manera encantadora.

—Soy católica, y me pregunto también si para recuperar mi propiedad perdida está bien hacerlo incautándosela a una familia polaca. ¡Que no tiene culpa alguna de nuestra desgracia! ¡Francamente, me siento una saqueadora!

Me sentí incómodo, y más aún cuando miré hacia sus padres y vi que la madre había comenzado a llorar de nuevo y se quejaba entre sollozos de su mala fortuna. El marido intentaba consolarla, pero sus llantos habían despertado los del nieto, dando lugar a una escena desgarradora. El oficial se había separado del resto y miraba hacia campo abierto, el horizonte de color lila, con las nubes flotando en la inconmensurable extensión de la campiña polaca. Irmgard se disculpó y se reunió con su familia, intentando animarla. Yo me quedé mirando el paisaje inmenso: allí, con aquella luz mórbida y extática, te sentías anonadado por tanta soledad.

13

Las piezas

A principios de junio de 1942, hice una escapada a Łódź (la germanizada Litzmannstadt) con el matrimonio Hippius y Kurt Stavenhagen. El objetivo principal era visitar el gran centro de selección de niños que había en aquella ciudad. El viaje lo realizamos en tren, por aquellas extensiones sin casi arbolado que hay entre Posen y Varsovia. Un paisaje bastante monótono, donde las nubes bajas parecían grandes masas de algodón flotando en la inmensidad del océano verde. En la estación nos esperaba un automóvil con matrícula de las
SS
, que nos transportó hasta aquel centro Lebensborn, situado en el barrio de Helenówek, en una elegante y bonita mansión pintada de blanco de tres alturas, que antes de la llegada de los nazis se había utilizado como orfanato para niños judíos. Nos recibió el director, un joven amable, atractivo, con bigotito de dandi. No parecía un nacionalsocialista, sino un trasunto de Errol Flynn, con esvástica. Desde el primer momento se mostró encantado con nuestra visita: no sé quién pensaba que éramos. Puede que imaginara que nuestra presencia le podía reportar algún ascenso o alguna prebenda de las
SS
.

Tan pronto como pude le comenté el trabajo que estaba realizando mi paisana la doctora Hildegard Hetzer, en aquel centro en medio de la campiña de Posen, y cómo de exigente y agotadora resultaba aquella labor. En mi comentario había una clara muestra de consideración hacia él; era muy consciente del gran esfuerzo que realizaba llevando a cabo esa empresa tan exigente y angustiosa.

—Tengo una relación excelente con la doctora Hetzer. Una

persona muy competente, que nos ha sido de gran ayuda en varias ocasiones —contestó, con cierta parquedad—. Claro que ella trabaja con un volumen mucho menor de pacientes. Aquí tenemos, entre niños y adolescentes, alrededor de quinientas personas…

El matrimonio Hippius inspeccionaba las instalaciones con gran interés y satisfacción. Desde el primer momento, Rudolf Hippius, que vestía su uniforme de Obersturmführer, había quedado como el capitoste del grupo, y con su voz campanuda iba haciendo comentarios elogiosos, llenos de entusiasmo, y abriendo la comitiva, dándose aires. Entonces pensé en la posibilidad de que Hippius hubiese contribuido activamente en algún Lebensborn. Y de ser así, si su mujer lo sabía y estaba conforme.

—El Reichsführer espera tener cuatrocientas mil piezas al acabar la guerra, para reemplazar a los caídos.

Hippius dijo piezas (*Stücke*), un término que le agradaba utilizar y que se había puesto de moda en el vocabulario nacionalsocialista. Si una *pieza* salía defectuosa, se eliminaba y se reemplazaba por otra. Si una *pieza* se rompía o se destruía se buscaba en seguida un recambio. De esta manera, la sensación moral quedaba anulada, y la acción se limitaba a una vacua operación de reemplazo, de poner y sacar (*Stück für Stück*), que no comportaba ninguna responsabilidad, ni hacía a nadie sentirse culpable. El idioma se mimetizaba con el léxico propio de un mecánico, que retira las piezas defectuosas de un motor y las cambia por otras nuevas, que permiten que todo funcione de nuevo como una seda. El operario no siente ningún conflicto con la realización de su acción… Entonces, ¿por qué la tendríamos que sentir nosotros?

El doctor dijo que estaban haciendo todo lo posible, pero que no era fácil aumentar tanto la natalidad. Muchos de aquellos niños se resistían a ser regermanizados, y un porcentaje alto acababa en los campos de concentración. En cuanto a los niños nacidos con algún defecto, se *trataban* directamente allí.

—Invertimos mucho esfuerzo, y muchos recursos en unas acciones que no siempre tienen asegurado el éxito —concluyó, con un gesto de resignación.

Se produjo un silencio ante aquellas palabras realistas. El doctor continuó, un poco nervioso al constatar que habían sido recibidas con tanta frialdad por el matrimonio Hippius.

—Los niños no solo deben tener rasgos arios, sino que al mismo tiempo se han de dejar modelar por el pensamiento nacionalsocialista. Tienen que aprender alemán, a menudo, desde cero. En ocasiones esta cuadratura del círculo es verdaderamente imposible.

—¿Qué quiere insinuar, doctor? —la voz de Hippius pareció aún más aguda de lo normal. Se había quitado la gorra con la calavera, que presionaba bajo el brazo izquierdo.

—¡Ah, que sería mejor regermanizar a los niños sin tanto test! Cuando tenemos uno que resulta somáticamente perfecto, y presenta unos rasgos inequívocamente arios, ¡resulta que no hay manera de que el muy burro aprenda ni una sola palabra de alemán! ¡Por mucho que lo intentemos! Le decimos: estás llamado a grandes gestas, solo es necesario que seas alemán. Que pienses en alemán. Que pronuncies tu nuevo nombre alemán. ¡Que hables un poco de alemán! Pero… ¡no hay manera de que olvide a su familia ni sus orígenes!

El gesto de Hippius había cambiado por completo. En cambio, su mujer lo escuchaba con gran atención.

—Quizá se debería buscar algún tratamiento químico o físico para que así olvide a la familia… —adujo Maria, como encontrando una posibilidad que se debería escudriñar con seriedad.

El doctor se encogió de hombros. Finalmente, dijo, como si aquello fuera una idea largamente meditada:

—Si de lo que se trata es de buscar *recambios* a los soldados caídos, que puedan repoblar las tierras conquistadas, no deberíamos ser tan exigentes con los umbrales de germanización. Podemos dar por seguro que uno de cada tres soldados morirá en los combates. Y, en definitiva, estos niños van a ser enviados a las zonas fronterizas. Creo que los criterios de selección no deberían ser tan estrictos, porque eso también determina que casi la mitad de las mujeres que acuden a la Lebensborn sean descartadas. Hay que ser más flexibles. Mucho más permisivos, en mi opinión.

Hippius enrojeció de ira. Y contestó con una sequedad inesperada:

—¡Doctor, me parece que habla muy alegremente! Los aquí presentes hemos dedicado buena parte de nuestros últimos años a estudios raciales, para distinguir los híbridos regermanizables de los

que no lo son. Comprendo su desazón, pero lo que no puede hacer es renunciar a un estándar de calidad… Los hombres de las SS, por muy lejos que vayan a ser enviados, tienen que ser de una pureza incuestionable. ¡Así como sus progenitores!

Maria Hippius volvió a intervenir:

—Hay que buscar formas de incrementar la natalidad sin alterar la esencia racial, doctor. La sangre lo es todo. Si no, no tendría sentido nada de lo que estamos haciendo tan afanosamente. Hay que animar a los soldados de las SS a procrear, porque la media de hijos aún es muy baja, tan solo de 1,5 por hombre…

El doctor se mantuvo en silencio un momento. Lo vi dudar, como si lo que fuese a decirnos se tratase de una revelación especial, y no estuviese del todo seguro de que fuera pertinente revelarla. Imagino que, como la doctora Hetzer, se tenía que sentir algo desamparado, y necesitaba compartir sus dudas y acciones. Finalmente, se decidió, mirando a la señora Hippius:

—En eso de incrementar la natalidad, ya estamos trabajando. La tasa de mortalidad es del seis por ciento, y nosotros la hemos menguado a la mitad, gracias al excepcional equipamiento de que disponemos y al buen trabajo de los ginecólogos. Por otra parte, las niñas que han pasado los test, y que han seguido un buen patrón en su regermanización, son sometidas a intensos tratamientos hormonales.

Vi a Kurt empalidecer. En cambio, el doctor sonrió, mirando ahora a Rudolf Hippius, y le preguntó, con una expresión que denotaba un feliz descubrimiento:

—¿Cuántos hijos puede tener en teoría una mujer? ¿Veinte? Como mucho veinticinco si contemplamos algunos partos dobles… Desde la pubertad hasta la menopausia pueden pasar treinta años. Por tanto, si conseguimos avanzar la ovulación un par de años eso repercutiría favorablemente en su tasa reproductora. Y aquí lo estamos consiguiendo con estos tratamientos, en niñas de nueve y diez años.

Kurt, angustiado, preguntó:

—¿Y quién se acuesta después con ellas?

—Algunos miembros especiales de las
SS
. Que ya tienen experiencia con muy jovencitas…

Tuve que coger a Kurt del brazo, para calmarlo. El doctor prosiguió:

—La pregunta que queda por contestar es si aquellos cuerpos tan pequeños podrán gestar un hijo en condiciones, y si después de la gestación se recuperarán adecuadamente. Este es nuestro gran reto, aquí, en el sanatorio… En todo caso, si es necesario, estos partos primerizos pueden venir auxiliados por una cesárea.

Nos rogó que lo acompañáramos a su despacho. Allí nos mostró una serie de test que habían pasado aquellas niñas para discriminar cómo les había podido afectar la cohabitación con adultos. Vi el dibujo hecho por una niña de diez años, de nombre Margarethe: había dibujado a un hombre adulto en una bañera, con una pastilla de jabón RIF, y al lado una gran cama de matrimonio, y en un rincón un caballo balancín. Se sintetizaba, casi dramáticamente, el contraste entre el mundo de los adultos y el de la niñez. Kurt no pudo dejar de protestar:

—¿No le parece un poco inmoral, doctor? ¿Someter a las niñas a esas experiencias de adultos?

El doctor contestó con tranquilidad, con la tristeza de las cosas irremediables, y como si fuera una pregunta para la que ya tuviese preparada la respuesta:

—Profesor, si me permite serle franco, también lo es sustraer a las niñas a sus progenitores a punta de pistola y lo hacemos. Al final, aquí tan solo nos interesa el resultado, y no cómo se ha conseguido. Estamos en un momento trascendental para nuestra historia y hemos de ser más resolutivos, mucho más resolutivos. Nos va en ello nuestra supervivencia. Si en lugar de fabricar quinientos niños al año, conseguimos producir cincuenta más con las hormonas, será todo un éxito. Cincuenta niños que podrán ser adoptados por familias de las
SS
, que quizá hayan perdido a su hijo en el campo de batalla, luchando gloriosamente. Cincuenta niños más aquí, y cincuenta niños más en otros centros, son muchos niños al final… Un regimiento está formado por unos quinientos o setecientos hombres.

Si gracias a las hormonas producimos un regimiento más de buenos y saludables soldados, ¿qué problema hay? Es ahora cuando necesitamos repoblar, no de aquí a tres o cuatro años. ¡De todas maneras, estamos muy lejos de los ciento veinte millones de arios que quiere el Führer!

El doctor tomó aire, como si debatir con aquellas ásperas cavilaciones lo dejaran sin resuello, y continuó.

—Hay niños judíos de ojos azules y cabellos rubios que son aparentemente arios. Y, no obstante, están infectados. En un discurso del Führer le escuché decir: «El descubrimiento del virus judío es una de las mayores revoluciones que ha ocurrido en el mundo. La batalla en la que nos vemos inmersos hoy en día es de la misma clase que la mantenida el siglo pasado por Pasteur y Koch. ¡Cuántas enfermedades no tienen su origen en el virus judío!». Aquella metáfora es admirable, por contundente y fácil de comprender. El descubrimiento científico del virus judío es quizá el mayor avance científico de nuestro tiempo. Y el nazismo representa la más pura y rotunda desinfección de lo que significa esta lacra para la humanidad.

Rudolf Hippius estaba conforme. Y añadió:

—Algunos de estos niños judíos-rubios han sido adoptados por familias cristianas, poniendo en grave riesgo la salud del pueblo alemán. Lo hacen por razones de caridad y, sin saberlo, mantienen vivo el reservorio de la peste judía. Si estos llegan a adultos y se reproducen desparramarán su mal por todo el caudal genético alemán.

Estaba seguro de que Kurt iba a decir aquello de *esos parásitos*, por dar un poco la matraca. Y así fue.

—Ciertamente, así no habrá manera de librarse de *esos parásitos*.

Hippius movió afirmativamente la cabeza, sin captar la ironía, ni entender que estaba bromeando.

—El doctor ha explicado claramente la necesidad que tenemos de ser rigurosos en nuestro trabajo, e incansables en el cumplimiento de la ley. Cualquier persona que acoja a un niño judío es sistemáticamente ajusticiada. Pero posiblemente el castigo se debería extender a toda su familia. El riesgo que corremos es demasiado grande como para no adoptar medidas extraordinarias.

Había dicho *extraordinarias*, alargando la palabra y poniendo en ella todo el énfasis posible. Yo me mantenía en silencio. A las mujeres judías las esterilizábamos, o las matábamos cuando se quedaban preñadas. A las alemanas, las animábamos a gestar, a reproducirse tantas veces como pudieran, y cuanto antes mejor, hormonándolas como si fueran vacas. Muy pronto sería una obligación. Entonces pregunté:

—Doctor, ¿ha observado si los hijos nacidos de estas uniones son más inteligentes o sufren menos enfermedades?

—Me gustaría decirle que sí, pero hasta ahora no he observado nada que sea determinante. Puede que sea demasiado pronto…

—¡Pero al menos tenemos la certeza de que son puramente arios! —añadió Hippius, estridentemente.

—¡Eso sin duda, *Herr* Obersturmführer!

Dimos un breve paseo por los alrededores del sanatorio, después de despedirnos del doctor. Cuando íbamos a retomar el camino, vimos que llegaba un buen conjunto de oficiales de las SS, alardeando con su uniforme de gala negro, y que el doctor los recibía con todos los honores. Al descubrirnos nos animó a presenciar un bautizo siguiendo el ritual nacionalsocialista. Hippius aceptó en seguida, y al poco ya estábamos de nuevo dentro de la Lebensborn, en este caso en una gran sala presidida por un tapiz con una cruz gamada, decorada con hojas de roble. Sobre una especie de altar, recubierto por una bandera con otra cruz gamada, había un retrato de Adolf Hitler y un ejemplar de *Mein Kampf*.

—Algunas esposas de los SS vienen aquí a dar a luz, ya que consideran que las condiciones hospitalarias son mucho mejores que en el hospital de la ciudad —nos confesó el doctor, con altanería—. Después algunas de ellas tienen el gusto de bautizar aquí a sus hijos.

El niño yacía en el suelo, sobre un gran almohadón blanco, enfrente del altar. Un busto de Hitler, en un lado, parecía custodiarlo. Un Hauptsturmführer leyó unas frases sobre la lealtad al Führer y al Tercer Reich, y sobre como aquel niño seguiría los valientes pasos de su padre, caído en el frente de Rusia como un héroe. Entonces observé que lloraban unas mujeres, vestidas de

luto. La más joven debía de ser la viuda y la mayor la madre del caído. Un compañero de las
SS
cogió al niño, y el Hauptsturmführer le estampó el signo de la cruz gamada en la frente y preguntó a la mujer más joven:

—Madre alemana, ¿estás preparada para criar a tu hijo en el espíritu nacionalistasocialista?

Contestó que sí, con solemnidad. Entonces el Hauptsturmführer se dirigió a otro
SS
, que hacía de padrino.

—Camarada, ¿estás dispuesto a ofrecer a esta madre y a su hijo tu protección personal si se encuentran en peligro?

También contestó afirmativamente. Entonces el Hauptsturmführer tocó el niño con una daga de las
SS
. Y recitó lo siguiente, con voz fuerte y solemne:

> Creemos en el Dios de todas las cosas
> y en la misión de nuestra sangre germánica
> que hace crecer a cada joven en la tierra de Alemania.
> Creemos en la raza, portadora de nuestra sangre,
> y en el Führer, elegido para nosotros por Dios.

Dejaron de nuevo al niño sobre el almohadón, y la mujer joven se acercó y depositó a su lado la daga artillera de las
SS
, que imaginé que pertenecía a su esposo caído. El Hauptsturmführer continuó, mirando a los allí reunidos:

—Incorporamos a nuestra comunidad a este niño, que portará el nombre de Ernst. Crecerás bajo nuestra protección y traerás honra a tu nombre, orgullo a tu hermandad y una gloria inextinguible a tu raza.

El acto acabó con los Adolf Hitler, *Sieg Heil!, Sieg Heil!, Sieg Heil!*, reglamentarios.

Tras la ceremonia, impresionante en su escenografía, y que fortaleció los ánimos del matrimonio Hippius, nos trasladamos a Łódź. Nos dirigimos directamente a la *Deutsche Haus*, donde comimos un filete de cerdo con *spätzle* y puré de manzana, regado

con abundante cerveza. Quizá incluso más de la cuenta, porque al final del almuerzo, no recuerdo bien por qué motivo, Kurt, con el rostro ensombrecido, dijo:

—¡El hombre es algo más que un saco de genes!

—¡Indudablemente! —saltó Hippius, alzando el cuello como un pájaro a punto de iniciar el canto—. La cultura es la expresión de una buena salud genética.

—¡Pero si para conseguir una buena salud genética hay que abusar de niñas de diez años no contéis conmigo!

Maria Hippius intentó tranquilizarlo.

—Para aquellas niñas es un honor servir para perpetuar el legado biológico de oficiales de las
SS
, que posiblemente en pocos días caerán en el frente de batalla.

—¡Un honor! —repitió Kurt, fuera de sí—. Pero ¿qué dice, *Frau* Hippius? ¿Qué saben esas pobres niñas de nada? Se las droga e insemina como si fueran terneras, y se fuerza su cuerpecito inmaduro a una gestación de la que no se recuperarán nunca.

Maria intentaba calmarlo, pero todo era inútil.

—¡Todo es por un objetivo superior! Como dice Goethe, siempre hay una gran sombra detrás de una gran luz.

Kurt estaba totalmente desatado.

—¡Simplezas! ¿Y si nos estamos equivocando en el objetivo? ¿Y si al final es, incluso, contraproducente?

Y dirigiéndome una rápida mirada, para comprobar si tenía mi respaldo, remachó:

—¡Pensaba que nos queríamos comportar como jabalíes y veo que nos hemos convertido en unos auténticos puercos!

Kurt había perdido por completo los papeles. Olvidaba que estaba delante de un oficial de las
SS
y no con un colega más de la universidad.

—¿Qué nos ha sucedido? ¡Nos hemos transformado en unos auténticos sinvergüenzas! ¿Y qué payasada es esa del bautizo, ante el busto del Führer, como si este fuera una especie de Dios? ¿No queríamos construir un Estado laico, basado en la razón y la ciencia? ¿En qué clase de bergantes nos hemos convertido?

Hippius se puso serio. La gente de las otras mesas nos miraba:

aquello entraba en el terreno del sabotaje, del derrotismo, y Hippius le alertó de que no siguiera por aquel camino, si no quería acabar en Auschwitz, con judíos, comunistas, homosexuales y saboteadores.

Kurt empalideció de golpe. Y dijo con el rostro compungido:

—Perdonadme si he sido demasiado vehemente en la exposición de mis ideas…

Hippius se relajó un poco y con aire paternal, como queriendo sugerir que aquello había sido algo estúpido, lo intentó llevar a su terreno.

—Amigo Kurt, todo lo que sea útil para la *Heimat* tiene que ser por necesidad bueno. Desde el momento en que redunda en eso, no estoy en contra. Nuestro código de valores morales está cambiando, y es fácil que algunas situaciones puedan parecer algo extravagantes. Estamos asistiendo a una revolución en toda regla, y es normal que haya ciertas cosas que nos puedan costar más de asimilar. Hay que pensar que ya no somos del todo dueños de nuestro cuerpo, que este está a disposición de un ideal superior. Que todos pertenecemos ya a un gran supraorganismo, y somos como células de este gran ser, para el cual tenemos que estar dispuestos a realizar cualquier acción que resulte necesaria para su supervivencia. Es un honor y al mismo tiempo un gran sacrificio. Pero de aquí a cien años, cuando se pueda hablar de todo esto abiertamente, será admirada nuestra valentía y clarividencia. Y cómo miramos a la eternidad directamente a los ojos, sin parpadear. Recordad la cita de Goethe: todo es difícil antes de volverse fácil.

Cuando salimos de la *Deutsche Haus*, nos informaron de que se acababa de hacer pública la muerte del Obergruppenführer Reinhard Heydrich, como consecuencia de las heridas del atentado de Praga, perpetrado por unos paracaidistas llegados de Londres. Hippius miró de manera significativa a Kurt, como diciéndole: ya ves, o estás con ellos o estás con nosotros. No hay término medio. En la guerra no valen las equidistancias, las medias tintas, te tienes que posicionar. Y necesitamos más *piezas* de recambio, y si para eso hay que preñar a todas las niñas de diez años, lo haremos sin dudar. Porque nos jugamos la supervivencia. Estamos en este charco de mierda y tenemos que ganar.

La muerte del Obergruppenführer Reinhard Heydrich a manos de

los partisanos nos afectó de una manera inesperada. Sin demasiadas pruebas, por no decir que ninguna de ellas concluyente, la Gestapo relacionó a aquellos paracaidistas con las localidades checas de Lídice y Ležáky. Como represalia por el asesinato, el Führer ordenó un escarmiento sobre aquellas dos poblaciones, una acción que no se pudiera olvidar jamás. El 10 de junio, todos los hombres de más de dieciséis años fueron ejecutados. Todas las mujeres de Ležáky también fueron asesinadas. A algunas las fusilaron, al resto las colgaron. Las mujeres de Lídice fueron inmediatamente deportadas al campo de concentración de Ravensbrück, y las que estaban embarazadas fueron obligadas a abortar y después también fueron deportadas. Los dos pueblos fueron incendiados y las ruinas de Lídice fueron arrasadas hasta que no quedó ni el más mínimo vestigio. En cuanto a los niños, los que eran rubios y tenían alguna posibilidad de ser regermanizados, se enviaron al centro de Łódź, donde los examinadores raciales realizaron la inspección. De 184 niños y adolescentes se seleccionaron 103, que fueron distribuidos por distintas Lebensborn para su germanización. Los que no fueron considerados aptos, fueron asesinados en camiones de gas del campo de exterminio de Chełmno. Como consecuencia de todos aquellos importantes servicios, llevados a término con eficacia y disciplina, Rudolf Hippius fue ascendido y promovido al nuevo centro de estudios raciales de Praga, que recibió el nombre de Fundación Reinhard Heydrich, en honor del asesinado. Su director era el Obergruppenführer Karl Hermann Frank, que tenía una inquina especial a los checos, y su hombre de confianza era Hans Beyer. En el Protectorado de Bohemia-Moravia, había que ir con mucha mayor precaución que en Polonia, ya que el pueblo checo era mucho más complejo y rebuscado que el polaco. «El pueblo polaco siempre ha tenido muy presente la posibilidad de su total aniquilación, de ser barrido de su país. El checo no… De los pueblos eslavos es el más serio, el más trabajador. Por eso, lo que se consiga en Polonia, en el Protectorado nos costará al menos el doble», recuerdo que me dijo Hippius, como justificando la creación de aquella fundación, y la gran y compleja labor que tenía por delante. Allí pondría todo su talento, e iría separando checos aprovechables (o como él decía, *digeribles*) de los que se tenían que eliminar sin contemplaciones. Un trabajo racial que sería de gran utilidad para

el Tercer Reich, porque a medida que el ejército se fuera expandiendo por Asia resultaría fundamental poder determinar qué razas tenían calidad suficiente para poder establecer una alianza con ellas y cuáles habían de ser reducidas a la esclavitud o aniquiladas. Por tanto, aquella fundación tenía por delante un futuro muy prometedor.

Kurt y yo nos quedamos en Posen, cogiendo polvo en nuestras viles ocupaciones, esperando algún momento favorable para salir de aquel agujero. La única actividad que me reconfortaba era ir a la piscina, construida en la antigua sinagoga: era una maravilla nadar de espaldas mirando a la gran bóveda, donde antes se alzaba la cúpula dorada, coronada por una estrella de David. En algunas fotografías y grabados antiguos vi que el templo contaba con aquella gran cúpula central, rodeada por seis cúpulas más pequeñas: un bonito edificio, a pesar de todo. Cuando se construyó, en Posen vivían cerca de seis mil judíos, y ahora no quedaban ni un centenar, que llevaban a cabo trabajos comunales en el campo de Żbikowo. No dejaba de ser extraordinario estar flotando como un muerto en aquel ambiente donde aquellos que pocos años antes rezaban devotamente, pidiendo lo mejor para ellos y los suyos, ya no eran más que humo y polvo. Seguro que no se habrían imaginado nunca que serían tragados por los hornos crematorios alemanes, mientras celebraban, pongamos por caso, las últimas conmemoraciones de la *Pésaj*. Ni que todas las sinagogas de Polonia serían requisadas y transformadas en almacenes, garajes de bomberos, restaurantes o piscinas. Y a la *piscina* de Posen acudían los oficiales de las SS con sus amantes; era un ambiente relajado y divertido, con los cuerpos esculturales de ellas luciendo en aquella luz azulada que entraba por los grandes ventanales. Recostado en el borde de la piscina, las miraba contonearse como leonas, exhibiéndose ante todos, y lanzándose de cabeza a las aguas transparentes y relucientes, con una facilidad y un estilo como si hubieran nacido exclusivamente para eso.

Un día me encontré a Irmgard, la joven que había conocido en el campo polaco, hija de colonos del Báltico: entró radiante, riendo, en traje de baño, del brazo de un hombre bastante mayor que ella, que después supe que era un alto cargo de la oficina donde trabajaba y

Hauptsturmführer. No le había ido tan mal, a pesar de todo.

Pero había bien poco más que hacer en Posen para engañar el tiempo, como no fuera vagar por los márgenes del río Warthe, o ir a la ópera, a la Grosses Haus, engalanada con banderas nazis, a escuchar a Wagner. Recuerdo que una tarde de domingo Kurt y yo asistimos a una representación teatral en el Reichsgautheater, en concreto a una versión de *Guillermo Tell* de Schiller, y en el segundo acto, cuando el arquero proclama heroicamente: «¡Sí, somos un solo corazón y de una sola sangre! / Somos un solo pueblo y unidos queremos actuar», Stavenhagen me susurró al oído:

—¡Y si es menester, para lograr nuestro glorioso objetivo, preñaremos a todas las niñas de más de nueve años!

Y me guiñó un ojo, como diciendo, estamos totalmente tronados, amigo mío. ¿Acaso no lo ves?

14

Los locos

Nuestros resultados mostraron, de una manera clara y tangible, que la mezcla de razas producía una muy remarcable pérdida de aptitudes; y que hay valores que están fijados según los grupos de personas, pero que cambian de manera muy significativa cuando estas procrean entre ellas. En conclusión, afirmaba el estudio, la capacidad germánica de trabajo se perdía en gran parte por la procreación mixta. También se resentían otros valores, como la responsabilidad o el sentido cívico, y dificultaban mucho el control de este tipo de población. Por tanto, era de una absoluta necesidad llevar a término una política matrimonial conveniente, e impedir los emparejamientos mixtos, que debilitaban las esencias de nuestro pueblo. Hasta el extremo de que una mala política en este sentido podía poner gravemente en peligro nuestra sociedad, tornándonos en un pueblo disgregado y egoísta, por completo ingobernable. Un país de crápulas e inadaptados.

Rudolf Hippius publicó el estudio, sin ponernos a ninguno de nosotros de coautores. Tan solo aparecíamos en los agradecimientos, en letra pequeña, en un lugar poco destacado del libro. Aquello me sorprendió y molestó un poco, y más cuando supe que el Sturmbannführer Herbert Strickner había valorado el estudio como extraordinariamente importante y había asegurado que pronto se convertiría en una obra de referencia de la bibliografía racial. Una investigación que demostraba, con unos datos contrastados y una buena muestra, la necesidad de gestionar una política racial muy estricta y rigurosa, y que se convertiría en el libro guía de la nueva Fundación de Praga.

Aquellos fueron unos días particularmente difíciles. Durante los seis meses que duró el estudio, a pesar de estar adscrito al personal del hospital, no había ejercido de médico, pero una vez acabado

este no tuve más remedio que incorporarme plenamente a la disciplina del centro como psiquiatra. Un día me encontré con Maria Hippius, que estaba llevando a cabo una investigación por su parte. Iba con sus tres hijos, perfectamente educados en los valores del nacionalsocialismo. Se alegró de verme: era una mujer afable, espontánea, pero con una coraza interna que hacía difícil saber qué era lo que pensaba de veras. Se interesó por mi familia, y por mi última hija, que hacía meses que no veía. Le dije que habían regresado a Viena, ya que resultaba muy difícil recuperar mi antigua posición en Königsberg, al menos hasta que no acabara la guerra, y además habían comenzado algunos bombardeos de los aliados, y no quería exponerlos a ningún peligro. A mi vez, le pregunté cuándo se trasladaban a Praga, y me dijo que Rudolf ya estaba allí y que seguía buscando un apartamento apropiado para la familia. Se rio de una manera musical, que acabó con aquella risotada alargada, aquel *agrrr*, que quería indicar que eso no sería fácil. Me los imaginé instalados en un bello piso mirando al río Moldava (o como lo llaman los checos, el Vltava), que con seguridad habría pertenecido a alguna familia judía que habían *evacuado*. En seguida, Maria me sacó de dudas:

—Hace unos días fuimos a ver uno, pero aún estaban los inquilinos. Un poco incómodo, la verdad. Estaba amueblado con mucho gusto, con grandes jarrones de Karlovy Vary. Tomamos nota de todo, para que no desapareciera nada… Lo queríamos tal como estaba. Nos habíamos encaprichado de aquel apartamento. ¡Pero en el último momento nos lo han quitado de las manos! Un alto cargo del partido se nos ha adelantado.

Le pregunté qué la traía por el hospital.

—Estoy investigando los trastornos psíquicos que produce sobre los niños y jóvenes la separación de sus progenitores… Durante las entrevistas apunté algunos casos muy sintomáticos. Creo que mis resultados le serán de interés y que pueden servir para facilitar la adaptación de los niños a las nuevas familias de acogida.

Maria estaba aprovechando aquellos niños y adolescentes separados violentamente de sus familias para estudiarlos psicológicamente.

—Ahora estamos trabajando con unos gases que borran todo rastro de memoria de los críos, para que no haya rechazo de los

nuevos padres adoptivos. Estamos sintetizándolos en la Facultad de Psicología de la Universidad Wolfgang Goethe de Frankfurt. Perseguimos que el niño no desee nunca regresar a sus orígenes. Y si vuelve a ver a sus padres biológicos, sienta una profunda y punzante sensación de desagrado…

Me despedí de ella con mucha cordialidad, y nunca más volvimos a coincidir. En cambio, a su marido lo volví a ver meses después durante el discurso de Himmler en Posen: un discurso que sería la culminación más radical de la política racial, a la que yo, para mi desgracia, había contribuido.

Me incorporé plenamente al hospital, y empecé a tratar soldados llegados del frente, con graves trastornos psíquicos. El jefe del departamento era el doctor Herbert Veigel, un buen médico psiquiatra, muy partidario del psicoanálisis. Durante aquellos días aprendí por fuerza sobre neurosis, histerias, psicosis y, en especial, sobre esquizofrenia. Por decirlo así, puse en práctica todo lo que había estudiado en la carrera. El doctor Veigel era un hombre inteligente, quizá de los más inteligentes que he conocido, con una sonrisa irónica siempre en los labios. Había pasado anteriormente por diferentes campos de concentración de prisioneros, donde había tratado especialmente enfermos rusos. En muchos sentidos fue una suerte trabajar con él, porque me preparó para todo lo que viviría después. Por Veigel también conocí muchas de las cosas que estaban pasando en los campos de concentración.

Llegados a este punto es necesario hacer un breve inciso, comandante. Ahora muchos de nosotros, gracias a las fotografías que hemos visto, hemos tenido la oportunidad de descubrir las terribles matanzas de judíos en los campos de concentración. Pero, en general, el pueblo alemán no tenía constancia de que se estuviera produciendo aquel genocidio, al menos de una manera tan masiva y cruel, con aquella magnitud escalofriante. Las SS lo mantuvieron oculto tanto como pudieron. Al principio de la guerra, muchos de nosotros pensábamos que se llevaban a los judíos a campos de concentración, a la espera de ser reubicados en África o en Madagascar, pero no imaginábamos que se estaba produciendo aquel exterminio sistemático. Podía haber sospechas de excesos, indicios de matanzas puntuales, pero lo considerábamos efectos

propios de aquellas evacuaciones, donde se tenía que utilizar la fuerza para poder llevarlas a cabo con éxito. Cuando veíamos los trenes de mercancías cargados de personas pidiendo auxilio, el alma se nos encogía, pero nos manteníamos impasibles. ¿Adónde los llevaban? Miramos hacia otro lado, es cierto. Incluso, cuando los indicios eran tan patentes, preferimos no pensar en ello, ni sacar conclusiones. Hubo un proceso de ceguera voluntaria colectiva, de aquiescencia culpable, tan embelesados estábamos en la consecución de aquella idea de una nueva patria. Pero, en cambio, en Polonia era literalmente imposible no reparar en todo aquello. Empecé a tomar plena conciencia de que se estaban aplicando a rajatabla las ideas de selección y eutanasia al poco de llegar a Posen. Aquella constatación me angustió, me emocionó, me hizo dudar. Incluso me traumatizó. Pero ya había recorrido demasiado camino para retroceder: ya era uno de ellos. Y tenía que seguir adelante, a cualquier precio, sin mirar atrás.

A medida que avanzaba la guerra, los casos psiquiátricos se hicieron más y más numerosos. Era difícil discernir cuándo se trataba de un engaño de cuándo existía de veras una patología. Algunos enfermos habían perdido toda su humanidad, y eran como fantasmas, como almas en pena. Otros parecían perfectamente normales hasta que los interrogabas y entonces se mostraban como un manojo de nervios, en medio de contradicciones irreductibles. En contra del criterio de Veigel, recibimos la orden de someter a electrochoques a los enfermos más dudosos. Yo había conocido a Friedrich Mauz en Königsberg, que aparentemente estaba consiguiendo resultados muy positivos con el uso de esta técnica, aunque a menudo cometía excesos. ¡Pero había tantísimos soldados que querían hacernos creer que estaban sonados! ¿Cómo discernir un loco real de un imitador? Había que llegar al límite, porque todos vivíamos en el límite. No nos podíamos permitir impostores.

Un caso me marcó, por diversas razones. El cabo Manstein decía que sufría atrofia, que no podía mover las piernas. El doctor Veigel se había marchado de permiso para visitar a su familia, y me tuve que enfrentar solo a aquel caso. Después de todos los exámenes pertinentes, no descubrí ninguna afección clara y lo di como un ejemplo más de enmascaramiento. De modo que sometí al cabo a electrochoques, cada vez más agudos, para intentar

desenmascararlo, y por mucho que suplicó yo estaba blindado contra sus súplicas. Cuando comienzas con los electrochoques y ves que el enfermo se mantiene imperturbable, vas aumentando la intensidad de las descargas, porque de alguna manera esperas que confiese, que aquella crueldad haya tenido algún fundamento. A Manstein lo freí, literalmente, sin resultado alguno. Pero estaba convencido de que era un impostor.

A los pocos días, cuando retornó el doctor Veigel, le confié aquel caso. Manstein seguía medio paralizado, como si la corriente eléctrica hubiera acentuado su mal. Veigel me dijo que creía que en aquella ocasión no había ninguna simulación. Aquello me hizo sentir profundamente culpable. Secretamente quería que mintiese, para justificar mi exceso con él, y si se demostraba que era así, que acabara ante un pelotón de ejecución.

—Diría que es un caso claro de polineuritis, que produce parálisis… Debido a la falta de vitamina
C
.

Fue Veigel el primero en hablarme de la polineuritis. Una enfermedad que desconocía por completo. Me hizo sentir muy mal, muy culpable, máxime porque quedé en evidencia en el hospital, ante el personal sanitario y las enfermeras. A los pocos días de recetarle vitamina
C
, el cabo mejoró, de manera muy rápida, evidenciando aún más mi error, que le había causado secuelas importantes. Entendí que tenía que abandonar cuanto antes aquella ocupación, que tanto me sobrepasaba y más aquellos días tan angustiosos, cuando algunos soldados atormentados estaban dispuestos a cometer los excesos más asombrosos para no regresar al frente. Pero ¿qué hacer? ¿Adónde ir? ¿Qué destino podía solicitar? Caí en un estado profundo de abatimiento. Aquel verano de 1942 fue sorprendentemente caluroso, y Posen, en medio de aquella inmensa llanura, era un horno. Y, para mí, además, un infierno.

Una de aquellas noches veraniegas, llamaron a mi puerta. Era Ingrid y me preguntó, con algo de ironía y una amplia sonrisa, si ya me había decidido. Hacía meses que no veía a mi mujer: su regreso a Viena dificultaba mis visitas, y eso había producido una

desagradable discusión y distanciamiento entre nosotros. Estaba muy bajo de ánimos, aún me escocía todo lo sucedido con el cabo Manstein, del todo inseguro sobre cuál sería mi futuro. Necesitaba abandonar como fuera aquel maldito hospital. ¿Sería cierto que si participaba en la Lebensborn sería gratificado? ¿Aquello podría cambiar mi mala fortuna?

Al verme dudar, insistió:

—Somos dos adultos, que estamos a solas en esta maldita ciudad. ¡Y podemos servir ahora a nuestro país!

La dejé pasar. Se soltó los cabellos, dorados y espesos que le cayeron sobre la espalda. Yo no sabía cómo actuar y me encontraba tenso, junto a la puerta. Le pregunté por ella, por su formación, por su origen.

—Profesor, cuanto menos sepa de mí mucho mejor. Más neutro será todo.

Empecé a protestar pero Ingrid contestó en seguida.

—Soy de Berlín —me dijo, mientras me cogía de la mano y me llevaba hacia ella.

Me fijé en sus uñas nacaradas, perfectas. Y en el olor que emanaba toda ella, intenso y vegetal, como de trigo a punto de segar. Hacía una noche particularmente bascosa, y nos desnudamos lentamente, lanzando la ropa sobre una butaca situada en un rincón de la habitación, y nos quedamos desnudos, recorriendo nuestros cuerpos con la mirada. Ingrid se me aproximó y recuerdo sus ojos, con las pupilas muy dilatadas, como un mar oscuro o una poza de río de alta montaña. Mientras hacíamos el amor pensé que no era de Berlín, sino que seguramente debía de ser nativa de algún pueblecito de Baviera, y que quería proteger su anonimato. Lo dejé estar y no hice más preguntas.

Vino otras noches. La reconocía antes de abrir la puerta porque repiqueteaba con las uñas unos instantes antes de golpear con los nudillos. En la segunda visita, me estimuló de tal manera que por instantes dudé de si su trabajo antes de la guerra no había sido ese. Después me contó que en la Lebensborn había recibido lecciones de cómo optimizar la eyaculación masculina e incrementar las probabilidades de inseminación. Cuanto más se goce más posibilidades: el goce es un indicador de éxito biológico, que existe con aquel objetivo reproductor. Aquella correlación entre el placer

y el triunfo genésico la comprendí plenamente aquellos días, con aquella camisa parda, tan bien amaestrada en las artes amatorias. Ingrid estaba convencida de que cuanto más se esforzara más posibilidades tendría de quedarse encinta, y no solo eso, sino que mayor calidad tendría el semen que la inseminaría, como si la producción espermática tuviera un plus de excelencia después de una noche de pasión amorosa. Ella quería un hijo sano, fuerte, inteligente y enteramente ario y para conseguirlo se había librado de cualquier moral y seguía un protocolo que recordaba al de un ganadero con su semental. Yo era el macho inseminador, claro está, y cuanto más gozara, más rico y vivo sería mi rendimiento testicular, y ella sería la agraciada de aquella rebosante y densa producción. No sabría decir si también gozaba, o si la consecución de su objetivo le enfriaba la libido; sin embargo, desde aquel apriorismo biologicista, seguro que en la Lebensborn le habían recomendado hacerlo, ya que eso despertaba reacciones instintivas en su cuerpo que reforzaban la cópula, aparte de estar convencida, porque así me lo susurró con un gemido, que si llegaba al orgasmo y conseguía sincronizarlo con mi eyaculación las garantías de éxito se incrementaban de manera muy significativa.

Ingrid vino otras noches más y antes de marchar siempre se deshacía en agradecimientos. Y, al poco, me pareció normal. Aquel era un mundo de locos del que ya no podía escapar.

15

Himmlerstadt

A finales de agosto, la doctora Hildegard Hetzer me propuso acompañarla a visitar Zamość y sus alrededores, en una misión que le había encargado directamente el Reichsführer Himmler. Había oído hablar mucho de aquella bella zona de Polonia, y era una oportunidad para ver un poco el país, para explorar algunas áreas de alto valor paisajístico, muy ricas desde el punto de vista biológico. Necesitaba respirar aire sano, olvidarme un poco de los tratamientos psiquiátricos, cada vez más duros y agotadores, y recuperar mis hábitos naturalistas, que en Posen tenía casi olvidados. Solicité un permiso a mis superiores del hospital, con una carta de la doctora en la que se justificaba mi presencia en aquella prospección racial y, de buena mañana, se inició el viaje, cómodamente instalados en un Opel Admiral de las
SS
, que duraría un buen puñado de horas.

Conducía un soldado fuerte y reservado, algo taciturno, que iba acompañado por un Untersturmführer, de nombre Posselt, que nos escoltaría a lo largo del viaje y nos facilitaría pasar todos los controles que encontraríamos en la carretera. Era originario de Eslovaquia: como nos contó, su padre, un médico rural, reconstruyó su genealogía germánica, originaria de Westfalia, para reclamar los derechos ofrecidos por el Tercer Reich a aquellos que tuvieran un origen alemán. Pero al poco de concedérselos le llegó una carta exigiendo que su hijo se alistara, bajo la amenaza de perder la ciudadanía alemana. Bajo esa presión, Posselt entró en la Wehrmacht, estuvo destinado en el frente de Grecia, donde fue condecorado por sus acciones. Después, se alistó en las
SS

. Ahora estaba destinado en la *Persönlicher Stab*, es decir, en el servicio directo del Reichsführer Himmler.

Durante el viaje, pensé en la cuestión de la identidad. Posselt era uno de los miles de eslovacos de los Sudetes que hablaba alemán: un alemán gutural, rasposo, con un fuerte acento. Durante la guerra muchos de ellos se habían alistado en las tropas alemanas, forzados o con ilusión, tanto da. Intenté imaginar a su padre, y a su familia, y el error garrafal que habían cometido reclamando sus derechos al Tercer Reich. Y las represiones que sufrirían si no ganábamos la guerra, por su adhesión a la causa nazi: los eslovacos que se habían unido a los alemanes, a pesar de que estos predicaban de los eslavos que eran *subhumanos*, para los rusos eran la peor clase de traidores.

La carretera recorría amplias zonas agrarias, con campos de cereales y girasoles, de tabaco y de remolachas, alternados por bosquecillos de abedules, y colinas repobladas con píceas y resinosas, con arroyos alegres y ricos, donde el rojo purpurado de las flores de la salicaria salpicaba el recorrido con su estallido de color, y donde revoloteaban las mariposas y abejorros. A pesar de estar a finales del verano, todo se mantenía muy verde y lozano, en una armonía de verdes sublime, como si la naturaleza en aquellos lugares contase con un suplemento de vitalidad y nutrientes. Las cigüeñas alzaban su pesado vuelo al paso de nuestro automóvil, planeando de una manera algo desgarbada hasta posarse un poco más lejos. Sus nidos ocupaban las alturas de las casas, de los campanarios y de los postes telegráficos. Le pregunté a la doctora qué iba a buscar. Con su frialdad habitual me explicó que se había descubierto que en la región de Zamość había sangre alemana extraviada.

—El emperador austríaco José II repobló esta zona con granjeros alemanes, a finales del siglo XVIII. ¡Nuestro deber es revisar hasta el último habitante y descubrirla!

Sonreí. Eso de hasta el último habitante era muy propio de las SS: aquel rigor que no dejaba nada sin acabar de una manera definitiva.

—Su madre, la emperatriz María Teresa se oponía, pero José II prolongó la ocupación hasta Cracovia, capturando entre otras cosas

la valiosa mina de sal de Wieliczka. Pero la zona de Galitzia la recolonizó con campesinos germánicos.

El Untersturmführer intervino.

—¡Zamość es preciosa, doctora! Se construyó como una *cittá ideale*, fue diseñada por un arquitecto italiano. Cuando ves la plaza del mercado, no parece que estés en Polonia, sino en alguna ciudad del norte de Italia. A menudo se la compara con Padua.

Y girándose para vernos a los dos, añadió, con orgullo:

—Ha sido recientemente rebautizada como Himmlerstadt. ¡La ciudad de Himmler!

Y mirando a la doctora, apostilló:

—Creo que en sus informes sería conveniente que la llamara así: ¡Himmlerstadt!

La doctora sonrió. Y matizó la observación del Untersturmführer.

—En realidad, ha sido idea de Globocnik, que es un adulador. Pero prudentemente el Reichsführer no ha aceptado… Porque el Führer no tiene ninguna ciudad con su nombre. Pero, en cambio, ha propuesto llamarla Pflugstadt, es decir, la ciudad del arado, en el sentido de renovación y símbolo de un nuevo tiempo. ¡Himmler siempre tiene buenas ideas! En un futuro, la ciudad estará tan solo habitada por miembros de las
SS
y sus familias. Puede que entonces se rebautice como Himmlerstadt.

Llegamos después de una larguísima jornada. La plaza estaba animada, a pesar de ser ya casi la hora de cenar. De la torre solemne del ayuntamiento, colgaba una larga esvástica. Tenía razón Posselt: aquella plaza recogía el mejor renacimiento italiano, con ecos orientales, lo que la hacía muy singular y bella. Antes de retirarnos, decidimos comer algo en el restaurante del hotel, situado detrás del ayuntamiento. Encontramos una cocina repleta de verduras frescas y alimentos nutritivos, y sin esperarlo tuvimos una de las mejores comidas de aquellos años de tantas penalidades. Himmlerstadt o Pflugstadt, lo mismo daba, prometía ser inolvidable.

A la mañana siguiente, nos presentamos muy temprano en un campo de tránsito, cerca de Zwierzyniec. Estaba emplazado en un enclave natural de extraordinario valor biológico. Puesto que

Posselt se las apañaba muy bien con el polaco, se quedó con la doctora entrevistando a los niños. Yo me adentré en el bosque de pinos silvestres con mis prismáticos: me habían dicho que había urogallos cerca y me hacía una extraordinaria ilusión descubrirlos. Bosque adentro gocé observando tres especies de pájaros carpintero, divirtiéndome con los agateadores, admirando a los mitos, molestando a los trepadores azules. Llegué a un lago y me desnudé: el agua estaba fresca, e hice el muerto durante un buen rato, con los ojos mirando al cielo. En aquel momento, la guerra se me antojaba muy lejana, casi una quimera. ¿Cómo habíamos llegado hasta allí? ¿Y cómo conseguiríamos salir indemnes de aquel callejón en el que nos encontrábamos? Una pareja de ánades reales pasó muy cerca de mí: no me habían visto y nadé silenciosamente hacia ellos hasta que se percataron del peligro y alzaron el vuelo, con su batir de alas característico, adentrándose en un cañaveral. Más allá un zampullín chico, con su manchita blanca en el pico, se sumergía en busca de moluscos. Recordé con añoranza y tristeza mis estudios faunísticos. Me sequé en la arena blanca del lago, tumbado al sol de la mañana. A pesar de estar en agosto el silencio era extrañamente intenso, tan solo un poco alterado por el paso seseante de la brisa a través de la copa de los árboles. Comencé a caminar por la orilla, recogiendo conchas de caracoles de agua dulce. Uno de ellos era muy curioso, de una especie que no había visto nunca en los ríos austríacos, como un tipo de turritela. Aquello me entretuvo durante un rato y me hizo alejarme del lugar donde había dejado mis cosas. De repente, oí voces y me alarmé. ¿En qué demonios hablaban? No parecía alemán. Pero tampoco polaco. Me oculté tras el tronco de un sauce caído. Pero entonces caí en la cuenta de que tenía la ropa a unos doscientos metros, y muy a la vista, y si aquellos hombres se acercaban al lago la descubrirían. Salí de mi escondite corriendo, pero… ya era demasiado tarde.

Aquel día podría haber perdido la vida, comandante. Un soldado con uniforme de Orpo me encañonó y llamó al resto, en aquella lengua extraña que no acababa de reconocer. Yo estaba completamente desnudo, y con las manos me cubría las partes.

Con la punta de la metralleta, me indicó que retrocediera y me obligó a levantar los brazos, mientras me preguntaba en polaco. No pesqué nada, ni una palabra. Le contesté en alemán, diciendo que

no lo entendía. Entonces llegó el cabecilla de la patrulla, junto con cuatro hombres más. Era un grupo de Orpos, y respiré.

—Los papeles de identidad los tengo en mi ropa —dije.

Uno de ellos trajo mis cosas y el cabecilla las inspeccionó. Súbitamente comenzó a reír. Y los hombres bajaron las armas.

—¡Doctor! ¡Soy el teniente Hans Beutelspacher! ¡Compañero suyo en la Universidad de Königsberg! ¡Perdóneme! ¡Pero no lo había reconocido en estas circunstancias! ¡Puede bajar los brazos, profesor!

La verdad es que no lo reconocí. Un hombre escuálido y calvo, con una sonrisa franca, de dientes gruesos y muy blancos.

—Trabajaba con el profesor Mitscherlich, el edafólogo —apuntó, para ofrecerme más indicaciones.

Al profesor Eilhard Alfred Mitscherlich lo conocía bien no solo por su interesante visión ecológica de los prados de alta montaña, que había reflejado en un libro muy influyente, sino también por ser miembro destacado y bastante activo del partido nacionalsocialista. Un hombre de mirada globulosa y afable, con una barbita que recordaba, si la comparación es pertinente, a la de Lenin.

—¿Qué demonios hace por aquí? ¡Ha tenido suerte! Acabamos de capturar a dos partisanos, que si lo hubieran descubierto seguro que se lo habrían hecho pasar muy mal.

Entonces vi que algo más lejos, separados del grupo, y custodiados por dos Orpos, había dos hombres, con las cabezas gachas. Parecía que los habían golpeado a conciencia. Sobre todo al más joven, que sangraba abundantemente y casi no podía abrir los ojos.

Le expliqué nuestro viaje a Himmlerstadt, y que había aprovechado para recordar mis viejos tiempos de naturalista, adentrándome en el bosque a la caza del urogallo. A su turno, Beutelspacher me contó que había servido con el general Gotthard Heinrici, que comandaba el II Ejército Panzer, y que allí, en el frente ruso, se había especializado en la lucha contra los partisanos. Desde entonces lo llamaban cuando había algún problema importante en este sentido; junto a sus hombres ucranianos formaban un grupo de acción, un

, en la lucha antiguerrilla. No sabía qué contestar, me sorprendió la naturalidad con que hablaba de todo aquello. Aquel profesor especialista en prados de alta montaña se había convertido en un feroz exterminador de resistentes polacos.

Mientras hablábamos, vi de reojo cómo sus hombres colgaban a los dos partisanos de un gran pino. Beutelspacher no comentó nada y yo en aquel momento tampoco quise preguntar. ¿A cuántos partisanos habría mandado ahorcar? Me dijo que me acompañaría hasta el campo de tránsito, no fuera que sufriera alguna represalia, porque la *Armia Krajova* se había fortalecido mucho como consecuencia de la expulsión de los campesinos de sus tierras. Le pregunté cómo había llegado a dirigir un
EK
. Beutelspacher sonrió.

—¿Tanto le sorprende, profesor?

Uno de sus hombres abría la senda, y detrás seguíamos nosotros.

—Vengo de una familia *Volksdeutschen* originaria de Odessa. Cristiana y burguesa… Cuando llegaron los rusos, mataron a mis padres, y a mi hermana la enviaron a un campo de Siberia. Desde entonces no sé nada de ella. Por tanto, no tengo ninguna simpatía ni a los rusos, ni a los judíos. Y colgaré tantos como pueda.

Le pregunté por qué tenía aquella manía a los judíos.

—Los que mandaban en el ejército ruso eran judíos. Entre ellos el jefe del
NKVD
, Genrikh Yagoda.

Intenté matizar aquel comentario, que me parecía un poco exagerado. El teniente me detuvo.

—Mire, conocí a un guarda que había estado en el campo de concentración de Vínnitsa, donde enviaron a mis padres. Aquella prisión tenía una capacidad para dos mil prisioneros, pero durante 1937 y 1938 se llegaron a concentrar más de dieciocho mil. A lo largo del año 1938, todas las noches, los guardas escogían a una docena de personas y las llevaban a un lavadero de coches. Lo ponían en marcha e iban introduciendo uno a uno a los prisioneros. Allí les pegaban un tiro y el agua limpiaba la sangre del muerto. Los hombres del
NKVD

bromeaban y lo llamaban *mokrii rabota*, es decir, trabajo mojado. Después cargaban los cuerpos en un camión y los enterraban en una fosa común. Así todas las noches de aquel año. Mataron centenares… Por tanto, por muchos que mate yo, nunca los podré superar. Siempre me quedaré corto.

Seguimos caminando. Y pensé en la crueldad de todo aquello. Me apunté mentalmente esta frase: «El eslabón entre los primates y el hombre civilizado somos nosotros». El hombre lleva un simio dentro de él, y sus hábitos agresivos son instintivos. ¿Cómo explicar si no tanta crueldad? Procedemos de un pasado violento y este pasado nuestro regresa de manera intermitente, transportándonos a la selva, a poco que nos pongan a prueba.

—El general Heinrici me dio total libertad —continuó Beutelspacher—. Puesto que hablo ruso, hacía de *Dolmetscher* siempre: llegábamos a una aldea donde nos habían avisado que había partisanos, preguntábamos por el *staroste*, que es una especie de alcalde local, y se iniciaban las bofetadas… Muchos no salían vivos del interrogatorio. Y cuando no se trataba de partisanos, le tocaba el turno a los judíos. Al general Heinrici le gustaba ver una docena de partisanos o, en su defecto, de judíos colgando de los árboles cada mañana… Se tomaba el café más tranquilo.

No sabía qué decir. Me admiraba que un colega mío hablase con tanta frialdad de todo aquello. La mayor parte de los hombres ejecutan las órdenes de una manera maquinal, para salir del paso, pero Beutelspacher parecía que también se recreaba con aquellas ejecuciones. No se trataba de cumplir con el expediente, sino que había en aquellas acciones un regusto agrio de *vendetta*. Pregunté qué habían hecho aquellos dos partisanos que sus hombres habían colgado. Beutelspacher me lanzó su fría mirada, seguida por su ancha sonrisa, que mostraba aquellos dientes poderosos. Pero no me contestó. Solo dijo, de una manera un poco enigmática:

—¡Con lo que hay se juega, camarada!

Entonces, me preguntó, guiñándome el ojo, para rebajar la tensión:

—¿No deseaba ver urogallos, profesor? Allí hay una hembra con sus pollitos…

Pero, en aquel momento, el hombre que encabezaba la marcha hizo un gesto de silencio con la mano, y le dirigió a Beutelspacher

unas palabras en ucraniano. Seguimos avanzando en silencio, y Beutelspacher me ordenó que ocupara la última posición en la fila. Entendí que seguíamos el rastro de alguien, que nos precedía por aquella senda. Los pinos rojos formaban un bosque espeso y casi no dejaban ver el cielo. Beutelspacher ordenó con un gesto a dos de sus hombres que intentaran rodear al sospechoso, y estos se adelantaron. Finalmente, escuchamos unos gritos. Lo habían capturado. Cuando llegamos, los dos soldados lo encañonaban. Beutelspacher estaba ansioso, como un perro de presa cuando da alcance a su víctima. Le quitó la gorra de un manotazo, y quedó claro que era una mujer, muy joven, pelirroja, de cabellos revueltos. Este descubrimiento reforzó la satisfacción entre los hombres. Registraron sus pertenencias, y en especial el contenido de una mochila. Una nota, escrita en alemán, llamó la atención. Beutelspacher la leyó en voz alta:

—He decidido poner fin a mi vida. Quiero pedir perdón por mis crímenes y por haber sido espía de los nazis. Ruego a mis compatriotas que me puedan perdonar algún día. Firmado: Bulle.

La joven no hablaba alemán, por lo que era evidente que no era ella quien la había escrito. Uno de los hombres se lo preguntó en polaco. Ella contestó que no sabía qué hacía aquella nota en su bolsa. El Orpo le soltó tal bofetada que cayó a tierra, sangrando por la nariz y la boca. Yo sentía un nudo en el estómago. Siguieron interrogándola, aporreándola a golpes, pero no reveló nada. Beutelspacher sacó la pistola y apuntó a la frente de la joven.

—Por última vez, ¿a quién ibais a colgar con esta nota? Haciendo creer que se trataba de un suicidio… ¿Quién es ese Bulle?

La joven no decía nada. Había comenzado a llorar y las lágrimas dibujaban surcos en su cara manchada de barro y sangre.

—¿Pensáis que somos tan simples que nos creemos estas notitas que dejáis en los *Volksdeutschen* que asesináis?

Sacaron una soga y se la pusieron al cuello.

—¡Ahora vamos a ser nosotros los que vamos a utilizar tu nota!

Yo asistía a la escena incrédulo. Nadie se preocupaba de mí, que había pasado a un segundo plano, del todo invisible para Beutelspacher y sus hombres, que se refocilaban con aquellos momentos álgidos de tortura.

—Te colgaremos aquí, en medio del bosque: tardarán en

encontrarte… Los cuervos te sacarán los ojos y la lengua, y cuando por fin den contigo darás tanto asco, de tantos gusanos que cubrirán tu cuerpo, que solo sabrán de ti por la nota… ¡Una tal Bulle, chivata de los nazis!

Beutelspacher preguntó algo a sus hombres en ucraniano, y uno de ellos hizo un gesto con la mano, señalando una zona del bosque. Caminamos unos cinco minutos, con la joven con la soga al cuello, llorando y sollozando, hasta que llegamos a una especie de torrente, donde en un recodo crecía un gran arce, un árbol retorcido y leñoso, como un espíritu mágico del bosque. De todo aquello recuerdo de forma especialmente traumática cómo pataleaba la joven violentamente en el aire, como si quisiera columpiarse y los hombres reían y proferían ¡oh!, ¡oh!, ¡oh!, con cada arreón de las piernas. Los soldados la mantuvieron a pulso, hasta que dejó de moverse y después ataron la cuerda a un pino próximo.

Iniciamos el regreso al campo. Yo seguía al grupo en silencio, sin osar hablar. Tampoco tenía nada que comentar. En un momento, Beutelspacher me dijo:

—Piense que, si la hubiésemos llevado al campamento, los hombres de la Gestapo le habrían hecho de todo. Nosotros eliminamos a las partisanas, pero no las violamos ni abusamos de ellas. No es ese nuestro estilo.

Cuando llegamos al campo de tránsito, el Untersturmführer Posselt me estaba buscando. Me dijo que ya estaban todos en el coche, y que teníamos que marcharnos en seguida, que teníamos que hacer una última visita, antes de que cayera la noche. Me despedí de Beutelspacher, deseándole suerte. Este me dijo en un aparte:

—Profesor, recuerde: con lo que hay se juega… ¡Y cada uno juega como mejor le parece!

No dije nada y subí al Opel. La doctora Hetzer me preguntó, con algo de ironía, si había visto muchos pajaritos y contesté lacónicamente. No podía decirle que por poco me cuestan la vida. Nos pusimos en marcha, hacia el sur, atravesando campos labrados, riachuelos y bosquecillos. Era un paisaje muy bello, con un aire puro y un cielo azul, con nubes bajas suspendidas, que se movían lentamente. Finalmente, pregunté adónde nos dirigíamos:

—A Belzec… Acaban de enviar un cargamento y tengo

sospechas de que puedo encontrar algunos niños útiles. ¡Si tenemos suerte llegaremos justo a tiempo!

Yo no sabía qué era Belzec, quizá algún otro campo de tránsito, ni qué quería decir exactamente con eso del cargamento. Cerré los ojos y me dormí: me sentía agotado por todas las emociones del día.

16

El cargamento

Me despertó el traqueteo del paso de un tren, y un olor dulce, apestoso, como de pies o vómito. En el automóvil tan solo estaba el chófer, que se tapaba la nariz y la boca con un pañuelo. Dijo, haciendo un esfuerzo:

—La doctora y el Untersturmführer Posselt están fuera… Creo que hemos llegado justo a tiempo.

Salí del Opel, aún medio adormecido. Me golpeó de pleno aquel olor agrio. Entonces comprendí que la estación estaba junto a un campo de exterminio, de reciente construcción y de infraestructuras muy precarias, de donde provenía aquel olor nauseabundo. Al final del andén vi a la doctora, con media docena de niños. Un Scharführer la miraba fijamente, una mirada desaprobadora, como si todo aquello se tratara de una broma de mal gusto. Escuché al Untersturmführer Posselt decirle a su compañero:

—La doctora tiene órdenes directas del Reichsführer Himmler de intentar salvar hasta la última gota de sangre alemana…

Hasta la última gota, pensé. Podría haber sonreído, pero la peste era tan intensa que no podías pensar en nada más que en salvaguardarte de ella. El Scharführer, de nombre Rudolf Kamm, replicó que aquellos niños no tenían nada de alemanes, que eran más polacos que la jodida sopa Żurek. Pero Posselt se había creído la misión y contraatacó:

—Las tierras de donde provienen estos niños fueron pobladas por colonos germánicos durante el siglo XVIII. Hay que dejar que el análisis científico determine si son depositarios o no de algún vestigio de aquella sangre.

El Scharführer Kamm lo miraba asombrado. Era un hombre más bajito que la media, con una cara ancha y unos rasgos agradables, como risueños.

—No tenemos tiempo para estas inspecciones de última hora —dijo secamente—. Nos llegan diariamente trenes con centenares de personas que hemos de *tratar* inmediatamente… La doctora nos está haciendo perder un tiempo precioso, que después difícilmente podremos recuperar. ¡De ninguna manera debería haberle permitido esta inspección!

Miré a la doctora Hetzer y vi cómo se afanaba en repasar aquel cargamento de niños, unos trescientos. Los cogía de la cabeza, les escrutaba las orejas, les quitaba la gorra, o los apremiaba a bajarse los pantalones: si estaban circuncidados, o tenían cualquier señal, los descartaba en seguida. Era una carrera contra el tiempo. Estaba nerviosa, a punto de un ataque de nervios, mientras escuchaba a lo lejos las quejas del Scharführer, cada vez más inquieto y exacerbado. Cuando me vio me llamó, con un grito ansioso, solicitando mi ayuda.

El Scharführer Kamm reaccionó y me tomó del brazo, custodiándome hasta la doctora, y pidiendo paso a los guardas Trawnikis y a los *Häftlinges*, prisioneros que ayudaban en las evacuaciones, y que vigilaban el convoy, algunos con perros lobo, robustos y fuertes, que contrastaban con la flaqueza extrema de sus portadores.

—A las siete y cuarto llega un nuevo tren desde Hungría… —gritó, angustiado—. Y no quiero todo este lío en el andén. ¡Hagan el favor de agilizar la inspección todo lo posible!

La doctora sonrió con agradecimiento al Scharführer. Y se dirigió a mí:

—Profesor, no tenemos tiempo para nada más que una preselección. Rubios, ojos azules o verdes, cráneo dolicocéfalo, orejas juntas, sin circuncisión, por supuesto… ¡Y la intuición!

De este modo, la doctora se situó en un lado del andén y yo en el otro, y comenzamos a avanzar, diciendo tú, tú, y tú, escogiendo aquellos niños y niñas que por sus rasgos, y con aquella rapidísima inspección ocular, podían tener alguna posibilidad. Los niños me miraban asustados, pero también esperanzados, algunos lloraban, otros se tapaban la nariz, otros miraban al suelo. A estos últimos les tenía que levantar la cara, y su mirada siempre era apesadumbrada y culpable, como si se sintiesen avergonzados de algo innombrable. Finalmente, seleccionamos medio centenar, que aparentemente

pertenecían a las categorías 1 y 2. La doctora dio indicaciones para que fueran trasladados al *Kindererziehungslager* de Varsovia, donde serían convenientemente inspeccionados. El Scharführer Kamm respiró cuando entendió que ya podía proceder con el resto. Yo no quise mirar atrás: pero no pude dejar de oír los gritos de los guardas y de los *Häftlinges*, y los llantos desesperados de los niños, mezclados con los ladridos de los perros. Mientras nosotros nos alejábamos de ellos la muerte se les aproximaba de nuevo con toda su ciega y fatal indiferencia: nosotros habíamos sido su última posibilidad, aquel milagro impensable que te libra de tu condena en el último momento, cuando ya tienes un pie dentro del Averno. Pero ahora, el resto, los descartados, los inservibles, los asociales, tenían que seguir su camino y avanzar por aquel pasadizo que conducía a una cámara de gas.

El Scharführer Kamm nos preguntó si nos hospedábamos en la *Deutsches Haus* de Belzec: aquella noche había fiesta y él participaba en una orquesta improvisada, donde tocaba el *rundlauten*, una especie de laúd.

—¡No tenemos tanto ambiente como en la *Deutsches Haus* de Lublín, pero no nos podemos quejar! —nos dijo, buscando ahora resultar amable—. Eso sí, la comida es excelente… Tenemos incluso ciervo. ¡Aparte de vino búlgaro! Estas tierras producen buena carne y buena verdura. Es un buen país para criar a nuestros hijos. Si al final se animan a visitarnos, pregunten por mí, por Rudi…

Nos ofreció un cigarrillo y solo yo acepté. Necesitaba el humo del tabaco para enmascarar aquella peste que impregnaba mi ropa. Entonces llegó el comandante del campo, el Hauptsturmführer Gottlieb Hering, que venía de visitar el campo de exterminio de Sobibor, a unos ciento cincuenta kilómetros de distancia. Hacía pocos días que se había hecho cargo de aquellas instalaciones, sustituyendo a Christian Wirth, un comandante que después supe que era conocido como Christian el Temible. Hering tampoco se quedaba corto: tenía un rostro impasible, con unas gafitas redondas sobre una montura fina. Leyó las órdenes que le proporcionó la doctora sin inmutarse. Preguntó, con frialdad y mirando de soslayo al Scharführer:

—Espero que mis hombres le hayan proporcionado toda la ayuda necesaria.

La doctora tan solo dijo que afortunadamente habían llegado a tiempo. El comandante miró el grupo de niños seleccionados, todos ellos rubios.

—Cuando son pequeños son guapos… Lástima que después crecen y no son lo que parecían.

La doctora insistió que estaba convencida de que muchos de ellos tenían sangre germánica.

—Me complace muchísimo escuchar eso, doctora. Y que en este campo se haya efectuado por primera vez una selección de este tipo. Eso es un hecho del todo insólito aquí.

Aquellas palabras las acompañó con una sonrisa. Entonces pregunté a cuántas personas habían *tratado* ya.

—Hemos estado un par de meses parados, haciendo mejoras… Ahora tenemos seis cámaras que pueden acoger hasta mil personas, y el ritmo es mucho mayor… Pero en total llevaremos unas noventa mil. Fundamentalmente judíos, pero también gitanos, polacos de los alrededores, opositores políticos venidos de aquí y de allá.

Entendí la angustia del Scharführer Kamm: cualquier pequeño retraso rompía el ritmo de aquella descomunal cadena de destrucción. La doctora preguntó qué hacían con los cuerpos; por qué apestaba de aquella manera.

—Ni en Sobibor ni aquí tenemos crematorio, es una complicación importante, porque las fosas se llenan en seguida al ritmo actual… Ponemos cloruro de cal para mitigar las posibles infecciones, pero no podemos evitar que rebose en algunos casos y que huela mal, con las quejas naturales de los vecinos… En algunos casos puntuales, los incineramos sobre raíles de tren, pero eso acrecienta mucho el olor, ¡y llega hasta Krasnobród!

—¿A qué distancia está? —preguntó la doctora.

—A unos veinticinco kilómetros de aquí…

El Hauptsturmführer Gottlieb Hering hizo el saludo alemán y se marchó. Entonces escuchamos música dentro del campo. Sonaba *Es geht alles vorüber es geht alles vorbei*. El Scharführer sonrió:

—Tenemos una orquesta pequeña, formada por seis músicos prisioneros… Así todo transcurre más tranquilamente. Algunos incluso entran en las cámaras de gas cantando… Ahora están tocando para los niños.

Ya en el coche, de camino a Cracovia, la doctora estaba eufórica:

—Estoy segura de que entre los niños seleccionados hay un porcentaje muy alto de regermanizables. ¡Qué suerte hemos tenido llegando a tiempo! Seguro que Himmler se alegrará mucho con mi informe. ¡Es admirable cómo la sangre aria se ha mantenido visible a pesar de los años transcurridos! ¡Como si nos estuviera esperando!

Pregunté de dónde provenían.

—De familias polacas. A los padres los han enviado a trabajar a las fábricas alemanas. Muchos de ellos a la fábrica de munición DWM de Posen. Pero los pequeños solo producen problemas, no sirven de nada y hay que tratarlos… Tenemos una gran falta de mano de obra, y hay que aumentar la producción como sea. Nos jugamos mucho en estos momentos. Por eso en este cargamento solo venían niños.

La doctora resopló, notando mi turbación. Y me dijo, fijando sobre mí sus ojos grises:

—Hemos salvado unos pocos. ¡Ha sido una buena acción!

Y comenzó a reír.

—¡Vaya cara de miedo ponía el Scharführer con la llegada de su superior! Porque al principio no me quería dejar pasar ni a echar un vistazo. He tenido que mostrarle la autorización del Reichsführer. Me decía que no lo comprendía, que tenía órdenes estrictas. He tenido que enfadarme. ¿No es cierto, Posselt?

El oficial se giró y movió la cabeza afirmativamente. Estaba pálido, como si hubiera visto un fantasma. La doctora continuó.

—En el informe explicaré lo que ha sucedido, para que inmediatamente pongan medidas y filtros y que no se vuelva a producir. Realmente es inconcebible. Todos los niños de esta zona deberían ser adecuadamente analizados antes de ser sometidos a cualquier acción.

Le pregunté a Posselt qué opinaba de lo que había visto. El oficial balbuceó nervioso, y finalmente contestó que prefería no dar su opinión. Aquello produjo un silencio incómodo. Y se vio forzado a explicarse:

—Pensaba que estos campos estaban mucho más escondidos. Este de Belzec está a unos pocos metros de la población, muy cerca del mercado, donde los nuevos colonos vienen a comprar cada día. No sé si lo podría soportar. Ver pasar esos trenes, el olor, y en fin,

todo el resto…

Sin embargo, como si se lo hubiera pensado mejor, añadió:

—Estos soldados de los campos son unos héroes, no me cabe duda. Unos héroes que trabajan en la sombra, con muy poca ayuda, realizando un trabajo muy ingrato, y a pesar de todo llevan admirablemente su cometido. Luchan por un ideal superior y están dispuestos a dejarlo todo aparte, cualquier sentimiento que haga peligrar el éxito de su misión.

Aquellas impresiones agradaron a la doctora, y se dirigió a él con su tono profesoral.

—Untersturmführer Posselt, déjeme que le diga unas palabras, respecto a lo que acaba de comentar. En realidad, todos servimos al Führer, y cada uno de nosotros desarrolla su labor, abnegadamente, como las obreras de una colmena de abejas. Somos todos iguales, pero todos tenemos nuestra misión, y solo tenemos que rendir cuentas al Führer. En este sentido, y entendiendo bien lo que quiere decir, todos somos héroes, y no hay una faena más ardua que otra: a unos les ha tocado luchar en el frente, y a otros en la retaguardia, en un campo como este de Belzec. Por eso, el Scharführer Kamm, o el Hauptsturmführer Hering, saben que todo lo que están haciendo está bien, porque es una orden y decisión del Führer, que encarna en su persona al Tercer Reich. Y por eso mismo, cuando acaban su jornada de trabajo, tienen derecho a divertirse y a estar felices junto a sus familias, porque han sido fieles a su pueblo.

Entonces me miró y añadió:

—Ahora mismo, cuando miraba a los ojos a todos aquellos niños, me dictaba la conciencia el mismo sentimiento de una orden de tipo superior. No es mi cometido cuestionar si eso está bien o mal, sino seguir al pie de la letra las órdenes recibidas del Reichsführer Himmler, que a su vez las ha recibido del Führer. Y me llena de júbilo un día como el de hoy, durante el cual he podido ser tan útil a mi país. Porque, como digo, somos como las abejas: hemos de cuidar los unos de los otros y salvaguardar nuestra sangre y linaje.

Asentí con un movimiento de cabeza. Aún tenía grabada en la mente la mirada de aquellos niños y niñas a los que había dado por inválidos, a sabiendas de lo que eso significaba. Entonces pensé que quizá estábamos más cerca de las hormigas, que matan y esclavizan

a sus enemigos, que de la vida de las abejas. Hormigas que conquistan nuevos territorios y exterminan a las especies autóctonas. Sin piedad, movidas por un instinto de orden superior, de una ferocidad implacable, que las hace insensibles al sufrimiento ajeno. Sin posibilidad alguna de condenar el alma.

Y aun así, comportándonos con la crueldad de las hormigas, ¿podríamos colonizar toda aquella inmensa extensión? Hitler había prometido más de tres mil granjas al año, entre Ucrania y Polonia, que tendrían que ser habitadas por buenas familias alemanas. ¿De dónde obtendrían aquel caudal repoblador? ¿Con soldados que hubieran combatido heroicamente? ¿Y estos soldados, muchos de ellos urbanitas, querrían convertirse en granjeros, por mucha poligamia que se les permitiera? Se debía fijar la gente al territorio, buscar fórmulas que compensaran abandonar las grandes ciudades y establecerse en el campo, en remotas áreas lejos de la civilización: el Tercer Reich había realizado una potente política propagandística para revalorizar la vida del campesino y su folklore, pero aun así una cosa era la propaganda y otra bien distinta la realidad. ¿Quién podía desear establecerse en un remoto paraje de Ucrania? Cierto que había alrededor de doscientas mil familias ucranianas *Volksdeutschen*, pero no servían ni para colonizar el sur de aquel inmenso país. Se había realizado una llamada a los alemanes del Reich, pero tan solo quinientos habían mostrado un mínimo interés. Puede que no se hubiesen tenido en cuenta estas dificultades recolonizadoras: la velocidad de la guerra no tiene nada que ver con el tiempo biológico. Podemos despoblar un país en unos pocos meses, o incluso en unos pocos días, pero para poblarlo de nuevo se necesitan varias generaciones. ¿Qué íbamos a hacer con tanta tierra libre? También en Asia se tenía que discernir qué razas tenían calidad suficiente para desarrollar una alianza con ellas y cuáles se debían someter o aniquilar, o bien reducirlas a la esclavitud. Allí también sería necesario construir en un futuro grandes campos de exterminio y dotarlos, al menos en los directorios principales, de buenos alemanes. Alemanes dispuestos a colonizar un remoto rincón de Mongolia.

¿Se había resuelto esta clase de cálculos? ¿Alguien se había puesto a diseñar con seriedad cómo llenar aquel ingente espacio vacío? Yo conocía el trabajo del geógrafo Walter Christaller y su

teoría de los lugares centrales, donde se explicaba que la colonización se tenía que realizar siguiendo un patrón hexagonal, como celdas de abeja, con las granjas en el centro mismo y constituyéndose en grupos en forma de pequeñas unidades urbanas, con unos seiscientos habitantes de media. Cada grupo de seis poblados orbitaría alrededor de un séptimo núcleo, de mayor rango y tamaño, un poblado de nivel superior, que, con el doble de población, ofrecería servicios más avanzados. Este modelo se había comenzado a poner en práctica en algunas zonas de Polonia, pero en seguida había topado con las dificultades de reunir suficientes colonos y con los sabotajes de los partisanos. Por otra parte, los colonos-soldados podrían quizá defender las zonas fronterizas, pero ¿cómo llevar orden y servicios al resto del inmenso territorio? Las granjas necesitan abastecimientos, crear una red de distribución, poner unas en contacto con otras, establecer comunicaciones y dotarlas de servicios. ¿Y los soldados sabrían regentar una granja de aquellas características? Himmler hablaba de poner un administrador que gestionara diversas fincas al mismo tiempo, a ser posible un oficial de las
SS
con heridas de guerra, pero eso implicaba disponer de aún más material humano. Incluso, en caso de que hubiese *material humano* suficiente, ¿las familias alemanas estarían dispuestas a disgregarse de aquella forma por la amplia geografía del centro de Europa? En Posen había fracasado de manera estrepitosa el intento de traer artesanos alemanes, con el objeto de expulsar a los polacos de sus pequeños negocios. «El Reich será posible si se mantiene una igual proporción de artesanos y granjeros», advertía la propaganda oficial. Pero en Posen no había sido factible. Rudolf Hippius había realizado un estudio donde demostraba que de cuatro mil setecientos soldados de la Wehrmacht destinados en Polonia, tan solo el veinte por ciento estaba dispuesto a instalarse en el Wartheland. Por muchas prebendas y privilegios que se les concediesen.

Porque lo que había quedado claro es que no se podía confiar en los nativos: lo habíamos hecho con los franceses y el resultado había sido descorazonador. Antes o después también tendríamos que limpiar Francia, demasiado mestiza, demasiado perezosa,

demasiado orgullosa, demasiado degenerada. Holanda también sería del todo saneada; los holandeses habían sido muy malos socios en la guerra y necesitaban mano dura: Himmler hablaba de expulsarlos en masa a los Urales. Italia y España tenían su pueblo mediterráneo, en principio de corte fascista, pero más adelante ya se vería. El catolicismo en ambos países hacía naufragar por completo el establecimiento del nazismo, y sobre todo su cosmovisión materialista de la vida y de la existencia. De alguna manera, para mí resultaba mucho más probable que Inglaterra se uniera a nuestro proyecto civilizador, que aquellos pueblos del aceite de oliva, donde la religión todo lo empestaba y hacía casi imposible alterar el fondo natural de las cosas. El Führer consideraba germánicos a los ingleses y aseguraba que cuando solicitasen la paz los trataría con generosidad, eso sí, a cambio de entregar a todos los judíos a Alemania. Era la única condición *sine qua non* que les pondría. Y en un par de siglos la sangre alemana y la anglosajona se habrían mezclado para gran provecho de la humanidad.

Por tanto, por mucho que pusiéramos a las niñas de diez años a procrear, el esfuerzo genésico era inasumible. Por muchos niños que robásemos, por muchos hijos que engendrasen las Lebensborn, por muchas muchachitas que se hormonaran, aquello era una gota en el océano, máxime si la guerra se alargaba y nuestros hombres caían como moscas en el frente. De pronto me invadió un extraño sentido de absurdidad. ¿Qué necesidad había de menoscabar a los eslavos? ¿No hubiera sido mejor someterlos y llevarlos a nuestra verdadera revolución? Muchos de ellos odiaban a Stalin, y de haberles dado la oportunidad, una pequeña opción, es muy probable que muchos se hubieran sumado. Y las cosas entonces habrían sido bastante diferentes, y hubiéramos podido apuntar nuestros cañones hacia Inglaterra.

Le pregunté a la doctora cuántos niños de Ležáky y Lídice, aquellos pueblos destruidos como represalia por el asesinato del Obergruppenführer Reinhard Heydrich, habían sido finalmente regermanizados, después de pasar todos los filtros y controles.

—Solo siete —reconoció la doctora.

—¿Solo siete niños? ¿De cuántos? ¡De más de un centenar!

—Sí, profesor. La materia humana no era nada buena… Hicimos

cuanto pudimos. Pero mírelo del otro lado, al menos hay siete familias alemanas felices.

17

La partisana

Vivíamos en una calma tensa. Nadie de nosotros sabía cuándo acabaría todo, y teníamos una extraña sensación de precariedad, de estar en falso. ¿Me volverían a llamar a filas? ¿O pasaría la guerra en Posen? ¿Cuánto tiempo duraría todo? La propaganda seguía anunciando los grandes éxitos del ejército alemán pero las noticias que nos llegaban del frente por vías extraoficiales no eran nada buenas. Stalingrado pintaba muy mal y teníamos la rara sensación de que en aquella lejana ciudad se dirimía todo. Muchos de nosotros preferíamos no hablar, soslayar los síntomas y seguir adelante, en aquella especie de carrera desbocada hacia no se sabía dónde a la que nos había abocado la historia. La historia o Adolf Hitler, tanto da. Cuando finalmente se hizo oficial la derrota de Stalingrado, algunos capitostes quisieron hacernos creer que aquella gran derrota había sido en realidad una gran victoria. Por paradójico que pudiese parecer contaban que gracias a Stalingrado el mundo occidental se percataría del peligro de las huestes de Asia, y que Hitler las había parado, con un gran y valiente sacrificio. El Führer, con la perspectiva de la historia, de *la historia en mayúsculas*, sería visto como un héroe y un visionario, un hombre con una capacidad de aprehender el mundo que no tenía parangón posible. En centenares de años, la historiografía entendería plenamente la grandeza de su gesta deteniendo a las hordas asiáticas y le rendiría un agradecimiento eterno. Estas interpretaciones resultaban cuanto menos desconcertantes. Pero los nacionalsocialistas nos las creíamos a pies juntillas, hasta el punto de que llegamos a pensar que no había derrota que no hubiera sido planificada, y que bajo aquel aparente retroceso de nuestras fuerzas se ocultaba un nuevo movimiento estratégico infalible. La

mediocridad de los líderes mundiales nos hacía admirar aún más la brillante mente de nuestro Führer, y pensábamos que el mundo tenía envidia de los alemanes por haber tenido la fortuna de descubrir un líder con aquel temperamento y aquella capacidad de saber siempre cómo actuar. Incluso el derrotista Kurt Stavenhagen pensaba que Stalingrado había sido un contratiempo, pero que no determinaría nada. De esta manera, y como por arte de magia, y en una especie de ejercicio molieresco que recordaba al doctor Pangloss y su lema de que no hay mal que por bien no venga, intentábamos dar un giro a las malas noticias y vislumbrar en ellas su verdadera lectura positiva.

Ahora que miro con perspectiva aquellos años entiendo mejor los procesos cognitivos que permitieron aquella hipnosis colectiva. La humillación del Tratado de Versalles, la llegada de un líder que nos aseguraba que el destino era nuestro, el control de los medios de comunicación, la erosión sistemática de otras vías espirituales de transcendencia (en qué creer, sino en el Führer) y, finalmente, la necesidad de ser fuerte ante la adversidad y que las malas noticias no eran tales, y que si lo parecían era pura propaganda judía que no se había de considerar, todo ello abocó a nuestro pueblo hacia el abismo. Una especie de gran secta deslumbrada por unas promesas que, en el fondo, no nos parecían tan extravagantes (¿por qué todos los buenos alemanes no teníamos que poseer una finca de setenta hectáreas?). Nos creíamos con derecho a todo y a exigir a todo su usufructo: los grandes éxitos de nuestra patria así lo testimoniaban, y el fracaso de la Gran Guerra había sido consecuencia de nuestra grandeza y de la traición vil de los plutócratas judíos.

Aquellos días del invierno del año 1943, la doctora Hetzer los pasó en Posen y nos vimos a menudo. Habían capturado a un médico polaco, integrado en la resistencia, y lo habían acusado de haber intentado envenenar al ejército alemán. El doctor Franciszek Witaszek fue primero apaleado por la Gestapo, y después fue conducido a la prisión de Fort VII, donde continuaron las torturas para que revelara los nombres de sus cómplices. Witaszek era una eminencia de la ciencia polaca, con intereses muy diversos, que había estudiado las huellas digitales humanas y publicado numerosos trabajos científicos sobre la tuberculosis, que le habían valido un reconocimiento internacional. Un microbiólogo

verdaderamente brillante, con diferentes descubrimientos remarcables. Me impresionó especialmente saber que había seguido atendiendo a los enfermos polacos en el hospital de Dobrzelin, contrariando las estrictas ordenanzas nazis, vacunando a los niños, tratando las enfermedades infecciosas y otras carencias debidas a la desnutrición. Los polacos no tenían derecho a recibir asistencia sanitaria, y saltarse la prohibición comportaba un castigo. Era una manera de ir acabando con los más débiles, con los enfermos crónicos, eliminando a los individuos menos aptos. El Reichsführer Himmler había decidido que cuántos más niños polacos muriesen mucho mejor; también que no era necesario que fuesen mucho a la escuela: con que supieran contar hasta quinientos y supieran firmar era más que suficiente. Era inútil que supieran leer y escribir con corrección; incluso era nocivo para los intereses del Reich milenario. Por tanto, los niños polacos «de poco valor racial» no tenían derecho ni a una revisión médica ni a una escolarización larga y completa.

Witaszek se mantuvo firme en sus ideas y no claudicó. Le rompieron las manos, le desfiguraron la cara, lo sometieron a descargas eléctricas y torturas psicológicas. Le dijeron que habían enviado a su esposa y a sus cinco hijos a Auschwitz, y le propusieron un pacto: que denunciara a sus cómplices y que, a cambio, salvaría la vida de los suyos. Después aún le prometieron que si hablaba le buscarían un buen lugar de trabajo en Alemania, donde podría vivir con su familia, trabajando para el Reich, con una nueva identidad. Ahora me admira su resistencia, su firmeza en defender una causa, su compromiso con unos ideales y un país sin futuro aparente. Me pongo en su lugar y no estoy seguro de si lo habría podido soportar. Al final no se podía mover, tenía las heridas infectadas, y lo arrastraban por los pasillos de la prisión, dejando un rastro de sangre y de humanidad. Llega un momento en el que ya no controlas los esfínteres, en el que todo te da igual y en el que el cuerpo se libera de la presión, en una última estrategia de supervivencia destinada a producir repugnancia y, quizá así, desactivar al agresor. A mí todas estas cosas me entristecían y me angustiaban mucho. También a mi compañero del hospital, el doctor Veigel, con quien hablé largo y tendido de cómo todo aquello nos hacía inmensamente impopulares entre la población

polaca. Claro que eso no preocupaba nada a los camaradas de las SS, que tenían planificada la expulsión completa de los polacos en quince o veinte años. Pero durante aquellos días, cuando aún nada estaba del todo perdido, cuando aún no habíamos tenido ni una evidencia clara de que la balanza se hubiera decantado de una manera irremediable, me preguntaba si no podríamos ser más cautos y comprensivos con gente como el doctor Witaszek. Que se hubiera sumado a la resistencia, a la ZWZ, con el nombre en clave, entre otros, de Warta, era algo que, al fin y al cabo, lo honraba. Podría haber sido tratado como un prisionero de guerra, como un patriota que defendía unos ideales del todo naturales. Por supuesto, un patriota polaco representaba para el Tercer Reich un enemigo inasumible, y por eso el castigo tenía que ser ejemplar. Y el 4 de enero de 1943, el doctor Witaszek fue decapitado en el Fort VII, bajo las órdenes del Obersturmführer Hans Walter.

Al poco de eso entendí el motivo de la estancia de la doctora Hetzer en Posen.

—Me han encargado que haga un informe de las hijas de Witaszek, por si alguna se puede salvar en la Lebensborn.

La doctora detestaba de manera especial a los partisanos polacos. Los culpaba en parte de las dificultades de la colonización alemana. Por tanto, en aquella información no había ni una sola pizca de pena o compasión.

—Han capturado a las dos hijas pequeñas… Pero los tres hijos mayores se han escapado.

Pregunté la edad de las pequeñas.

—Cuatro y seis años… Ya les he echado un vistazo: tienen los cabellos tan rubios que parecen albinas. Son una preciosidad de niñas, con su vestidito y un gran lazo blanco en el pelo. Las familias que las acojan serán afortunadas. Imagino que a los hermanos desaparecidos la resistencia los ha escondido en algún refugio.

Pregunté también por la madre, y me confirmó que la habían enviado a Auschwitz.

—En eso, no le mentimos al doctor… La cabeza de Witaszek la han conservado en una urna con formol. Y han puesto esta etiqueta:

«Líder asesino de masas. Polaco inteligente». No sé de quién ha sido la idea, pero me parece muy logrado… Así acabarán todos los enemigos reaccionarios de Alemania. Ya le he dicho a las niñas que su padre ha muerto a manos de unos bandidos polacos y que su madre está en prisión por dedicarse a la prostitución. No me han entendido del todo, pero ya lo asimilarán. De momento, con que entiendan que no verán más a sus padres es suficiente. Y con que acepten su nuevo nombre alemán.

Pensé que quizá este era el castigo más temible: que tus hijos te olviden para siempre. Y pierdan su identidad. Con el tiempo, aquellas niñas tendrían hijos, y esta descendencia, criada en un ambiente nacionalsocialista, reproduciría los clichés de los asesinos de su padre. Sin ellas saberlo.

—Después de mi examen inicial, las enviarán a la Lebensborn de Łódź. Para su correcta germanización. Y no será nada difícil… Parece ser que la familia hablaba alemán en casa. Por tanto, todo el proceso será muy fácil y rápido, y la adopción casi inmediata. Las niñas están ya casi listas para ser adoptadas por un par de buenas familias nacionalsocialistas.

Me sorprendió que un patriota como el doctor Witaszek, que había cantado el himno polaco antes de la ejecución, no hablara a sus hijos en el idioma de su tierra. ¿Por qué motivo? ¿Puede que en su momento pensara que hablándoles en alemán tendrían más opciones? ¿Admiraba la cultura alemana? ¿Amaba nuestra lengua? Le pregunté si era totalmente cierto que había intentado envenenar a los soldados alemanes.

—Sí, está comprobado que utilizó armas bacteriológicas contra nuestra tropa, y en especial contra los miembros de la Gestapo. Algunos de ellos se pusieron muy enfermos de pronto y tuvieron una muerte lenta, temible, sin llegar a conocer la causa de su enfermedad. Pensamos que algunos camareros conchabados con el médico pusieron ántrax en el café. Y también preparaba corrosivos contra los motores y vacunas mortales para los caballos del ejército alemán… Con Witaszek han capturado a algunos de los técnicos que trabajaban en un laboratorio clandestino para realizar esta clase de sabotajes.

Verdaderamente era admirable. Comenté que quizá sin querer habíamos creado un héroe. Hildegard me miró de una manera

inexpresiva.

—Parece ser que la gente ya lo conoce como el nuevo Marcinkowski… El tal Marcinkowski fue un médico y patriota polaco, o eso tengo entendido… ¡Que lo conozcan como quieran! ¡Muy pronto no quedará nadie que lo recuerde! ¡Ni sus propios hijos!

Durante el año 1943, el descontento entre la población fue *in crescendo*. Ya llevábamos casi cuatro años de guerra, y parecía que la situación estaba empeorando y que la derrota era una posibilidad. El verdadero nacionalsocialista seguía confiando en la infalibilidad del Führer, pero cada vez aparecían más voces críticas y escépticas. Stalingrado comenzó a pesar como una losa, de una manera siniestra, como una especie de espada de Damocles sobre nuestras cabezas. Aquello produjo una fuerte represión por parte de la Gestapo, y muchos de los opositores acabaron en campos de concentración. Yo temía que Hippius dijera algo sobre Stavenhagen y sobre sus reparos a la concepción germánica de la Gran Alemania, y que también fuera represaliado. Cualquier opinión contraria a la política de guerra se consideraba un acto de sabotaje, o de derrotismo, y se arriesgaba la vida. De esta manera, los nazis ya no solo perseguían judíos o comunistas, sino simples ciudadanos alemanes que hubieran mostrado en público su descontento de cómo estaban yendo las cosas. A estas personas se las consideraba enemigos del nacionalsocialismo y se las condenaba a prisión y, a veces, a muerte. El problema era que no se vislumbraba ningún final, ni tampoco era fácil predecir si algún día se podría llegar a un acuerdo de paz, si el Führer cedería, o si en cambio agotaría todas las vías, alargando de manera cruel el conflicto y produciendo miles de muertes más. Esta incertidumbre causaba mucha ansiedad y temor, una desesperanza generalizada. Todos intentábamos leer entre líneas, otear alguna señal, buscar alguna luz reveladora, pero aquella no era una guerra normal, sino una «guerra total», y nadie sabía aún cómo acabaría todo aquello. A fin de cuentas, nadie conocía con certeza el verdadero significado de «guerra total». Pero comenzábamos a temer lo peor.

Mi trabajo en el hospital no era nada fácil ni agradable, y con la prolongación de la guerra y la derrota de Stalingrado, los casos psiquiátricos cada vez eran más abundantes y dramáticos. No había

vuelto a tener un error parecido al del cabo Manstein, pero seguía encontrándome en numerosas ocasiones completamente fuera de juego en muchos diagnósticos, lo que motivaba comentarios hirientes entre los médicos y el personal de enfermería. Sin duda, hacía lo que podía, pero ¿era suficiente? Me sentía cuestionado, en falso, carente de autoridad. Por eso, decidí ir a hablar con el doctor Voss, al que acababan de nombrar decano de la Facultad de Medicina. Desde que lo conocí con Rudolf Hippius, había hablado de manera esporádica con él, y siempre se había mostrado amable y solícito, a pesar de que en nuestro primer encuentro me mostré poco empático con su propuesta de aniquilar a todos los polacos. Pero quizá me podría encontrar en la Facultad de Medicina alguna salida menos agotadora, comprometida y desagradable que la del hospital, en la cual pudiera sacar mayor rendimiento a mis aptitudes profesionales.

Me recibió de manera muy cordial, y me felicitó por el trabajo realizado bajo la dirección del doctor Hippius.

—Aunque si le soy franco, profesor, eran unos resultados que ya se intuían… Sí, ciertamente, ahora tenemos una prueba científica que nos será muy útil para ir exterminando a la población polaca hasta su completa limpieza. Queda claro que una hibridación es contraproducente, y la mejor manera de evitarla es que no haya manera física de llevarla a cabo. ¿No le parece?

Voss llevaba unas gafas sin montura, e intentaba disimular la calvicie con los cabellos muy largos engomados en el cráneo, y la raya casi a la altura de la oreja derecha. Prosiguió, mirándome con un punto de extraña fijación:

—A los comunistas los deberíamos esterilizar. Tan pronto como caen prisioneros nuestros los tendríamos que capar: esta sería una manera de evitar que se propagaran. En cuanto a los polacos, ya conoce mi opinión, profesor… De momento hay que actuar con los más peligrosos para salvaguardar la salud del Reich. Me han contado que los profesores Holfelder y Kroger han preparado un estudio para aniquilar a todos los polacos enfermos de tuberculosis. Han calculado que puede haber cerca de treinta y cinco mil…

Hans Holfelder era un médico muy reconocido, un radiólogo de primer nivel, que utilizaba los rayos X para la selección racial y que estaba combatiendo el cáncer con radioterapia. Lo conocía del

partido: desde siempre había mantenido opiniones antisemitas muy combativas, pero aquella matanza de polacos tuberculosos me parecía un paso adelante muy drástico y valiente. Sin embargo, debo reconocer que tenía su lógica y, de alguna manera, coincidía con mis ideas eugenésicas.

—No sé si lo sabe, pero el pasado mes de mayo Holfelder nos visitó. Vino para testificar contra un oficial de alta graduación de la Wehrmacht, que había tenido la ocurrencia de denunciar la muerte de niños judíos. Holfelder sostuvo con mucho criterio que era mucho más humano matarlos que dejarlos vivir como judíos. Y convenció al juez de la falta de fundamento de aquella denuncia.

Voss se mostró de acuerdo con aquel razonamiento.

—¿Qué sentido tiene dejarlos vivir si los matarán cuando sean adultos?

No recuerdo ahora, comandante, el nombre de aquel alto oficial de la Wehrmacht, y lo lamento de veras, porque sería uno de los pocos ejemplos de humanidad mostrados durante aquellos años. Puede que Voss no me lo dijese y yo no osé preguntar. Porque para Voss la razón de ser de la nueva Universidad de Posen (él que venía de la reputada y elitista Universidad de Leipzig) era exclusivamente servir de guía intelectual para la transformación, regeneración y colonización de los territorios conquistados. Es decir, dotar de legitimidad científica nuestras acciones invasoras. Él estaba allí para eso, para aportar argumentos a los aspectos más oscuros y siniestros de la colonización, en la que creía plenamente.

Entonces me preguntó cómo me podía ser útil. Posó su ojo implacable sobre mí. Yo le expliqué que era un teórico de la psiquiatría y que me sentía infrautilizado en el hospital, atendiendo a desequilibrados y sometiéndolos a electrochoques, a tratamientos que en ocasiones incluso producían la muerte del paciente. Voss seguía mis palabras con atención, acariciándose la barbilla con el pulgar y el índice.

—Su trabajo es muy necesario, profesor. Se necesita mano dura contra los impostores, que hay que considerar como desertores, y más en estos difíciles momentos. Pero entendiendo qué quiere decir…

Aquello me animó a explicarle que, en realidad, carecía de experiencia clínica, e incluso le reporté mi error con el cabo

Manstein. Me debió ver muy angustiado, por no decir que estaba a punto de caer en alguna crisis de ansiedad. Carraspeó y me preguntó:

—¿Cómo dibuja usted, profesor? Creo que se defiende bastante bien…

Le contesté que acostumbraba a realizar los dibujos sobre el comportamiento de las aves que investigaba. Unos esbozos de línea, con un ligero sombreado si era necesario. El doctor Voss seguía acariciándose la barbilla y escrutándome atentamente. Ser decano de la Facultad de Medicina lo había dotado de un extraordinario poder.

—Me gustaría mucho ayudarlo, profesor. Pero ya sabe que yo me dedico a la anatomía…

La anatomía era mi asignatura pendiente. A decir verdad, me repelía casi tanto como detestaba a mi viejo colega, el profesor Pernholf, decano en aquellos momentos de la Facultad de Medicina de Viena. Voss continuó, al comprobar que yo no decía nada y que por mi mirada, llena de inquieta solicitud, esperaba algún tipo de propuesta concreta.

—Pero en estos momentos, me vendría muy bien alguien con su capacidad científica, y que al mismo tiempo tuviera la posibilidad de componer pequeños esbozos para después pasarlos a dibujantes profesionales.

Aquello sonaba muy bien. Debió ver la luz en mis ojos y añadió, algo inquieto.

—¿Tiene unos minutos más, profesor? Me gustaría enseñarle de qué se trataría exactamente…

Le contesté de inmediato que estaba completamente libre y que todo lo que me pudiera proponer, y más viniendo de alguien de su reputación científica, era del máximo interés para mí. Voss esbozó una pequeña sonrisa, con la que quería darme a entender que había recibido el elogio y que me lo agradecía.

—Por supuesto, si al final entrara en mi equipo de colaboradores, también tendría responsabilidades docentes en la facultad —dijo en voz baja, como para recompensar el elogio mío anterior—. Yo también admiro su formación académica y sería un privilegio poder contar con usted.

Creo que respiraba de manera alterada, a causa de la tentadora

posibilidad que se estaba abriendo ante mí. ¿Sería posible que, después de aquellos aciagos meses perdidos en Posen, encontrara por fin una dedicación que me fuera más adecuada y que me llenara intelectualmente? Voss se levantó y me rogó que lo acompañara. Salimos de su despacho y caminamos por el pasillo de la facultad. Todos lo saludaban y le sonreían, y él en cada ocasión hacía un pequeño gesto con la mano, como familiar, nada marcial. Bajamos las amplias escaleras y entramos en el sótano. Allí los carteles de no pasar se multiplicaban, y el decano iba abriendo las puertas y saludando a los trabajadores, los cuales lo trataban con el máximo respeto y sumisión. Hasta que llegamos a la morgue. Allí pidió al encargado del depósito de cadáveres que sacara la última adquisición. A medida que me había adentrado en el sótano, una extraña sensación me había comenzado a angustiar. El encargado trajo una cama portátil, donde había un cuerpo recubierto con una sábana blanca, de donde tan solo sobresalían los pies, que pensé que eran de mujer. El decano lo destapó, y en efecto apareció un cuerpo femenino, desnudo y decapitado. Voss, sin mirarme, y fijando su ojo hipnótico sobre el rostro de la mujer, que a su vez tenía los ojos alucinadamente abiertos, como si la caída del acero sobre su frágil cuello le hubiera causado una sorpresa rotunda e inesperada y hubiera muerto con aquel gesto de estupefacción, me dijo:

—Es una partisana, ejecutada ayer por la Gestapo.

Se produjo un silencio. La cabeza, separada del tronco, estaba a la altura del hombro izquierdo, como si se tratara de un extraño animal teratológico.

—Ahora incineraremos el cuerpo en el horno crematorio que tenemos en la facultad. Es sorprendente lo poco que queda de una persona después de pasar por el horno… La cabeza la conservaremos.

¿Qué buscaba de mí? Me mantenía a su lado, mirando aquella cabeza, de cabellos canela y de ojos verdosos, inyectados de sangre. Su visión me había impresionado, porque se asemejaba extraordinariamente a la muchacha que había visto ahorcar en el bosque por el
EK
de Beutelspacher. Intentaba mantener la compostura, pero

comenzaba a sentir náuseas. Voss cubrió de nuevo el cadáver y, mirándome por encima de sus gafas, como si la mirada de este modo fuera más franca y alentadora, sin vidrios por medio, me dijo lo siguiente:

—He llegado a un acuerdo con la Gestapo para estar presente en las ejecuciones. Y para tomar fotografías durante el acto y a ser posible hacer algún esbozo. Necesito tener muestras recientes, para poder trabajar con material lo más fresco posible. Si puede ser cuarenta segundos después de la ejecución mejor que ochenta…

Imagino que estaba blanco como la cera. Voss me propuso salir y regresar a su despacho. De nuevo anduvimos por los largos pasillos, y de nuevo recibió saludos y muestras de afecto de todos.

Cuando llegamos a su despacho me rogó que tomara asiento de nuevo.

—¡Tenemos más trabajo que nunca, profesor! —dijo *profesor*, poniendo el acento sobre la primera sílaba, para reforzar la necesidad que tenía de gente competente.

Yo respiraba por la boca para intentar recuperar el temple. La imagen de aquellos ojos fuera de sus órbitas y sangrientos aún me atormentaba el corazón. Pregunté si sabía qué había hecho aquella joven. Al decano Voss aquello lo sorprendió. Hizo un chasquido con la lengua.

—No lo sé, ni me importa, la verdad… Nosotros en este aspecto no interferimos en absoluto. Son asuntos internos de la Gestapo. ¡Solo nos interesa el cuerpo, evidentemente!

—¿Y para qué? —pregunté intrigado.

—Con los cuerpos decapitados, conservamos la cabeza y realizamos un molde facial, lo más fidedigno posible. Y con los cuerpos enteros, los tratamos y preparamos el esqueleto.

¿Qué interés podría tener eso? El decano Voss esbozó un gesto de ligera impaciencia. Y sin mirarme y moviendo unos papeles de su mesa, como si estos ahora estuviesen reclamando su atención, concluyó:

—Me vendría muy bien la ayuda de alguien tan perfeccionista como usted, que tiene estudios médicos, y capacidad para dibujar, y una excepcional preparación científica… Piénseselo y cuando pueda me contesta. Evidentemente, no se lo negaré, es un trabajo duro, sobre todo cuando…

Entonces Voss alzó la mirada.

—Cuando llega el condenado o peor aún la condenada, a la sala de ejecución y se la sitúa en la guillotina. O cuando se hace uso de la horca, para los casos más viles. Hay momentos de mucha tensión, muy dramáticos… Pero hay que valorar el beneficio científico que obtenemos de ello.

—¿Qué beneficio? —insistí.

—Evidentemente, un rédito investigador, porque estamos estudiando un cuerpo fresco… Sin ningún conservante, casi como si estuviéramos haciendo una vivisección.

Le hice saber que eso el profesor Pernkopf ya lo estaba practicando en la Universidad de Viena.

—Conozco muy bien el gran trabajo llevado a cabo por el doctor Eduard Pernkopf. Pero, en nuestro caso, también es una fuente de financiación considerable. Estamos enviando nuestras cabezas y nuestros esqueletos por todas las facultades de medicina del Reich. Que aprecian mucho el extraordinario trabajo realizado… ¡Y lo pagan!

Me quedé mirándolo sin saber qué decir.

—El dinero recaudado se invierte en la facultad, como no podía ser de otro modo. Por un esqueleto pagan ciento cincuenta Reichsmarks y por una cabeza entre quince y treinta. Quince por un hombre y treinta por una mujer. La cabeza de las mujeres está mucho más buscada… Porque no hay tantas. Por la partisana que ha visto podemos al menos pedir treinta, porque es una pieza bien bonita. Yo me arriesgaría e incluso pediría cincuenta. Como ve, esta actividad produce unos pingües beneficios.

Pensé en la Gestapo y me sorprendió un poco que el decano hubiera conseguido aquel trato tan favorable para sus intereses. ¿Los estaría sobornando? ¿Les pasaría dinero de las ventas y el resto se lo embolsaba? ¿Qué había detrás de todo aquello? Seguramente, adivinó mis cavilaciones y Voss aclaró.

—De este trato, todos salimos beneficiados. La Facultad de Medicina recibe unos ingresos extra, además de un buen material para investigar. Y la Gestapo utiliza el crematorio del Instituto de Anatomía. Desde hace meses, todos los días incineran cuerpos de judíos y polacos ajusticiados… Los que mueren en los interrogatorios, principalmente. Nosotros, no hacemos preguntas.

Son cuerpos que desean que desaparezcan lo más rápidamente posible y sin dejar rastro. Enemigos declarados del Reich.

¿Esperaba una respuesta? Ya me había dicho que me lo podía pensar, pero tuve la impresión, por un punto de avidez que descubrí en su cara, que deseaba al menos un mínimo de colaboración.

—¿Qué edad tiene, profesor?

Le dije que estaba a punto de cumplir cuarenta.

—Pues yo estoy a punto de los cincuenta —replicó el decano, como divertido de la extraña coincidencia.

—La única motivación personal que tengo es científica y ser útil a mi país. Y si se integrara en mi equipo, haría todo lo posible… —me miró de nuevo por encima de las gafas— para que se mantuviera al margen de otras obligaciones… Ya entiende qué quiero decir. Aparte de poder reanudar su investigación más específica en el tiempo libre que le quedara. No soy nada indiferente a su investigación racial. Al contrario, estoy seguro de que haríamos muchas cosas interesantes juntos.

Su secretaria llamó a la puerta y le comunicó que tenía otra visita esperando. El profesor Voss se levantó, dando nuestra conversación por concluida. Era un hombre menudo, le sacaba tres palmos de altura. Me acompañó hasta la puerta, con su estilo amable y solícito, como si hubiéramos estado charlando desinhibidamente de nuestras aficiones, del golf o la pesca. Pero en el momento de darnos la mano, me hizo la siguiente advertencia, apretándola con fuerza.

—Sea cual fuere su decisión final, profesor, que además respetaré, tiene que saber que cuanto le he contado y ha visto es absolutamente confidencial. Le he hablado con la máxima sinceridad y le ofrezco entrar en mi equipo, y en el cuerpo de profesores de la facultad, porque respeto al máximo su persona y su trabajo. Le ruego que no me defraude.

Y acto seguido me sacudió con fuerza la mano para expresarme que estaba seguro de que no sería así.

Salí asqueado de la entrevista y caminé desnortado por la ciudad. La constatación de la revulsiva falta de ética del decano me había afectado, porque al principio me había hecho concebir muchas falsas esperanzas. Hacía un bonito día de finales de primavera y fijé mi atención en un conjunto de lirios, esplendorosamente floridos,

con aquellas flores pomposas, que tienen algo de lencería fina, hasta el punto de que resultan voluptuosas y, si las miras bien, incluso algo obscenas. Cuánta belleza había condensada en aquellos lirios; una belleza natural, dedicada exclusivamente a un fin biológico y reproductor. Entonces escuché una voz que me decía, divertida, que eran unas flores muy bonitas. Me giré y vi a Irmgard con una sonrisa radiante: llevaba un vestido de flores estampadas, que dejaban libres sus piernas largas y finas, y un sombrerito muy elegante, que parecía acabado de estrenar. Me alegré de verla tan bella, tan esplendorosa, tan fresca y atractiva. En cambio, yo debía de tener muy mala cara, con el rostro desencajado, porque en seguida me preguntó si me sentía bien. Dudé. Y tuve un pequeño momento de debilidad. Me entró una fuerte congoja. Irmgard me tomó del brazo y me animó a sentarme junto a ella en uno de los bancos del parque.

—Ahora soy yo quien siente ganas de llorar… —dije haciendo una mueca, con la que quería tomarme un poco a broma mis sentimientos. Irmgard me animó a hacerlo, diciendo que era bueno llorar y que los hombres deberíamos hacerlo con mayor frecuencia. Me reí, aún algo aturdido. Contrito por tantas emociones. Le dije que la veía muy bien, intentando retirar de mí su atención. Irmgard, con su mirada comprensiva y al mismo tiempo seria, me insistió en que le contara qué me pasaba. De pronto, algo me empujó a abrirle mi corazón.

—Estoy en un callejón sin salida, Irmgard. El trabajo que hago en el hospital psiquiátrico me crea mucha ansiedad, me resulta insoportable, pero por una u otra razón no consigo por más que lo intento encontrar ningún otro que sea digno. Acabo de entrevistarme con el decano de Medicina y me ha hecho una oferta imposible… Había acudido con muchas ilusiones puestas en encontrar otra ocupación, pero me tengo que conformar con lo que tengo, por muy odioso que me resulte.

Irmgard me miraba con una compasión plena de verdadera amistad. Le conté detenidamente los casos a los que me tenía que enfrentar a diario, y cómo recurríamos cada vez con mayor frecuencia, y por falta de tiempo, al uso de los electrochoques. Estos daban resultados, y muchos de los impostores acababan después en el paredón, con mi firma en el informe condenatorio. Todo eso me

angustiaba y ponía en tensión mis nervios. Entonces me miró a los ojos, y me confesó:

—Recuerde aquel día en la campiña polaca, cuando le confesé que me sentía mal aceptando la casa de unos polacos inocentes, y me contestó que no tenía que pensar en ello, que nosotros éramos como un resto de un naufragio en un mar en tempestad, y que nos teníamos que dejar llevar por la corriente… Que no podíamos controlar la dirección de nuestras vidas y que teníamos que confiar en nuestro destino y en nuestra fortuna…

Lo recordaba perfectamente. Porque con aquella metáfora había mentido un poco: puede que fuéramos como un trozo de madera en aguas revueltas, pero el barco lo habíamos hecho naufragar nosotros, con nuestro comportamiento irresponsable y extravagante, y a todos nos incumbía aquella calamidad.

—Le hice caso y acepté trabajar en la Oficina de Fideicomiso, donde precisamente se lleva a cabo la expropiación de las tierras de los campesinos. Todos los días tramito expropiaciones de granjas agrícolas y ganaderas, dejando desamparadas a muchas familias, que son enviadas poco después a campos de concentración. Y gracias a eso he encontrado una granja en buenas condiciones para mis padres… Donde poco a poco están volviendo a recuperar sus vidas y a ser felices. Y yo con ellos.

Gracias a eso y a su amistad con aquel Hauptsturmführer, pensé. Había pasado de ser víctima del sistema a participar activamente en él, con aquella frenética actividad de expropiación de la propiedad a los lugareños que se llevaba a término en la Oficina de Fideicomiso. Centenares de comercios, solo en Posen, habían pasado de manos polacas a alemanas, sin que sus antiguos propietarios pudieran hacer nada para evitarlo; al contrario, a menudo trabajaban forzados, en un régimen de semiesclavitud, en la misma tienda que antes había sido de su propiedad. Porque todos los comercios debían convertirse en *bastiones de la voluntad alemana* y colaborar activamente en la reconstrucción de la patria, y por eso los candidatos para recibir estos negocios eran, en buena parte, soldados alemanes retirados. Se debía germanizar en todo lo posible el este alemán. Los lisiados de guerra recibían un comercio de comestibles o un estanco, o una pastelería, o cualquier negocio que no requiriese demasiado esfuerzo y que tuviera su clientela

asegurada.

Una semana después, me presenté en la Oficina de Fideicomiso y pregunté por Irmgard. Había comprado un ramito de margaritas y gerberas, y cuando me vio enrojeció. Reí divertido y le justifiqué el ramo por la cordialidad y amistad que me había trasmitido días atrás. Llevaba un vestido color verde botella, que le marcaba las formas, y un collar de cuentas del mismo color. Era una mujer muy bella, quizá un poco escuálida, pero con una elegancia natural. Aceptó en seguida mi invitación a cenar. Fuimos al hotel Continental, donde había una buena carta alemana. Pedí una botella de Saint-Emilion y disfruté viéndola beber. Con los postres tomó unos *Schnapps* de manzana, y cada vez estaba más alegre, riendo y recreándose con anécdotas de su infancia en su tierra natal de Dorpat. Entonces, le pregunté por el Hauptsturmführer.

—Es un hombre casado…

Le confesé que pensaba que eran amantes.

—No… No… Ha sido muy amable con mis padres y conmigo. ¡Pero descubrí que pretendía una cosa terrible!

La escruté con una mirada interrogadora. Se produjo un silencio incómodo. Finalmente dijo, en un susurro, cediendo a mi insistencia:

—Me propuso dejarme encinta, con el objetivo de que me integrara en aquel engendro llamado Lebensborn. Me habló maravillas de la Lebensborn de Bad Polzim, donde tenía unos buenos contactos y donde sería tratada como una reina, y donde dejaría el hijo a las pocas semanas del parto… A cambio, me prometió de todo si aceptaba, para mí y para mi familia. Especialmente, para mi hermana, que aún se encuentra en la granja y busca un buen trabajo sin éxito.

Claramente Irmgard desconocía mi labor con las SS. Para ella, yo tan solo era un médico psiquiatra del hospital militar de Posen.

—Me quería preñar como a una yegua. Cuando lo supe me distancié de él. Además, esperaba que con eso le concediesen un nuevo ascenso. Con su esposa tiene solo un niño, y necesita tener al menos otro si quiere prosperar dentro del cuerpo.

Se produjo un nuevo silencio muy incómodo. Yo también estaba

bastante embriagado, había bebido un poco apresuradamente, aunque no tanto como Irmgard.

—Lo más fuerte del caso es que su mujer estaba informada de todo y lo animaba a ejecutar aquel plan tan horrible… Se sentía culpable de no poder darle más hijos y de condicionar de este modo su carrera militar.

Le pregunté cómo lo sabía.

—Muy sencillo: ¡porque también vino a hablar conmigo! Quiso convencerme de que tras ello no había nada inmoral. Que no se trataba de un adulterio, ni de nada parecido, sino de un gran y necesario servicio a Alemania. Me impresionó su firmeza moral.

18

El discurso

El discurso del Reichsführer Himmler tuvo lugar el 6 de octubre de 1943, en el Ratusz, en aquel imponente y majestuoso edificio que preside la ciudad. Fui acompañando a la doctora Hetzer, que había sido invitada especialmente por el Reichsführer y que me facilitó el acceso a aquella reunión tan exclusiva. Una vez dentro del ayuntamiento, me topé con Rudolf Hippius, que iba de aquí para allá, y que me saludó muy afectuosamente. Me contó maravillas de la Fundación Reinhard Heydrich de Praga y de los planes que tenían en marcha. Me propuso que acabada la guerra, y si lo deseaba, me podría conseguir una buena posición: además de su exigente trabajo en la fundación, Hippius se había convertido en profesor del Departamento de Psicología Social de Praga, y parecía que estaba muy ajetreado con ambiciosos proyectos y publicaciones, y con discípulos brillantes, como Hans Mieskes, que le ayudaba en sus investigaciones.

Se lo agradecí, tan bien como supe hacerlo, ocultando la envidia que me causaba. ¿Sería posible que al final regresara a la investigación gracias a alguien tan vulgar y ramplón como Hippius? Visto lo visto, no se tenía que descartar en absoluto. Me contó que se había escapado para ultimar algunas cosas de la mudanza y había aprovechado para escuchar a Himmler.

—¡Es un hombre dotado de una mente maravillosa! —dijo devotamente, con unción—. Siempre consigue sorprenderme.

Y, en efecto, aquel discurso sería tan memorable como sorprendente. Himmler había reunido a lo más selecto de la ciudad para hablarnos de la política racial. Allí estaban además casi todos los peces gordos de Polonia. Para mi sorpresa el Reichsführer Himmler centró buena parte del discurso en la cuestión judía. Nunca lo había oído hablar: recuerdo que me pareció que tenía una

boca pequeña, con una voz gruesa, muy calmada, nada que ver con el histrionismo de Hitler. Sufría de una fuerte miopía, con unas gafitas de cristales gruesos, que empequeñecían aún más sus ojos azules y blancuzcos, casi como si fueran los de un topo. No era muy alto, con el torso mucho más desarrollado que las piernas: recordaban las patas posteriores de un toro. Comenzó alabando la tarea que se estaba realizando en Polonia; los planes tan ambiciosos que tenían y que estos no serían obstaculizados por cuatro partisanos. Al contrario, cuantos más actos de sabotaje tuvieran lugar, más implacables y contundentes serían en la consecución de sus objetivos.

—Pero hoy no he venido a hablaros de eso, sino del problema judío. Prometimos al pueblo alemán que limpiaríamos el país de judíos y lo estamos haciendo. Pero, a veces, falta voluntad… Siempre hay alguien que dice: sí, los judíos son unos puercos, unas bestias inmundas, unos seres infectos, pero esta es una persona decente, que se tendría que salvar… ¡A veces, hay más excepciones que judíos!

Aquello produjo algunas sonrisas torcidas de los asistentes. Y algún comentario como: sí tiene razón, yo también conozco casos… si comenzamos con las excepciones no acabaremos nunca… no se tiene que salvar a ninguno… pongamos manos a la obra y acabemos ya con esta historia…

—Es muy fácil decir: ¡los judíos tienen que ser exterminados! Pero ¿qué hacemos con las mujeres y los niños? ¡Si no los matamos, cuando crezcan vendrán y vengarán a sus padres y matarán a nuestros hijos! —dijo con gran énfasis.

Aquello produjo un silencio denso. Hasta entonces nadie había hablado de aquella cuestión de una manera tan clara y cruda.

—Hemos tomado la determinación de hacer desaparecer este pueblo de la tierra. Esta es la decisión más dura que he tenido que afrontar. Y ha puesto a muchos de mis hombres en una situación muy complicada, con grandes dudas morales, sufriendo en corazón y alma. ¡La vía entre Caribdis y Escila es desesperadamente estrecha!

Miré a la doctora Hetzer que seguía el discurso de Himmler sin inmutarse, la cara larga y los ojos fijos, sin pestañear. Entonces fue cuando caí plenamente en la cuenta de que todos aquellos trenes

repletos de judíos formaban parte de aquel destino temible, de la *Endlösung*, de la Solución Final. Puedo asegurar, comandante, que fue entonces cuando abrí los ojos a múltiples cuestiones, a pesar de todo lo que ya sabía de antes. Sí, había visto Belzec; sí, sabía de la existencia de Auschwitz. Pero hasta aquel discurso no tuve plena consciencia del plan de eliminación drástica y total, absoluta e inmisericorde, del pueblo judío. Con el discurso de Himmler entendí de golpe la magnitud de la tragedia.

—Hemos hecho entrega de todos los bienes que hemos recuperado al Ministerio de Economía. Os puedo asegurar que se trata de una cantidad enorme. Y que no permitiré que nadie se quede ni un solo Reichsmark, ni uno solo, repito, de los judíos. He firmado algunas condenas a muerte estos días debido a esta cuestión. No estamos para sentimentalismos. Al cabo de cinco años de guerra, no podemos caer en ellos. ¡Pero todo lo realizamos con un gran entusiasmo por Alemania!

Esto produjo nuevos aplausos. Himmler acabó con un *Heil Hitler!*, y todos lo secundamos, a una sola voz.

La doctora Hetzer comenzó a intercambiar impresiones con Kurt Heinze, director de la Lebensborn Oberweis, y que era quien se encargaba de llevar a los niños seleccionados a Alemania. Venía acompañado del Standartenführer Herbert Huebner, el jefe de la Oficina Central de la Raza (RuSHA) de Posen. A Heinze lo había conocido en Bruczków, el día que fui a visitar a la doctora, y también participé en el examen de aquella niña de nombre Eugenia, que finalmente calificamos como apta. A buen seguro, ahora estaría ya viviendo con una buena familia alemana. Heinze estaba de muy buen humor, porque en septiembre había hecho una buena recolección en un pueblo cercano, en la orilla del Welna, de nombre Rogozno.

—Por suerte, a los judíos ya se los habían llevado. Era una zona *Judenfrei* —dijo, como corroborando las palabras de Himmler—. Hemos hecho una buena limpieza: hemos cogido todo lo que se podía salvar. Pero tiene buena calidad.

Huebner asintió. Era un hombre con un ademán de desagrado en la cara, como si algo le estorbara y no le dejara respirar bien. Tenía una barbilla larga, con un hoyuelo en la base, que llevaba mal afeitado.

—De aquella zona de los alrededores de Lublín ya se han enviado al Reich cerca de cuatro mil quinientos niños para su germanización —comentó Huebner.

—¡Hay que encontrar toda la sangre alemana perdida! —dijo ahora Heinze enardecido. Pero en seguida apostilló—: Por desgracia, el porcentaje de germanizables es bajísimo…

—Lo que sobra se soluciona con Luminal… —observó Huebner, restando importancia al problema—. ¡Los que no son aptos se eliminan! Y se escribe en la ficha de defunción que han muerto de pulmonía. Pero no se puede perder la oportunidad de recuperar la sangre alemana extraviada. ¡Aunque sea de uno entre cien!

El Luminal era un barbitúrico que se estaba utilizando para deshacerse de los niños polacos. Huebner prosiguió, adoptando un tono profesoral:

—En Auschwitz están utilizando inyecciones de Luminal, que aplican en el pecho. Ponen al niño en una camilla, le pinchan y pasa el siguiente. El niño cae en un estado sedado e hipnótico casi inmediatamente, y muere en cinco minutos. Pero tiene la desventaja grave de que hay que ir de uno en uno, y eso puede producir altercados con los niños cuando descubren el engaño. Parece ser que hubo uno hace poco, con niños descartados precisamente de Zamość, y estos comenzaron a chillar «*Mamo! Mamo!*», y a correr huyendo de los guardias, y buena parte del campo se enteró… En este sentido, la cámara de gas es más segura, aunque la muerte es más lenta.

La doctora Hetzer asintió. Daba la sensación de que era un tema reincidente (el mejor modo de eliminar a los niños descartados): uno de esos asuntos que se discute cada poco tiempo y que al final cansa un poco.

—En el sanatorio de Spiegelgrund también utilizan comprimidos de Veronal… Evita tener que proceder con la inyección, algo que siempre asusta a los niños. En este caso, se administra con chocolate. De todos modos, no todos los niños responden igual al Luminal o al Veronal: algunos mueren a los pocos minutos, y otros en cambio tardan días.

Tan concentrado estaba escuchándolos y asimilando el significado de todo aquello que no vi que se acercaba Himmler a nuestro grupo, acompañado por el Reichsminister Albert Speer.

—¡Mi querida doctora Hetzer! —dijo moviendo su mano pequeña y venosa, y apretando la de la doctora, que tampoco se había percatado de la llegada del Reichsführer—. Qué alegría reencontrarla. Tengo informes excelentes de su labor.

La doctora Hetzer me presentó a Himmler, que fijó sobre mí su mirada impasible, sus ojos menudos de arácnido.

—¡Conozco muy bien sus ideas, doctor, y lo felicito! En efecto, somos el producto de la selección natural, los rebrotes de una raza creada hace milenios.

Comprobó el efecto que hacían aquellas palabras sobre el grupo y continuó con un tono doctoral:

—Algunos pueblos se han insinuado en el nuestro y han dejado su herencia. Pero por la esencia de nuestra sangre, nuestro pueblo tendrá la fuerza para vencerlos.

El Reichsminister Speer apuntó una idea que Himmler no atendió. Porque aún no había acabado de hablar y se sintió un poco importunado. Speer enarcó sus gruesas cejas y condescendió a que la observación bien podía postergarse a otro momento. El Reichsführer continuó:

—El día que olvidemos la ley fundamental de nuestra raza, el día que olvidemos los principios sagrados de la selección natural y de la posteridad, ese día nuestro pueblo estará tocado de muerte. Por eso, siempre que hablo de la importancia de la selección natural, pienso en usted, profesor.

Aquello era un elogio inmenso. Solo pude decir que sus palabras me llenaban de orgullo y energía para seguir adelante.

Durante el resto de la jornada me sentía como flotando sobre mis botas. Después del parlamento, asistí junto con la doctora a una recepción en el hotel Ostland (el antiguo hotel Rzymski, acabado de acondicionar siguiendo los criterios de la hospitalidad alemana), donde se alojaban los dignatarios. Cuando acabó la recepción, pregunté a la doctora Hetzer si le apetecía un último trago, y me contestó que de acuerdo, con una mirada cómplice. Nos dirigimos a la *Deutsches Haus*, en la Martinstrasse: un cartel en la entrada rezaba *Zutritt für Polen verboten!*, impidiendo el paso a los autóctonos, porque por fortuna era un local *Nur für Deutsche*. Al menos allí no escucharíamos hablar polaco: en Posen estaba prohibido hablarlo por la calle, pero era casi imposible que se

cumpliera la prohibición. En Gdansk lo habían castigado con la pena de muerte, con unos resultados más bien parcos y difíciles de poner en práctica. La lengua materna es la última cosa que se puede extirpar de un territorio conquistado; cuando lo consigues puedes asegurar plenamente que aquel país ya es tuyo. Y no era ni mucho menos el caso en Posen, donde especialmente los jóvenes se mostraban muy poco receptivos a abandonar la lengua polaca. Incluso en el tranvía, de uso exclusivo para los alemanes, era imposible dejar de escucharlo.

En aquel momento, la sala del bar estaba muy animada, con oficiales y funcionarios bebiendo y cantando, entre ellos el comandante del campo Fort VII, el Obersturmführer Hans Walter. Comenzamos a beber cervezas. Una ronda, dos, yo tomé una tercera… Bebíamos y fumábamos; la doctora fumaba como un carretero, encendía un nuevo cigarrillo con la última calada del anterior. Un tabaquismo que tampoco estaba bien visto por el nazismo.

—Cuando el Reichsführer ha explicado eso del judío bueno que todos conocemos yo he pensado en los Bühler… —me comentó Hildegard.

Yo había trabajado con el matrimonio Bühler y recibido unas cuantas lecciones de psiquiatría verdaderamente brillantes, pero la relación de la doctora con Charlotte Bühler había sido mucho más intensa y fructífera, y habían realizado numerosas investigaciones juntas sobre el proceso cognitivo en los niños.

—He pensado en Charlotte. De ella tan solo puedo decir que era una buena persona y que de ninguna manera se merecía aquella persecución. Y por más que intento pensar lo contrario no hay forma de que cambie de parecer.

Intenté consolarla, recordándole que al menos los Bühler habían conseguido huir, y ahora estaban en Estados Unidos, seguramente mucho mejor que nosotros.

—Puede que sí… Y, a pesar de eso, tan solo el hecho de que algún día me pueda cruzar con ellos me produce taquicardia. No sé si podría mirarlos a la cara. ¡Francamente, los preferiría muertos! —concluyó Hildegard.

¿Era el alcohol, lo que la hacía hablar así? ¿O sencillamente la desesperación? La doctora bebió un último trago de su segunda

cerveza. Y dijo con una notable tranquilidad:

—Hace tiempo que sé que los niños que marco como inútiles acaban en Auschwitz, o en algún otro campo similar… Lo de Belzec no fue ninguna sorpresa. Y también hace tiempo que sé que los eliminan con Luminal. Y que a menudo antes sirven para experimentos médicos, en los que también pueden morir. A principios de la primavera de 1942, Himmler dio la orden de que no se fusilara a más mujeres ni niños, porque causaba trastornos psicológicos muy graves a los soldados. Pasaron a matarlos en camiones de gas y después en los campos, que es mucho más fácil y eficiente… ¡Y mucho más aséptico!

Comenté que no me gustaba nada cómo se estaba desarrollando todo, y mucho menos aquellos campos, que creaban monstruos.

—En el hospital psiquiátrico tenemos un enfermo mental que ha trabajado en el campo de Majdanek. Un sádico peligroso. Pegar le produce placer y a veces llega incluso a eyacular mientras inflige algún castigo a algún reo. Asegura que era un hombre normal antes de la guerra… Puede que estos campos sean en un futuro un foco maligno de desequilibrados mentales.

La doctora me miró fríamente.

—Locos y depravados hay por doquier, amigo mío. Pero necesitamos estos campos. Mire este país: ¡resulta obvio que hay que llevar a cabo una reducción masiva de sus habitantes! Tan solo con los tuberculosos hay más de treinta y cinco mil. ¿Qué podemos hacer con ellos? No podemos arriesgar nuestra salud… Hay que dar espacio a la sangre nueva. Recuerde que ya el año 1915, su admirado Ernst Haeckel escribió sobre la necesidad de la expansión territorial de Alemania, debido a la superpoblación. ¿Por qué un ruso tiene dieciocho veces más tierra que un alemán? ¡Hay que equilibrar las cosas! Estamos llevando a término una necesidad real, y no a la ligera, sino respaldada por los mejores científicos…

Eso era cierto en muchos sentidos. Y no solo por Haeckel, por quien siempre he sentido la más gran devoción, sino también por el profesor Karl Haushofer, de la Universidad de Múnich, para quien existía una interrelación ineludible entre las imposiciones geográficas y las actuaciones políticas. Cualquier raza, cualquier cultura, tenía derecho a buscarse su espacio vital, aunque fuese a fuego y espada. Aquello justificaba toda política imperialista, como

ya Friedrich Ratzel, uno de los creadores de la geopolítica, muy influido por las ideas de Charles Darwin, había defendido en su obra *Antropogeografía*. Adolf Hitler sería el discípulo más aplicado de todos ellos, y en *Mein Kampf* hacía un claro y sencillo resumen: «En esta limitación del espacio vital radica el impulso forzoso de la lucha por la vida… El pueblo alemán tiene que encontrar el valor necesario y reunir todas sus fuerzas para avanzar por el camino que lo sacará de la actual estrechez del espacio vital y lo llevará hacia una nueva tierra». ¡Nadie podía decir que no estábamos advertidos!
El Obersturmführer Hans Walter bailaba cerca de nosotros con una secretaria, o puede que fuese una *Aufseherin* de su campo, y le sobaba el culo mientras esta reía, borracha como una cuba. De pronto, tropezaron con nuestra mesa, y el oficial se excusó, mientras la mujer reía aún más fuerte, una risa de caballo desbocado. El ambiente era tan lascivo como sórdido, pero yo también estaba ebrio, y muy confuso, algo entontecido por todos los acontecimientos del día.

—¿Cómo quedaste con aquella camisa parda? —me soltó a bocajarro la doctora.

Me vio dudar y comenzó a reír. Y bajando el tono de voz y fijando su mirada enrojecida, con un deje insinuante, replicó:

—Pues esta Hildegard también tiene una necesidad imperiosa de ser preñada… ¡Ya lo sabes! Y si no te animas…

Dirigió la mirada hacia un grupo con uniforme de las SS-Totenkopf, hombres de Hans Walter. Me tomé a broma aquella nueva proposición de la doctora. Ahora había sido mucho más directa que en otras ocasiones. No me atraía nada, y menos todavía la posibilidad de hacer de macho inseminador. Me levanté y le dije que me tenía que ir, que al día siguiente me aguardaba una larga jornada de trabajo. La doctora contestó, con un ademán de resignación, interpretando mi risa como una negativa:

—Siempre me quedarán estos calaveras…

Le seguí el juego y reí. Sin duda como sementales serían mucho mejor que yo. Me adivinó el pensamiento:

—Me harían un niño fuerte y sano… Pero no sé si ahí dentro… —Y se golpeó la cabeza con los nudillos para indicar que todos parecían algo cortos de seso.

—Si te hacen un hijo, será fuerte y bravo como una mula, eso seguro, pero entre sus virtudes me temo que tampoco estará la clemencia… —observé divertido.

Entonces el Obersturmführer Hans Walter me reconoció y se acercó con dos cervezas en las manos. Era un hombre alto y robusto, con los ojos hundidos y un gran mentón, con cierto prognatismo. Iba trompa, y la mujer de risa equina seguía relinchando descontrolada.

—¡Doctor! Disculpe si antes les he molestado… ¡Hoy es un gran día! ¡Bebamos a la salud de los hombres que mataron a Rathenau!

Y me ofreció una cerveza. Yo dudé, pero negarse a beber con el comandante del campo Fort VII no era una solución inteligente. Aquel era un brindis habitual entre los calaveras, beber a la salud de los asesinos de Walther Rathenau, a partir del cual se consideraba que había nacido la gloriosa revolución nacionalsocialista. El comandante bebió la cerveza de un trago, rebosándole por las comisuras de los labios, y yo lo emulé. Soltó un eructo largo, tapándose la boca con el dorso de la mano, y añadió:

—Sabe, doctor, uno de los asesinos de Rathenau está casado con una judía. Ernst von Salomon, se llama: colaboró en aquella acción heroica cediendo el coche con el que asesinaron al ministro… De momento la hemos respetado, a la mujer de Von Salomon. ¿Usted qué piensa? ¿Se pueden hacer esta clase de excepciones?

No sabía qué contestar. La doctora Hetzer salió en mi auxilio:

—¡Ya ha escuchado al Reichsführer! No hay judíos buenos. ¡Y aún menos judías! Que se reproducen como conejas por poco que las dejes. Hay que custodiar la sangre alemana contra este peligro.

Los hombres del Obersturmführer Hans Walter se habían aproximado a nuestra mesa para escuchar aquella conversación. Era un grupo abigarrado, con individuos bajitos y otros muy altos, alguno gordito y un barbilampiño, que aún no tendría veinte años, como si los que lo formaban fueran piezas defectuosas eliminadas de una partida de verdaderos y fornidos soldados. Hans Walter, al verse rodeado de sus hombres, se animó:

—Mi mejor tiempo fue cuando patrullaba las calles de Berlín con la policía. Nuestro lema era «¡Haciendo Berlín seguro de nuevo!». ¡Ah, ya lo creo que lo hicimos! La limpiamos de toda la escoria judía y comunista, y la dejamos limpia como los chorros del oro.

¡Tiene razón, doctora, no se pueden hacer excepciones!

Hildegard dijo que habían hecho un gran trabajo y que necesitaban más hombres con su coraje, sin miedo a equivocarse, que van directos a su objetivo.

—¡De lo que más orgulloso me siento, doctora, es de haber dirigido este enero pasado la orden de decapitación de aquel perro polaco de Witaszek! —dijo ahora, sacando pecho, al sentirse interpelado por Hildegard—. Y fue mía la idea de poner su cabeza en un frasco con formol con la nota: «*Kopf eines intelligenten polnischen Massenmörder*».

A la doctora los ojos le lucían con fuerza, y preguntó, deseosa de tener más información:

—También se ejecutaron otros rebeldes del
ZWZ
… Un buen puñado, ¿verdad?

—Sí, treinta más, junto al gusano del médico. Veinticuatro hombres y seis mujeres de la Unión de Lucha Armada, la *Związku Walki Zbrojnej*. ¡La guillotina caía sobre aquellos cuellos como un golpe de timbal wagneriano! ¡Brutal!

Aproveché aquel momento confidencial para despedirme y volver al redil. No deseaba escuchar las baladronadas del oficial, y menos aún que la doctora se jactara de cómo habían enviado a las hijas del médico polaco a una Lebensborn, después de hacerles creer que su madre era puta y había muerto de tuberculosis, cuando en realidad la habían mandado a Auschwitz. El comandante hizo un *Heil Hitler* marcial y yo contesté con tanta energía como pude, pero la verdad es que me temblaron las piernas y a punto estuve de caer, para grandes risas de los calaveras.

Aquellas burlas me molestaron. Puede que por eso retrocediese, y sin ningún circunloquio, le pregunté al Obersturmführer:

—Tengo entendido que esta primavera también guillotinaron a una partisana.

El comandante apretó los labios y me preguntó cómo estaba enterado de eso, con una mirada ominosa. Había dado un paso en falso. Se hizo un largo silencio, que ni la doctora osó romper. ¿Por qué preguntaba? ¿Qué quería saber? Cuando iba a desvelar el nombre del decano Voss, Hans Walter comenzó a reír, dando a entender que me estaba tomando el pelo. Todos sus hombres lo

secundaron:

—Sí, hacía de enlace de los terroristas. Junto con otros compañeros que corrieron la misma suerte. Los guardias le dieron un buen repaso a la partisana… ¿Pueden creer que aún era virgen? Eso también lo solucionaron: ¡no se podía ir al infierno sin estrenar!

Y miró a sus hombres, que rompieron a reír ruidosamente.

Me dirigí a mi edificio residencial, en el bello barrio de Königsring, donde tenía ahora mi alojamiento. Iba dando tumbos, la cabeza dándome vueltas, mucho más mareado de lo que me imaginaba. Pensé en el vino que había tomado en la recepción y que la sucesiva mezcla de alcohol había producido sus efectos, con aquella cerveza final bebida de un largo trago. Pensaba en el ministro Rathenau, en su muerte absurda, aquel día de finales de junio de 1922. Poco antes de que lo asesinaran había declarado: «Soy un alemán de origen judío. Mi pueblo es el pueblo alemán; mi destino es el destino de Alemania». El nombre de Rathenau resonaba de manera insistente en mi mente, así como aquellas palabras tan patriotas, que resultaban al mismo tiempo tan inquietantes. Acababa de brindar por su muerte, pero puede que de haber sobrevivido ahora yo no estaría allí, en aquella ciudad odiosa, alejado de los míos. Ni tampoco existiría alguien tan abominable como el Obersturmführer Hans Walter, o como su predecesor en el Fort VII, el cruel Hauptsturmführer Hans Weibrecht. El destino de una nación depende de imponderables muy finos.

Iba tan bebido que todo me daba vueltas. Cuando llegué a mi planta encontré la primera habitación con la puerta abierta: vi a un grupo de cuatro soldados con las pollas fuera en torno de una joven arrodillada, que lamía aquellas herramientas haciendo un rondo. En eso sentí un empujón por la espalda y un soldado fornido, con el miembro fuera y empalmado, me metió dentro de la habitación, mientras me animaba a sumarme a aquel contubernio repulsivo:

—¡Tanto monta si somos cinco como seis, camarada! ¡Venga, apúntate a la fiesta! ¡Le daremos bien por saco a esta zorra polaca! Y con que le pagues después con una lata de conserva hay de sobra.

Entonces la reconocí: era Doda, una de las jóvenes híbridas que había estudiado en su momento Stavenhagen y que había calificado como apta. Fijó su mirada en mí, mientras satisfacía a un soldado que la había cogido de la cabeza. Me sentí muy mal de improviso y

corrí hacia la puerta, zarandeado por la imagen que acababa de ver, buscando el baño comunitario de la planta. Pero no llegué a tiempo y lo pringué todo.

19

Una rueda siempre gira

El 25 de octubre se celebró el día de la Libertad en conmemoración del aniversario de la liberación de Posen y de la creación del Wartheland. Se organizó un gran desfile, con soldados de la Wehrmacht y miembros del
NSDAP
, con centenares de águilas de metal y de banderas al viento, marchando marcialmente con el paso ensordecedor del *Paradeschritt* y sonando la marcha *Preussens Gloria*. En la tribuna presidida por el Reichsführer Heinrich Himmler, estaban también el comandante del XXI distrito militar, el general Walter Petzel, el comandante de las
SS
y Obergruppenführer Wilhelm Koppego, y el Reichsstatthalter Arthur Greiser, que leyó un discurso donde alabó el éxito de todas las medidas políticas implantadas en el Wartheland. Pero a pesar de todas aquellas demostraciones de fuerza y discursos triunfales, aquel otoño del año 1943 todo comenzó a cambiar para mal. Hasta Stalingrado habíamos ido de victoria en victoria, y nada parecía que nos pudiese detener. Confiábamos plenamente en el instinto infalible del Führer. En un año habíamos ocupado Francia, Noruega, Yugoslavia, Holanda, Bélgica, Dinamarca y Grecia, y expulsado a los ingleses de Europa. La guerra relámpago había sido tan efectiva como deslumbrante. Incluso había sucedido todo demasiado rápido, obligando a tomar medidas sobre la marcha, sin estar preparados, y mucho menos para recibir aquella avalancha de prisioneros rusos. Hitler había dicho, refiriéndose a Rusia: «Solo tenemos que dar una patada a la puerta y toda la estructura podrida se vendrá abajo». ¿Y cómo no creerlo? Al principio dio la sensación

de que era así. Pero el invierno ruso no es una fuerza conocida de la naturaleza, sino que pertenece a otra dimensión, de aquellas que podríamos incluir entre las impensables o paranormales. Y aquel invierno ruso iba a ser uno de los más duros recordados, con temperaturas de 20 a 50 grados bajo cero. Las noticias que llegaban de Rusia eran inquietantes, a pesar del esfuerzo realizado por la propaganda nazi. Y todo indicaba que estábamos en uno de aquellos puntos de inflexión en los que puede pasar cualquier cosa: cuando la guerra se escora definitivamente hacia una parte y ya resulta imposible darle un nuevo giro.

Pienso, comandante, que fue un gravísimo error abrir el frente ruso. Es fácil decirlo ahora, pero le aseguro que también lo pensaba en su momento. Napoleón inició su declive a partir de la campaña rusa, y lo mismo nos pasó a nosotros, y a partir de aquel momento se inició el cambio de signo de la guerra. En lugar de lanzarnos a la conquista de Inglaterra, con aquella operación de nombre León Marino, le dimos la espalda y nos adentramos en Rusia. Puede que nos hubiera ido mucho mejor con los británicos, antes de despertar a la bestia roja. Tampoco he entendido nunca el antieslavismo de los nacionalsocialistas, ni por qué los consideraban *subhumanos*. La palabra *subhumano* la utilizó por primera vez Stoddard, un autor norteamericano de cierto éxito que escribió en los años veinte el libro *La revuelta contra la civilización: la amenaza de los subhumanos*, donde alertaba del peligro de los negros contra la raza blanca. Los nacionalsocialistas tomaron prestada la palabra de la versión alemana del libro, y poco a poco fue utilizada sistemáticamente por Goebbels y Himmler para referirse a los eslavos, que no son de piel negra, precisamente. Es una buena muestra de cómo una idea puede enraizar en unas mentes receptivas, y cómo este sentimiento de supremacismo racial puede obnubilar el comportamiento de todo un país. Al final nos creíamos de veras que todo lo bueno que había creado la civilización era obra nuestra, de nuestra raza, y que las otras, con su simple existencia, lo ponían todo en grave peligro. Pero aquello, evidentemente, nos impidió cualquier simpatía por parte de los habitantes de las tierras conquistadas, que a pesar de ser en ocasiones antibolcheviques declarados veían que poniéndose de nuestro bando también tenían las de perder. Puede que no nos saboteasen, pero tampoco nos

ayudaban. Nuestras tropas estaban solas, en unas extensiones inmensas, inconcebibles, libradas a su inconmensurable destino. Tan solo el mariscal de campo Ewald von Kleist, que no era miembro del partido ni sentía demasiada simpatía por el nacionalsocialismo, consiguió atraer a la población rusa, y algunos se enrolaron contra Stalin. Pero nuestro antieslavismo era demasiado furibundo, demasiado visceral, y Von Kleist fue muy criticado precisamente por haber dado entrada a los *subhumanos* en las tropas alemanas.

Los rusos son duros de pelar, y luchaban con una rabia desesperada, sin abandonar nunca la posición. Pensaban que los mataríamos si eran hechos prisioneros (algo bastante cierto) y que antes los torturaríamos para obtener la máxima información, y eso, no respetar mínimamente la Convención de Ginebra, también fue un grave error. Todo ello los conducía a actos absolutamente desesperados, que nos sorprendían, que no entendíamos, y que hacía que cada palmo de tierra ganado fuera a costa de mucho esfuerzo y sacrificio. Debo decir que las tropas rusas también mostraron una gran crueldad con los soldados alemanes que caían en sus manos. Un soldado raso, de nombre Franzl, que traté en el hospital de graves secuelas psíquicas, me contó que unos pilotos de la Luftwaffe, capturados en Tarnopol, fueron atados y mutilados (les cortaron la lengua, las orejas y los genitales). «Días después encontramos más compañeros mutilados… Junto a unos
SS
fui a buscar judíos, los bajamos a una bodega donde estaban los cuerpos de los compañeros, y después de enseñarles lo que les habían hecho los matamos a garrotazos. ¡Mataríamos a un millar, pero eso era demasiado poco para lo que habían hecho!». Esta insistente asimilación de los rusos a los judíos, bastante absurda en tantos sentidos, fue una constante durante los primeros meses de la Operación Barbarroja y justificó muchos de los salvajes excesos contra la población. No solo eran *subhumanos*, sino aún peor, eran *subhumanos judíos*.

La conquista de Francia fue fácil y sencilla, nuestras tropas la conquistaron sin casi bajas. Este hecho tan insólito se interpretó como una consecuencia más de aquel ejército francés desnaturalizado, con una raza híbrida degenerada, *Mischling*, llena

de metecos. Tan solo los soldados alsacianos eran buenos guerreros, y muchos de ellos, cuando cayeron prisioneros, recordaban con nostalgia que sus padres habían luchado en la primera guerra junto con los alemanes y lamentaban su mala suerte. Pero la verdad es que si los franceses hubieran sabido que los iban a fusilar seguro que habrían redoblado su resistencia y se habrían dejado la piel antes de ser apresados. Como los rusos.

Nos equivocamos con ellos; los despreciamos. Vivían en un estado de pobreza tan dramático, tan miserable, que pensamos que los podíamos aplastar como piojos. El Führer no era un militar, sino un político, y puede que en esta circunstancia también radique gran parte de nuestra ruina. Se obcecó con la conquista de Stalingrado, cuando posiblemente habría sido mucho más efectiva la conquista de Moscú, como le recomendaron los generales de la Wehrmacht. La guerra en Rusia fue de una destrucción total, implacable y completa: una destrucción superior a la de la guerra de los Treinta Años, algo jamás visto. Allí perecieron muchos alemanes que habían combatido valerosamente en la primera guerra, y que eran los mejores soldados. Después de haber sufrido cuatro largos años de trincheras, acabaron perdiendo la vida en aquella tierra feroz, lejos de los suyos, enterrados en cualquier lugar de la estepa infinita.

Mi compañero en el hospital, el doctor Veigel, que había estado anteriormente en campos de concentración de prisioneros rusos, estaba de acuerdo conmigo en el error de la campaña rusa.

—El Führer, en *Mein Kampf*, ya escribía sobre los rusos como si se tratara del mismo diablo. Si hubiera escogido invadir Inglaterra habría ido todo mucho mejor, sin duda alguna. Puede que hubiéramos tenido muchas bajas al inicio, la RAF es poderosa, casi más que la Luftwaffe, pero los ingleses no disponían casi de artillería, ni estaban preparados de veras para impedir una invasión… ¡Sobre todo porque los norteamericanos aún no habían entrado en guerra!

Pensé en cómo hubiera podido cambiar todo de haber conquistado Inglaterra, y sin Norteamérica como rival. Y en aquella frase de Hitler, vaticinando su conquista: «Inglaterra ya no es una isla». Se contaba que los ingleses daban la invasión por segura, y que habían eliminado todas las señales de las carreteras para complicar así nuestros desplazamientos. ¡Como si eso nos hubiera

podido causar algún trastorno importante!

—Pero al Führer no le gusta el mar… En realidad, aunque jamás lo reconocerá, se marea. Por eso, quería construir un puente entre el punto más cercano entre Francia e Inglaterra. Pero, para eso, se tenía que acabar antes con la RAF.

Veigel esbozó su sonrisa inteligente.

—Y ahora hemos dado un buen puntapié a aquella puerta podrida rusa… Y, en efecto, se ha roto. Pero dentro había un avispero, que se ha girado contra nosotros… Y no será fácil de parar. Como decía Hitler, al inicio de la campaña: «Este enemigo no está formado por soldados, sino por bestias». ¡Y ahora vienen hacia nosotros!

Le recordé la frase del general polaco que firmó la capitulación de su país: «Una rueda siempre gira». Y así era. La rueda había girado. La rueda de la fortuna.

Celebré mi cuadragésimo aniversario lejos de los míos. Empezar la década de los cuarenta produce vértigo, y más en aquellas circunstancias. Me sentía abandonado por todos, por la universidad, por el partido, llevando a cabo aquella labor de seleccionador de locos, tan ingrata y poco estimulante, por mucho que había intentado buscar otra ocupación más afín a mis capacidades y conocimientos. En diversas ocasiones había pensado escribir al rector Knoll; finalmente, lo hice con motivo de su condecoración con la cruz al Mérito Militar, de segunda clase, que recibió por sus importantes servicios en la universidad: después de felicitarlo por esa nueva distinción le rogaba si podría ejercer su influencia de alguna manera. Pero no recibí respuesta alguna. Y ahora ya era demasiado tarde: Knoll había dejado el rectorado por el senado, y su lugar había sido ocupado por el decano de la Facultad de Medicina, el anatomista Eduard Pernkopf. Aquel que utilizaba los cuerpos de los ejecutados por la Gestapo para servir de modelo para su monumental atlas anatómico era ahora el nuevo rector de la Universidad de Viena. Y nada amigo mío.

La doctora Hetzer vino a felicitarme por mi cumpleaños: tenía casi cuatro años más que yo, y en junio cumpliría cuarenta y cuatro. Para una mujer la sensación de vértigo aún se acentúa más por la llegada de la menopausia. Tomaba pastillas de pervitina para superar los efectos depresivos derivados de tantas cosas; a menudo,

en forma de caramelos y bombones con esta droga: «Los bombones Hildebrand siempre son deliciosos», decía entonces la publicidad.

Aquel día me anunció que regresaba a Viena.

—No tengo demasiado que hacer aquí. La guerra está dejando de lado mi labor antropológica, o en todo caso se está llevando a término de una manera demasiado precipitada. Hay demasiada prisa en hacer desaparecer la población polaca, sin antes haber puesto todos los mecanismos para salvaguardar lo que quede de sangre alemana. He hecho tanto como he podido, tengo la conciencia tranquila.

Las noticias no eran nada halagüeñas, y cuanto peores eran, más apresuradamente trabajaban los campos de exterminio, sin discriminar nada. Por momentos, daba la impresión de que al Führer le interesaba más la aniquilación de los judíos y de los polacos que la misma guerra.

—He escrito a Ebner para solicitarle un favor —me dijo con aire misterioso. El Oberführer Gregor Ebner era el líder del programa Lebensborn.

—Sé que en algunos casos se está realizando inseminación artificial, a pesar de la opinión totalmente contraria de Himmler. Se está llevando en gran secreto, en situaciones especiales de mujeres que no desean tener relaciones *tête-à-tête*.

Sonreí y pregunté si no había podido encontrar a ningún voluntarioso
SS
.

—Prefiero ir sobre seguro. Quiero un ario puro, sin ninguna enfermedad congénita, sin ningún linaje judío, sin casos de esquizofrenia y con una capacidad intelectual alta y contrastada.

Le dije que la echaría mucho de menos, que me quedaba en Posen sin ningún objetivo, a la espera de que me volvieran a llamar a filas. Un panorama muy negro, en resumen. Le conté mi última tentativa de entrar en la Facultad de Medicina, y que el decano Voss me había ofrecido una ocupación del todo inasumible. Pero la doctora no me hizo caso.

—¿Recuerda al Untersturmführer Posselt, que nos acompañó en nuestro viaje a Zamośc? Me confesó que su mujer es infértil, y que Himmler, en su hoja de servicio, escribió con tinta verde, que es su

preferida: «no niños, no promoción». Por eso aún es Untersturmführer… ¡Un hombre tan valioso como él!

Le comenté que conocía un caso parecido, refiriéndome a la situación que había vivido Irmgard.

—Como sabe, el Reichsführer supervisa personalmente todos los matrimonios de las SS. Posselt me explicó que en la ficha que se tiene que enviar no solo hay que demostrar la pureza racial de los dos novios, sino también añadir una fotografía en traje de baño… Me temo que yo no estoy en condiciones para posar así.

Suspiró y cambió de tema.

—Me han propuesto ir a Múnich. Allí hay una potente Lebensborn, instalada en la casa del escritor Thomas Mann.

Nadie quería a Thomas Mann. Se le consideraba un traidor y un amigacho de los comunistas. Su casa había sido requisada, así como los muebles y la biblioteca. Incluso el automóvil que había en el garaje. Y ahora, en la mansión de los Mann, había una de aquellas Lebensborn a rebosar de enfermeras y valerosos muchachos de las SS.

—Pero estoy cansada de tanta peregrinación… También he sabido que hay mucha corrupción entre las SS: me informaron que algunos de los niños que nosotros habíamos seleccionado en Belzec fueron comprados después por los polacos por cuarenta Reichsmarks. ¡Y que en algunos lugares los niños se venden por veinticinco zlotys! Es urgente imponer orden, una dura disciplina, alertar al Reichsführer, pero las cosas van demasiado rápido. En fin, estoy decepcionada —concluyó la doctora—. ¡También he sabido que a algunos niños se les está sometiendo a largos tratamientos de rayos X para volverlos rubios, y así son mucho mejor recibidos por los colonos alemanes! A los niños solo se les protege con unas gafas de soldador. Últimamente, hay demasiada improvisación, demasiada locura, y francamente prefiero retirarme.

Respiró profundamente, y añadió:

—Recuerdo el Congreso de la Sociedad Alemana de Psiquiatría

Infantil que tuvo lugar en Viena, el año 1940. Entonces, teníamos todo el poder en nuestras manos, y las autoridades habían depositado en nosotros toda la confianza, para llevar adelante una política científica de salud infantil, esterilización y eutanasia. Ahora, amigo mío, tan solo tres años después, me pregunto qué queda de todo aquello… ¡De todo aquel optimismo! ¡Cuando decíamos que los niños no pertenecían a los padres, sino al Estado! ¡Al Estado biológico de Adolf Hitler!

Entonces llamaron a la puerta. Por la manera de hacerlo la reconocí en seguida. Miré a la doctora algo inquieto, y esta me confirmó con la mirada de que efectivamente llamaban a la puerta y me preguntó si no pensaba abrir. Ingrid estaba muy bella, con los cabellos sueltos, y con aquel perfume que emanaba de su cuerpo de trigo acabado de segar. Hice las presentaciones, y la doctora disparó en seguida:

—¡La felicito, ya veo que está en estado!

Ingrid sonrió feliz.

—Estoy de cuatro meses…

Me miró y añadió:

—Le he traído un pequeño regalo por su aniversario, profesor.

Me alargó un paquete, perfectamente envuelto. Lo abrí algo inquieto, pero se trataba de una nueva edición de *La canción de amor y de muerte del corneta Christoph Rilke*, de Rainer Maria Rilke. Le debía haber costado una pequeña fortuna: tenía una encuadernación preciosa, con flores estampadas.

—Profesor, no sé nada de literatura, pero me he dejado aconsejar… También me habían recomendado un libro de Ernst Jünger. Pero he visto este tan bonito…

La doctora la observaba con una mirada inquisitiva y una sonrisa benevolente. Ciertamente, entre ambas había un mundo. Nos dijo que se volvía a Berlín, y que allí ya tenía un lugar de trabajo asegurado cuando acabara con el proceso de maternidad. Yo no osé preguntar dónde iba a trabajar, pero la doctora no pudo reprimir la curiosidad.

—Trabajaré en el RuSHA, seguramente bajo las órdenes del profesor Franz Six —contestó, sin poder contener su satisfacción.

¡Franz Six! Yo había conocido a Six en Königsberg, donde había sido profesor, y donde ya se había manifestado como uno de los

ideólogos más potentes e impasibles del *Warthegau* y de la despolonización. Era un hombre extraordinariamente riguroso, muy trabajador, un gran profesional. También había comandado un *Einsatzgruppe* en Rusia, eliminando a intelectuales y judíos, con gran eficacia y sin remordimientos de ningún tipo, completamente centrado en su objetivo. Himmler confiaba en él en caso de invadir Inglaterra para localizar y anular a los intelectuales ingleses más esquivos y contrarios al nacionalsocialismo, como Bertrand Russell, que figuraba entre los primeros de su lista. La doctora supuso en seguida que a Ingrid la recompensaban por sus buenos «servicios», y le otorgaban aquel excelente puesto de trabajo en la capital, en la Prinz-Albrecht-Straße. Podría ser. Aun así, ¿cómo lo había conseguido? ¿Conocía a alguien en el RuSHA? ¿Al mismo Six? ¿Y en qué sentido lo conocía? Intenté imaginar a Six, con su aviesa cara de musaraña, fornicando con la jocunda Ingrid, y no fui capaz.

Entonces cambié de tema:

—A Rilke siempre le molestó un poco el éxito de este poema, que escribió en su juventud, con tan solo veintitrés años, y en una sola noche… Cuenta la vida de un antepasado suyo en la guerra de los austríacos contra los turcos, en 1660. En realidad, ha sido muy buena elección, Ingrid.

La doctora Hetzer no pudo dejar de intervenir:

—Pero creo recordar que el corneta muere… ¿No es así, doctor?

Me puse a reír, viendo la cara de sorpresa de la

SA

.

—Sí, muere heroicamente pero… ¡Cuando se reeditó en 1912, tuvo tanto éxito que los soldados se lo llevaban al frente con la Biblia! ¡Qué mayor éxito puede esperar un escritor que competir con la Biblia en los momentos espirituales de un soldado que va a entregar su vida por la patria!

La Navidad de 1943 fue triste y extraña. Lejos de mi familia, sin casi conocidos, con la incertidumbre de un futuro angustiante. El viento mugía en las esquinas, los días eran desapacibles y la nieve había comenzado a cuajar. Cada día que pasaba en el hospital era como un martillazo en mi capacidad de resistencia; sentía cómo se me escapaba el alma entre tantas cosas odiosas y siniestras. Celebramos la llegada del nuevo año en la plaza del Mercado, con

las dos cabritas saltando en el reloj de la torre, después del repiqueteo de las doce campanadas. El doctor Veigel descorchó un par de botellas de champán, que no sé cómo había conseguido, y bebimos con las enfermeras y asistentes del hospital. Aquellas enfermeras eran auténticas, y no como las de las Lebensborn, a pesar de que algunas de ellas también tenían sus aventuras con los médicos, con las esperables consecuencias (y con niños que acababan, antes o después, en las Lebensborn). De pronto, descubrí a Irmgard entre el gentío que se había reunido en la plaza. Iba con una compañera de la Oficina de Fideicomiso y se unió a nuestro grupo. Cuando me vio me preguntó cómo estaba su náufrago preferido. Y en seguida le contó a su compañera (bautizada como Maria, pero que se hacía llamar Stella, para evitar un nombre tan cristiano) mi metáfora del barco a la deriva.

—Pensaba que estarías en Viena, celebrando el fin de año con tu familia —me dijo seguidamente.

Le conté que desgraciadamente no me habían concedido permiso, y que todo apuntaba a que pronto me destinarían al frente, y entonces me dejarían pasar unos pocos días con la familia. La amiga, viendo que la conversación se estaba poniendo demasiado seria para su gusto, se puso a hablar con las enfermeras y con el doctor Veigel. Irmgard, que llevaba el mismo abrigo y la misma boina que cuando la conocí, se me aproximó y me besó en la mejilla.

—Todos estamos en peligro. Todos somos náufragos… ¿Adónde iremos nosotros si perdemos la guerra? En Dorpat, ya no nos queda nada. Mis padres y mi hermana están trabajando mucho en la nueva granja pero no hay nada seguro…

De pronto se calló y en un arrebato de alegría dijo que no era día para hablar de esas cosas tan tristes y que tenía ganas de bailar. Se lo comenté al doctor Veigel y este se sumó a la propuesta. Nos dirigimos al hotel Continental, donde habían preparado para Fin de Año una buena fiesta. Los oficiales estaban ya completamente ebrios, pero la música era de calidad, con una cantante vestida de gala acompañada por un grupito de músicos jubilados encantadores. La primera canción que sonó fue *Ich weiss, es wird einmal ein Wunder geschehen* (Sé que un día habrá un milagro). Irmgard me dijo al oído:

—¡Ves, querido amigo, aún hay espacio para la esperanza!

Y me sacó a bailar. Después, la acompañé hasta su casa, un grupo de apartamentos en las afueras de Posen, en el barrio de Jersitz. Fuimos canturreando canciones famosas de películas alemanas, como *Gute Nacht Mutter* (Buenas noches, madre), de Wilhelm Strienz, o *Eine Nacht in Mai* (Una noche de mayo), que hizo que Irmgard bailara moviendo los brazos y ensayando grandes aspavientos como si fuera la gran Marika Rökk. Sorprendentemente, aquella también era nuestra cultura, llena de alegría, ligereza, sensualidad y gozo de vivir. ¡Tan alejada de las odiosas marchas militares! En la puerta de su edificio, me miró, con aquellos ojos color miel. Antes de que pudiera decir nada, me susurró:

—Somos dos náufragos en medio del mar y si quieres podemos seguir cantando en mi apartamento viejas canciones durante un rato más.

20

Como sardinas

A principios del año 1944, recibí una llamada de Hans Beyer, pidiéndome hablar un momento conmigo. Me sorprendió, porque lo imaginaba en Praga trabajando en la Fundación Heydrich, y me presenté inmediatamente en la universidad, inquieto por lo que pudiera ocurrir. Me recibió con su aspecto cansino, tan poco marcial, los ojos azules enrojecidos, casi fuera de las órbitas. En seguida, lo felicité por la reciente publicación de su tesis de habilitación sobre las poblaciones en la Europa central del Este. Junto a él estaba el Hauptsturmführer Fritz Valjavec, muy flaco y pálido, pero impecable y orgulloso, de ojos pequeños y muy negros. Llevaba el uniforme inmaculado, con las tres estrellas cuadradas de la insignia del cuello, y las botas de caña alta relucientes. Lo conocía de la Universidad de Viena, donde era muy respetado por ser un reputado especialista en historia moderna y, más concretamente, en el Siglo de las Luces, en especial en la Ilustración austríaca.

—Creo que ya se conocen —dijo Beyer, con cierta indolencia, evitando así tener que hacer las presentaciones.

Claramente le había hablado de mí, y Fritz Valjavec necesitaba pocas presentaciones para un vienés universitario como yo. Beyer fue directo al grano.

—Profesor, he recibido una recomendación de parte del senador Knoll, interesándose por usted… Parece ser que se encuentra a disgusto en el hospital. Y hace unos meses, durante el discurso del Reichsführer, no se me escaparon sus buenas relaciones y su amistad con la doctora Hetzer…

Mi paisano Valjavec habló por primera vez.

—Admiro mucho a la doctora Hetzer. Ha hecho un gran sacrificio, y ha sido una persona de absoluta importancia en el

Wartheland. Espero que su retiro sea tan solo temporal, para recargar baterías. No podemos prescindir de personas como ella.

Yo me mantenía en silencio. ¿Qué podía decir? ¿Qué habían estado confabulando aquellos dos? Valjavec continuó:

—Sin embargo, el hecho de ser mujer la inhabilita para ciertas prácticas sobre el terreno…

Beyer esgrimió un gesto afirmativo. Fue él quien empezó a destapar la oferta.

—El doctor Valjavec ha formado parte del *Einsatzgruppe* D…

—Una cosa es la teoría, y otra bien distinta la práctica —dijo el aludido, de manera bastante críptica.

—¡Exactamente! —exclamó Beyer, alzando de repente la voz—. A usted, *Herr* Hauptsturmführer, nadie le tiene que explicar nada…

—Mi primera ejecución fue en Czernowitz, comandando un pelotón. Mis hombres avanzaban muy lentamente, reconozco que perdí los estribos y me puse a matar judíos con mi arma reglamentaria… ¡Y no solo judíos, también comunistas y masones! ¡Aquello hizo reaccionar a mis hombres!

Entonces Valjavec, fijando sobre mí sus ojos de perdiz, que contrastaban poderosamente con los de batracio de Beyer, me explicó lo siguiente:

—Sus ideas, doctor, son de gran interés. Pero le falta la parte práctica… Que es importante. Tanto o más que la teoría.

Sentí un fuerte ardor de estómago, como si me lo estuviesen retorciendo poco a poco. ¿Qué me querían proponer? Aun así tartamudeé que había participado como voluntario (era una manera de decirlo) en la investigación del profesor Hippius. Valjavec movió la cabeza afirmativamente.

—Rudolf Hippius es un buen ejemplo, incuestionablemente. Y también tiene práctica de campo… Que es de lo que estamos hablando ahora. Si no me equivoco, colaboró de manera muy útil con el Standartenführer Martin Sandberger.

Recordé un viaje suyo a Kiev, misterioso, y que nunca quiso aclararnos qué tejemanejes se había llevado entre manos. El Standartenführer Sandberger era conocido por haber dirigido la eliminación de los judíos de Estonia de una manera absolutamente perfecta.

—En cambio, usted, profesor, se ha mantenido solo en la teoría.

Algo muy admirable, pero esperábamos, francamente, algo más de usted…

Beyer, abriendo monstruosamente aquellos ojos, terció:

—En efecto, queremos que se implique más… Más creatividad, más energía, contar con su capacidad para resolver problemas. El Hauptsturmführer Valjavec tiene que abandonar sus responsabilidades en el comando para integrarse en el nuevo Instituto de Praga, y hemos pensado que usted lo podría sustituir admirablemente. ¡Que ha llegado su turno!

El ardor de estómago había pasado a ser un intenso y agudo dolor de vientre. El Hauptsturmführer Valjavec me miraba en silencio, a la espera de alguna reacción mía. Sencillamente, me proponían que me ensuciara las manos de sangre para poder incorporarme a su grupo. Hans Beyer añadió, con un tono cómplice:

—Sería de inmediato promovido a Obersturmführer. Y sería tan solo cuestión de unos meses. Después también lo reclamaría para la Fundación Reinhard Heydrich, donde lo incluiría en el Instituto de Etnología Europea y Psicología Internacional, que dirijo junto con el profesor Hippius…

En aquel instituto se iba a llevar buena parte de la política de expulsión de los indeseables de los territorios conquistados, mucho más allá del Protectorado. Entre ellos no figuraban los judíos, que evidentemente ya habían sido exterminados: como se consideraba que aquella era una guerra judía estos habían sufrido el primer embate y ya casi los habían aniquilado por completo. En realidad, se trataba de eliminar a la población local que no resultara útil: se pensaba que al menos unos siete millones de checos serían depurados… Hitler quería enviar al resto de la población a Rusia, como mano de obra esclava. El *Generalplan Ost* calculaba en casi cincuenta millones de personas los expulsados de sus tierras. Beyer continuó:

—O, incluso, antes podría ocupar la plaza que ha dejado vacante el doctor Hippius aquí, en Posen. Como más cómodo le resultara… De todos modos, yo le recomendaría abandonar Posen porque, entre otras cosas, y entre usted y yo, la dirección del decano Wittram deja mucho que desear, y a mi parecer muchas de sus decisiones son demasiado tibias. Aparte de su balticentrismo, que también es muy cuestionable. Es un humanista, pero el Tercer Reich necesita sabios

guerreros, y no eruditos quisquillosos.

Yo también había oído decir que Reinhard Wittram era un hombre prudente y que, a pesar de ser un defensor a ultranza de la pureza étnica, sentía dudas sobre cómo y hasta dónde aplicarla. Ciertamente, no había tenido dudas en participar en la expulsión de todo el profesorado polaco y ocupar sus plazas con académicos de origen germánico, muchos de ellos compañeros suyos del Báltico, pero una cosa era eso y otra muy diferente aquella política de exterminio de la sociedad polaca que se estaba llevando a término. Wittram dudaba sobre la conveniencia de aquello.

—Sin embargo, pensamos que los integrantes del nuevo Instituto de Praga tienen que haber vivido *in situ* las experiencias de las evacuaciones. Si se han vivido en primera persona, se pueden entender mucho mejor los problemas que ocasiona poner en práctica la teoría. Por supuesto, tenemos otros candidatos para esta vacante, pero primero hemos pensado en usted. Necesitamos gente de su inteligencia completamente integrada en nuestro equipo.

Valjavec hizo un movimiento de cabeza afirmativo, un ademán que también era un poco recriminatorio, como quien dice que es fácil quedarse en la teoría. El reto es la práctica.

—Hay otros candidatos, y muy bien situados, como el Hauptsturmführer Rolf-Heinz Höppner… Que también ha manifestado gran interés en ingresar en el Instituto y tiene a su favor un currículum de acciones impecable. Pero también nos complacería atender la petición del senador Knoll. ¡Piénseselo! ¡Es una gran oportunidad para usted, profesor!

Höppner era el responsable de la Oficina *Umwandererzentrale*, es decir, de la Oficina de Reasentamiento: se encargaba de distribuir en campos de concentración a los polacos expulsados de sus tierras. Llevaba un tiempo en Posen, y lo había conocido en la *Deutsches Haus*. Me extrañó que alguien como él, que tenía línea directa con altos cargos del partido, estuviera dispuesto a hacer aquel trabajo sucio. ¿Me estaban intentando enredar de alguna manera? Lo que Beyer y Valjavec me estaban sugiriendo es que si me quería quedar en Posen, o incluso si más adelante quería una plaza en Praga, tenía que participar en alguna ejecución masiva. Tenía que pasar aquella prueba, aquel ritual de iniciación sangriento de las
SS

. Miré a Valjavec, y me lo imaginé disparando a la nuca de los judíos, ante una fosa llena de cuerpos reventados, empapado de aquel olor dulce y ácido que desprende la masa humana acabada de ejecutar y de la que es tan difícil librarse después. Aquel especialista en la Ilustración se había convertido en un sicario, algo que también me resultaba asombroso. ¿Cómo había llegado a aquel extremo? ¿Y hasta dónde estaba dispuesto yo a llegar para regresar a la investigación? Aquella era una labor repulsiva, y había que tener los nervios muy templados para resistirla psicológicamente. El Hauptsturmführer Valjavec añadió, como leyéndome el pensamiento:

—Es una faena desagradable, que tan solo se puede hacer a disgusto. ¡Ah, era más de mi agrado la primera labor que me encomendaron, la de ir revisando las bibliotecas estatales de los países conquistados, localizando libros prohibidos y quemándolos! Kafka, Heine, Heinrich Mann… ¡Tan solo en Polonia prohibí la lectura de mil quinientos libros! Pero hay que hacer de todo, amigo mío. Por eso, los que entienden cuál es su obligación y se sacrifican por los otros, después de la guerra alcanzarán las más altas posiciones en el Tercer Reich.

Contesté que me lo tenía que pensar, pero ambos lo interpretaron como una negativa. Hans Beyer dijo, con un tono que quería sugerir que era un hombre paciente y tolerante:

—¡Naturalmente, *Herr professor*! ¿No dice Fausto, «al principio fue la acción»? ¡Pues eso mismo! Yo también participé durante unos meses con el
EK
5, que limpió de judíos Galitzia… Trabajamos duro. Y fue admirable la gran labor de coordinación que desempeñó el Gruppenführer Fritz Katzmann. Pero, en realidad, la misión que se le encomendaría no sería tanto de represión sino de no dejar restos…

En este punto es importante hacer un inciso, comandante. Antes he indicado la dificultad que teníamos de saber cómo continuaban realmente las cosas en el frente, y cómo teníamos que leer siempre entre líneas e interpretar las noticias que nos llegaban con un complejo trabajo de descodificación. Lo que me iban a explicar indicaba que teníamos a los rusos encima y que era necesario acelerar ciertas acciones que, de otro modo, no hubieran sido tan

urgentes.

—Se está procediendo a la exhumación de las fosas y a la incineración de los restos. Para el Reich es de importancia capital borrar las pruebas de estas ejecuciones. El
OKH
está convencido de que los rojos buscarán romper el frente por esta zona, y hay que hacer desaparecer aquellos restos. Yo le indicaría en qué lugares están localizadas… En algunos casos, las fosas se están quedando al descubierto de manera natural y dejando los cuerpos expuestos…

El Hauptsturmführer Valjavec apostilló, intercambiando un momento los papeles de aquella conversación:

—A causa de los gases que surgen de la putrefacción de los cuerpos de aquella chusma. ¡En eso no habíamos pensado! Al principio los cuerpos se enterraban de cualquier manera, tal cual caían a la fosa. Pero eso hacía malgastar mucho espacio… En Galitzia se empezó a utilizar el *método sardina*: unos encima de los otros y pies contra cabezas. La fosa es como una lata, y se trataba de optimizar el espacio disponible. Aquello dio muy buenos resultados. La idea había sido del Gruppenführer Jeckeln, pero este parece que se había inspirado en los servicios secretos rusos del
NKVD
, que lo habían utilizado durante el Gran Terror. Pero…

Hizo una pausa. ¿Pero qué?

—Pero los cuerpos han comenzado a inflarse… —dijo Valjavec, haciendo una mueca de contrariedad—. Y lo están reventando todo, como el agua cuando se congela dentro de un bote demasiado pequeño. ¡Demasiados cuerpos para tan poco espacio! El método sardina tiene este grave inconveniente, que lo hace según en qué casos impracticable. Es un contratiempo que hay que solucionar lo más rápido posible.

Sentí un nudo en la garganta. Seguramente mi cara también era una mezcla de asco y espanto. En aquel momento recordé las sensaciones vividas en Belzec, aquella peste de los cuerpos en descomposición, aquella sensación de caos y horror, de apocalipsis y de infierno, y sentí ganas de vomitar. Pero, entonces, para mi sorpresa, Hans Beyer exclamó, conteniendo la risa:

—Yo más bien lo veo como un grandísimo suflé… No se ha

medido bien la cantidad y rebosa por todas partes… Las sardinas se han medio desintegrado y los restos se esparcen por doquier… Me han enviado unas fotografías muy grotescas…

Valjavec lo miró algo sorprendido por aquel comentario tan risueño sobre unos hechos tan asquerosos y macabros. Daba la sensación de que había perdido un poco los papeles y había estallado en aquella risa mal contenida. Pero Beyer recuperó la compostura y concluyó:

—¡Pero no hay que forzar las cosas, profesor! ¡Tómese el tiempo que necesite!

Valjavec dio la razón a Beyer. Este último, como no sabía qué más añadir, cogió una caja de habanos y me ofreció uno. Dije que no, aún angustiado, pero insistió que al menos cogiera un puro y lo guardara para después si no me apetecía fumar en aquel momento. También le ofreció a Valjavec, que en seguida aceptó.

—Son sacrificios necesarios, en unos tiempos en los que hemos de ser especialmente responsables —adujo Beyer, ya más calmado con el tabaco distribuido, encendiéndose el habano con una cerilla larga y haciéndolo girar lentamente—. Hay que saber cuál es nuestro deber y qué se espera de nosotros. Solo los que entiendan eso tendrán algún papel en el nuevo orden europeo. Y serán recordados siempre.

Y mirando a Valjavec, que en aquel momento investigaba la vitola del habano, añadió:

—¡Como se recordará al Gruppenführer Fritz Katzmann, bajo las órdenes del cual usted y yo acabamos con más de medio millón de judíos!

Valjavec preguntó, un poco incrédulo, si solo de la región de Galitzia.

—¡Sí, solo de Galitzia! Estaba plagada de la lepra del judaísmo. Ahora es una tierra del todo desinfectada. Muchos judíos se buscaron papeles y de pronto quisieron pasar por arios. Pero no les sirvió de nada: acabamos con todos, con ellos y sus señoras, y sus hijos. No dejamos ni uno. Al principio los enterramos de cualquier manera, y precisamente aquellas fosas no han dado problemas de momento.

Se produjo un nuevo silencio. Dio una calada profunda al habano, y mientras expulsaba el humo, frunciendo los labios y

haciendo círculos de humo, contó de un tirón la siguiente historia, con un punto de relato documental, como quien habla de una anécdota de singular valor.

—Con aquel

EK

viví momentos duros, no lo negaré. Pero recuerdo uno con especial insistencia. Sueño con él, de hecho. Después de muchos días de trabajo, de poco dormir y en pésimas condiciones, caí en un sueño profundo, tan hondo y oscuro que cuando desperté no sabía dónde me hallaba. Como si hubiera despertado en la luna. Me encontraba en medio de un bosque de pinos finos y altísimos, y lo primero que vi fue a unos hombres, con picos y palas, cavando. Habría más de veinte, entre hombres y mujeres, todos picando en el duro suelo. Durante unos segundos, no entendía qué demonios hacían allí, en medio del bosque, con el pico y la pala. Después me percaté de que algunos estaban llorando. Pero a pesar de eso todos trabajaban aplicadamente, como si aquello que estaban haciendo fuera de especial importancia para ellos. Entonces, por fin entendí dónde estaba y caí en la cuenta de que eran judíos y estaban cavando su fosa.

Valjavec también se había encendido el habano y lo miraba con un gesto comprensivo y empático, como diciendo: me creo cualquier cosa que puedas contar.

—En menos de una hora ocuparían aquel agujero y desaparecerían en él para siempre. Mi mirada sobre ellos cambió de golpe y asistí fascinado a aquella escena. Me pregunté qué podían estar pensando en aquel momento. Todo aquello me tenía embrujado, cómo prepara su fosa el condenado. Donde permanecerá para siempre. Donde muy posiblemente se perderá su rastro también para siempre. Me pregunté por qué lo hacían, por qué no echaban a correr, por qué se esforzaban de aquella manera, a conciencia. Y de pronto lo entendí. Todos tenían la esperanza de salvarse en el último momento, y por eso trabajaban resignados. El hombre está hecho de una pasta que nunca se cree lo peor. Siempre confía en que habrá una última oportunidad, un milagro.

—Y los judíos son cobardes por naturaleza —apuntó Valjavec—. Y por eso se dejan matar como corderos…

—Primero matamos a las mujeres, que se mantuvieron firmes.

Después a los hombres: tres tiros a la cabeza y tres al corazón. Yo escogí el corazón de uno de aquellos que lloraba desconsoladamente mientras cavaba. No quería que se escapara, que tuviera suerte. Con él, no sucedió ningún milagro.
Cuesta muy poco matar a un ser humano. Esta es una de las lecciones que aprendí aquellos años. Y una vez has comenzado, el resto de asesinatos viene solo, como una rutina asumida. Sin hacerte demasiadas preguntas. Sin hacerte ninguna, en realidad. Fueron muy pocos los hombres de los *Einsatzkommandos* que se negaron a participar en aquellas matanzas. Entre los que tomaron parte había padres de familia, trabajadores honestos y laboriosos, gente íntegra y sencilla. ¿Por qué lo hicieron? Hay una pulsión evolutiva que debe de ser adaptativa, y que hace que el subordinado acate las órdenes, sean cuales sean estas. La educación recibida en la escuela, el servicio militar, así como una serie de recompensas y castigos en el seno de tu sociedad, reafirman e interiorizan esta tendencia innata a la obediencia más ciega e inhumana. La base de todo se encuentra en el *Führerprinzip*, en la creencia de que algunos individuos nacen especialmente dotados para el mando y que hay que obedecerlos hasta las últimas consecuencias. Y así, un estudioso de la Ilustración, como Valjavec, puede convertirse, casi de un día para otro, en un carnicero que mata impelido por conceptos tan abstractos, pero tan imperativos, como deber, lealtad y disciplina. Y sus hombres lo imitan y se felicitan entre ellos por el trabajo bien hecho.
Al poco de aquella entrevista, me llamaron a filas. Necesitaban con urgencia médicos castrenses, para hacer frente al ataque que se aproximaba. La llegada inminente del Ejército Rojo. Debo reconocer, comandante, que dudé entonces si avisar a Hans Beyer, para que me protegiera de aquel temible destino. Pero me vi en el sureste de Polonia, dirigiendo un *Einsatzkommando*, y quemando a la desesperada despojos nauseabundos de judíos, en aquel hórrido submundo de la limpieza étnica. También dudé en contactar con el decano Voss, y preguntarle si aún mantenía su propuesta, pero imaginé aquella guillotina cayendo sobre las cabezas de tantos desdichados, y con mayor premura ahora que el frente se aproximaba, y sentí náuseas. ¿Qué era preferible? No tenía tiempo de reacción. Y todas las posibilidades eran igual de aterradoras. El

Einsatzkommando, la Gestapo, los rusos… Caí en una lúgubre melancolía. Lejos de la familia, lejos de mi trabajo, me hundí en el desaliento y fui víctima del ron. Los soldados lo bebían como si fuera agua, y yo los imité, mientras esperaba inquieto mi traslado al frente de batalla. El peor destino que podía esperar, y lo que había estado evitando desde el inicio de la guerra.

Uno de mis últimos días en Posen, me encontré en la *Deutsches Haus* al rector Peter Carstens: fumaba a solas, la mirada perdida, acodado sobre la barra del bar. Me dirigí a él con la despreocupación de quien ya no tiene nada que perder, abandonada ya la posibilidad de hacer carrera académica en Posen. El rector iba impecablemente vestido con su uniforme de Standartenführer, y yo llevaba días sin cuidarme, con una barbita híspida y ligeramente pelirroja por las mejillas, y debía apestar a ron. Soy un hombre robusto, que aguanta bien el alcohol, pero sin duda el rector debió percibir los indicios de mi zozobra personal, de mi degradación anímica, algo habitual aquellos días de tantas incertidumbres.

—*Herr Doktor!* —me dijo, con una inesperada amabilidad—. Conozco sus trabajos. ¡Y no solo los conozco, sino que los admiro!

Aquello habría parecido un puro convencionalismo si no hubiera sido porque en seguida demostró un detallado conocimiento de mis trabajos, que expuso hábilmente, casi como quien hace un informe. Incluso, con un punto de coquetería, se permitió cuestionar algunos de mis descubrimientos, para demostrar que no solo los conocía bien sino que los había meditado tan a fondo que estaba en disposición de introducir mejoras y descubrir pequeños errores conceptuales. Entonces, ¿por qué no me había llamado? ¿Por qué me había dejado pudrirme en aquel hospital de frontera de mala muerte tratando locos de remate y dementes? ¿Por qué me había ninguneado de aquella manera? Siguió hablando, con aquel tono monocorde, y me confesó que estaba desengañado, que no había podido poner entre los decanos y otros cargos universitarios a los mejores, sino a aquellos que tenían más poder en el partido.

—Yo soy hijo de un maestro de Brunsbüttel, y siempre he sentido el mayor respeto por el conocimiento. Estudié ingeniería agrícola y me doctoré en mejora genética. Y comparto plenamente sus puntos de vista sobre la hibridación de las razas… Esto lo he estudiado en los perros, donde la hibridación saca siempre lo peor

de ambas razas. También ocurre lo mismo con los caballos: si cruzas un pura sangre de una raza con otro de otra, no potencias lo mejor de las dos razas, sino lo menos valioso, y al final tienes un engendro. Los criadores de caballos saben cómo de rigurosos hay que ser para mantener la estirpe pura, y lo complicado que es recuperar el linaje una vez se ha mezclado con sangre improcedente, por muy pura que sea.

Todo aquello me resultaba incómodo y sus caballos me importaban un rábano. Estaba dolido por no haberme dado la oportunidad de incorporarme a la universidad y porque ahora todo aquello me parecía extrañamente lejano. Lo último que deseaba es que me hablase de caballos y de hípica. Observé que el uniforme le venía ancho por el cuello, como si hubiera adelgazado muy rápidamente. Fijó su mirada fría sobre mí, inexpresiva como la de un reptil:

—Seguí con interés el trabajo liderado por el doctor Hippius, con unos resultados muy notables. También estoy informado de la oferta del decano Voss y de la última proposición del profesor Beyer…

Ahora fui yo quien dio un largo trago de ron.

—En unos días me incorporaré a mi nuevo destino en el frente… —le aclaré, para que viese que no me había unido a ellos. Pero la verdad, comandante, es que fue en aquel preciso momento cuando tomé la decisión definitiva.

—Sinceramente, profesor, no lo veía en ninguno de aquellos roles… Y el Hauptsturmführer Beyer seguro que encuentra a alguien más adecuado para aquella clase de labor…

—¿Por ejemplo, el Hauptsturmführer Höppner? —dije, con un tono un poco irónico.

El rector me miró fríamente. Seguramente no sabía nada y había sido una estrategia de Beyer para animarme a dar el paso. Sin embargo, sirvió para puntualizar un aspecto que desconocía.

—Conozco al Hauptsturmführer Höppner desde que llegué como rector de la Universidad de Posen. Él era entonces Sturmbannführer y jefe de las
SD
de la ciudad. El invierno del año 1941, Höppner escribió una carta al Obersturmbannführer Adolf Eichmann, la mano derecha del

malogrado Obergruppenführer Reinhard Heydrich, advirtiéndole que los judíos morirían de hambre durante aquellos meses y que lo más humano sería aniquilarlos con alguna acción rápida, conservando tan solo aquellos individuos que pudieran trabajar…

La acción rápida se refería, evidentemente, a gasearlos en camiones especiales.

—Su ayudante, el Brigadeführer Ernst Damzog, fue de los primeros en poner en práctica esta acción rápida en Chełmno, con judíos y gitanos de los alrededores, tan solo unos días después de recibir Höppner la autorización… Por tanto, podemos alardear de que aquí, en Posen, se inició todo. Y que nos guio una acción humanitaria.

El rector Carstens me detalló aquellas cosas de la misma manera prolija y fría como había comentado mi currículum. O que había encontrado no sé qué en mi investigación. Apuró la copa y emprendió un movimiento de despedida. De pronto se detuvo y me confesó:

—Hay un escritor español, autor de muchas máximas y sentencias, que me gusta mucho. Lo he podido leer en francés y se llama Gracián. Tiene una máxima que recoge muy bien mi pensamiento actual: «Nacemos engañados y morimos desengañados». Que tenga suerte, profesor. *Heil Hitler!*

El rector había golpeado los talones y alzado el brazo. Y yo, naturalmente, respondí a su saludo. Aún en aquel ritual encontrábamos una grandeza y una esperanza.

De la *Deutsches Haus* regresé a mi residencia. Doda iba moviendo las caderas por los cuarteles y casernas, y aquel día me la encontré en mi edificio. La vi muy desmejorada, literalmente hecha trizas, la llamé y la llevé a mi habitación: deseaba darle un poco de dinero y hablar un poco con ella sobre cómo la podía ayudar. Para mi sorpresa, Doda no quería hablar y tampoco recibir dinero a cambio de nada. Viéndome dudar, se encaramó a mi lecho, se arrodilló dándome la espalda, se subió la falda, se bajó poco a poco las bragas, y me mostró el sexo y el culo, abriéndolo ligeramente con las manos, de uñas mordidas. Me acerqué y le oculté el sexo con la falda, y le dije que no buscaba eso. Se giró y me miró por encima del hombro. Saltó de la cama, se subió las bragas y fingió como si se fuese a marchar. Seguramente interpretó que evitaba la

Rassenschande, copular con una eslava, por muy híbrida que fuese, y se sintió ofendida. Yo saqué de mi cartera un billete de cien Reichsmarks, una buena suma (en Posen, una noche de hotel con tres comidas costaba doce Reichsmarks), y se lo mostré. Doda lo cogió de malas maneras. Quizá pensaba que desnudándose ante mí ya tenía derecho a cobrar. Pero antes de dejarla ir le pregunté:

—Solo una cosa a cambio, Doda… ¿Eras tú aquella joven que denunció a su antiguo novio, casado con una judía?

Hizo un mohín de desdén:

—¿Sabe como llaman los policías estas acciones? Cacerías de judíos. Salen a cazar judíos, como quien sale a cazar liebres. Y hablan orgullosos de cuántos judíos han pillado en cada salida…

No me había contestado. Me mantuve en silencio. Y al final me lo explicó:

—El teniente a cargo de la patrulla me aseguró que no lo matarían. Cuando los obligaron a salir del búnker preguntó por él, y le ofreció salvar la vida. A fin de cuentas, no era judío. Pero no quiso, y murió fusilado cogido de la mano de su mujer judía.

Le pregunté por qué los polacos odiaban tanto a los judíos.

—¡Porque llevan diez siglos chupándonos la sangre! Los polacos odian a los nazis, pero aún odian más a los judíos… Es la única cosa que tenemos en común.

Y mirándome con sus ojos fosforescentes, como de bestia del trópico, añadió:

—¡Y eso también es aplicable a los partisanos de la *Armia Krajova*! ¡No encontraréis ni un solo judío entre ellos!

Doda se giró y se esfumó sin decir nada más. Yo me dejé caer en el lecho. La suerte estaba echada. Y tenía que afrontar mi destino.

21

As de Picas

Antes de marchar al frente, me concedieron unos días de permiso para poder visitar a mi familia. Hacía más de medio año que no estaba con ellos, y mi hija pequeña había crecido mucho: me había perdido unos meses preciosos, cuando el bebé comienza a ser alguien, cuando se produce aquel clic biológico que hace que el cuerpecito se ponga derecho y deje de gatear como una bestia para devenir una persona. Mi padre me recibió con sus barbas apostólicas; en su mirada había cariño y, al mismo tiempo, un cierto temor. Sabía que mi estancia en Posen había sido en muchos aspectos complicada, con episodios traumáticos, nada que ver con el período de Königsberg, tan enriquecedor y estimulante. El hecho de tener que incorporarme al frente nos angustiaba a todos, y la alegría del reencuentro se vio eclipsada por este horizonte tan oscuro e incierto. Las noticias que nos llegaban eran a todas luces malas, por doquier el ejército alemán se batía en retirada, a pesar de las órdenes explícitas de Hitler de mantener la posición hasta el último hombre. Esta orden causaba a menudo pérdidas humanas escalofriantes. La radio hablaba de batallas heroicas, y eso, en el idioma retorcido del nazismo, resonaba en nuestras conciencias como verdaderos actos suicidas y mortuorios. Vi sobre la mesa del comedor el *Völkischer Beobachter*, diario oficial del
NSDAP
, y suspiré: Kurt Stavenhagen llamaba al
VB
el *Verblödungs Blatt*, es decir, la *Hoja de Embrutecimiento*. En cualquier caso, aquel era el hogar de un verdadero nacionalsocialista, no cabía ninguna duda.

Mi padre culpaba de todo a la técnica. Decía que los alemanes

nos habíamos dormido en los laureles, y que poco a poco los aliados nos habían superado. Que un Spitfire era notablemente mejor avión que un Messerschmitt
Bf
109, o que un Mustang era sencillamente imparable, el mejor caza que existía. Decía que la guerra ya no era tanto una cuestión de valor como de buen armamento, y que por este mismo motivo tanto
BMW
como Benz deberían haber sido la prioridad industrial de este país. Aquellos días yo estaba muy cansado para discutir, o conversar, sobre estos temas tan prolijos. Hubiera preferido hacer un paréntesis completo, librarme al reposo y al cariño de los míos, olvidarme de la guerra durante unos días, hacer una cura de paz y silencio, de lento reencuentro familiar. Me había alejado mucho de ellos, en algunos aspectos casi eran unos desconocidos. No quería saber más, no escuchar nada, apagaba la radio, no compraba la prensa, no abría la correspondencia, no preguntaba a nadie, estaba hastiado de todo. Había caído en un estado de delicuescencia, de nihilismo, de aborrecimiento completo y absoluto. Pero mi padre volvía a la carga, porque él en cambio necesitaba noticias, quería comprender a su vez, explicarse cómo era posible que los alemanes estuviesen en aquella mala situación, contra las cuerdas. Aquello le parecía del todo inasumible. Constantemente hablaba de mejoras y que durante el otoño sacarían seguro alguna novedad, como si se tratara de un catálogo de moda. Resultaba enternecedor comprobar cómo mantenía plenamente intacta su fe en la *Endsieg*, en la victoria final, sin un atisbo de autocrítica. Sin embargo, las novedades providenciales, tan anunciadas por Hitler y Goebbels, no acababan de llegar. En cambio, recordé que Albert Speer había alertado de que se estaba perdiendo un material humano precioso e irreemplazable con la cuestión judía, y lo comenté, como una posible contrapartida, bien real y sin nada que ver con aquellas promesas de armas letales. También le conté que las fábricas alemanas estaban en casi su totalidad constituidas por mano de obra esclava, bien por judíos escuálidos y a un paso de la muerte, bien por polacos y checos, a los que se les había sacado de mala manera de sus hogares y desposeído de todo, enviando a sus hijos al exterminio. Por tanto, un

BMW
o un Benz, por mucho que llevara el nombre, ya no lo era, porque los operarios que lo habían construido no estaban plenamente capacitados. Era un sucedáneo, algo que no se podía decir de un Mustang o un Spitfire, por muchos negros que hubieran operado en su construcción. Mi padre callaba, y mi mujer solo dijo que el tema judío nos había sorbido los sesos. Mi padre habría preferido que mi mujer fuera más discreta y parloteara menos. En realidad, aquel comentario le pareció demasiado dirigido a él. Y eso lo enfurruñó, porque él era un nacionalsocialista de viejo abolengo, nazi *avant la lettre*, y consideraba que la mujer cuanto menos expresara su parecer, mucho mejor. Entonces rezongó, cerrando los párpados y frotándose los ojos con el índice y el pulgar de la mano derecha:

—¡*Puercos alemanes*, nos llaman! ¡Tenemos a gente tan grande como Wagner, Liszt, Goethe o Schiller y aun así nos tildan de *puercos alemanes*! ¡Aún hemos sido demasiado humanitarios! ¡Aún se han aprovechado demasiado de nuestro buen corazón! ¿En Inglaterra quién gobierna? Los judíos. ¿Y en Estados Unidos? ¡Los judíos! ¿Y el bolchevismo? ¡El bolchevismo es el judío elevado a la máxima potencia!

Me quedé mirándolo sin saber cómo reaccionar. Mi padre abrió los ojos, enrojecidos por el masaje. De pronto entendí que se había quedado anclado en el *Anschluss*, y que no había evolucionado más, y que, además, ahora chocheaba. Mi mujer me lanzó una larga mirada de circunstancias, con los puños en jarras, como diciendo, ahí lo tienes, a tu padre, ¡es peor que el *Wochenschau*! ¡Todos los días tengo que aguantar esta tabarra! Me los imaginé discutiendo sin cesar. Entonces se lo conté todo.

—Padre, vamos de pueblo en pueblo, y hacemos acudir a los niños y adolescentes a la plaza. Decimos que estamos allí para una inspección de salud, o para una vacunación, o lo que sea. Tomamos nota de los que nos parecen más arios, y de dónde viven, y días después volvemos con un camión y una cuadrilla de las
SS
y los raptamos a punta de pistola. Estos niños y niñas robados son acto seguido sometidos a una profunda inspección psicomorfológica para ver si son germanizables, un trabajo que puede durar tres semanas, a veces un mes. A los mejores, a los más puros, a los que

hablan un poco de alemán, los enviamos a Alemania, a una familia de acogida y con un nuevo nombre. Al resto, a los que son menos puros, o más conflictivos, los damos en adopción a los nuevos granjeros colonos llegados a Polonia, después de haber expulsado a los legítimos propietarios. Y a los que no son germanizables, sea porque son demasiado eslavos o porque tienen algún defecto, aunque sea menor, los enviamos a campos de concentración, donde más pronto que tarde acabarán siendo gaseados y quemados en los hornos, construidos a tal efecto. ¡Estas cosas hacemos, padre! ¡Nosotros, los orgullosos herederos de Goethe y Schiller!

Mi padre calló, mientras se mesaba la gran barba de plata, tan poblada. Allí, sobre su butaca, parecía una especie de Dios.

—Y ahora nos espera el frente ruso… Vienen los hijos de los que hemos matado, los hijos de las madres que hemos violado, de aquellos a los que hemos escamoteado y rapiñado lo poco que tenían. Vienen con un hambre inmensa de revancha, dispuestos a todo, a dejarse la última gota de sangre. ¡Y usted me habla de la técnica!

Mi padre hizo con la mano un gesto de calma. Pero no le hice caso.

—¡No sé si los podremos contener! El frente es inmenso. Y sí, el armamento está obsoleto en muchos sentidos. Pero los soldados también están agotados. Las condiciones en las que han pasado un año en Rusia son increíbles. ¡No sé cómo ha habido quien ha conseguido sobrevivir!

Mi padre ignoró buena parte de lo que había dicho, como si todo lo que acababa de explicar no tuviera ninguna relevancia respecto a la cuestión real, y volvió a insistir afanosamente en la importancia de la tecnología.

—Además de las armas, como el tanque Sherman, los norteamericanos han enviado a Rusia camiones, *jeeps*, locomotoras, vagones de ferrocarril, tractores, en fin, todo tipo de transportes. De lo que se trata es de transportar todos los soldados posibles al frente. ¡Eso está convirtiendo a las fuerzas rusas en un enorme ejército mecanizado! ¡Incluso he oído que los oficiales van en Studebakers norteamericanos! Tengo la sensación de que los bolcheviques han preparado mejor a sus hombres para una guerra prolongada y que, nosotros… ¡dimos la guerra por ganada

demasiado pronto!

Con un tono más calmado, concluyó:

—¡De todos modos, sin duda hay que confiar en el criterio infalible del Führer! Él sabrá conducir a nuestro pueblo a la victoria. He leído que ya están ensayando un arma poderosísima, que si es necesario será utilizada como castigo contra los aliados. ¡Se lo tendrán bien merecido! Una superarma aún más rápida y mortífera que la V2. ¡Puede que la pongan en funcionamiento el 20 de abril, aniversario del Führer!

Era evidente que mi padre creía en todas aquellas chorradas. Creía en el arma milagrosa que nos libraría de una vez por todas de nuestros enemigos. Incluso daba pábulo a que la Luftwaffe pronto activaría unas turbinas que permitirían aspirar los aviones enemigos y estrellarlos contra el suelo, y así nos libraríamos de los bombarderos. ¡Seguro que también era de los que propagaban que durante los bombardeos los únicos muros que no se destruían eran los que tenían colgando un retrato del Führer! Vi que mi mujer estaba llorando. De golpe comprendí que no estaba segura de cuál había sido mi papel en Posen. Sollozaba mientras decía, *Herr Gott! Herr Gott!* La abracé y noté que temblaba. Me suplicó, con voz queda:

—Dime que no has participado en el rapto de polacos… ¡Dímelo!

Callé. Ella insistió, los ojos brillantes.

—Júrame que no tienes nada que ver con esos horribles secuestros de niños… ¡Ni con nada relacionado con ello!

Le mentí, y le dije que no con la cabeza. Pero en aquel momento no pude dejar de recordar la mirada llorosa de aquellos niños en el andén de Belzec, y sentir una punzada en el corazón.

—¡Hemos querido dar sentido a un sinsentido! ¡Y ahora pagaremos de veras las consecuencias! —añadió, dudando si creerme o no.

Estaba hundida, los ojos llenos de lágrimas. ¿Pero de qué me acusaba? Ella también era una fiel militante nacionalsocialista. Ella también formaba parte del sistema, también se había aprovechado de sus prebendas, no podía quedarse ahora al margen. No era justo hacerme a mí solo responsable. Sabía tan bien como yo lo que se hacía en las Lebensborn; conocía de años a la doctora Hetzer y su

papel en Polonia, y como matrona tenía muchos amigos en estos centros. No podía ahora desentenderse de todo, como si aquello no fuera con ella. Intenté calmarla, y le dije, mientras miraba a mi padre, cargado de años:

—¡Cumpliremos con nuestro deber hasta el final! Ahora ya no nos podemos echar atrás, ni lamentarnos de nada. Hemos de resistir, ¡como los viejos nibelungos! ¡Y antes de Navidad ya habrá acabado todo!

Mi padre se alzó pesadamente de su sillón, vino hacia mí y me abrazó. Y con emoción concluyó, contento de poder acabar así aquella discusión tan agria:

—¡Y regresarás victorioso, hijo! ¡Estoy seguro de que la espada Durandal volverá a alzarse, y como el caballero Roldán, derrotaréis al poderoso enemigo!

Acto seguido, me palmeó vigorosamente la espalda, regresó a su butaca y se dejó caer sobre ella, mientras decía, para él:

—¿Qué sentido tendría todo si no fuera así?

Tan pronto como pude, salí a dar una vuelta por Viena. El regreso había sido tan angustiante y tenso que necesitaba evadirme un poco. La primavera se olía en el aire, y en los parques los narcisos y las tulipas mostraban sus flores delicadas, ajenos a la ola de destrucción que asolaba medio mundo. Necesitaba revivir los paisajes amados, los rincones vividos, mi cotidianidad perdida. Y, sin embargo, el azar es caprichoso y rebuscado, y al poco de salir me topé con Karl von Frisch, el gran especialista en el comportamiento de las abejas y científico desahuciado del Vivarium. Yo ya vestía mi uniforme de médico castrense, y él me miró cohibido, algo a la defensiva, temiendo hablar conmigo. Acababa de llegar a Viena para solventar unas cuestiones familiares, y el reencuentro fue una sorpresa incómoda para ambos. Me mostré tan cordial como pude y le comenté que había leído su artículo en la revista *Das Reich* y que me había parecido admirable. En aquel texto, publicado en un medio controlado directamente por Joseph Goebbels, Karl von Frisch defendía la necesidad de la eugenesia y que «la calidad genética humana iba menguando», por lo que abogaba de manera contundente por la esterilización forzada de los individuos retrasados y desvalidos. Debo indicar que Frisch siempre había sido un eugenista convencido, y que en 1936 ya había

publicado un libro de divulgación donde alertaba sobre cómo la salud genética del pueblo alemán estaba en grave peligro y que era imperativo poner medidas eficaces para controlar aquella situación tan preocupante. «¿No es mejor que los retrasados mentales no nazcan nunca a que lo hagan, con la tortura que representa eso para ellos y sus familiares?», escribía retóricamente. Claro está que no se imaginaba ni de lejos que poco después él y su familia figurarían entre el grupo de indeseables genéticamente, a los que se pensaba eliminar debido a su sangre *contaminada*.

Karl von Frisch no contestó nada y me miró desde sus ojos inexpresivos, ocultos tras unas gafitas redondas. Tenía cincuenta y cuatro años, y por eso se había librado del servicio militar. Por eso y, evidentemente, por la inesperada sorpresa de su sangre judía. Pero ¿cómo había sobrevivido? ¿Las peticiones de indulgencia al Führer habían surtido efecto? ¿Frisch era aquel *judío bueno* que todos conocíamos, como alertaba Himmler?

—Bueno, eso de *Das Reich* fueron tan solo unas notas —dijo finalmente, restando importancia a la publicación.

—¡Unas notas muy oportunas! —corroboré, con un gesto de aprobación, para que se sintiera cómodo—. Relacionar el valor con la pureza de sangre es una cuestión que no había pensado nunca.

Su hermano había militado en el partido
NSDAP
antes de la anexión, y fue expulsado cuando se descubrió su sangre judía. Todo aquello era muy injusto. Pensé que Karl von Frisch podría ser un gran científico nazi si no hubiera tenido un bisabuelo judío, del cual, por cierto, nadie se acordaba. ¡Pero si en muchos aspectos era más nazi que yo!

Me interesé por su situación.

—Pues he tenido la suerte de la *Nosema*…

Lo miré perplejo.

—De *Nosema apis*, un parásito fúngico de las abejas, que está causando la muerte de las colonias. Si no hay abejas, no hay fertilización de las cosechas, si no hay cosechas, no hay alimento para los soldados, y si a los soldados les falta alimento, no hay victoria posible… Por eso he salvado la vida. Han preguntado: ¿quién sabe de abejas? ¡Von Frisch! ¡Pero tiene sangre judía! Salvemos primero a las abejas… ¡Ya veremos después que hacemos

con él! ¡Así están las cosas!

Le confesé que había escuchado que sus amigos habían escrito incluso al Führer pidiendo clemencia.

—Sí, eso es cierto. Les estoy muy agradecido. No sé si soy merecedor de tanta bondad. Pero lo que me ha salvado de momento ha sido la nosemiasis… ¡El rector Knoll no quería de ningún modo que se me tuviera en cuenta! Él tenía otros planes para mí…

Guardé silencio: ya imaginaba en qué consistían aquellos planes. El rector había perseguido a Przibram, el maestro de Von Frisch, y ahora perseguía a su discípulo. A Knoll no le gustaba dejar cabos sueltos.

—Sin la nosemiasis no sé qué habría pasado, si le soy sincero… A veces me pregunto todo lo que habría hecho de no tener la desgracia de aquel antepasado judío… ¡Me siento tan impotente! Mientras haya plaga, hay esperanza… De momento, mi vida pende de este hongo.

Nos despedimos deseándonos suerte.

—¡Ambos la necesitaremos! —me dijo, consciente de que quizá nunca más nos volveríamos a ver.

Me destinaron a Vitebsk, a doscientos kilómetros de Minsk, en Bielorrusia. Allí me esperaba la División 206 de Infantería, conocida como As de Picas, por la forma de su emblema. Llegué una noche de inicios de abril de 1944, en medio de una niebla espesa, que nacía desde las orillas del Dvina. Los campanarios de la catedral de San Nicolás se alzaban como dos extraños e inquietantes fantasmas, aislados en un silencio profundo. Sentí un escalofrío, de helor y soledad intensa. Tenía la amarga sensación de que allí se definiría mi destino. Durante la Operación Barbarroja, esta ciudad de Bielorrusia se había considerado transcendental en la conquista de Moscú, y ahora «la rueda había girado», y lo era en la conquista de Berlín por parte de los rusos. El Führer había ordenado resistir hasta el último hombre, y la ciudad fortificada se preparaba para lo que pudiera pasar. Nosotros estábamos a 465 kilómetros de Moscú, y ellos, los rusos, a 880 de Berlín, pero sabíamos que las distancias engañaban y que nos jugábamos mucho. Que los rusos estaban más cerca de nosotros que nosotros de ellos era cada vez más una certeza, en un extraño juego de equilibrios. No obstante, los movimientos de las tropas rusas indicaban a los agentes secretos de

espionaje que la ruptura del frente se realizaría por Ucrania, y de alguna manera, dentro de las circunstancias, el ambiente era bastante tranquilo. Cuando llegué, tuve la curiosa sensación de que no existía ningún peligro inminente, a pesar de los constantes ataques de pequeñas ofensivas. La población civil prácticamente había desaparecido: en la ciudad, todo era movimiento de soldados y militares de alta graduación. Yo llevaba mi uniforme de Sanitätsoffiziere, con la distinción de Esculapio en la manga derecha (una serpiente sobre un bastón de mando). Los soldados se detenían y me hacían el saludo militar, lo que al principio era desconcertante, pero también agradable. Me sentía, quizá desde el inicio de la guerra, útil y reconocido. Hasta ahora me había mantenido alejado del frente y no había sentido la tensión intensa de la guerra, y la camaradería, un poco ingenua, que se instala en todos aquellos corazones, temerosos e insensatos, pero al mismo tiempo acogedores y hermanos. Como experiencia era agradable sentirse adoptado por el grupo, preparado para el sacrificio si fuera necesario. Pasé por delante del ayuntamiento, con la torre con el gran reloj y una veleta que temblaba bajo el azote del viento intenso del noroeste. Un sacerdote ortodoxo, con su peculiar sombrero y las largas barbas, se cruzó delante de mí, con gesto reconcentrado. A mano izquierda quedaba la catedral, con sus dos bellos campanarios, coronados por dos grandes cruces. Desde la llegada de los alemanes se había protegido y respaldado el culto ortodoxo, con el fin de combatir el ateísmo del Ejército Rojo. Se pretendía desacreditar el régimen anticlerical de Stalin y presentarlo ante la opinión pública bielorrusa como blasfemo. Con la llegada de los bolcheviques, el año 1936, se habían cerrado las iglesias de Vitebsk, y algunas incluso se habían demolido, como la bella catedral de la Asunción. La iglesia católica de Santa Bárbara se había utilizado como almacén de fertilizantes. Y los alemanes ahora querían hacer creer a los habitantes de Vitebsk que con nosotros su culto religioso tendría algún futuro, y que de respaldarnos contra los soviéticos salvaguardaríamos sus templos. Una estrategia que me incomodaba bastante, porque se alejaba del laicismo del nacionalsocialismo. Por supuesto las cosas cambiarían una vez ganada la guerra, y se buscaba tan solo hallar un poco de simpatía por parte de los habitantes más beatos. Pero pienso que aquellos

gestos y concesiones sirvieron de poco.

Llegué al hospital, donde me recibió el capitán médico de la división. El Stabsarzt me informó que mi destino se hallaba a unos pocos kilómetros, en un búnker junto al río Luchesa. Le comenté que mi trabajo hasta entonces había sido como médico psiquiátrico, tratando especialmente casos de esquizofrenia, y que no había tenido casi experiencia como cirujano. Era un hombre de unos cincuenta años, alto y medio calvo, con unas gafitas redondas metálicas en la punta de la nariz, de aspecto fatigado.

—¿No ha servido aún en el frente? —preguntó sorprendido, inspeccionando ahora mi expediente para encontrar alguna buena razón.

Le referí que había estado en Posen, en misiones especiales al principio y después en el hospital, trabajando como psiquiatra. Hizo un movimiento de cabeza afirmativo, que no supe interpretar si era valorativo o comprensivo. Quiero decir que tuve la ligera sensación de que desaprobaba aquellas misiones, como si yo hubiera hecho novillos de mis obligaciones reales o como si estas le pareciesen delicuescencias que me habían apartado de mi verdadero deber.

—En un principio debería haber dos médicos por batallón, pero eso en estos momentos es imposible. A partir de Stalingrado las cosas han cambiado mucho y no disponemos de medios suficientes. Solo contará con un asistente…

Inspeccionó el informe.

—Con la ayuda del Unterarzt Heinrich Haben… Es un sanitario veterano, le será de mucha ayuda.

Noté un sudor frío. Estaría a solas, de mí dependería todo. Puede que aquel sargento Haben me pudiese ayudar, pero me sentí desamparado. Manifesté mi duda de que no pudiera llevar a cabo mi cometido, ni realizar ninguna operación. Y temblándome la voz, añadí, con la boca seca, ninguna amputación.

—Haben tiene experiencia de sobra, doctor. En realidad, podría haber ascendido, si no fuera tan testarudo e indisciplinado… Fue condecorado, pero, en fin, en confianza, es un tipo singular, pero muy competente. Y, además, doctor, tiene el

Dv.

59. En este manual hallará todas las instrucciones para unos primeros auxilios y para el desempeño de su misión.

Yo hubiera preferido integrarme en algún equipo médico, y colaborar en lo que fuese posible, pero como subalterno. No deseaba tener el mando de todo un equipo médico.

—No podemos escoger, doctor. También tendrá ayuda de los *krankenträgers*, muchos de estos camilleros tienen experiencia, porque se han tragado ya mucha guerra… Entre todos se apañará bien. ¡Déjese guiar por su instinto! ¿Lleva mucho equipaje?

Contesté que no, que tan solo lo más imprescindible.

—Mucho mejor. También vamos muy cortos de gasolina. Si no le importa, un *kradmelder* lo conducirá a la posta sanitaria. Es mucho más rápido y eficiente.

Cuando iba a retirarme aún me preguntó:

—Aquellas misiones especiales, imagino que eran de las SS. ¿No, doctor?

Lo miré sin contestar.

—Lo digo por Polonia, y todo aquello del *entpolonisierung*… Veo que ha pasado más de un año en Posen.

Volví a asentir con un movimiento de cabeza. Aquellas no eran formas muy militares, pero el comandante médico no parecía preocupado por eso.

—¡Pues bienvenido al frente, doctor! ¡Aquí todo eso de la raza tiene poca, por no decir ninguna, importancia!

Tosió y fijó sus ojos pequeños sobre mí:

—Y olvídese de la *Rassenschande*: ¡Vitebsk es un inmenso burdel!

El *kradmelder* se llamaba Fröschl. La motocicleta era una Zundapp KS 750, con sidecar, y emblemas de la Cruz Roja. Le hice unos comentarios al cabo Fröschl sobre la moto y su cilindrada, sobre su motor de dos tiempos y sobre la peculiaridad de que tuviera la rueda motriz en el sidecar. Aquello abrió la veda a una conversación informal con el cabo: un hombre de risa fácil y ojos muy separados, con una buena narizota en el centro de la cara. De un tema pasaba a otro, con una prodigiosa habilidad, siempre haciendo broma y concluyendo las frases con una risita que era una mezcla de resignación y de cansancio, como quien dice «¡qué mierda es todo!».

—¡Tan solo ha habido dos hombres en la historia que han ignorado que en Rusia durante el invierno hace mucho frío! ¡Bonaparte y el Führer! ¡Menos ellos dos, todos los demás lo sabían! Y antes del invierno, las lluvias, *rasputitsa*, las llaman los rusos… Nunca he tragado tanto barro con mi
R
75…

—¡Qué buena moto, esa
BMW
! —dije yo, para reconducir la conversación.

Entonces le pedí que parara un momento. Había visto que en la carretera había una cría de grajo, y corría el riesgo de que la atropellaran. Fröschl me miraba con los ojos como platos, y cuando regresé al sidecar movía la cabeza como diciendo que hay gente para todo. Intenté convencerlo de que no hay ave más agradecida que el grajo, y que por poco que lo alimentases te consideraría para siempre su madre. Aquello al cabo le hizo reír de veras, y abriendo mucho sus ojos, exclamó: «¡Y para qué demonios voy a querer yo que me considere su madre!».

Fröschl paró la moto y me dijo que ya habíamos llegado. Miré el lugar sorprendido y tan solo descubrí el tejado de un búnker, muy bien disimulado con hierba creciendo encima, y con unas ventanas alargadas y rectangulares a la altura del suelo. En la puerta había un par de camilleros, bajo una bandera con la cruz roja. El búnker era de madera, con troncos entrecruzados y cinco niveles de refuerzo, para así crear unos muros sólidos y resistentes a los bombardeos. Entré y me sorprendió la amplitud de aquel refugio. Un camillero me condujo hasta la sala de operaciones, donde el asistente Haben estaba inspeccionando a un soldado, que tenía el pie destrozado, con un buen boquete en la planta. El asistente, con los guantes ensangrentados, me saludó con un gesto de cabeza, y me preguntó mi parecer, mostrándome el pie. Miré aquella herida monstruosa y sentí un vahído de ansiedad y asco.

—No creo que lo podamos salvar —comenté, casi por decir alguna cosa.

Haben se mostró de acuerdo.

—Tampoco lo creo yo, *Herr Assistenzarzt*… —dijo tratándome por mi rango militar—. Pero, en realidad, me refería a si

informábamos…

El soldado había perdido la conciencia. Haben me preguntaba si debíamos alertar a la policía militar de aquel caso claro de automutilación. Contesté que no: no era cuestión de mandar fusilar a mi primer paciente. Ya había tenido demasiadas experiencias de ese tipo en el hospital psiquiátrico.

Entonces, como si hubiese una relación entre esa decisión y lo que me iba a proponer, Haben me informó de que por la noche tenía pensado ir a Vitebsk, que había un concierto en el teatro de la población, y si tenía ganas sería un honor para él que lo acompañara. Por tanto, horas después, cuando ya estaba instalado, subimos a un descoyuntado Citroën y fuimos a la ciudad. Se había producido un corte de electricidad, y todo estaba a oscuras, hasta el extremo de que la orquesta tuvo que actuar a la luz de las candelas. Interpretaron *Eine Kleine Nachtmusik* de Mozart, y cuando escuché el *Andante* que abre la pieza los ojos se me inundaron de lágrimas. Pensé: ¡cuánta belleza! ¡Cuánta belleza que tenía olvidada! ¡Cuánta belleza entre el horror y el odio, entre la masacre y la destrucción, entre la barbarie y la desesperanza! También pensé que Mozart era austríaco y sentí un gran consuelo. Aquello también era mío. *Puercos alemanes*, nos llaman… ¿Cómo era posible? ¡A nosotros, los hijos de Bach y Mozart! ¡Y de Beethoven!

Mientras regresábamos al búnker, le pregunté al sanitario si tenía familia. Estábamos relajados, los dos fumando nuestro tabaco, y aún resonaba en nuestros corazones la música revitalizadora de Mozart. Me contestó afirmativamente, que nada más ni nada menos que cuatro hijas: Ilka, Ilse, Ina e Ingrid…

—Cosas de mi mujer, *Herr Assistenzarzt*, estos nombres. Ella se llama Isabel. Y a mí no me pareció mal que mis hijas también llevasen un nombre que empezara por

i

. En realidad, ahora, y desde aquí, desde esta distancia, lo veo como algo bonito. Y me siento extrañamente orgulloso. ¿Usted tiene hijos, *Herr Assistenzarzt*?

Le contesté que sí y le hablé un poco de ellos. Haben concluyó:

—A veces me pregunto cómo podrían haber sido las cosas si la historia hubiera ido por otra parte… Si hubiéramos ganado la guerra del 14, posiblemente no estaríamos aquí…

Contesté que efectivamente, muy probablemente las cosas habrían sido distintas. También pensé en Walther Rathenau, y qué habría pasado si no lo hubiesen matado. Se lo comenté y se mostró de acuerdo.

—Son ucronías, pero me entretiene jugar con ellas, imaginarme en otra situación… —continuó Haben—. Perdimos la guerra por poco, nos rendimos demasiado pronto, podríamos haber resistido y quizá la suerte habría caído de nuestra parte, y yo ahora estaría con mi esposa y mis cuatro hijas en el comedor de mi casa escuchando en la radio un concierto de Mozart y bebiéndome una cerveza con mucha espuma.

Aquello se estaba poniendo demasiado sentimental. Cuando iba a hacerle un comentario para desviar la conversación añadió:

—Y si el Führer tuviera buena salud puede que las cosas también fuesen bien distintas. ¿No lo cree así, *Herr Assistenzarzt*? En Stalingrado asistí a un médico que estaba herido de muerte. Antes de morir me dijo, en su delirio, que todo era culpa de la enfermedad del Führer…

¿De qué estaba hablando?

—¡Sífilis, *Herr Assistenzarzt*! El Führer está en la tercera fase de la enfermedad, aquella que causa trastornos importantes en el cerebro, que hace perder el sentido de la realidad, que produce delirios de grandeza… De no ser por eso, jamás se habría lanzado a conquistar Rusia, me dijo aquel médico en su agonía. Y me lo creo. ¡En realidad, nuestro destino está en manos de un demente!

Haben me contó que Hitler había pillado la sífilis de una prostituta antes de la primera guerra, y que por eso se quedó ciego durante un tiempo. En *Mein Kampf* lo justificaba como un trauma psicosomático cuando conoció las vergonzosas y humillantes condiciones de la rendición de Alemania. Pero, en realidad, se trataba de un síntoma claro del progreso de la sífilis.

—¡El Führer no está en condiciones de dirigir el país, y menos en tiempos de guerra! —remachó Haben, angustiado—. Creo que Himmler está informado de todo, pero no moverá ni un dedo. Claro que no sé a quién prefiero: ¡me han dicho de buena fuente que Himmler se cree la reencarnación del rey Enrique!

Entendí la advertencia del Stabsarzt respecto al sanitario Haben y de que era un tipo singular. Evidentemente, no di ninguna

credibilidad al cuento ese de la sífilis del Führer: ¿quería sugerir Haben que toda la monumental gesta de Alemania conquistando medio mundo era consecuencia del avance de las espiroquetas en el cerebro de nuestro líder? ¡Aquello era demasiado duro para creerlo! Llegamos en silencio al búnker. La noche era fresca, el cielo hormigueaba de estrellas; un autillo había salido de su escondite y emitía su canto aflautado y puntuado, que era replicado por el *huhuhu* grave de un cárabo. Algo más lejos un ruiseñor comenzó a gorjear en la noche oscura. Haben y yo nos quedamos un rato escuchando aquel otro concierto, tan inesperado, a tres voces: el virtuosismo del ruiseñor, el ritmo pausado del autillo, la solemnidad grave del cárabo. Aquella tierra era áspera y primitiva, pero al mismo tiempo tenía una indudable belleza y autenticidad.

22

La ratonera

Vitebsk era una ratonera y nadie se lo imaginaba. Me habían metido en la boca del lobo sin saberlo. Los del
OKH
daban por seguro que el ataque ruso se produciría por Ucrania. En Vitebsk todo estaba tranquilo, incluso demasiado tranquilo; se oía a veces algún disparo de los francotiradores rusos, o se sufrían las consecuencias del sabotaje de algún grupo de partisanos, pero eran acciones esporádicas. De tanto en tanto, resonaba el tamborileo de una ametralladora, pero tan alejada y con intervalos tan largos que parecía algo tan inofensivo como el repiqueteo de un pájaro carpintero sobre el tronco de un pino.

Aproveché aquella calma de los meses de abril y de mayo para desarrollar mis pensamientos sobre la biologización del hombre, con la idea de continuar con ellos acabada la guerra en alguna universidad o incluso en la Fundación Reinhard Heydrich de Praga. Nuestra especie estaba en peligro por un problema de domesticación; de la misma manera que el conejo doméstico es incapaz de esquivar al zorro, el hombre doméstico se había convertido en un ser biológicamente inestable, impedido, que acabaría degenerando de manera definitiva e irreparable. Tan solo una política racial adecuada podía poner freno a este peligro; era necesario regresar a la vida campestre, abandonar las grandes ciudades, criar a los hijos al aire libre, nutriéndolos con buenos alimentos, eliminando a los individuos débiles, o defectuosos, como hacían los espartanos. Se tenía que alternar la vida entre el campo y la ciudad: el flujo vital de una población agradece la circulación de la gente, y se evita el riesgo de la consanguinidad. Era necesario, por tanto, estar mucho más atentos a la salud genética del pueblo y guiar sus pasos hacia una vida saludable, y no solo desde el punto

de vista nutritivo sino también reproductivo.

Ahora que escribo estas ideas, comandante, me percato plenamente de su peligro potencial. Pero ¿hay algún pecado en intentar mejorar la raza humana? ¿En hacer niños más fuertes y sanos, más inteligentes y audaces, más aptos y luchadores? Allá en el frente me llegó una carta postal de Ingrid, desde Berlín, con el retrato de Hitler junto al lema impreso «Alemania vencerá, porque vivirá», donde tan solo me decía: «Doctor, le confirmo que el Tercer Reich tiene un nuevo soldado. *Heil Hitler!*». ¡En aquel *Heil Hitler* había condensada tanta alegría, tanta esperanza! Era un grito orgulloso, lleno de vanidad y de resistencia, que animaba al combate y a entregarlo todo por aquella idea. Ingrid se había sacrificado por aquel ideal nacionalsocialista, había dejado sus dos hijos en la Lebensborn y nunca más sabría de ellos. A fin de cuentas, era admirable. Sí, yo creía en esa Gran Alemania, culta y científica, que tan solo se dejara conducir por las grandes acciones. Estábamos hartos del judaísmo, de la religión católica, de meapilas y barbudos sionistas, de musulmanes y de testigos de Jehová, de timadores con una Biblia o un Corán en la mano… Creía en un Estado aconfesional, que tan solo se regiría por las leyes de la ciencia, lo más alejado posible de la religión. Un Estado consagrado por completo al cultivo de la razón y de la cultura. Y, sin embargo, mientras escribía aquella mirada nueva sobre el hombre, sobre aquel superhombre de Zaratustra, también sentía un mal sabor de boca. En Vitebsk, antes de la llegada de los alemanes, vivían cincuenta mil judíos. Al principio los amontonaron en el gueto, donde murieron muchos niños y ancianos ateridos de frío y de enfermedades, y a partir de 1944 comenzaron a enviarlos a campos de exterminio. No dejaron ni uno. A muchos los habían asesinado antes, fusilándolos y enterrándolos en fosas, o bien lanzándolos al río Dvina. Decenas y decenas de cadáveres flotando en el río. Aquello se hizo con la aquiescencia del resto de habitantes de Vitebsk: nadie protestó, vieron cómo los aniquilaban sin mover ni un dedo. Es posible que algunos pocos judíos se salvasen, y se integrasen entre los grupos de partisanos, pero cuando yo llegué a Vitebsk no quedaba ni uno solo. Y nadie los echaba de menos, nadie hablaba de ellos, a nadie le importaba, más bien parecía que se habían librado de un estorbo. La masacre en Vitebsk y en otros

lugares de Bielorrusia había sido colosal, igual o más de estremecedora que en Polonia. Pregunté a mi asistente Haben sobre cómo había sucedido todo aquello. Noté que el tema le incomodaba y no insistí. Pero Haben, días después, me contó lo siguiente:

—Cuando llegaron las tropas a Bielorrusia, en junio de 1941, parte de la población las recibió con flores y aplausos. Pensaban que con nosotros se librarían de las represiones de Stalin. Buena parte de aquella gente era antisemita, porque relacionaban a los judíos con los bolcheviques. Por eso, no les importó lo que les pudiera pasar… Pero tras los judíos los siguieron ellos. Al poco de la invasión, Himmler decidió que tres cuartas partes de los bielorrusos se tenían que erradicar y que tan solo aquellos que tuviesen rasgos arios podrían sobrevivir, sirviendo como esclavos de los alemanes.

Suspiró. Y añadió, como si una cosa llevara a la otra:

—No es esta la guerra que esperábamos. ¡Cuando las cosas van bien nadie se plantea nada! Eso sí, nuestro trabajo siempre es igual de ingrato… Se ganen o se pierdan las batallas, siempre es igual aquí, en la posta sanitaria. ¡Heridos y sufrimiento! Al principio de la guerra, ves en los ojos de los heridos una mirada brillante por la victoria… Pero ahora los rostros ya solo muestran desesperación y miedo de que los abandonemos… Un miedo atroz a acabar enterrados en un margen de la estepa. Y corren las historias: que si los cosacos con sus sables decapitan a los soldados, y se extiende un temor generalizado. Y te llegan soldados con amputaciones limpias, y piensas: ¡los cosacos, los malditos cosacos! ¡Los jodidos cosacos que nos rebanarán el cuello!

Heinrich Haben había recibido una cruz de hierro: era uno de los pocos sanitarios que la había conseguido. Alguna vez la exhibía, y los enfermos lo miraban deslumbrados. Pero llevaba demasiado tiempo en primera línea del frente. Con él iba un enfermero, también veterano, de nombre Peter Bach. Juntos habían pasado buena parte de la guerra. Bach se puso a tararear la canción *Weit ist der Weg zurück ins Heimatland, so weit, so weit* (Guarda tus penas en la mochila y sonríe, sonríe). Haben le dijo:

—¡Cuando lleguen los cosacos te la cantaré, Peter!

Este soltó una carcajada. Le pregunté a Haben cómo había conseguido la cruz de hierro, e hizo un gesto como restándole

importancia. Peter me lo contó.

—Teníamos un herido, con una brecha muy fea en el pecho, a la altura del brazo izquierdo. Las vendas estaban empapadas de sangre y la hemorragia no cesaba. El enfermo había perdido la conciencia y todo indicaba que iba a morir desangrado. Había que hacer algo, tomar alguna decisión. Lo único que podía salvarlo era una transfusión de sangre. El doctor Haben puso más algodón y gasas por la zona herida y me pidió que trajese el aparato de transfusión Braun-Melsungen. El doctor tiene la sangre del grupo O, que es compatible con cualquier otra. Pero ya parecía demasiado tarde… Cuando llegué, se respaldó contra un árbol y se hizo un torniquete en el brazo izquierdo: yo le inserté la aguja, y la máquina comenzó a funcionar. ¡Cuando revirtió la acción y le inyectó la sangre al herido, este ya casi estaba morado!

Se detuvo un momento y volvió a cantar:

—Guarda tus penas en la mochila y sonríe, sonríe… ¡Ja, ja, ja!… ¡Después de haberle transferido quinientos centímetros cúbicos de sangre, el herido abrió de golpe los ojos y pidió agua! ¡Lo más improbable había pasado! ¡Lo habíamos salvado!

Haben intervino, para quitarse un poco de mérito:

—La guerra es la monotonía de las proezas insólitas…

Peter se puso a reír. Haben continuó indiferente:

—Nosotros, los sanitarios, vemos lo peor de la guerra. Miedo y sufrimiento concentrados a nuestro alrededor. A veces, es como si nosotros hubiéramos hecho algo malo para haber atraído toda aquella miseria. ¡Pero hacemos lo que podemos!

Peter también ejercía de dentista de la división, y fuera del búnker instalaba su torno portátil, que se accionaba con unos pedales, y una cola de soldados lo miraba trabajar mientras esperaban impacientemente su turno. Un empaste, una caries preocupante, una extracción, hacía de todo, sin desfallecer. ¡Qué dolor de muelas causa la guerra! Todos tenían alguna queja, sobre todo agraviada por la falta de una alimentación saludable. Peter me recordaba aquellas escenas pintorescas que había visto en algunos grabados de medicastros ambulantes, yendo de pueblo en pueblo, y arrancando dientes carcomidos sin anestesia. Con su cuerpo robusto de lansquenete inmovilizaba el del soldado, y así con un solo golpe de mano, extraía aquella pieza podrida.

El Unterarzt Haben me dijo:

—Estas son la clase de cosas que nadie imagina en el frente… La necesidad de un buen dentista.

Desde mi llegada, me había percatado de que Peter lucía un anillo de Totenkopf, el anillo de honor de las
SS
, que otorgaba en persona Himmler. Le pregunté a Haben si había sido de las
SS
, y me contestó que no, que el anillo era de su hermano, un héroe que murió en un accidente estúpido de carretera. Lo llevaba en recuerdo suyo. Y añadió:

—En realidad, Peter también se merece una condecoración. Se merece la cruz de hierro tanto como yo… Pero a los mandos les cuesta mucho condecorar a un simple enfermero.

Me mostré de acuerdo. Haben continuó:

—En Stalingrado, Peter se expuso tanto, auxiliando a los heridos, que en un momento determinado los rojos dejaron de disparar… Fue un momento mágico, una rareza de esas, un poco surrealistas, que pasan en todas las guerras. El hombre siente una extraña admiración por las muestras incontestables de valor. Y Peter era claramente un héroe.

Yo observaba a Peter trabajar, accionando el torno con el pie, como si estuviera cosiendo la boca de aquel soldado.

—Entonces, en medio de aquel silencio, se escuchó alto y claro: ¡Bravo, doctor! ¡Bravo!

En un aparte, aún añadió:

—Peter es enfermero, pero sabe de medicina y primeros auxilios como el mejor de los doctores.

Asentí con un movimiento de cabeza, porque aquellas palabras, sin duda dichas sin mala intención, podía aplicármelas y preguntarme: ¿qué sabía yo de primeros auxilios? ¿Qué sabía yo de medicina general? Me interesaba más el vuelo de las alondras y sus piques territoriales que el dolor de vientre de los soldados.

Me alegré de ver llegar a Fröschl con el sidecar. Venía de pescar en el Dvina y había capturado un enorme pez gato, con la cola que sobresalía de un saco de tela de harina, y la tropa se arremolinó a su alrededor. Haben le daba permiso para aquellas escapadas, que

decía que permitían desconectar de la exigencia de la enfermería, y yo no quise interferir. ¿Cuánto pesaría aquel pez? ¿Cuarenta o cincuenta kilos? Era una heroicidad haber conseguido sacarlo del agua, y que el aparejo de pesca hubiera soportado el embate de aquel coloso. Las aguas del Dvina daban refugio a aquellos monstruos, y la gente del lugar hablaba de peces de más de cien kilos. Fröschl venía con su buen humor y hablando por los codos, charlando de esto y de aquello, como siempre. Mientras limpiaba el pez nos contó que antes de la guerra había en Vitebsk un pequeño zoo dependiente del de Leningrado y que, cuando comenzó la ofensiva alemana, se vieron obligados a sacrificar todos los animales.

—Pero un gran cocodrilo se les escapó y se refugió en el Dvina. Dicen que aparece de vez en cuando y que se engulle todo lo que pilla por delante… Dudo mucho de que pueda resistir el invierno ruso, ¡pero cuando ha picado este monstruo he pensado por un momento que era el maldito cocodrilo!

Fröschl soltó una mirada significativa y rio divertido. Mientras limpiaba el pez gato nos contó esta otra historia, que alguien le acababa de referir. Un Obersturmführer de las
SS
, de Hale o Jena, había llevado a su mujer a una clínica privada para el parto. Echó una mirada a la habitación y vio una imagen de Jesucristo sobre la cama. En seguida, exigió que se retirara la imagen, aludiendo que no quería que su hijo lo primero que viese fuera el rostro de un judío. La monja dio una respuesta evasiva, y el oficial reiteró la orden antes de partir. Al día siguiente, la madre superiora lo llamó y le anunció que había tenido un hijo y que se había cumplido su deseo: su hijo había nacido ciego… Fröschl nos volvió a mirar sagazmente para ver si todos captábamos el matiz. Pensé que aquella historia tenía que ser inventada y que Fröschl era el candidato ideal para propagarla, como muchos otros disparates sobre las
SS
. Las relaciones entre la Wehrmacht y las
SS
siempre habían sido tirantes y aquella historia quería castigar la arrogancia del oficial calavera. Entonces exclamó:

—*Mein Gott!* ¿Qué demonios es esto?

En el intestino del animal habían aparecido restos humanos.

—¡Este hijo de la grandísima puta se ha papeado un hombre!

Siguió vaciándole las tripas, y aparecieron dos estrellas rojas. Debía tratarse de un oficial soviético, muerto seguramente durante la invasión alemana.

—Fröschl, ¡tendrías que haberlo indultado! ¡Es un aliado nuestro! —dijo Haben, con una sonrisa, mirando a los hombres que se habían congregado a su alrededor y prorrumpían en exclamaciones.

¿Qué habría sucedido? ¿Se lo habría zampado una vez muerto o lo habría cazado mientras cruzaba el río? Un escalofrío me recorrió la espalda: una cosa era morir en la batalla y otra muy distinta acabar en el vientre mórbido de un pez gato. Aquello nos impresionó profundamente. Aquel pobre oficial, devorado por aquella bestia repugnante, reposando en las profundidades de aquel río de aguas turbias y frías. Aquella sensación angustiante de desamparo, de sentirte desprotegido, en unas tierras que nada tienen que ver contigo. Puestos a escoger, más digno era acabar siendo víctima del cocodrilo del Dvina.

El ambiente en la posta sanitaria era muy bueno, y en seguida me encontré cómodo. A pesar de ser tan lenguaraz y conflictivo, Haben era un hombre serio y culto; Peter Bach, un veterano sensato y de fiar, y Fröschl, un dicharachero simpático, que trajinaba sin parar, siempre con una noticia fresca para contar. Existía un extraño equilibrio entre ellos, donde encajé muy bien.

Durante esos días, tratamos sobre todo dolencias comunes, como problemas gástricos, resfriados, bronquitis… Sorprende cómo estas enfermedades florecen cuando se produce un período de calma. En guerra, todo puede esperar; la adrenalina anula los dolores más elementales, como si estos fueran señales secundarias que pueden esperar. Hay dos clases de emociones que atemperan el dolor: la violencia y el sexo; por eso, ambas van siempre de la mano, y por eso no hay guerra sin sexo. El sexo hace olvidar por unos minutos los horrores de la guerra. Y por eso también, muchos hombres llegaban a la posta sanitaria con enfermedades venéreas, pilladas en los numerosos burdeles de Vitebsk, donde las jóvenes bielorrusas se prostituían por un pedazo de pan, sobre todo aquellas que también

eran madres, y cuya única manera de alimentar a su progenie era entregándose a las ansias de los soldados. Entendí la advertencia del capitán sanitario; en efecto, Vitebsk era un gran burdel: en una redada reciente, se habían identificado a más de cuatrocientas prostitutas. Todas ellas trabajaban sin pausa. Vidas ignoradas y destruidas por la guerra.

Desde el primer momento, a mis compañeros sanitarios les interesó mi conocimiento ornitológico, y les maravillaba que el grajo había tomado la costumbre de esperarme en la rama de un árbol al lado de la enfermería y volar a mi hombro tan pronto como salía de ella.

Un día de inicios de junio, les contaba a mis nuevos compañeros:

—Podemos aprender mucho del comportamiento de los animales y de su instinto agresivo. Por ejemplo, ninguno de los grandes carnívoros ataca nunca al corazón del grupo, sino que busca siempre aislar a un individuo, a ser posible el más débil e inerme. Incluso los grandes carniceros, como el león: este se lo pensará mucho antes de atacar a un búfalo en medio de su grupo. Si lo hace tiene las de perder, y buscará por tanto a un individuo rezagado. El alcotán o el halcón peregrino tienen una pauta de comportamiento que sirve exclusivamente para este fin. Para aislar al más débil…

Entonces Haben preguntó quién de nosotros era el más débil. El frente se extendía a lo largo de centenares de kilómetros.

—No lo sé… Pero hay una cosa que está clara. Vitebsk se encuentra en una especie de extensión, de península, de la línea del frente… Sería fácil aislarlo.

Fröschl intervino:

—Pero estamos armados hasta los dientes… Y semirrodeados de lagunas.

Asentí con la cabeza. Y continué:

—Cuando un ave de presa ataca una bandada de estorninos, estos se agrupan formando una bola compacta. Están tan juntos que a duras penas pueden batir las alas. Y cuando tienen cerca al ave carnicera se lanzan sobre ella, y esta se ve por completo superada… Es como si le quitasen el aire de debajo de las alas… Los rusos son como los estorninos, hay miles y miles… Y con tantos rusos, las aguas pantanosas pueden ser un obstáculo, pero no insalvable.

Fröschl dijo, con un gesto de desprecio:

—¡Si son como estorninos, les retorceremos el cuello!

Haben no añadió nada. Finalmente, comentó, con un tono de voz cansado:

—Tendremos que estudiar a esos malditos estorninos… ¿No dice el Führer que la naturaleza es la mejor maestra? ¡Pues eso! ¡Estudiaremos a los malditos estorninos!

Aquel día pedí prestado el sidecar de Fröschl y di una pequeña vuelta, aprovechando que tenía que ir a Vitebsk. Desde el monte Zadunov se divisaba toda Bielorrusia, y al fondo se atisbaba la presencia soviética. Mi amigo Kurt Stavenhagen me había animado a ir hasta aquella colina, una de las pocas de aquella inmensa extensión, y que había pintado Marc Chagall. Me escribió una carta animándome a descubrir la tierra de aquel pintor: Vitebsk es la patria de Chagall, allí pintó unos cuadros preciosos, de casas medio derruidas, llenas de color y de una extraña y rara melancolía.

Y tenía razón: el país transpiraba melancolía. Durante unos minutos, antes de regresar, me entretuve mirando unas mariposas, que volaban bajo los pinos, y que llevaban a cabo su ritual nupcial: el macho abría las alas y la hembra colocaba las antenas sobre su cuerpo, en los órganos olorosos, unas escamas aromatizadas con el perfume de su especie. Si la hembra resultaba convencida por lo que detectaban sus antenas, dejaría actuar al macho, y a los pocos días los huevos fertilizados serían puestos con delicadeza en las gramíneas, dando lugar al inicio de una nueva generación. Pero ¿qué detectaban? ¿Cómo discernían si aquel macho era apto?

De pronto oí que me decían por la espalda:

—¡Deben de ser unas mariposas muy interesantes!

Me giré y me topé con el teniente Beutelspacher. Iba acompañado por un grupito de hombres, algunos de los cuales recordaba de mi encuentro en Polonia. Me dijo que lo habían destinado al frente bielorruso, para hostigar a partisanos y desertores e interrogar a posibles prisioneros rusos.

—¡Ya sabe que en eso me he ganado una reputación! —dijo, riendo, mostrando su dentadura robusta, de gorila—. ¡Me alegra verlo con su uniforme de oficial, doctor!

Beutelspacher me ofreció un cigarrillo, que yo acepté.

—Pronto todo esto se acabará —me dijo—. Y podremos regresar a nuestros trabajos universitarios.

Pregunté si lo veía posible. Mi duda le sorprendió: ¿por qué no

iba a serlo? Preferí callar. ¿Qué podía decirle? ¿Porque algunos tendríamos que rendir cuentas?

—A mí me esperan mis prados… Cuando ganemos la guerra tengo por delante un importante proyecto: el Führer quiere desalojar todas las granjas y pueblecitos de los alrededores de Berlín, que tienen una tierra muy poco fértil, que las hace muy poco rentables para la agricultura. Los habitantes de estas zonas serán reubicados en tierras más fértiles de Polonia y Holanda, y alrededor de Berlín se creará un gran bosque, con complejos residenciales para los berlineses.

Era la primera noticia que tenía de aquel proyecto faraónico.

—Yo espero poder vivir en una de aquellas nuevas casas. El Führer ha prometido que después de la guerra no habrá trabajador alemán que haga trabajos físicos. El nacionalsocialista es demasiado distinguido para eso. Es un aristócrata. Esta clase de trabajos serán realizados por hombres de los pueblos conquistados. A nosotros se nos encargará dirigirlos y controlarlos.

Entonces, planteé la situación contraria: qué pasaría si no ganábamos la guerra. Beutelspacher se lo pensó unos segundos.

—¡Pensar eso es derrotismo, doctor! ¡Pero espero regresar igualmente a la universidad! He sido soldado, he matado, pero ¿quién no lo ha hecho en esta maldita guerra? He recibido órdenes y las he ejecutado lo mejor que he podido. No he hecho nada más que obedecer órdenes de mis superiores. Como usted. Aquí también secuestramos a los niños rubios y los enviamos a las Lebensborn de Alemania para su regermanización…

No lo sabía.

—Tan solo en lo que llevamos de año, se han enviado cerca de dos mil cuatrocientos… Bielorrusia es una mina, por ser la mayoría de sus habitantes rubios y tener familias numerosas. ¡A algunos padres les han quitado cinco o seis hijos! En total, habrán salido para Alemania unos treinta mil niños… Los padres, en cambio, servirán de mano de obra en las fábricas del Reich.

Las mariposas volaban a nuestro alrededor y seguían con su ritual de cópula. ¿Qué patrones de perfección biológica descubría la hembra con el olfato?

—Somos soldados y nos hemos comportado como tales —continuó Beutelspacher—. No hay nada de qué arrepentirse.

¿Recuerda aquella joven que colgamos en el bosque? Poco después capturamos a su madre. Era ella quien conseguía las notas, y su desgraciada hija hacía de enlace. Nunca conseguí saber quién las escribía… Antes de ahorcarla le conté que también lo había hecho con su hija. Y que de nada había servido su sacrificio.

Mientras me contaba todo aquello, ni Beutelspacher ni yo sabíamos que se acababa de iniciar el desembarque de los aliados en Normandía. Y que en pocos días comenzaría la ofensiva rusa, en la cual los partisanos iban a ser decisivos.

Beutelspacher se lo repensó y concluyó:

—Y si es así, doctor, y perdemos la guerra, pasarán los años y la gente lo olvidará todo, estos meses tan negros… Y, poco a poco, nadie recordará nada.

23

El aniversario

A las cuatro en punto de la madrugada del 22 de junio, se inició el bombardeo. Al principio pensábamos que duraría poco, que se trataba de alguna maniobra de distracción. En realidad, la fecha no era casual: hacía exactamente tres años que las tropas alemanas habían invadido Rusia. De esta manera, comenzar el ataque aquel día tan señalado tenía para los rusos un alto valor simbólico, una especie de revancha largamente incubada y esperada. Y, sin embargo, nos pilló a todos por sorpresa. Las baterías de los camiones Katiushas disparaban sobre nosotros con una intensidad espeluznante, un infierno de bombas y destrucción como nadie recordaba, ni los más veteranos: llegaban por oleadas, y los cohetes silbaban en la noche y dejaban tras ellos una estela blanca. Pero, sobre todo, nos embargaba la perplejidad, preguntándonos de dónde venía aquella lluvia de fuego, cómo era posible estar tan inermes, tan desprotegidos, qué significaba aquel ataque: ¿una ofensiva?, ¿un avance de los rusos?, ¿un movimiento táctico inesperado? Junto con la artillería, al amanecer aparecieron los bombarderos rusos, que descargaron sobre nosotros sus bombas sin encontrar ningún tipo de resistencia, amplificando la sensación de desamparo y de muerte. La Luftwaffe no tenía capacidad de respuesta: los bombardeos aliados del invierno la habían diezmado de tal modo que se podía decir que no teníamos defensa aérea.

El bombardeo duró dos horas. Cuando cesó me incorporé y me percaté de que me había orinado encima. Iba a cambiarme cuando Haben me tomó del brazo y me dijo que lo acompañara. Yo le grité diciendo que necesitaba cambiarme, que tenía los pantalones mojados, y él contestó que era normal, que los soldados se meaban y cagaban encima, que no había de qué avergonzarse, pero que ahora debíamos salvar a todos los hombres que pudiésemos antes

de que se produjeran más ataques, de la aviación o de los tanques rusos. Me quedé mirándolo espantado, y Haben insistió en que no teníamos tiempo. Que en cualquier momento podía volver a comenzar. Salimos del búnker y la sensación de devastación me recordó una imagen del Apocalipsis. La imagen es muy tópica, pero no por eso menos real. Los gritos y quejidos se intensificaban, el fuego quemaba todo cuanto podía, y los brazos alzados de los soldados reclamaban nuestra ayuda. Los heridos gritaban desesperados «¡camillero!», «¡asistencia!», entre el humo que lo invadía todo, y yo me ahogaba, y me lloraban los ojos. Los camilleros comenzaron a traernos heridos en situaciones espantosas, amputaciones de extremidades, acribillados por una metralla destructora que había partido a muchos soldados por la mitad. Haben me dijo que ahora quizá era mejor quedarnos allí y aguardar que los camilleros trajeran a los heridos, y yo obedecí. Claramente, era él quien llevaba la voz cantante, de nuevo me mostraba inexperto e inseguro. Empezamos a vendar a los heridos y a darles morfina para mitigar el dolor. Llegó un soldado con las tripas fuera: cuando le inspeccioné el bajo vientre encontré un amasijo de lentejas y sangre renegrida, y me entraron náuseas. Empalidecí, era el rancho del día, aún por digerir. El soldado me preguntó si estaba tan mal. No sabía qué contestar. No era conveniente que los soldados comieran antes del combate, porque así las heridas en el estómago eran más fáciles de sanar, con un estómago vacío no había tanta sangre… pero nadie esperaba aquel ataque que había cogido a los soldados por sorpresa, con los estómagos llenos. Le pregunté su nombre, cogiéndolo de la mano.

—¡Me llamo Neuhoff, doctor!

Era una mirada lastimera, una mirada llena de transcendencia, que vino seguida de unas palabras que aún me estremecen:

—Doctor, si piensa que tengo una mínima, por pequeña que sea, posibilidad de sobrevivir, no me dé agua. Pero si cree que estoy sentenciado, entonces le ruego que no me prive de un último trago.

Lo miré y le acerqué mi cantimplora. Fröschl trajo otro herido, con la cara desfigurada y lanzando gritos de desesperación. Llevaba en alto una de sus manos, como queriendo preservar algo, y cuando llegó y me vio la abrió enseñándome un ojo, un ojo que una esquirla de metralla le había seccionado y que lo traía consigo para

conservarlo. Le pedí a Fröschl que se ocupara de eso, mientras intentaba examinar aquella herida, sin saber muy bien cómo proceder. Miré de reojo al Unterarzt Haben, que batallaba con sus heridos, con casos desesperados. En seguida tuvimos el búnker a rebosar, y los heridos comenzaron a acumularse fuera. Debíamos sobre todo calmar el dolor, decidir de un vistazo quién podía salvarse y quién no, escoger a los heridos graves para una primera evacuación, ver a quién podíamos operar en aquella sala, discernir en definitiva la forma de resultar lo más eficientes posible. No podíamos dedicar ni una pizca de tiempo a un herido sin posibilidades, y eso se tenía que decidir con una rápida inspección, pero yo no sabía lo suficiente, y dudaba, los heridos me cogían de los brazos, de las piernas, para que no los abandonara, algunos casi me hacían un placaje, me pedían agua, o me daban una carta para sus madres, o para su esposa, rogándome por lo que más quisiese que se la hiciese llegar, que dijera que había muerto con honra, defendiendo el Reich, como valientes, pronunciando el nombre del Führer. Yo decía que sí a todos, tomaba las cartas, atendía a lo que decían, porque veía que aquella mirada y aquellas palabras eran las últimas de un hombre, y no lo podía abandonar en aquel momento, por mucho que otro soldado al lado estuviese en aquella misma situación, y me rogara que lo escuchara, que le llevara aquella carta a su novia, que había escrito por si se producía aquella situación y en la que había palabras de consuelo trémulas y sencillas, llenas de ingenuidad y de esperanza. Recuerdo aquellos minutos de la mañana como los más devastadores de mi existencia, como una especie de catarsis colectiva de adónde nos había conducido una idea, a aquella espantosa carnicería sin ningún sentido, de la que todos los allí presentes éramos más o menos culpables. Haben tenía más experiencia y no se dejaba retener por los soldados, los esquivaba, era como una especie de carrera de obstáculos, de driblaje desesperado, él quería salvar vidas, todas las que pudiese, y hacer un torniquete a tiempo, o vendar una brecha podía ser vital, pero yo estaba apresado en medio de aquel caos que recordaba por momentos una escena de aquel pintor llamado Hieronymus Bosch, donde hombres y mujeres son devorados por los demonios, que les sacan las tripas, que los hierven en marmitas, que los torturan inmisericordes, porque la misericordia es un concepto humano que

no existe en la naturaleza, y aquello, aquel campo de batalla, era la selva más salvaje, sin piedad ni compasión.

Comenzaron a caer nuevas bombas, pero de una manera más espaciada. Fröschl comentó que seguro que eran los tanques rusos, que se estaban aproximando. Un camillero dijo que no, que más bien parecían obuses del 12,40. Fröschl entonces exclamó:

—¡Qué más da el origen de esos chupinazos! Es su revancha. Muchos de los que vienen han luchado en Smolensko, en Stalingrado, delante de Moscú… Han atravesado media Asia para estar aquí, para vengar la muerte de los suyos, la destrucción de sus pueblos, la violación de sus mujeres, el secuestro de sus hijos… ¡Y han escogido el día que hace exactamente tres años que invadimos su país! ¡Ha llegado la hora del desquite!

Dejé de lado tanto como pude aquel comentario, mientras atendía a un herido al que un trozo de metralla le había seccionado parte de la mejilla, dejándole la dentadura al descubierto. Era sorprendente aquel tajo tan limpio y al mismo tiempo destructivo. ¿Se salvaría? Si lo conseguía quedaría para siempre desfigurado, y pensé que tendría que llevar una máscara. Porque la mente piensa sin parar, no hay forma de domarla, y para el médico cada herida lleva consigo sus lúgubres pensamientos. Nos imaginamos el futuro, y que aquel hombre sin piernas, o sin cara, o sin ojos, tendrá que seguir viviendo. Cómo la vida se aferra a un trozo de materia, y cómo en ocasiones aquel hálito vital perdura en un cuerpo que es un desecho humano, pero que aún tiene plena conciencia e identidad. Un oficial entró en el búnker con una herida en el brazo. Me rogó que le diera alguna cosa para mitigar el dolor, que le escocía horrores. Lo examiné, la herida era limpia, a mi parecer no tendría complicaciones.

—Es una ofensiva de más de veinte kilómetros —me explicó—. Si rompen el frente estamos jodidos, nos aislarán aquí, en Vitebsk… Esto se puede convertir en una ratonera. ¡Y si cruzan el Dvina también estamos perdidos!

Intenté visualizar veinte kilómetros de bombardeo. Un bombardeo como el vivido, durante dos horas, en veinte kilómetros. ¿Cuántos miles de bombas tenían que haber lanzado?

—Aquí el ataque ha sido muy intenso —añadió—. ¡Pero ha habido lugares mucho peores! ¡Donde los Katiushas han saturado la

zona de tal manera que todo se ha desintegrado!

Pregunté aturdido si entonces la ofensiva roja no se iba a producir por Ucrania, como todos creían.

—¡Esto no puede ser una maniobra de distracción! ¡Es descomunal! ¡Nadie sabe por qué, pero yo diría que han escogido este punto!

Entonces entendí que había ido a parar al peor punto posible del frente y en el peor momento. Que, en efecto, estaba en la boca del lobo.

Los heridos seguían amontonándose, y alrededor del búnker ya había una buena tendalera. Algunas ambulancias comenzaron a llegar para evacuar a los heridos más graves y transportarlos al hospital de Vitebsk y de allí hasta a algún otro punto de retaguardia, a Minsk si tenían suerte. Un herido me cogió de la mano y me imploró:

—¡Doctor, no nos abandonéis!

Lo miré sin entender.

—No nos dejéis en manos de los cosacos…

Vi a Peter, lleno de sangre. Llevaba a los heridos como podía, enganchados al cuello, a pulso en brazos, su cuerpo robusto estaba preparado para interpretar el papel de san Cristóbal: de ser necesario habría cargado con el mismo mundo. No quedaban camillas libres, y así iba más rápido. Comenzamos a operar a los enfermos que pensábamos que podíamos salvar. Las ambulancias estaban totalmente colapsadas, y el hospital de Vitebsk no aceptaba más heridos. Por tanto, era cosa nuestra salvar a quien se pudiera. Llegó a la mesa de operaciones aquel herido que hacía unos minutos me había rogado que no lo abandonáramos. Se llamaba Müller y tenía la pierna derecha destrozada por debajo de la rodilla. No había más remedio que amputársela. Aquella fue mi primera amputación, a la que siguieron brazos, pies, dedos y manos y aquellas operaciones tan temidas por mí. Pasamos todo el día dentro del búnker, trabajando con enfermos agonizantes, mientras fuera resonaban los tiros y las explosiones que hacían retemblar los muros del refugio. En una bandeja retirada se acumulaban las extremidades cortadas, como si se tratara de prótesis viejas y oxidadas, a la espera de hacer algo con ellas, enterrarlas o incinerarlas. Y de este modo perdí el temor a operar: descubrí que

el cuerpo humano está preparado para ser sometido a extraordinarios sacrificios. La batalla estaba teniendo lugar a unos pocos kilómetros, y eso nos proporcionó aquellas horas de relativa calma para poder atender a los heridos. Trabajamos durante todo el día sin descanso, perdiendo la noción del tiempo. Yo descubrí que tenía mucha mano para coser las heridas, y que hacía unas costuras que eran casi como bordados. Me sentí útil y respetado. También le cogí práctica al bisturí, y ya no temía aplicar la fina hoja del escalpelo sobre la carne mórbida y violada del herido. En un receso, Haben me dijo, mientras comíamos algo para recuperar fuerzas y sorbíamos un sucedáneo de café:

—Durante la conquista de Rusia, los soldados alemanes se quejaban de las malas artes de los rusos, de sus tretas en el momento de combatir. Algunos simulaban estar muertos, otros esperaban emboscados… No era un combate en abierto, sino de guerrillas. Por eso, cuando caían prisioneros los mataban sin pensarlo, porque los consideraban unos cobardes y unos malnacidos.

Yo estaba muy cansado y no tenía ganas de escuchar aquellas historias.

—Creo que las cosas han cambiado… La guerra se ha girado contra nosotros. Ahora veremos si somos nosotros los que nos tendremos que emboscar para sobrevivir. ¡Tendríamos que haber imaginado que escogerían el día del aniversario de nuestra invasión de Rusia para iniciar ellos la suya! ¡Psicológicamente es un gran golpe de efecto! ¿No lo cree así?

En aquel momento nos llamaron. Eran unos gritos alarmados de Peter, de absoluta desesperación. Corrimos hacia el búnker.

—¡Han malherido a Fröschl! —nos dijo, sofocado.

Dentro del búnker estaba el *kradmelder*, con la cabeza a medio vendar y sangrienta. Me temblaban las manos, sentía palpitaciones mientras le destapaba la herida. Una bala perdida le había volado el ojo izquierdo. Era una imagen dantesca, carnavalesca, estremecedora. Pero, increíblemente, Fröschl seguía vivo, plenamente consciente. Su boca de dientes retorcidos, pirañescos, era la única cosa que le reconocía, tan desfigurado estaba. No sabía qué decir. Haben me sacó del aprieto.

—Has perdido un ojo, Fröschl. Pero parece que la bala

milagrosamente te ha respetado el resto.

Fröschl mostró sus dientes feos, llenos de sangre, como si acabara de participar en algún ritual antropófago.

—Siempre me habían dicho que no tenía nada ahí dentro… ¡Esta es la prueba!

—¡Sí, amigo Fröschl! ¡Tu cerebro es del tamaño de una nuez, y eso te ha salvado, cabronazo! ¡Vaya chamba que has tenido! ¡Dentro de nada estarás pescando de nuevo, desgraciado!

Fröschl se rio, abriendo mucho el ojo que le quedaba. Haben añadió, para insuflarle ánimos:

—¡Para ti la guerra ya ha acabado! ¡Te prometo que serás el primero en volver a casa!

Yo asentí. Y añadí:

—Nada más llegue la próxima ambulancia serás el primero en subir. ¡Con un poco de suerte, pasas el verano en casa! ¡Eres un hombre con suerte!

Un hombre con suerte al que le habían volado un ojo.

—Ahora los médicos hacen maravillas. Te pondrán un ojo de cristal y nadie notará nada… —dijo aún Haben.

Fröschl seguía con la boca abierta y el ojo descomunal, de cíclope. Le habíamos puesto una inyección de morfina, que iba haciendo su efecto seráfico, pero seguía despierto:

—¡Puede que con un ojo vea las cosas más claras que con dos! Nunca se sabe.

Haben me miró, completamente descolocado. La caída de soldados siempre era dolorosa, pero que fueran los sanitarios era más difícil de aceptar. Al menos Fröschl se salvaría. Peter dijo que también daría un ojo por estar en el lugar de Fröschl. Yo aún quise insuflarle nuevos ánimos diciéndole que le esperaban magníficas capturas, e hice un gesto como quien toma una caña de pescar y resiste la embestida de un gran ejemplar. Llegó la ambulancia. El primero en subir fue nuestro compañero, y lo siguieron otros soldados malheridos, felices de poder abandonar el frente. La ambulancia partió, tan pronto como fue posible, y todos sentimos un gran alivio al saber a Fröschl camino de casa.

Aunque en realidad, no fue así y jamás regresó.

Al día siguiente, el bombardeo volvió a iniciarse de madrugada. Escuchábamos el sordo cañoneo a lo lejos, pero nuestra zona estaba

extrañamente tranquila. Me contaron que también participaban bombarderos
B
-25,
de fabricación norteamericana, fruto del pacto de Stalin con Roosevelt. Recordé la conversación con mi padre, cuando me alertaba de aquel peligro y de que habíamos perdido la carrera de la industria militar. Hice un comentario en este sentido, pero en seguida me aseguraron que los cazas alemanes
ME
-109
y
ME
-110
eran muy superiores a los
B
-25,
que podían alcanzar mayor altitud y velocidad, mucho más maniobrables. ¡El único problema era que nadie sabía dónde estaban! ¡Cuando más se les necesitaba! Empezó a llover con intensidad, lo que produjo nuevos problemas, pues muchos heridos leves estaban fuera del búnker, al descubierto, esperando el traslado. Ayudamos a los soldados a resguardarse, el búnker parecía una caja de cerillas. Apestaba a sangre, excrementos, ropa mojada y barro. Haben, encendiéndose un nuevo cigarrillo, comentó que la lluvia podría parar un poco la ofensiva.

—En fin, ya veremos… ¡Cuando pienso que estuvimos a cuarenta kilómetros de Moscú, y que por no se sabe bien por qué no la conquistamos! ¡Un amigo mío, el doctor Haape, llegó a fotografiarse junto a una parada del metro de Moscú!

Dio una fuerte calada al cigarrillo. Y mientras soltaba el humo insistió:

—Cuando pienso en todo ello, cuando pienso que si hubiésemos conquistado Moscú habríamos ganado la guerra y ahora no estaríamos en este agujero de mala muerte, bajo las bombas, con la amenaza de los cosacos, cuando lo pienso…

Me vi obligado a hacerlo callar. Aquel derrotismo podía desmoralizar a los hombres.

—¡No me acuse de *defaitismus*, doctor! —utilizó aquel término que era tan del agrado de Hitler—. Pero, si usted hubiera estado en Rusia como yo, me entendería, no me cabe duda…

Volví a pensar en el arma secreta, la *Wunderwaffe*. ¿Llegaría a tiempo? Aquello sí que nos reconfortaría. Y recordé a mi padre, y la fe que tenía en aquellas armas maravillosas. Si las tuviéramos, no dudaríamos en utilizarlas, aunque causaran la muerte de miles y miles de inocentes. Puede que por eso concluí:

—La victoria final será nuestra, Unterarzt Haben. Cuando pongamos en marcha nuestra arma milagrosa el mundo enmudecerá impresionado. ¡Y será la victoria de la Alemania nacionalsocialista!

A pesar de la lluvia intensa, se reinició el bombardeo, desde las baterías de cañones enemigos, entre ellas las formadas por los temibles *howitzers*. Ahora ya no nos cogió por sorpresa, pero nos angustiaba pensar en la próxima llegada de los cosacos. La lluvia era nuestra aliada, y escrutábamos el cielo para ver si clareaba y descubríamos a los Sturmoviks enemigos, muy certeros y destructivos. Quedaba claro que nos habían pillado a contrapié, y que dependíamos por completo de la estrategia militar de nuestro superior, el mariscal de campo Ernst Busch. Ahora sé que el Ejército Rojo estaba dirigido por el mariscal Aleksandr Vasilevski, al mando del Sexto Ejército de Guardias, con unos cien mil hombres, divididos en doce divisiones, más la división acorazada, con unos doscientos tanques, que habían recorrido cerca de cien kilómetros en las tres noches precedentes al ataque. Se trataba de una fuerza militar temible, que solo la lluvia intensa había podido retener un poco. Haben me dijo:

—Creo que lo más prudente sería aprovechar la lluvia e iniciar la retirada… Donde nos podamos refugiar un poco y plantarles cara. Pero el Führer no querrá… Ni un solo paso atrás. Vitebsk es un nudo primordial en las comunicaciones y está declarada como *Fester Platz*, junto con Orsha, Mogilev y Bobruisk. Si cae Vitebsk, cae toda la línea defensiva, como fichas de dominó.

Se detuvo un momento, y concluyó, después de meditarlo un poco:

—Hay dos maneras de perder Vitebsk. Con tropas o sin ellas… ¡Si no queremos caer en un gigantesco *Kessel* como el de Stalingrado, deberíamos salir pitando ya!

De nuevo, intenté refrenar aquel análisis tan pesimista, diciendo que más grande y gloriosa sería nuestra victoria. ¿Pero de veras creía en lo que decía? Sería ahora fácil refutarlo, comandante. Pero en el fondo, yo pensaba, como muchos otros nacionalsocialistas, que por difíciles y complicadas que fuesen las adversidades, al final las podríamos superar. En toda guerra hay baches que cuesta remontar. Nosotros estábamos en aquel momento difícil, pero tenía plena confianza en la capacidad de superación del pueblo alemán. Y también, debo admitirlo, un gran desdén por el ruso.

Haben me replicó en seguida, seco y duro:

—Las batallas no se ganan por una cuestión de fe, sino por estrategia militar. Y nosotros estamos en manos de un inútil integral… El mariscal de campo Ernst Busch es un arribista, un hombre gris y privado de carácter. Seguro que si por él fuera ya habríamos iniciado la retirada, ¡pero es incapaz de enfrentarse a las rabietas de Hitler! ¡Si tuviésemos al general Walter Model, al menos este le diría sin tapujos la verdad!

Las bombas volvieron a caer cerca del búnker. El estruendo era ensordecedor, y muchos hombres se encomendaban a Dios, calados de lluvia hasta los huesos. La religión es el último refugio cuando se piensa que todo está perdido.

—¡Hay que poner los pies en polvorosa ya! —insistió Haben—. El Führer solo piensa en resistir y resistir, pero no nos quedan soldados… Y los pocos que hay no están bien entrenados, la mitad son *Volksdeutche*…

Puso cara de desprecio. Debido a las grandes pérdidas de Stalingrado, se habían enrolado muchos polacos, alsacianos y ucranianos. Para Haben, eran alemanes de segunda, menos valientes, y sobre todo mucho menos capaces que los alemanes nativos. Haben comenzó a gritar:

—¡Las guerras se ganan con la cabeza! ¡Y estos *Volksdeutche* no tienen nada ahí dentro! ¡Y son cobardes como perros! Además, el Führer aún piensa que lo que está pasando aquí es un movimiento táctico de confusión y que el verdadero ataque vendrá por Ucrania. ¡Donde se encuentra el general Model con los mejores hombres! ¡Nos van a freír vivos!

Comenzaron a llegar más heridos, y resultaba desesperante no poder atenderlos, tan solo sentenciarlos con un vistazo, como

certificando la gravedad de sus heridas y condenándolos a una muerte segura. Solo podíamos dedicar nuestros esfuerzos y nuestras reservas de morfina a los soldados que tenían alguna posibilidad clara de recuperarse. Los gritos de dolor eran escalofriantes, ¡cómo puede vociferar un hombre desesperado! Algunos heridos leves intentaban calmarlos y escuchaban sus últimas palabras. Mientras, Haben, Peter y yo librábamos de nuevo batalla contra aquella carnicería, sin casi cloroformo, llenos de sangre, pisando sobre charcos de restos humanos, que nadie limpiaba, ni podía solucionar, porque no había manos, ni ayuda, ni tiempo que perder, el caos era demasiado grande y las necesidades demasiado imperiosas para poner orden. Era una lucha contrarreloj, y yo me dejaba llevar por mi instinto; recordé cosas que creía olvidadas, prácticas que pensaba que no controlaba, primeros auxilios que me salían de una manera natural, como si los tuviese grabados en la memoria y ahora, en medio de aquel tiberio mortal de cuerpos y gemidos, afloraban misteriosamente. Salvé muchas vidas, soy muy consciente de eso; como también creo que algunos de mis remedios fueron ineficaces, o incluso poco acertados, ya que no sabía lo suficiente. Pero ¿qué importaba eso allí? La vida no tenía ningún valor, y que un hombre viviese o no dependía de aspectos infinitos, de una combinación caprichosa del azar. Yo era un elemento más en aquella extraña ecuación de la guerra: yo, es decir, un médico inexperto puesto contra las cuerdas y haciendo lo que creía mejor, sin que sus actos tuviesen ningún tipo de transcendencia, más que la de salvar a quien se pudiese. Si no lo sabía, o me equivocaba, mala suerte para el enfermo. Allí nadie podía reclamar nada: todos nos estábamos jugando el tipo y todo era una lotería. Por otra parte, pensaba que si en aquel momento llegaba la orden de iniciar la retirada no podríamos trasladar a todos aquellos heridos, y que estos quedarían a merced de los rojos, que no tendrían ningún escrúpulo en eliminarlos, después de haberlos interrogado rápidamente. El momento de replegarse había pasado: como decía Haben, había sido a primera hora de la mañana, cuando la lluvia intensa lo había aletargado todo, cuando los heridos en nuestro refugio aún eran asumibles y cuando aún había suficientes hombres sanos para abordar una evacuación en condiciones.

Pasado mediodía apareció por el búnker el general Alfons Hitter.

Venía acompañado por el mayor Axel Ribbentrop. Nos explicó que el bombardeo lo había sorprendido mientras estaba repasando las posiciones e informando al Estado Mayor. Así conocí al general a cargo de la división As de Picas. Haben siguió trabajando, sin mirar al general. Este se le acercó y le preguntó cómo estaba, ante lo cual el Unterarzt contestó lacónicamente que había pasado por mejores momentos. El general Hitter dijo que sí con la cabeza. Ribbentrop le lanzó a Haben una mirada dura, desaprobadora. Claramente, todos eran viejos conocidos. Haben preguntó, cambiando un poco el tono de voz, si conseguiríamos salir de aquella. Hitter no chistó. ¿Qué podía decir? Pero Ribbentrop contestó en su lugar.

—Los rusos aún no han conseguido traspasar nuestra línea, ni abrir ninguna brecha. El general Gollwitzer está resistiendo en la ciudad de Vitebsk, de momento con gran éxito, a pesar de la proximidad de los tanques enemigos.

Gollwitzer era un hombre con mano de hierro. Sin duda defendería la plaza fuerte hasta el final, palmo a palmo. Era una especie de Gneisenau, de aquellos héroes llenos de coraje e ideales que tanto agradaban a Hitler. De aquellos que hacían suyo, sin pestañear, el lema de las
SS
: «*Meine Ehre heisst Treue*», «mi honor es mi lealtad». Sin embargo, Haben no hizo caso del comentario optimista de Ribbentrop y fijó la mirada sobre el general Hitter: una mirada que quería decir, no me venga ahora con cuentos y dígame a qué nos enfrentamos.

—La situación es difícil, Heinrich. Al ataque parece que se ha sumado el Sexto Ejército, comandado por el general Chistyakov, un hecho que había pasado desapercibido a nuestros informadores… No le negaré que se trata de una fuerza muy poderosa. Que ha aparecido, como quien dice, de la nada.

Haben sacudió la cabeza, como aceptando que era un mal asunto. El general cambió de pronto de actitud:

—Señores, cumpliremos con nuestra responsabilidad. ¡Nos encomendamos por completo al Führer y a su instinto certero y visionario! ¡Él nos sabrá guiar hacia la victoria final!

Volvía a caer un fuerte aguacero y el bombardeo parecía haber decrecido en intensidad. El mal tiempo impedía a la fuerza aérea rusa atacar con todos sus efectivos. Ribbentrop dijo, para subir la

moral.

—¡Mañana contraatacaremos y les daremos por culo a los rusos!

Entonces Peter comenzó a cantar *Horst Wessel Lied* y de golpe todos se sumaron. Fue un momento emocionante, mágico, lleno de añoranza, cuando todo se antojaba posible, cuando éramos invencibles y sentíamos el corazón lleno de ambición y de gloria. Ribbentrop cantaba a pleno pulmón, como si le fuera la vida. Aquel himno nos sentó bien y nos puso de buen humor. Aún nos sentíamos orgullosos de ser alemanes. Y cuando llegamos a aquella estrofa que dice: « *die Rotfront und Reaktion erschossen, im Geist Reihen mit*
Kam'raden,
Marschier'n
In unser'n
», los soldados enardecidos alzaron si cabe aún más la voz. ¡Sí, aquel canto evocaba a los camaradas muertos en el frente ruso y que los tendríamos siempre presentes en nuestros corazones!

No volvería a ver al general Hitter hasta el mes siguiente, durante el desfile en Moscú. De Ribbentrop no sé qué se hizo, puede que cayese prisionero, o puede que muriese en el campo de batalla. Nadie me ha sabido sacar de la duda. Porque aquella misma noche, el ejército ruso conseguiría penetrar por donde nadie se lo esperaba, por la zona pantanosa de los lagos, superando las aguas cenagosas con botes, balsas y otros medios improvisados, en un nuevo movimiento militarmente brillante, que aniquiló con facilidad las pocas defensas preparadas en aquella zona, que pensábamos casi inexpugnable. Y a las tres menos cuarto de la noche, el general de artillería Rolf Wuthmann ordenó apresuradamente la retirada. Teníamos a los rusos encima y el mensaje fue, literalmente, sálvese quien pueda.

24

El corneta de Rilke

Comenzaba a clarear cuando conseguimos abandonar el búnker. Antes habíamos hecho grandes esfuerzos para trasladar a todos los heridos posibles. Desde la orden de evacuación había reinado el caos más absoluto; desobedeciendo las indicaciones explícitas que nos obligaban a abandonar a los enfermos, hicimos todo lo posible para salvar a la mayoría. Utilizamos tractores y carros tirados por caballos de carga para transportar a los menos graves a la retaguardia, aquellos que aún tenían alguna posibilidad de salvarse. Los partisanos habían destruido las comunicaciones ferroviarias con Minsk, y hasta que no se restableciera la línea, su futuro era muy incierto. Algunos muy graves se quedaron en el búnker, y confiamos en la piedad de los rusos. No podíamos hacer más por ellos. El corazón se nos encogió cuando los escuchamos gritar:

—¡No nos abandonéis! ¡No queremos morir aquí!

Estos son los peores momentos para un médico. Pero cuando salimos a campo abierto, una columna de tanques

T

-34

se aproximaba hacia nuestras posiciones: cada uno de ellos llevaba delante un gran rodillo para protegerse de las minas Teller. A veces estas explotaban a su paso, y sacudían el carro blindado, se detenía unos momentos y seguía la marcha. Aquel simple rodillo inutilizó nuestro campo minado, en el que tantas esperanzas habíamos puesto. Cuando detectaron nuestra presencia comenzaron a disparar sus obuses, certeros y temibles, desde sus cañones de 76 mm. Haben, Peter y yo corríamos como alma que lleva el diablo, en zigzag, sin resuello, intentando recuperar nuestras posiciones. Íbamos cargados con un pesado equipo médico, por si aún

podíamos auxiliar a algún herido. Por suerte, nos adentramos en una zona pantanosa, un cenagal donde los tanques no podrían seguirnos. Caminábamos con muchas dificultades, estacándonos en el barrizal, a veces casi hasta la cintura. Los
T
-34
y los morteros seguían atacándonos desde lejos, con proyectiles que cuando estallaban nos llenaban de barro, si no nos alcanzaba la fuerza destructiva de la metralla.

El primero en caer fue el Unterarzt Haben: una esquirla de metralla le seccionó el cuello. La sangre le manaba con fuerza, como en aquellas pinturas góticas que representan los martirios de los santos y que buscan ser lo más realistas posible y pintan el cuello del mártir decapitado como si se tratara de una manguera desbocada. Resulta siempre sorprendente comprobar la fuerza impetuosa con la que surge la sangre del cuerpo humano. No tuvimos tiempo para nada: vi cómo se le apagaban los ojos mientras Peter intentaba atajar la pérdida de sangre con unas vendas y unos apósitos, unas acciones y una lucha que sabíamos inútiles, y que nos hizo perder un tiempo precioso. Antes de morir, le dio a Peter una carta dirigida a su mujer y a sus cuatro hijas, toda manchada de sangre. El Unterarzt, viendo tanta sangre, dijo: «Qué desperdicio, a alguien le podría haber sido útil…».

Abandonamos al desdichado Haben y comenzamos a correr a la desesperada, encogidos, para no exponernos tanto a la metralla, dejando abandonado buena parte del material médico. Volvió a caer una lluvia de morterazos. Vi a Peter lanzarse al cráter de un obús, y yo lo imité refugiándome en otro, y me mantuve agazapado, tapándome los oídos con las manos, sudando por todos los poros de la piel. Los dientes me rechinaban, incontrolables. Ahora las detonaciones hacían que me cayese encima una lluvia de tierra oscura y de restos de vegetación. Corrí hasta el cráter donde se había lanzado Peter, pero ya no estaba. Los obuses seguían cayendo, y me protegía como podía. ¿Adónde había ido Peter? En aquel momento experimenté una extraña intensificación de todos los sentidos: el olor de sangre y tierra se hizo muy intenso, el silbido ensordecedor de los obuses, la vista trastocada, aguzada, como si con una luz ultravioleta recorriese la superficie de las cosas que me

rodeaban. Descubrí un trozo de tela y lo cogí como pude: en un extremo vi la serpiente del emblema del cuerpo de sanitarios. Tenía los ojos llenos de tierra, y me los tuve que restregar con la palma de la mano antes de poder entender que aquel era un trozo del uniforme de mi compañero. La lluvia de bombas arreciaba, y yo me protegía la cara, los dientes me castañeaban, escupía la tierra que me entraba en la boca, y pensaba en las pocas posibilidades que había de que volviera a caer un obús en el mismo sitio, y eso me hacía sentir seguro, por muy ilógico que pueda parecer. Veía correr a los soldados, y a muchos de ellos estallar en pedazos, como si fuesen globos llenos de sangre que explotaban al ser alcanzados por un punzón misterioso, mientras yo en aquel agujero me sentía seguro, convencido de que aquel lugar ya había recibido su obús, y que por tanto estaba en un buen refugio. Recordé la frase inglesa *Every bullet has its billet* y pensé que cada palmo de tierra de aquel campo de batalla tenía su obús y que no podía volver a caer en el mismo lugar. Que la estadística jugaba a mi favor.

Entonces se lanzó a mi lado un soldado, con galones de sargento mayor. Mientras se cogía el casco con las manos, gritó:

—¡Esto se está poniendo jodidamente imposible!

Era una manera de decirlo, sin duda. Me apremió a salir pitando de allí, y se me dirigió como teniente. También había visto mis galones. Un medicucho acoquinado, paralizado por el miedo. Cogió algo que brillaba levemente y lo escrutó, antes de entender que era un trozo de dedo con un anillo de Totenkopf. Entonces comprendí que era todo lo que quedaba de Peter, que literalmente se había desintegrado, y que estábamos sobre sus restos. El sargento me agarró de la guerrera y de un estirón me levantó, y los dos comenzamos a correr, y con nosotros otros soldados, como si hubieran descubierto en nuestra carrera algún tipo de señal reveladora.

Nos refugiamos tras un parapeto, formado por restos de alguna construcción con unos sacos de tierra. El sargento dijo:

—¡Escuchad! ¡Los rusos han cogido nuestro armamento! ¡Están disparándonos con nuestras armas!

¿Era eso o era fuego cruzado? ¿Dónde estaba el frente? ¿Quién disparaba contra quién? Volvimos a salir a campo abierto. La confusión era absoluta, y nos protegimos tras un margen, algo que

hizo que los otros soldados nos imitaran. El sargento se presentó:

—¡Soy el sargento Mandel! ¡Ahora estamos todos bajo sus órdenes, teniente!

Contesté que teníamos que romper el cerco y dirigirnos hacia el oeste. El sargento Mandel se mostró de acuerdo y animó a los hombres, parapetados como podían:

—*Kameraden!* Hemos de lanzarnos contra los rojos, es la única manera de no caer prisioneros… ¡Tras ellos, están nuestros hombres! ¡Si lo conseguimos pasaremos el verano con nuestras novias! ¡Y si no, nos vemos en el Valhalla!

Había alrededor de veinte hombres, de diferentes rangos. Yo fui el primero en salir, empuñando mi pistola Luger, sintiéndome como el corneta de Rilke, llevando el estandarte de mi división, de la valerosa guarnición de la As de Picas. Corrimos y nos lanzamos al suelo. Gateando un buen trecho conseguimos llegar muy cerca de la línea rusa. Tras ella se hallaban nuestras tropas. Nos habían rodeado, pero aún teníamos esperanzas. Nos lanzamos contra ellos, y de inmediato vi caer un hombre a mi lado, herido de muerte por un disparo que provenía de unos arbustos. Cogí su fusil y disparé contra el francotirador, como también otros hombres que me acompañaban. Me lancé a la carga chillando, con el fusil con la bayoneta calada, y oí a los soldados seguirme, también profiriendo gritos de ánimo, como fieras enloquecidas, entre ellos el sargento Mandel, que hacía aspavientos de avanzad, avanzad, con el brazo. Y entonces, en aquel remolino algo irreal, sentí cómo me atacaban por la espalda con un cuchillo, milagrosamente detuve el golpe, y me resbalé, arrastrando conmigo al ruso, un mongol que me lanzó su aliento, y que forcejaba para clavarme su machete, pero vencí la fuerza de su brazo y le mordí en la cara con toda mi rabia, sintiendo su carne áspera y amarga, y cuando se lanzaba de nuevo contra mí con redoblado ardor, el sargento Mandel lo detuvo finalmente de un culatazo, reventándole el cráneo. El sargento me sonrió un momento, como diciéndome con la mirada, adelante, camarada, saldremos de esta, y corrió hacia otro ruso que cosió a bayonetazos, luchando con una valentía que me insufló nuevos ánimos. Me sentí capaz de resistir hasta la última gota de sangre. Aquello era lo que quería el Führer, que nos entregásemos con aquel coraje, aquella lucha cuerpo a cuerpo, de puños y dientes, sin reparar en las

consecuencias, éramos unos nuevos Sigfridos reclamando nuestra cuota de gloria, unos valientes que los poetas cantarían algún día. En aquel momento, no pensé en la irreparabilidad de las heridas que estaba causando al enemigo, ni menos aún que aquella gente tenía familia, muchos de ellos esposas e hijos, como yo; en aquel momento se apoderó de mí un instinto indefinible de matar, una sed insaciable de venganza, ya no me guiaba el instinto de supervivencia, sino una fuerza mucho más poderosa y devastadora, un impulso nuevo de destrucción y crueldad. Nunca podemos imaginar, ni remotamente, el nivel de violencia que somos capaces de generar si nos vemos en peligro, en una situación desesperada: cómo se activa en nosotros un sustrato ignoto y violentísimo, de una feroz dureza, que tiene por objetivo primordial salvaguardar nuestra supervivencia. Me sorprendió a mí mismo, y puedo decir que gracias a aquel arrebato de coraje ahora estoy vivo y puedo contarlo todo. Llevamos muy dentro de nosotros nuestra naturaleza más primigenia: la cultura es un barniz, una capa de pintura muy fina que nos protege y nos modula como seres pacíficos, pero cuando esta desaparece aflora el primate más indomable, que se defiende con uñas y dientes hasta las últimas consecuencias, sin mirar atrás. Del ciudadano responsable queda muy poco: el soldado se ha despojado de todo dogma moral y mata sin remordimientos, animado por sus camaradas, por sus superiores, por sus conciudadanos y por el conjunto de su patria. No digo que en algunos casos excepcionales no puedan aflorar conflictos morales, casi siempre *a posteriori*; pero en el fragor de la guerra la fuerza explosiva que activa nuestros músculos es la misma de nuestros orígenes, cuando caminábamos por la sabana africana con el anhelo de conquistar un trozo de tierra. Y aquello lo descubrí plenamente aquel día: estaba dispuesto a todo.

Seguí corriendo, gritando enfurecido, con el máuser en las manos, acompañado por mis nuevos hombres. Entonces vi volar por los aires a un soldado que estaba a mi lado, alcanzado por una granada. Casi simultáneamente, sentí un golpe muy fuerte en el hombro, y caí de bruces, mientras el resto seguía en su carrera rabiosa y desesperada. Un fuerte dolor me atenazó el cuerpo y me inmovilizó momentáneamente. Pensé de nuevo que cada bala tiene su destino y que aquella me estaba reservada. Y lamenté no haberme quedado

escondido en mi agujero. Con grandes dificultades me giré, para poder respirar mejor, y vi pasar las nubes rápidamente, oía los gritos inarticulados de los soldados, los disparos, el fragor del combate, el paso de la aviación rusa que surcaba el cielo en formación, el ruido sordo y lejano de los tanques, de una columna plateada de
T
-34,
que venía seguida por algunos
IS
-2,
que rugían de una manera especial. ¿Dónde estaban nuestros Panzers? En aquel momento una mariposa negra con puntitos blancos se posó en mi frente y comenzó a beber mi sudor, mezclado con sangre. ¿Aquello era real? Cerré los ojos, llevaba días sin dormir. Notaba la mariposa volar y posarse por mi cara. La sentí libar de mis lagrimales, quizá descubría un elixir irresistible, un cóctel de miedo y valor. ¿O era una señal? ¿Un presagio de la muerte? ¿Estaba tan grave? Quería abrir los ojos y saber qué tipo de mariposa había atraído, si era real o ficticia, si era fruto de mi delirio o un juego macabro de la naturaleza. Pero no tenía fuerzas para más. De pronto pensé que no era una mariposa, sino mi grajo, desaparecido al inicio del bombardeo, y que me estaba acariciando, quitándome la sangre y el barro de la cara con su pico fino y seguro. Por fin, emocionado ante aquella posibilidad, conseguí abrir los ojos: ¡oh, sí, era una mariposa! Intenté capturarla suavemente con los dedos y alzó el vuelo hacia un cielo de nácar plagado de aviones. Ojalá pudiera yo también volar. Y perdí la conciencia.

Me despertaron unas voces. ¿Cuánto tiempo había transcurrido? Me inspeccioné la herida y no parecía tan grave, más bien era superficial. Pero seguía sangrando y no podía mover casi el brazo izquierdo, lo sentía abotargado. Me incorporé con dificultades y caminé tambaleándome durante un trecho. Vi una mata de milenrama: cogí unos tallos y los mastiqué, hasta crear una especie de emplasto. Decían que aquella era la planta que Aquiles utilizaba para restañar las heridas más sangrientas de sus soldados, y me apliqué unas hojas en forma de cataplasma sobre la zona afectada. Me arranqué los galones y los enterré. Las voces sonaban cada vez

más cerca y parecían rusas. Si caía prisionero tenía que pasar por soldado, no por oficial, por muy sanitario que fuese. No me podía arriesgar. Puede que aún tuviese alguna oportunidad de atravesar la línea enemiga y unirme a mi división, o a lo que quedara de ella. Ni rastro del sargento Mandel ni de los hombres que nos acompañaban. Recordé cómo nos habíamos lanzado valerosamente contra el enemigo en una carga heroica. Aquello me hizo sentir bien; aquella descarga de valor extremo, a un paso del suicidio. El heroísmo es un hecho biológicamente extraño, porque pone la vida en riesgo, a menudo sin haber asegurado la descendencia; por tanto, debe de existir alguna base profunda que lo sustente y que sea adaptativa. Si existen los héroes es porque son buenos para la especie. O por alguna razón inasequible.

Oí voces y me tiré al suelo. Empecé a arrastrarme, reptando poco a poco: tenía que seguir la ruta de las aves migratorias, hacia el suroeste, pero como si fuera un lagarto. El hombro me dolía horrores. La noche estaba a punto de caer y empecé a buscar un refugio. Atardecía cuando encontré una especie de pajar, hecho con cañas de maíz y gavillas de trigo, y me colé adentro. Me sentí seguro, al resguardo de la guerra. Si finalmente conseguía regresar con los míos sería un éxito, un acto heroico y notable. Pensé en mi padre, que acababa de cumplir noventa años, y en lo orgulloso que se sentiría de mí.

Pensar en mi padre me reconfortó. Tenía una fe ciega en el Führer, creía en él, en Él. Era una especie de creencia sobrenatural, de carácter religioso, como si fuera una nueva reencarnación del Mesías. Un mesías no judío, claro está. Pero un nuevo redentor, que tenía unos poderes sobrenaturales, enviado por la providencia. Puede que fuese cierto, que nada estuviese perdido, y que pronto se pusiese en uso alguna arma secreta. Había escuchado decir a un soldado que el Führer quería que el enemigo se adentrase en territorio alemán para allí acorralarlo y destruirlo, que sería una ratonera para los rusos, que los haríamos papilla y no habría compasión. En definitiva, todo aquello que estábamos sufriendo, todas aquellas muertes, entraban dentro de una enrevesada y brillante estrategia militar, que haría aún más grande la victoria final del Führer. Todo iba contra aquel pensamiento, pero ¿quién podía asegurar que no fuese así? Se nos había presentado a Hitler

como la mano de Dios, en misión religiosa, venido a librar el mundo de los *subhumanos*. ¿Y cómo explicar si no todas sus victorias? No era una cuestión de entender, sino de creer. Y me venció de nuevo un sueño profundo.

Me despertaron voces de soldados. Iban con linternas buscando supervivientes. Clavaron las bayonetas en la paja y por poco me alcanzan. Uno de ellos cargaba un lanzallamas e iba escudriñando y destruyendo posibles escondrijos. Me escabullí por el otro lado del pajar; por suerte, no me descubrieron, y comencé a caminar a ciegas, teniendo como único referente la estrella polar. El canto de un búho real me sobresaltó, a mí, a un naturalista que conocía todos los ruidos del bosque. Sonreí y retomé el paso en la oscuridad cerrada de la noche. Al apuntar el día empezaron a retumbar los cañones y me dirigí hacia ellos: si los rusos disparaban su artillería, al otro extremo estaban por fuerza los míos. Y eché a correr, hacia donde sonaban las descargas. Mientras avanzaba no tuve miedo, ni ningún mal presentimiento. Solo me espoleaba la posibilidad de cruzar la línea enemiga. Por primera vez en aquella guerra sentía que todo dependía de mí, de mis actos y de mi inteligencia. Sentía la adrenalina de la guerra, el valor de la contienda, el peso de la estrategia. ¡Puede que no fuese tan mal soldado! Crucé los refugios de la artillería arrastrándome como un reptil. Los cañones habían dejado de disparar, pero se oían tiros a cada lado. Tuve la suerte de llegar a un campo de maíz, y así me fue más fácil seguir hacia la dirección de donde provenían los disparos, protegido por la altura de las cañas. Me quedaba una zona descampada para alcanzar las posiciones alemanas: inicié una carrera desesperada, campo a través, haciendo eses, y gritando:

—¡No disparen! ¡Sanitario alemán! ¡No disparen!

Los disparos cesaron, y corrí tanto como pude, esperanzado, sintiendo ya la libertad y la gloria. Me veía como un héroe, como el valeroso personaje de Rilke. Puede que el último hombre de la As de Picas.

Pero entre los arbustos no aparecieron uniformes alemanes, sino rusos. No entendía nada. ¡Se estaban disparando entre ellos! Comencé a correr en dirección contraria, hacia donde antes *a priori* estaban los rusos. Me dieron el alto y dispararon a mis pies, y no tuve más remedio que detenerme y levantar las manos. Los rusos se

aproximaron poco a poco, por si se trataba de alguna treta, encañonándome, gritando muy alto, y me inspeccionaron. Uno de ellos me dijo, en un alemán precario:

—¿Por qué dices primero no disparéis, y después, cuando nos ves, echas a correr, *durak*?

Durak, después lo supe, significa loco. Les expliqué que se estaban disparando entre ellos, en un fuego cruzado, que por allí solo había soldados rusos, que no quedaban soldados alemanes. Se miraron, muy sorprendidos por mis palabras. Yo les pregunté que dónde estaban los míos. Tampoco lo sabían. Dijeron que por allí, señalando los campos por donde yo había venido. Pero les aseguré que no, que allí solo había rusos. Y comenzaron a reír. La vida produce extrañas situaciones que, de escribirlas un novelista, parecerían en exceso rebuscadas. Pero fue exactamente así como ocurrió, comandante. Aquello no tenía ninguna lógica y fui hecho prisionero debido a un error del enemigo. Al menos aquellos rusos no parecía que pensasen matarme.

Me trasladaron a un campo de prisioneros, y allí un capitán me interrogó, en un buen alemán. Le dije que era médico, pero que en realidad mi vocación era la biología y la filosofía. El capitán, que llevaba unas gafitas redonditas que a duras penas le cubrían los ojos, me dijo, posando sobre mí su mirada de miope:

—*Inter arma silent musae*.

Ya puede imaginar, comandante, el impresionante efecto que causaron sobre mí estas palabras latinas. El fragor de las armas acalla las musas. Muy cierto. Aquel era un oficial leído, que quizá me podría ayudar. Pero la esperanza duró muy poco:

—Hasta 1933, admiré su cultura, en especial, la ciencia. Pero a partir de aquel año todo evolucionó de golpe hacia una sociedad brutal.

Finalmente, contesté:

—Los científicos alemanes somos apolíticos. No nos interesan estas cuestiones, tan solo la ciencia.

—¡Los científicos alemanes sois como la reencarnación del personaje de Fausto! ¡Como él, habéis vendido el alma al diablo!

Me sumé a la cola de prisioneros. Entre ellos estaba el sargento Mandel.

—¡Hemos luchado al ciento cincuenta por ciento! No se nos

puede reprochar nada —me dijo, para animarme.

Y guiñándome un ojo, añadió:

—El Führer activará pronto el arma milagrosa y los bolcheviques se cagarán encima.

Y bajando el tono de voz, para evitar ser oído por los centinelas:

—Dicen que estas armas serán conducidas por japoneses. ¡Y que ya tienen reclutados a más de cien mil kamikazes para esta última acción! Porque después de eso, se rendirán.

Dos guardas ucranianos me golpearon en los riñones con la culata del fusil, mientras decían *bremze! bremze!* (rápido, en ucraniano). Nos habíamos puesto en marcha, hacia nuestro cautiverio, bajo un sol abrasador. Un grupo de soldados, con detectores de minas, iban peinando el camino delante de nosotros. Comenzamos a avanzar lentamente por el margen de la carretera, con numerosos vehículos alemanes abandonados, destrozados por la aviación enemiga, un camino encharcado que en muchos lugares era un lodazal. La columna de prisioneros se perdía en el horizonte: habían capturado a miles y miles de nosotros. El ambiente apestaba a fuego y destrucción, y a carne humana; los restos de los soldados muertos, despedazados, comidos por los cuervos y urracas, se pudrían al sol del verano. Allí desaparecerían para siempre. Lo único que nos consolaba era la llegada del arma secreta; un arma que borraría para siempre de la tierra a nuestro enemigo. Y vengaría, de una manera temible e inmisericorde, a los queridos compañeros caídos en la batalla. Creíamos firmemente en eso. Nadie podía pensar que aquello era el fin de nuestro mundo.

25

El desfile

¿Adónde nos llevaban? Nadie lo sabía. Los guardias encolerizados nos gritaban para que aviváramos el paso. *Bremze, bremze!* Los hombres, cabizbajos y reventados, avanzaban lentamente, arrastrando los pies. Caminamos cerca de veinte días, hasta llegar a las puertas de Moscú. Los malheridos y más débiles fueron ejecutados por los soldados, que iban a caballo, de un tiro o reventándoles la cabeza con la culata del fusil. Hubo una verdadera selección natural de los más aptos. Y yo, para bien o para mal, fui uno de estos últimos. ¿Qué hacíamos en Moscú? ¿Cuál era nuestro destino? ¿Qué pensaban hacer con nosotros? En las afueras de la capital rusa, en el hipódromo y sus alrededores, habían medio habilitado una zona para nosotros, la vista se perdía en una infinitud de soldados. Un sinfín de cuerpos, de humanidad, de uniformes desgarrados, sucios, sangrientos. Yo mismo llevaba el mío lleno de sangre.

El 17 de julio, de buena mañana, nos dijeron que nos preparásemos, que íbamos a desfilar por la ciudad, antes de tomar el tren que nos llevaría a nuestro destino final. El Führer había proclamado al inicio de la Operación Barbarroja que pronto sus soldados desfilarían por Moscú. Y es cierto que a punto estuvimos de hacerlo. Pero habíamos fracasado, y ahora Stalin quería mostrar al mundo cómo desfilábamos vencidos y miserables a sus pies. Tan pronto como se supo, hubo un alboroto general, una sorpresa entre cómica e incrédula, una sensación de desagrado y perplejidad. Los guardas ucranianos y los soldados rusos se aplicaron a fondo y reprimieron duramente a todos aquellos que se negaron a levantarse e iniciar el paso. Todo estaba preparado para el gran espectáculo. Nos iban a pasear por las calles de Moscú como un botín de guerra. Cincuenta y siete mil soldados: separados en dos grandes grupos,

uno de cuarenta mil y el otro de unos diecisiete mil, para ocupar así toda la capital rusa.

Abrió la marcha del primer grupo el general Pavel Artemyev, a caballo, marcando solemnemente el paso, en una escenografía que recordaba las gestas de los generales romanos ante el César, que en este caso no era otro que Iósif Stalin. A Artemyev, que me pareció un hombre pequeño y astuto, con gesto agradable, lo seguían los diecinueve generales capturados, entre ellos Alfons Hitter, comandante de mi división As de Picas, con su rostro elegante y serio. Lo vi situarse en el centro del grupo, junto con el estirado general Fritz Gollwitzer, a cargo de la defensa de la plaza fuerte de Vitebsk, y que a pesar de ser una especie de Gneisenau había acabado levantando los brazos a los rusos. Seguro que el Führer lo consideraría un traidor por haberse rendido. Poco a poco, cada uno de los oficiales ocupó su lugar en la cabecera, con la solemnidad propia de aquel nutrido grupo de «hojas de roble»: el general Vicenz Müller, nervioso, con sus gafitas redondas y su cara barbilampiña; el general mayor Adolf Hamman, que descendió de un automóvil, inquieto y amarillo como un muerto, posiblemente después de declarar ante las autoridades militares rusas sobre sus acciones represivas sobre los civiles de Bryansk y Bobruisk; el general mayor Günther Klammt, con su cara de zorro; el general de infantería Paul Völckers, que lucía orgulloso su cruz de hierro en el cuello y vestía su uniforme militar de manera impecable, como acabado de planchar; el general mayor Joachim Engel, delgado y serio, mirando aquí y allá; el general mayor Alexander Conrady, que también lucía su cruz de hierro y otras condecoraciones; el general Rudolf Bamler, comandante de la División 121 de Infantería, que se mantenía un poco aislado del resto, y del cual ya se rumoreaba que había desertado y se había pasado de bando para salvar la vida; el general Gustav Gihr, con su bigotito hitleriano y su mirada dura y agresiva; el general Walter Heyne, quizá el alto oficial de más edad de todos los capturados, con los cabellos blancos y las cejas gruesas, también muy blancas, caminando pesadamente; el general Edmund Hoffmeister, que se mostraba muy crítico con las órdenes dadas por Hitler y lo acusaba directamente de la catástrofe militar; el general Eberhard von Kurowski, de mirada severa, capturado en Vitebsk; el general Kurt-Jürgen Freiherr von Lützow, comandante de la

XXXV Armeekorps; el general mayor Herbert Michaelis, comandante de la División 95 de Infantería, un hombre altivo, a pesar de su pequeña estatura; el general mayor Claus Müller-Bülow, también capturado en Vitebsk; el general Willifrank Ochsner, capturado en la plaza fuerte de Mogilev; el general mayor Aurel Schmidt, robusto y orgulloso; el general Friedrich-Carl von Steinkeller, también capturado en Mogilev; y el general Hans Traut, con las gafas rotas y el cabello despeinado, también caído en la ratonera de Vitebsk. De los cuarenta y siete generales de la Wehrmacht que habían combatido como comandantes de cuerpos o de divisiones en el frente oriental, los rusos habían capturado a casi la mitad. Y podrían haber sido más si el general Karl Zutavern, a cargo de una división de Panzers en la zona de Brosbuick, no se hubiera suicidado volándose de un tiro la tapa de los sesos ante su inminente captura por parte de los rojos: la invasión lo había sorprendido de vacaciones y se trasladó urgentemente al frente, sin imaginar que caía en una trampa mortal.

Tras el grupo de generales, comenzaron a desfilar, en formación, los restos de cada división. Entre ellos iban mil oficiales. El silencio era denso, mayúsculo, casi sepulcral: solo se oía el lento avanzar de nuestras botas, y la población nos miraba, nos inspeccionaba, nunca nos había visto tan de cerca, y estaba impresionada y azorada. Una mujer mayor exclamó, en la avenida de Leningrado: «¡Dios mío! ¡Si son como nuestros hijos!», otros nos señalaban a sus niños, que nos miraban con los ojos desorbitados. Las madres protegían a sus hijos en sus brazos, como quien teme el ataque de una bestia feroz. Los aliados no se acababan de creer la enorme derrota que habían sufrido las tropas del Führer, y Stalin quiso mostrar al mundo, de una manera muy cinematográfica, aquella extraordinaria victoria. Y nosotros avanzábamos en silencio por las calles de Moscú, en una inmensa *marcha de los vencidos*, puede que como no haya habido ninguna otra en la historia de la humanidad. El jefe de policía había anunciado por radio que a las once de la mañana se cerraría el centro de la ciudad, para llevar bajo custodia a los 57 600 soldados y oficiales del Tercer Reich capturados en Bielorrusia hasta la estación del tren. Y la convocatoria había surtido su efecto: la gente llenaba las aceras de las calles, se amontonaba en los balcones de las casas, trepaba a las farolas, a los techos de los tranvías, a

cualquier punto del mobiliario urbano desde donde se pudiera ganar una poco de perspectiva. Y nos contemplaba pasar en silencio, respetuosamente, marcando el paso, con la cabeza bien recta y la mirada perdida, custodiados por soldados armados con fusiles con la bayoneta calada y oficiales condecorados a caballo, sable en mano. Un silencio imponente, y que de alguna manera mostraba la incredulidad ante aquella cosa tan monstruosa que es la guerra, con todos aquellos miles y miles de hombres prisioneros, casi sesenta mil personas, cada uno de ellos con su vida, con su familia, con sus seres queridos, y totalmente perdidos en aquel bucle melancólico y laberíntico de sus vidas. Y puede que por eso, por primera vez, miles de rusos miraban el paso de miles de alemanes, en silencio, o hablando en voz baja, con curiosidad y temor, con tristeza y desolación, con un sorprendente respeto, como quien tiene la certeza de que está presenciando un momento histórico, transcendental en el destino de Occidente. Puedo decir que no vi ni una chispa de odio en los ojos de aquella gente, puede que tan solo una intensa melancolía, y entonces, ya casi al final del desfile, cuando llegábamos a la plaza de Maiakovski, sentí una gran sensación de vacío y una imperiosa necesidad de llorar. Aquellas personas eran *como nuestros padres*, eran *como nuestros hijos*, eran *como nosotros*. Seres humanos llenos de dudas y sentimientos. Hice de tripas corazón, pisé fuerte, mientras el sargento Mandel caminaba a mi lado como ausente, el mentón alzado y la mirada sin expresión. Tras la cola del desfile, unos camiones con bombas de agua iban baldeando la calzada, en una nueva imagen metafórica de nuestra amarga, increíble y humillante derrota. Como borrando para siempre el rastro de nuestra mefítica presencia.

El resto ya lo conoce, comandante. Llegué al campo de Kirov en tren, después de un viaje largo y agotador, donde murieron muchos compañeros míos. Nuestras vidas no valían nada, y durante días no nos dieron nada de comer, y casi nada de beber. Los muertos fueron enterrados en una gran fosa común, junto a la estación, muy cerca de las vías. Atrás, muy lejos ya, quedaban mis aspiraciones universitarias, mis ideas científicas, mi mundo de la historia natural y mi estudio pionero sobre la psique de los animales. Ahora pertenecía a un nuevo colectivo, al de los prisioneros de guerra y debía adaptarme lo más rápidamente posible a la nueva situación si

quería sobrevivir.

En estas páginas, he sido lo más fiel y sincero que he podido, relatando los episodios principales de mi vida de nacionalsocialista y analizándolos desde la óptica reveladora de la revolución bolchevique. Estos últimos años me han abierto los ojos sobre muchas circunstancias de la especie humana, que desconocía por completo y que han sido, en muchos sentidos, profundamente reveladoras. Por tanto, con estas líneas creo que he completado con éxito mi proceso de desnazificación. Puedo asegurar que soy un hombre nuevo. Un hombre distinto. Y, sobre todo, un hombre arrepentido de sus actos. Y en base a eso confío recuperar, tan pronto como sea posible, mi libertad.

26

El premio

Soy el único nazi premio Nobel.

Y el único premio Nobel que haya participado en un genocidio.

Esta última afirmación se podría matizar un poco, sin duda. Evidentemente, no estuve a cargo de un campo de exterminio, ni disparé a los judíos o presos políticos, ni tan solo delaté a nadie. Al menos conscientemente. Pero cumplí con mi trabajo, y lo hice al principio con entusiasmo, completamente integrado en la filosofía del nazismo, y de una manera irrevocable. Asimismo, mis ideas y artículos científicos sirvieron para consolidar y aguzar la limpieza étnica, y, sin que pueda decir que fueron un elemento clave, sí que es indudable que ayudaron al complejo entretejido de la doctrina del holocausto. Fui uno de sus ideólogos más puros.

El Premio Nobel de Medicina me fue otorgado, a principios de los años setenta, por mis novedosas investigaciones sobre el comportamiento animal: fue una sorpresa, pero debo decir que entonces ya era un autor bastante popular en mi país, por mis obras sobre la naturaleza. Por tanto, el reconocimiento provocó que mis libros se tradujesen y se vendiesen como rosquillas, y yo me enriquecí, yo y mis afortunados editores, naturalmente. Este premio también originó numerosas entrevistas, que intenté llevar lo mejor posible. Era bastante fácil contentar a los periodistas: tenía unas ocas amaestradas, y estas me seguían por el jardín de la casa creyendo que yo era su madre, allá donde fuese. Eso ya llenaba la entrevista de anécdotas jugosas y dejaba también al fotógrafo satisfecho, con unas instantáneas de lo más pintorescas en el jardín. Es natural que aquel idioma secreto de los animales deslumbrara incluso al periodista más sagaz y puntilloso. A fin de cuentas, yo era un científico laureado, un divulgador célebre, y allí se había ido para hablar de ciencia, de naturaleza, de la destrucción del

Danubio, del peligro de extinción del oso panda, de la odiosa energía nuclear o de mi estimada ciencia sobre el comportamiento animal. Las preguntas más personales tenían poca cabida, y aparentemente tampoco había mucho que contar. Como digo, aparentemente. De la misma manera que durante el nazismo me procuré una máscara para que las tropelías de mis amigos de las SS no me afectasen demasiado, a partir del Nobel me procuré otra completamente distinta, aunque más acorde con mis intereses: la de defensor y gran abanderado de la naturaleza.

A ojos de los periodistas, yo formaba parte de una familia tradicional austríaca, con la peculiaridad de vivir rodeado por mis animales. De mi mujer siempre decía que había sido la esposa más bondadosa del mundo, que me esperó durante los casi cuatro largos años de cautiverio a manos de los rusos, y que jamás aceptó darme por muerto. Cuando después de tanto tiempo la reencontré, al principio reconocí su imagen y su voz sin casi variaciones, pero, poco después, se mostró conspicuamente a mis ojos la transformación operada durante aquel período de sufrimiento: los rasgos alterados, la figura deteriorada, el tiempo de vida perdido con ella para siempre. Sin embargo, me había esperado, había creído en mi supervivencia, se negó a darme por muerto, como contaba al periodista con la voz tomada, emocionada, dándole a entender que fueron años de grandes sufrimientos y renuncias. También decía que su recuerdo me ayudó a superar aquel tiempo en los campos de concentración soviéticos, donde me alimenté, y en eso insistía mucho para remarcar la maldad de los rusos, de insectos y arañas, hasta hacérseme una *cara de liebre*, y entonces contraía los labios y chupaba las mejillas, para que el periodista visualizase mi sufrimiento. Por tanto, a ojos de la prensa éramos una familia normal: mi esposa, culta y leída, y mis tres hijos, también dignos continuadores de mi pensamiento. Una familia austríaca más, que ahora vivía en el campo, como tantas otras, en la cual el paterfamilias era un destacado científico, además de un importante y reconocido activista ecologista. Si durante el nazismo, yo propugnaba que el hombre del norte no puede vivir entre los muros de una gran ciudad, que lo privan de perspectiva, ahora esta misma idea la divulgaba desde el ecologismo. Y nadie sospechaba nada.

Por eso, cuando con motivo del Premio Nobel se puso la lupa sobre mi pasado me temí lo peor. Y, no obstante, ¡qué pigricia la de los periodistas! ¡Que falta de ambición intelectual la de todos aquellos reporteros que acudieron a mi casa! ¡Cómo los supe conducir hacia donde yo quería, cómo esquivé las preguntas más conflictivas y cómo se conformaron con la más elemental superficie de las cosas! Pero también es comprensible: los que venían de lejos se tenían que enfrentar a la dificultad de la lengua y a un país extranjero; y los que eran compatriotas tampoco querían saber demasiado, no fuera a ocurrir que el premio Nobel les diera un disgusto. El primer ministro alemán Konrad Adenauer había advertido, justo acabada la guerra, que durante un tiempo sería inevitable hacer uso del agua sucia. Por tanto, mejor no rascar mucho, no fuera que bajo la máscara se ocultara el monstruo, y el agua, más que sucia, fuese infecta. Mi inglés es bastante bueno, antes de la guerra había pasado medio año en Harvard, pero tengo un fuerte acento germánico, que no solo no oculto, sino que me va la mar de bien en algunas ocasiones comprometidas. Cuando el periodista extranjero se adentraba en algún terreno incómodo lo acentuaba, y la cosa no iba más lejos. Pero, evidentemente, la pregunta era inevitable, y había que enfrentarse a ella: ¿qué hice durante la guerra? Mi respuesta siempre fue la misma, tan clara como sencilla: serví como doctor en el frente oriental y caí prisionero en junio de 1944, junto con miles de compatriotas. A partir de aquel momento se inició un calvario que se alargó casi cuatro años, y si lo pude superar fue gracias a mi profesión de médico.

Sorprendentemente, esta respuesta parecía suficiente para el periodista, tanto para el que venía a realizar una interviú en profundidad como para el despistado de la cadena de televisión inglesa o norteamericana. Yo era un médico doctor, poco implicado en la guerra, que se arriesgó para salvar la vida de sus compatriotas, sin duda forzado por su responsabilidad como austríaco y por su juramento hipocrático. Incluso parecía natural, a los ojos no solo del periodista, sino también del lector, o cuando se trataba de una entrevista para la televisión, del telespectador. Y, además, mi posible error, si es que existía, había sido largamente purgado durante aquellos años de reclusión en los campos de concentración

soviéticos. Los malvados rusos, que aún acobardaban al mundo, y más en aquellos días de finales de la guerra fría, no despertaban ninguna simpatía. Y el tema no iba mucho más lejos. En alguna ocasión, el periodista, o incluso el investigador que preparaba sobre mí un estudio biográfico, me preguntaba si no me había resultado desagradable la política del nacionalsocialismo. Y, entonces, yo replicaba lo siguiente, sin salirme ni un milímetro del guion:

—Sin duda pequé de ingenuo. No descubrí la maldad de los nazis hasta que conocí los campos de concentración de judíos en Polonia.

Con eso había suficiente. ¿Qué hacía yo en Polonia? ¿Cuándo estuve allí? ¿Antes del frente ruso? ¿Y cuál fue mi cometido? Nunca me hicieron estas preguntas y, evidentemente, si me las hubieran hecho, habría intentado escabullirme de la mejor manera posible. El periodista seguramente pensaría que había visto los campos camino del frente ruso, o algo así. Que, como tantos otros compatriotas, no había estado suficientemente atento, pero que eso no me hacía culpable de nada. Se tenía que aceptar el agua sucia, hasta que se aclarase un poco, como decía Adenauer.

Tan solo en una ocasión, me sentí incómodo, y no fue con un periodista, sino con el cazador de nazis Simon Wiesenthal, que me exigió públicamente que me retractara de mis ideas durante el nazismo. Este requerimiento despertó durante unos días a los periodistas, tanto los de *Der Spiegel* como los del *Newsweek*. Después de mucho insistir los periodistas de este último medio, acabé confesando: «Lo lamento… Ahora tengo un concepto totalmente diferente de los nazis». Esta respuesta motivó que otro periodista se preguntase, más bien de manera retórica, si yo era un nazi, pero su artículo no tuvo ningún eco. La respuesta era, evidentemente, afirmativa. Tenían razón. Yo era un nazi. Y, en última instancia, lo vuelvo a repetir, soy el único premio Nobel nazi.

He aquí una confesión en toda regla, que nace después de un largo debate conmigo mismo. Y que, en resumidas cuentas, es el que ha originado este libro. El debate, evidentemente, no gira en torno a si yo era un nazi, pues ya he reconocido que lo era, si no sobre la necesidad de confesarlo ahora, de manera pública y explícita, después de tantos años. Sobre la necesidad de dar salida y

publicidad a estas memorias, y de enfrentarme a las posibles consecuencias, entre ellas, por supuesto, la justa retirada del Premio Nobel, y de muchas otras distinciones que lo acompañaron seguidamente. A veces, tengo la sensación de que he vivido varias vidas y de que *aquel yo era otro*. Un otro descerebrado, irreflexivo, con una ambición desbordada. Un oportunista algo cínico y demagogo. Y, sin embargo, *aquel yo soy yo*, y de todo he crecido y aprendido, todo ha conformado mi persona, y no puedo escapar a ella. Quiero decir que de todo he aprendido, todo forma parte de mí y de mi pensamiento, y todo me ha ayudado a conseguir el Nobel. Si les soy totalmente sincero, aún hoy soy partidario de la eugenesia, de la aniquilación programada de los individuos menos aptos y de evitar a toda costa la posibilidad de que se puedan reproducir. Sería fácil engañaros, maquillar mi pasado, disimular mis ideas, pero no puedo ni debo. Ni tampoco me importa demasiado. Y mientras escribo estas páginas me asalta la duda de si seré capaz de publicarlas. Si no me detendré antes, si osaré hacer público todo lo que sucedió y por qué soy culpable, tan culpable.

Pienso ahora en Wiesenthal, el más famoso cazanazis, que descubrió a Adolf Eichmann en Argentina, responsable de la deportación en masa de miles de judíos. Pienso en él, y pienso que Wiesenthal vivió sus últimos años en Viena, muy cerca de donde yo residía entonces. Vuelvo a pensar en Adolf Eichmann: tenía una cara fina, unos ojos azul intensos y una sonrisa amable. Tocaba bien el violín, y a pesar de no haber acabado sus estudios, no era un estúpido. Pero aun así aseguran que afirmaba que descansaría feliz en su tumba, porque haber causado la muerte de cinco millones de judíos era para él un motivo de extraordinaria satisfacción. Ciertamente, muy pocos pueden afirmar que han exterminado a cinco millones de personas. Y no solo judíos: también diez mil gitanos, dicho sea de paso.

Debo confesar que eliminé de mi currículum académico las publicaciones más conflictivas de aquellos años. Oculté tan bien como pude mi tiempo en Königsberg y mi actividad con las
SS
en Posen. Yo había sido un científico que se había beneficiado del nazismo, ¿pero cuántos más lo habían hecho? ¿Cuántos más habían obtenido durante aquellos años turbulentos un beneficio capital

para sus carreras? Destruí todos los indicios de mi colaboración con Rudolf Hippius y de mi actividad en el hospital psiquiátrico, que había originado tantos consejos de guerra sumarísimos con las ejecuciones consiguientes. No quería que se me relacionara de ninguna manera con aquellos locos y desertores. Rudolf Hippius había muerto en la horca en Theresienstadt (hoy más conocido como Terezín), un campo de concentración a sesenta kilómetros de Praga: lo mandó ejecutar a finales de octubre de 1945 el comandante del campo, Stanislav Franc, imbuido por un fuerte instinto de venganza, ya que había estado cautivo de los nazis desde 1944 y tras la liberación se tomó la justicia por su mano. Imagino que Hippius no pudo ocultar a tiempo su militancia en las
SS
y su participación en la Fundación Reinhard Heydrich y en la selección de checos y polacos. Al final, no tuvo tanta suerte como yo y lo pagó muy caro, con la vida. Tan solo tenía cuarenta años.

Creí, pues, conveniente desvincularme tanto como fuera posible de sus estudios. Tuve la fortuna, además, de no haber firmado aquel trabajo con él, y a pesar de aparecer en los agradecimientos como miembro del equipo, confiaba que nadie se percataría. O que cuando algún erudito lo divulgara, ya estuviera libre de todo peligro. Y así ha sido hasta ahora: nadie ha descubierto mi participación en aquellos estudios, que él lideraba, pero donde yo era, de alguna manera, el padre intelectual. También quemé en la chimenea mi carnet del partido
NSDAP
y todos los documentos y cartas comprometedoras que me pudieran relacionar directamente con el nazismo. Y, como digo, minimicé tanto como pude mi período en Königsberg, a pesar de que haber ocupado la cátedra de Kant durante un año y medio me llenaba de gozo y orgullo. Una satisfacción que no he sentido en ningún otro momento de mi vida, ni tan solo cuando me llamaron de la academia de Oslo. Pero ¿cómo justificar la obtención de aquella cátedra sin apenas currículum? ¿Y qué pintaba un psiquiatra en una cátedra de Filosofía? La cátedra de Kant…

Cuando en diciembre del año 1947, pocos días antes de Navidad, regresé a Viena, conocí la muerte de mi padre, acaecida unos pocos meses antes. Aquello me entristeció mucho, pero de alguna manera

también me sirvió para pasar página. Casi fue un alivio. Después de mi confinamiento ruso, yo, ciertamente, era otro hombre. Mi mujer me contó que se extinguió poco a poco, pero que siempre se mantuvo firme en su compromiso nacionalsocialista. Entré en su dormitorio con una sensación extraña, su rostro se me difuminaba en el recuerdo. Sobre la mesita de noche tenía el libro *Paideia: los ideales de la cultura griega*, de Jaeger. El profesor Jaeger se tuvo que exiliar a Estados Unidos, en 1936, por haber contraído matrimonio con una mujer judía y sentir peligrar sus vidas. Era raro que mi padre lo estuviera leyendo cuando murió. Lo abrí por donde estaba el punto de lectura y vi una frase subrayada: «Pero la educación de Isócrates estaba pensada para servir a todo el pueblo; intentó persuadir a sus ciudadanos de llevar adelante acciones que los hicieran felices y que librasen a los griegos de sus problemas». Posiblemente aquello era lo último que mi padre había leído, y aquella frase era como si me estuviera aguardando para regalarme un último pensamiento. Sentí una fuerte congoja, porque seguro que mi padre la había marcado pensando en nuestros dirigentes, y en cómo habían conducido a sus ciudadanos hacia la catástrofe colectiva, y en cómo, además, nos habían hecho culpables, profundamente culpables, por habernos dejado arrastrar tan fácilmente de aquella manera, por haber creído en aquella espiral de destrucción y de odio, de superioridad y dogmatismo. Nos habían hecho profundamente infelices. Y quise creer que hasta mi padre había evolucionado y entendido el gran e irreparable error que fueron aquellos años. Mi mujer se aproximó en silencio y dio una ojeada al libro y a la frase subrayada. Y me dijo, con un tono de voz contenido:

—Pasó en esta habitación los cuatro años de tu cautiverio, sin salir prácticamente. A su edad, todo eran achaques. Permaneció solo la mayor parte del tiempo. Tu padre decía que a partir de ahora lo único que podríamos leer serían los clásicos… Libros que tuviesen más de doscientos años y que no estuviesen contaminados.

Ahora bien, ¿con aquellos años de reclusión, tan duros y desesperados, pagué por mis posibles crímenes? Esta es la pregunta que aún me angustia. En el campo de Kirov pasé un año y medio; en un campo de Armenia, un año y unos meses, y después aún fui trasladado al campo de Kranosgorsk, donde pasé otro año. En estos

dos campos la vida fue mucho más fácil que en Kirov: llegué recomendado y, en seguida, me pusieron a ejercer de médico, librándome de los peligros del campo y dejándome escribir mis ideas sobre el comportamiento animal, lo que era un gran privilegio. Sin duda, la carta de recomendación del comandante de Kirov, donde certificaba mi desnazificación y mi comportamiento ejemplar, fue muy efectiva, y me recibieron con corrección y, de inmediato, me asignaron un puesto de responsabilidad y fuera de cualquier peligro. Pero, finalmente, ¿aquellos casi cuatro años que pasé privado de libertad purgaban mis pecados?

Al poco de regresar de mi cautiverio ruso, recibí una carta de Kurt Stavenhagen, que acompañaba un libro suyo titulado *Kant y Königsberg*, acabado de publicar. Solícito y amable, me decía que celebraba mi liberación y que esperaba que mi incorporación a la academia fuera inmediata, como había sido en su caso. Y me explicaba los avatares de sus últimos meses de guerra:

> Yo tuve mejor suerte, amigo mío. Como sabes, me quedé en Posen y me enrolé en la Volkssturm. ¡Con sesenta y un años cogí por primera vez un fusil! Tan solo éramos viejos y críos, y unos pocos soldados mal armados, esperando la llegada del alud rojo. En lugar de ir vestidos de uniforme llevábamos nuestra ropa de civiles y nuestro sombrero de fieltro, como si en vez de ir a la guerra nos dirigiésemos a la oficina (eso sí, con una ametralladora al hombro y una munición de balas colgando del cuello). ¡A mí incluso me enseñaron el manejo del arma antitanque Panzerfaust! No es necesario decir que los rusos pasaron por encima de nosotros como una apisonadora. Hitler había designado Posen como fortaleza, y eso nos obligaba a resistir hasta el último hombre: la destrucción fue inconmensurable, la ciudad quedó medio destruida y se perdieron tesoros muy valiosos, como la biblioteca Raczyński. No sé cómo conseguí salvar la vida. Y cómo no fui apresado por los rusos. No tuvo tanta suerte el rector Carsten, que murió de un disparo en la cabeza y lo enterraron en una fosa común en el parque del castillo. Lo acababan de ascender a Oberführer y murió como un héroe: como Teia, el último rey ostrogodo, sin capitular. Mi proceso de desnazificación fue rápido, por no pertenecer al partido y porque oculté mi colaboración con Rudolf Hippius y las SS

> . Y pronto me reintegré en la Universidad de Gotinga. No tenía nada de qué arrepentirme. Como tampoco lo tienes tú, amigo mío. Como sostiene Ernst Jünger, todo cuanto hicimos estaba en el espíritu de nuestro tiempo.

«Todo cuanto hicimos estaba en el espíritu de nuestro tiempo». Me sorprendió que el rebelde Stavenhagen diese por resuelta tan fácilmente nuestra responsabilidad de aquellos años. La idea no era nueva, el término había sido acuñado años antes por Georg F. Hegel, con el nombre de *Zeitgeist*, y hacía referencia a una fuerza invisible que domina y configura tu época: una atmósfera cultural que impregna todo tu tiempo gracias sobre todo a la creación de conocimiento racional y dejando a un lado las creencias y tradiciones. Así había evolucionado, por ejemplo, el progreso moral y tantas conquistas de la condición humana, como la abolición de la esclavitud, la democracia, la libertad de expresión… Con mucha habilidad, Ernst Jünger se lo había apropiado de una manera que lo eximía, a él y al nazismo, prácticamente de la responsabilidad de sus actos.

Esta también era la opinión de mi amigo el exrector Fritz Knoll, que después de la guerra fue despedido de la Universidad de Viena, debido a su militancia nazi y a sus acciones antisemitas. Un despido que a los pocos meses se convirtió en una jubilación, con una pensión más que digna y su readmisión en la Academia de Ciencias, donde ejerció importantes cargos directivos, que le reportaron numerosos premios y condecoraciones, como, por ejemplo, la cruz de honor de la Ciencia de Austria. También se reintegró plenamente a la actividad universitaria Hans Beyer (que recuperó su nombre anterior de Joachim) e impartió clases de didáctica de la historia a los alumnos de Magisterio de la Universidad de Flensburg, donde llegó a ser director del departamento y publicó varios libros de pedagogía con el prestigioso editor Moritz Diesterweg. El Hauptsturmführer Beyer, involucrado en tantos actos genocidas en Polonia, y miembro directivo de la Fundación Reinhard Heydrich de Praga, dedicó el resto de su vida a explicar la historia a los futuros maestros alemanes. Beyer también sostenía que todas sus acciones estaban en *el espíritu de su tiempo*, y que, en última instancia, era inocente porque no había hecho más que seguir las órdenes dadas.

Pero puede que el caso más significativo fuera el del doctor Hermann Voss, exdecano de la Facultad de Medicina de Posen, que acabada la guerra regresó a la Universidad de Jena, y en 1948 publicó su famoso manual *Anatomischer Anzeiger*, del que se hicieron numerosas ediciones y traducciones, que lo enriquecieron a él y a los suyos, y que aún es un libro de referencia obligada en los estudios de medicina. Un trabajo donde buena parte de las ilustraciones son de aquellos cuerpos ajusticiados, muchos de ellos guillotinados, por la Gestapo. A veces, aún sueño con ellos, en especial con la cabeza de aquella partisana, y me la imagino en alguna de sus láminas anatómicas, coloreada y designando a la perfección todos los músculos de su cara horrorizada.

27

Agua sucia

Poco después de que me concedieran el Nobel, el exrector Fritz Knoll me llamó para hablar conmigo un rato, y nos reunimos en el patio claustrado del edificio de la universidad, donde habían dispuesto unas tumbonas para que los estudiantes pudieran sentarse y relacionarse. Aquello hacía que el ambiente fuera muy animado, con todos aquellos jóvenes, llenos de energía y de ganas de vivir. Nosotros nos sentamos en unos bancos de piedra del claustro, rodeados de estudiantes ociosos y risueños, algunos de los cuales vinieron a saludarme y a pedirme un autógrafo. A pesar de sus noventa años, Knoll seguía tan atildado como siempre, con su corbata de lacito, y con sus ojos vivos e inquietos. Después de algunos prolegómenos, a los que era tan aficionado, me desveló el motivo de aquel encuentro:

—La Academia de Ciencias me quiere rendir un homenaje, y me haría muy feliz si aceptaras decir algunas palabras. Además de si quisieras impartir una conferencia.

Aquello me pilló por sorpresa. ¿Cómo me podía negar, sin resultar violento? Me miró intensamente:

—De aquellos científicos, a los que yo promocioné, eres quien más lejos ha llegado.

Sabía qué quería decir, con eso «de aquellos científicos». Knoll musitó, por si acaso:

—El Nobel… Y estoy muy orgulloso. ¡Muy orgulloso!

Hice un gesto de aprobación con la cabeza. Era así. ¿Mi participación en aquel acto me podía comprometer de alguna manera? Pensé que no: Knoll era un científico respetado y muy querido. Hasta el extremo de querer homenajearlo con motivo de su aniversario nonagenario. Como también lo era mi vieja amiga Hildegard Hetzer, que tras la guerra había seguido con su actividad

académica, a pesar de su fuerte vinculación con las SS, la política del Reichsführer Himmler y la selección de niños de las Lebensborn. De aquello ya nadie se acordaba, o no se quería acordar. El tiempo había enterrado todas aquellas acciones, y últimamente también le estaban dedicando emocionantes homenajes en la Universidad de Viena, a los que yo había asistido igualmente, con todo lo que eso comportaba de legitimación de los actos de la doctora. Incluso, le habían concedido un doctorado *honoris causa* en la Universidad de Marburgo, del que se sentía muy orgullosa. Entonces, no sé por qué, pensé en Beutelspacher. Como edafólogo, estaba seguro de que mi viejo amigo Knoll lo conocería.

—Tengo buen trato con él —contestó de inmediato—. Trabaja ahora en un Instituto de Investigación de Bioquímica, en Brunswick. Ha escrito algunos libros de texto sobre edafología que son de consulta obligada para los especialistas en esta disciplina… En concreto, es una autoridad en espectrografía.

Le comenté lo mucho que me gustaría poder hablar un rato con él. Knoll me miró, una de aquellas miradas suyas escrutadoras. Pero, ahora, era yo quien tenía todo el poder.

—Si quieres, lo podría invitar al homenaje —me dijo, sin querer saber más—. Seguro que se sentiría muy honrado.

Le contesté que me parecía una buena idea. Que hacía tiempo que deseaba verlo. Fritz Knoll me dijo que lo diese por hecho, y que para que no se pudiera negar, añadió, incluso lo animaría a impartir una conferencia en la academia. Con eso, evidentemente, quería cerciorarse no tanto de que Beutelspacher aceptara, sino de que yo no me echara atrás. Y participara en el homenaje y validara con mi testimonio su actividad científica. Encendí mi pipa y empecé a fumar. ¿Por qué me tendría que echar atrás? No encontraba ninguna razón de peso en contra.

A aquel acto de homenaje al exrector Knoll vino lo más granado y representativo de la sociedad de Viena. Se celebró en la suntuosa sala de conferencias de la academia, pintada al fresco de manera impresionante, donde el mismo Ludwig van Beethoven había estrenado alguna de sus sinfonías inmortales. Todo el acto rebosaba transcendencia y distinción. Mi discurso duró unos veinte minutos.

Ensalcé las investigaciones de Knoll sobre la polinización de las plantas por las mariposas, su actitud pionera como ecólogo en la Universidad de Viena, así como que en los remotos años treinta fue de los pocos que respaldó mis investigaciones sobre el comportamiento animal. La sombra del nazismo estaba muy presente, pero nadie se sintió incómodo ni mucho menos aludido. Hasta el extremo de que acabé reconociéndolo como uno de mis maestros más preclaros, de los más venerables, lo que produjo una gran ovación, un aplauso, entusiasta y muy emotivo. ¡Ved aquí a un premio Nobel reconociendo la figura del nazi Fritz Knoll, y con él a toda la ciencia austríaca! ¡Ved aquí cómo legitimaba yo su figura y cómo a nadie en absoluto parecían importarle todos aquellos judíos y comunistas que había perseguido y erradicado de manera implacable de la universidad y centros de investigación austríacos, muchos de los cuales habían muerto gaseados en los campos de exterminio! ¡Ved aquí cómo yo respaldaba la figura de alguien que no era nada ajeno a las medidas de purga que culminarían con la muerte de cincuenta mil judíos austríacos! Todo aquello manifestaba una falta de sensibilidad moral que rozaba lo más inhumano. Una amnesia colectiva estremecedora. ¿Y por qué lo hice? ¿Por qué acepté formar parte de aquel escarnio? Puede que porque era lo que la élite de la sociedad austríaca, allí reunida, esperaba de mí. Y porque, a fin de cuentas, yo era uno de ellos.

Acabado el acto, se sirvió un ágape muy exquisito y elegante, donde Knoll fue de nuevo felicitado por muchos de los asistentes. Los camareros, vestidos de etiqueta, pasaban con bebidas y canapés, y todos reían y comían, y brindaban entre ellos. Yo me mantenía sentado un poco apartado, fumando mi pipa, y participando con una sonrisa amable del éxito del viejo amigo. Entonces, Hans Beutelspacher se acercó a saludarme. El Nobel me había hecho tan popular, y con tanto poder, que no había científico que no quisiera conversar conmigo. Cuando lo vi llegar, me levanté y le di un afectuoso apretón de manos.

—¿Ve como tenía razón? ¿Y que todos hemos regresado a nuestras ocupaciones? —me dijo reteniendo mi mano y sacudiéndola, riendo abiertamente, mostrando sus dientes de gorila—. ¡Lo que no imaginaba es que además ganaría el Nobel!

Le pregunté cómo había sobrevivido los últimos meses de la

guerra.

—Seguí con el general Gotthard Heinrici hasta el último momento… Cuando le dieron el mando de la defensa de Berlín, me reclamó desde el frente oriental, para ayudarlo, en caso de que fuese necesario. Creo que Heinrici también se merece un gran homenaje. Era un general de la vieja guardia, serio, nada presumido. Un excelente soldado. Iba siempre con su abrigo forrado de borreguito, muy lejos de la prosopopeya lujosa de otros generales…

Se rio de nuevo y en seguida continuó.

—¡Si por él hubiera sido las cosas habrían transcurrido de manera muy diferente! ¡No le quepa la menor duda! Fui capturado en Berlín, donde luché con viejos y adolescentes, entre estos, jovencitas de la
BDM
, que después fueron violadas en grupo por los rojos. Pero me arranqué las insignias y pasé por soldado. Y hablar ruso me resultó muy útil para sobrevivir.

Le dije que, en cambio, yo había pasado cerca de cuatro años prisionero de los rusos. Beutelspacher movió la cabeza afirmativamente. ¿Qué sabía él de mí? ¿Hasta qué punto era consciente de mi implicación con el nazismo?

—¡Fueron años difíciles! —comentó él, un poco por decir algo.

¿A cuántos hombres y mujeres habría matado Beutelspacher? ¿A cuántos partisanos y partisanas debía de haber colgado? Y ahora estábamos allí hablando sobre aquellos años tan despreocupadamente. Entonces, cogiéndolo del brazo y manteniendo la tensión, lo aparté del grupo y le confesé el motivo por el que deseaba verlo.

—Durante mi cautiverio en el campo de Kirov, conocí a una famosa francotiradora rusa. Dado que yo era médico, pude hablar en algunas ocasiones con ella, y me explicó los motivos por los que abandonó sus estudios de historia, en concreto una tesis doctoral sobre Bogdán Jmelnytsky, y se enroló en la Academia Central de Mujeres Francotiradoras, en Podolsk…

Fumé de nuevo. Beutelspacher me miraba sin perderse un detalle de mi rostro, yo entrecerré los ojos, como si me molestase el humo. Aquel silencio me ayudó a preparar la frase siguiente, que

era inminente y que caería como un martillazo.

—La teniente me contó que quería vengar la muerte de su hermano, acusado de ser partisano. Y que quien lo ejecutó se llamaba como usted, Beutelspacher.

Me preguntó el nombre de la francotiradora.

—Sí, recuerdo al tal Kamensky. Era un joven con estudios. Un ucraniano prorruso —dijo finalmente.

Le miré como preguntando si podía contarme algo más. Beutelspacher respiró profundamente y después soltó un suspiro.

—Aquellos días habían decapitado a unos cuantos soldados nuestros, y necesitábamos encontrar alguna pista que nos llevara hasta los culpables. Hicimos una gran batida y capturamos a Kamensky y a muchos otros. Tuvo mala suerte.

Le pregunté si era culpable. Pero se encogió de hombros y solo dijo:

—¡Con lo que hay se juega, profesor! ¿O acaso no lo recuerda?

El exrector Knoll se aproximó, con una copa de champán en la mano, diciéndome con una sonrisa que era francés y estaba a seis grados, la temperatura ideal. Golpeó la copa de champán con una cucharilla para reclamar la atención de todos los invitados. Y alzando la copa brindó, con solemnidad, por la ciencia austríaca, por tantos años de éxitos y descubrimientos. A pesar de sus noventa años, seguía teniendo una enorme presencia personal.

28

El espíritu del tiempo

Unos pocos meses después del acto del rector Knoll, la Academia Rusa de Ciencias me invitó a impartir una conferencia. Cuando me escribieron decliné en seguida la invitación, respondiendo amablemente que había pasado en Rusia casi cuatro años de mi vida, y que con eso ya había tenido suficiente. La respuesta era irónica, pero sin rencor, mostrando sencillamente que no tenía demasiadas ganas de revisitar aquellos paisajes, ni de revivir algunas escenas grabadas en lo más hondo e íntimo de mi corazón. Una carta así habría sido suficiente para hacer desistir a cualquier institución, y confiaba en no tener que dar más explicaciones. Al fin y al cabo, ¿qué se me había perdido en Rusia? Y menos aún en Moscú, donde la última vez que había estado fue durante aquella humillante marcha de la derrota. Sin embargo, el secretario de la academia volvió al poco a la carga, con toda clase de argumentos, desde los científicos a los más sociales: necesitaban una voz como la mía, prestigiosa pero que fuera aperturista, neutral y que al mismo tiempo conociese el carácter ruso. Y que parloteara un poco su lengua. Aquello me hizo dudar. ¿Hablaba ruso? Recuerdo aquellos días paseando por la orilla del Danubio, y ensayando mi ruso, que salía de mi interior a borbotones, como un manantial, como un río de experiencias y emociones. ¿Por qué decidí ir? Decidí ir porque, en el fondo, sentía que tenía una deuda con aquel pueblo y, en general, con todos los eslavos. Decidí ir porque, de alguna manera, quería cerrar un episodio aún abierto de mi vida, que se había reactivado de una manera muy intensa después de la conversación con Beutelspacher.

Curiosamente, aquella visita mía fue muy silenciada por la prensa internacional. Se vio como si yo legitimara al régimen comunista, que en aquellos días estaba ya en sus finales. Pero, en

cualquier caso, no tenía que dar explicaciones a nadie: una vez te han concedido el Nobel, eres totalmente libre de tus actos, estás legitimado para hacer lo que te venga en gana.

Leí mi discurso en ruso, que previamente me habían traducido del alemán los especialistas de la academia. Lo titulé *Sobre la naturaleza humana* y giró en torno de la ciencia de la etología, y de cuán necesaria era para poder valorar y estudiar convenientemente el comportamiento humano. La guerra estaba muy presente en la mente de todos, pero yo al principio me resistía a evocarla. Hasta que quise alertar de un peligro inherente a nuestra naturaleza.

—Cualquiera de nosotros puede ser víctima de lo que el escritor Ernst Jünger denominó el espíritu del tiempo, siguiendo una idea primigenia de Hegel. Ciertamente, a menudo la ola de la historia es demasiado poderosa para poder oponerse de una manera eficaz. Pero eso, en contra de lo que sugiere Jünger, no nos exime de las consecuencias de nuestros actos particulares. Somos víctimas, a menudo a causa de nuestra arrogancia, o porque nos creemos intocables y autosuficientes, y por eso mismo somos presa fácil. Nunca se está suficientemente alerta con el espíritu del tiempo, nunca se utiliza de más la razón en contra del dogmatismo ideológico, en contra de la imposición intelectual, venga esta de donde venga. Nunca el esfuerzo es suficiente si no mantenemos los sentidos y la mente crítica bien viva y alerta. Hay que tener las ideas claras y al mismo tiempo la humildad de no quererlas imponer, hay que acceder a la sabiduría desde el escepticismo y la modestia, desde la prudencia y el riesgo a equivocarse. Porque hay en nuestra naturaleza biológica un pronto, un impulso innato que nos aleja de la razón y de nuestros deberes morales más elementales. Y que en cambio nos acerca a la selva más pretérita, al fanatismo tribal, a la violencia desatada del grupo, a aquel pasado de sangre y terror del que todos procedemos.

Me detuve un momento y bebí un sorbo de agua. La sala estaba a rebosar, y cuando había hablado de dogmatismo ideológico había escuchado un leve murmullo. Proseguí, después de aclararme un poco la voz:

—Pero al mismo tiempo también hay en nosotros un arrebato espontáneo y maravilloso que nos conduce a la parte contraria, al amor hacia el prójimo. Nadie puede negar que en nuestra

naturaleza, en la más íntima y resguardada, también habita el amor, la compasión, el gesto altruista y la empatía por la desgracia ajena. Por tanto, la naturaleza humana es el fruto extraño y prodigioso del constante embate de estas dos fuerzas tan poderosas, y tan arraigadas dentro de nosotros: como una mar brava contra una costa accidentada, la pulsión es constante e inmisericorde. Está, pues, en nosotros que la luz se imponga sobre las tinieblas. Y no ceder nunca un palmo a la mar embravecida. A la mar oscura y salvaje.

Entonces, no quise esquivar las bases biológicas de la agresividad humana, y que estas eran un peligro para nuestra supervivencia.

—¿Es mucho esperar que el temor a una inminente autodestrucción pueda producir un efecto moderador y enseñarnos a conocernos mejor? —preguntaba retóricamente.

Volví a insistir en que la violencia y el egoísmo estaban en nuestro bagaje biológico, y que resultaba muy complicado combatirlos. Que era muy difícil amar a todos los hermanos humanos, sin distinción de raza o religión, porque es innato en nosotros el temor a la diferencia. No obstante, amar al prójimo debería ser un mandamiento incuestionable.

—Además, este mandamiento no es nuevo, y nuestro raciocinio comprende bien cuán necesario es. ¡Y no solo lo comprende, sino que reconoce su belleza! ¡Amar a todo ser humano! ¡Luchar por él y defenderlo! Pero, a veces, por la manera en que estamos hechos, no podemos siempre obedecerlo… Sin embargo, los grandes artífices mundiales sí que pueden. Ellos tienen este poder y esta responsabilidad. Y yo creo que lo harán, porque creo sinceramente en el poder de la razón humana.

Este final optimista produjo aplausos contenidos. A algunos de los asistentes no les gustó mi visión tan declaradamente darwinista, que dejaba inermes a las clases sociales más desfavorecidas. A otros les pareció que daba demasiada importancia a la biología para explicar la agresividad humana, y que esta era más causa de la educación que de los genes. A otros sencillamente les incomodó que un alemán, por muy premio Nobel que fuera, les hablase de concordia y paz.

Cuando acabé se acercó de inmediato un oficial ruso en la

reserva, caminando con dificultad, y con la cara enrojecida. Apestaba a vodka, y los ojos, menudos, medio ocultos por las pestañas y aquellas mejillas gruesas, lucían con fuerza.

No lo reconocí.

—¡Adolfovich!

Aquella manera de llamarme fue el detonante de una auténtica explosión de emociones y de recuerdos. El comandante del campo de concentración de Kirov me miraba divertido con sus ojos pequeños, vivos como luciérnagas. Nos dimos un buen apretón de manos, sin disimular la emoción. Sin duda, era al último que me esperaba encontrar allí.

—¡Mi enhorabuena! —dijo en alemán, alargando las sílabas de *enhorabuena*, a su peculiar manera.

Hice un gesto con la cabeza. ¿Qué podía decirle? Solo se me ocurrió aludir a los muchos años transcurridos desde la última vez.

—¡Sí, pero veo que los ha aprovechado muy bien!

Se produjo un silencio. Ninguno de los dos sabía cómo proseguir. A fin de cuentas, era un reencuentro entre el preso y su carcelero. El comandante afirmó con la cabeza, para reforzar sus últimas palabras. Pero cuando iba a decir algo, me entregó un sobre grueso.

—Esto le pertenece, Adolfovich —me dijo, bajando la voz.

Saqué el contenido del paquete, un haz de hojas amarillentas, y reconocí mi letra, pequeña y apretada. Leí en la primera hoja el título, subrayado en rojo: «El hombre que hablaba con los animales». Y a continuación la primera frase: «Me afilié al partido nazi tan pronto como fue posible». Sentí la boca seca.

—¡Un discurso interesante! —comentó el comandante, quizá por decir algo. Y, en seguida, apostilló:

—Desgraciadamente, yo no creo tanto en el poder de la razón humana. ¡Y mucho menos en sus grandes artífices! En cuanto al espíritu del tiempo…

Volvió a sonreír y a mostrar sus dientes, que amarilleaban.

—Coincido con usted en que hay que estar muy alerta. A causa de él se cometen los grandes crímenes de la humanidad.

El secretario de la Academia de Ciencias Rusa me reclamó, había académicos que me querían saludar, y yo pedí unos minutos para poder hablar un poco más con aquel «viejo amigo». Pero el

secretario insistió en que lo acompañara. Le di la mano de nuevo al comandante y seguí al secretario para saludar a un nutrido grupo de académicos, todos condecorados con medallas rutilantes, que deseaban felicitarme. Algunos de ellos héroes de la guerra, que habían pasado por terribles penalidades. Miré al comandante, también solemnemente enmedallado, y seguí, con paso firme, sin vacilar. El grupo de académicos rusos me observaba desde la distancia, hablando entre ellos, pero al mismo tiempo esperándome ansiosos, todos deseaban decirme algo. Miré de nuevo al comandante, aún en estado de *shock* por el reencuentro tan inesperado: ahora me daba la espalda mientras leía algo que llevaba en las manos; puede que algunas notas que había tomado durante la conferencia. Entonces pensé en la escena final de *Fausto*, cuando va al cielo a pesar de haber perdido la apuesta con Mefistófeles, y los ángeles declaran gozosos: «A quien siempre se esfuerza con trabajo podemos rescatar y redimir…». El secretario me preguntó, extrañado, si todo iba bien, si deseaba algo, puede que un poco de agua… Contesté que no y apresuré el paso. Y en aquel momento decidí escribir este libro y contarlo todo. Puede que algún día yo también pueda redimirme de mis pecados.

Agradecimientos

Esta es una obra de ficción, basada en hechos reales. Para la documentación de esta novela, he contado con la colaboración de diversos historiadores, que me han aportado su visión científica de aquellos años tan complejos. Estoy en deuda especialmente con Klaus Taschwer, uno de los máximos especialistas del nazismo austríaco, por sus comentarios sobre la Universidad de Viena y la purga de científicos judíos; con Ute Deichmann, autora del libro *Biologists under Hitler*, por sus observaciones sobre los robos de niños en Polonia y la participación activa de los científicos alemanes; con Kamila Olińska por enviarme información y fotografías sobre el centro donde se llevaba a cabo la selección de niños polacos, en el corazón de la campiña de Polonia, y por acompañarme durante mi visita al centro de Bruczków; con Rafał Witkowski y Bogumił Rudawski, historiadores de la Universidad de Poznań y del Instytut Zachodni, respectivamente, por conseguirme bibliografía muy útil sobre la ocupación nazi de Polonia y resolverme algunas dudas sobre la ocupación de Poznań; con Igor Petrov y Oleg Beyda, estudiosos del nazismo en Rusia, por sus comentarios sobre la identidad de Hans Beutelspacher y de su trabajo como científico en la Universidad de Königsberg; con los historiadores bielorrusos Denis Yurchak y Anatoly Dulov por sus indicaciones bibliográficas sobre la batalla de Vitebsk, y con Nikolai Pivovar por su generosidad acompañándome a los lugares donde sucedieron los principales acontecimientos del frente bielorruso y resolviéndome numerosas dudas sobre los escenarios finales de la novela; con Veronica Bezdel, de la Universidad de Vitebsk, por su información sobre los niños bielorrusos robados a sus progenitores; con Peter Klopfer, por sus observaciones sobre el papel de los científicos bajo el nacionalsocialismo y su responsabilidad y culpabilidad; con Tania Munz, por sus comentarios sobre el papel de los científicos austríacos, en concreto los que trabajaban en el

Vivarium de Viena; con Egbert Klautke, por su información sobre Rudolf Hippius y el proceso de selección de niños; con Christian Tilitzki por sus indicaciones sobre Kurt Stavenhagen y la Universidad de Königsberg durante el período nazi; con Johannes Hürter, autor de *A german general on the Eastern Front. The letters and diaries of Gotthard Heinrici*, por su información sobre el frente de Rusia.

Finalmente, también quiero expresar mi agradecimiento a la residencia de escritores Ledig-House, en el estado de Nueva York, donde acabé de escribir esta novela, y a la Institución Ramon Llull por su respaldo y ayuda durante mi estancia en los Estados Unidos de América. Y, sobre todo, a mi mujer Tatiana y a mis hijas Aitana y Marta, que me acompañaron por media Europa, siguiendo los pasos de mis personajes. Sin ellas, me habría sentido muy solo.

Glosario

Anschluss: nombre con el que se conoce la anexión de Austria al Tercer Reich por el régimen nazi el 12 de marzo de 1938.

Assistenzarzt: oficial médico, equivalente a teniente.

Aufseherin: las *aufseherinnen* fueron las vigilantes femeninas de los campos de concentración alemanes.

BDM

: *Bund Deutscher Mädel* (en alemán, la liga de jóvenes alemanas) fue fundada en 1930 como la rama femenina de las Juventudes Hitlerianas (

HJ

) para chicas de entre diez y dieciocho años del partido nazi (

NSDAP

). Hasta que los nazis no llegaron al poder en 1933, esta organización no tuvo mayor relevancia, pero más tarde creció rápidamente, hasta que el ingreso se volvió obligatorio en 1936. Sus miembros tenían que ser ciudadanas alemanas, arias y libres de enfermedades hereditarias.

Brigadeführer: general de brigada.

Das Schwarze Korps: semanario oficial de las Schutzstaffel (

SS

). Se publicaba el miércoles y era gratuito.

Deutsches Haus: local de ocio en las ciudades conquistadas, de uso exclusivo para la población alemana, y lugar de propaganda del nazismo.

DFG

: *Deutsche Forschungsgemeinschaft*, principal organismo de financiación de la investigación alemana.

Dolchstoss: la leyenda de la puñalada por la espalda alude a la creencia, muy arraigada en el pueblo alemán durante el período de entreguerras, en que la derrota de la Primera Guerra Mundial fue debida a una traición de tipo interno, en la que habrían participado importantes oligarcas judíos y simpatizantes de izquierdas.

Endlösung: la Solución Final fue la planificación nazi para el exterminio de los judíos durante la Segunda Guerra Mundial.

Einsatzgruppen: en alemán, grupos de intervención. Nombre con el que se designa un conjunto de grupos paramilitares formados en la Alemania nazi dentro de las Schutzstaffel (SS), que seguían en la retaguardia a la Wehrmacht, primero en Polonia y después en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Su tarea principal era la aniquilación de los judíos, de los gitanos, de los homosexuales, de los comisarios políticos y de la intelectualidad local. Estaban bajo las órdenes de un Brigadeführer o de un Gruppenführer.

Einsatzkommando: cada *Einsatzgruppe* estaba constituido por diversos Einsatzkommandos, bajo las órdenes de un Obersturmbannführer o un Sturmbannführer.

Entartung: degeneración de un pueblo y de una sociedad, que se puede observar en la aparición de individuos anormales y también en el surgimiento de manifestaciones culturales aberrantes.

Entpolonisierung: proceso de despoblamiento y desjudización de Polonia en el marco de la colonización del Wartheland.

Fremdvölkische: literalmente, pueblos extranjeros, es un término nacionalsocialista que obligaba a la gente que no era alemana o no tenía antepasados alemanes a registrarse.

Führerprinzip: término alemán traducible como principio de autoridad, principio del cabecilla o principio de supremacía del cabecilla, caudillismo, obediencia absoluta. El filósofo

Hermann Graf Keyserling fue el primero en utilizar este término. Uno de los puntos centrales de Keyserling era que algunos de los individuos nacen para gobernar según un supuesto darwinismo social.

Generalplan Ost: el *Generalplan Ost* (
GPO
) fue un plan secreto nazi de genocidio y limpieza étnica, concebido para ser realizado en los territorios ocupados por Alemania en la Europa del Este durante la Segunda Guerra Mundial. El plan, preparado en los años
1939-1940,
era parte del mismo plan de Adolf Hitler de ampliar el Lebensraum alemán y la realización de la ideología del *Drang nach Osten* a favor de una expansión alemana hacia el este.

Gottgläubig: literalmente, Creyentes en Dios, fue un movimiento nazi de raíz religiosa que había abandonado de manera oficial la Iglesia cristiana, pero que mantenía la creencia en un poder superior o un creador divino.

Gruppenführer: teniente general.

Häftlinges: prisioneros judíos que participaban en los campos de concentración en labores de vigilancia.

Hauptsturmführer: teniente.

Heimat: palabra alemana que designa a la vez el país donde se ha nacido, el pueblo donde se ha crecido, pero también la casa donde se ha pasado la infancia o aquella que se considera como tu casa. Representa un concepto profundo sobre la identidad del individuo.

Herrenvolk: literalmente, raza maestra, fue un concepto clave de la ideología nazi.

Judenfrei: los términos *judenfrei* (en alemán, libre de judíos) y *judenrein* (limpio de judíos) designan un territorio que ha sido *limpiado* de judíos durante el Holocausto.

Kessel: en Stalingrado las tropas alemanas quedaron atrapadas en

una bolsa que llamaron *Kessel*, literalmente, caldero.

Kindererziehungslager: literalmente, campo para la educación de los niños, donde se enviaban a los niños y adolescentes raptados para su inspección y su posible regermanización.

Kradmelder: soldados motorizados utilizados por las fuerzas armadas y organizaciones de socorro como enlaces y exploradores.

KRIPO: la *Kriminalpolizei* o KriPo (en español, policía criminal) fue el organismo estatal que se encargó de las investigaciones criminales en la Alemania nazi. Estaba integrada en el RuSHA.

Lebensborn: las Lebensborn (literalmente, fuente de vida) fueron centros creados con el objetivo de dar la posibilidad a mujeres *racialmente puras* de parir en secreto y así aumentar la natalidad. Una vez nacido el bebé, existía la opción de entregarlo en adopción para que las
SS
se hiciesen cargo.

Lebensraum: el *Lebensraum* (en alemán, espacio vital) fue una teoría geopolítica ideada y desarrollada por los geógrafos Friedrich Ratzel
(1844-1904)
y Karl Haushofer
(1869-1946),
según la cual, la población de cualquier pueblo necesitaba asentarse y proyectarse en espacios que correspondían a áreas de civilización naturales.

Machtergreifung: Machtergreifung (en alemán, toma del poder) o *Machtübernahme* (en alemán, subida al poder) es la toma de poder gubernamental en el Imperio alemán por el partido nazi y sus aliados nacionalistas conservadores y la posterior conversión de la democracia existente de la República de Weimar al Tercer Reich de Adolf Hitler, en 1933.

Mischling: en alemán, sangre mezclada (mestizo). Fue un término utilizado por los nazis para denominar aquellos que tenían sangre de diferentes razas, y en especial de procedencia judía.

NKVD
: el Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos (Narodny Komissariat Vnutrennikh Del), abreviado
NKVD
, fue un servicio policíaco dependiente del Ministerio de Interior de la Unión Soviética.
NSDAP
: el Partido Nacionalsocialista Alemán de los Trabajadores, en alemán Nationalsozialistische Deutsche Arbeiterpartei, abreviado
NSDAP
, popularmente conocido como partido nazi, fue un partido político alemán que actuó entre 1919 y 1945. Era conocido como el Partido Obrero Alemán (
DAP
), antes de un cambio de nombre en 1920. La palabra nazi es una reducción de *Nationalsozialist*, por analogía con la palabra alemana *sozi*, para socialista.
NSV
: el *Nationalsozialistische Volkswohlfahrt* (
NSV
), que significa Bienestar del Pueblo Nacional Socialista, fue una organización dedicada al bienestar social del Tercer Reich.

Oberführer: Grado paramilitar de los primeros tiempos del partido nazi que data de 1921. Un Oberführer era típicamente un miembro del partido nazi a cargo de un grupo de unidades paramilitares en una región geográfica particular. Desde 1921 hasta 1925, el grado de Oberführer se utilizó como título honorífico en las Sturmabteilung, pero se convirtió en un rango real de las
SA
después de 1926.
Obergruppenführer: general.
Oberscharführer: sargento primero.
Obersturmführer: inicialmente era un rango paramilitar del

partido nazi de la Sturmabteilung (
SA
). Traducido como jefe superior de escuadrón de asalto, el rango se creó en 1932 como resultado de una expansión de la
SA
y la necesidad de una posición adicional al cuerpo de oficiales.

Orpo: la *Ordnungspolizei* (en alemán, policía de Orden), abreviado Orpo, fue un cuerpo paramilitar de la policía durante la Alemania nazi, entre 1936 y 1945.
OKH
: Cuartel General o Estado Mayor.

Parteikanzlei: el partido nazi, en 1941, cambió el nombre de la cancillería por el de *Parteikanzlei*, como órgano central de gobierno del
NSDAP
involucrado en todas las decisiones importantes en el partido y en el órgano estatal.

Rassenschande: es un término creado por los nazis para definir la violación del Artículo 2 de la Ley para la Protección de la Sangre y el Honor Alemán de 15 de septiembre de 1935 (una de las tres leyes conocidas como Leyes de Núremberg). Este artículo prohibía las relaciones sexuales extraconyugales entre judíos y alemanes. La traducción de *Rassenschande* sería vergüenza de la raza, infamia de la raza, profanación de la raza.

Reichsführer-
SS
: líder del imperio de las
SS
. Este término fue exclusivamente utilizado para denominar al jefe de las
SS
de la Alemania nazi.

-Fragebogen
RF

: ficha personal de los participantes en el programa Lebensborn, llevada de manera personal por el Reichsführer Himmler.

Rottenführer: cabo primero.

RuSHA: la Oficina Central de la Raza y del Asentamiento (*Rasse- und Siedlungshauptamt der, RuSHA*

SS

) fue la organización responsable de salvaguardar la pureza racial dentro de la Alemania nazi.

SA

: la *Sturmabteilung*, más conocida con la abreviatura

SA

, en castellano Sección de Asalto, fue una organización paramilitar del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (

NSDAP

) que desempeñó un papel muy importante en el ascenso al poder de Adolf Hitler en la década de 1930.

Sanitätsoffiziere: oficial de las fuerzas sanitarias.

Selbstschutz: en alemán, autoprotección. Grupos paramilitares formados por alemanes étnicos movilizados entre la minoría germánica en Polonia.

Sicherheitsdienst: el *Sicherheitsdienst* (Servicio de Seguridad,

SD

) era el servicio de inteligencia de las

SS

.

SS

: las *Schutzstaffel* (literalmente, escuadras de protección) fueron una organización militar, policial, política, penitenciaria y de seguridad al servicio de Adolf Hitler y del Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán (

NSDAP

) en la Alemania nazi, y después por toda la Europa ocupada por los alemanes durante la Segunda Guerra Mundial.

Stabsarzt: Stabsarzt (en forma corta StArzt o

SA
) significa, literalmente, cuerpo médico. Se trata de un alto cargo dentro de los oficiales del ejército de la Wehrmacht, equivalente a capitán.

Standartenführer: literalmente, líder de regimiento, fue un rango paramilitar del partido nazi que se utilizó en las
SA
y posteriormente tuvo carácter de rango militar en las
SS
.

Starshiná: sargento mayor del ejército ruso.

Sturmbannführer: era el título del jefe de un Sturmbann, uno de los rangos del partido nazi usado tanto en la *Sturmabteilung* (
SA
, unidad de asalto) como en la *Schutzstaffel* (
SS
, escuadra de protección).

Übermenschen: el *Übermensch* (en alemán, superhombre) es un concepto de superioridad racial extraído de la filosofía de Friedrich Nietzsche, en concreto de su libro *Así habló Zaratustra*, publicado en 1883.

Umsiedlung: en alemán, reasentamiento, hace referencia a los movimientos de población ocurridos especialmente durante la Segunda Guerra Mundial.

Umwandererzentralstelle: la labor de la *Umwandererzentralstelle* (
UWZ
), con sede en Poznań, fue la de coordinar la expulsión de los polacos, ucranianos y judíos del Wartheland.

Unerwünschte: indeseable. Atribuido a libros o a personas (puestas en listas y eliminadas por los comandos).

Untersturmführer: uno de los rangos del partido nazi usado tanto en la *Sturmabteilung* (
SA
) como en la *Schutzstaffel*. Su traducción podría ser: jefe subalterno de unidad de asalto.

Untermensch: los *Untermensch* (los *subhumanos*) es un término que se hizo habitual durante el período nazi, para describir a los no arios como un pueblo inferior. En concreto fue utilizado contra «las masas del este», especialmente contra polacos, serbios y rusos.

Unterarzt: término utilizado para designar a un enfermero cualificado, o un dentista, que trabaja en las fuerzas armadas alemanas. Ocupa un rango similar al de sargento.

Völkischer Beobachter: o
VB
(El Observador Popular) fue un semanario y más tarde un diario alemán
(1920-1945).
Era el diario oficial del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes (
NDSAP
), el partido nazi desde 1920.

Volksdeutsche: término utilizado durante el período del nacionalsocialismo para referirse a las comunidades alemanas asentadas fuera del Reich. Antes de eso era habitual llamarlos alemanes extranjeros.

Volkssturm: el *Volkssturm* (que se puede traducir como la Tormenta del pueblo) hace referencia a la milicia nacional alemana, creada en los últimos meses del Tercer Reich, bajo las órdenes de Joseph Goebbels. Todos los hombres entre los dieciséis y los sesenta años fueron llamados a filas e integrados en el plan de defensa del Reich contra el avance del Ejército Rojo en el este, y las tropas angloamericanas en el oeste y en el sur.

Volkstumpolitik: a principios de la década de 1930, el partido nazi inició una campaña de propaganda para divulgar su ideología en el extranjero, en especial en Estados Unidos.

Waffen-
SS
: las Waffen-

SS
(las
SS
armadas) eran el cuerpo de combate de élite de las *Schutzstaffel* (
SS
), dirigidas por el Reichsführer-
SS
Heinrich Himmler.

Wartheland: el Reichsgau de Wartheland, en un principio llamado Reichsgau de Posen (*Reichsgau Posen*), fue una división administrativa de la Alemania nazi, desde 1939 hasta 1945. Creada a partir del territorio polaco anexionado en 1939 al inicio de la Segunda Guerra Mundial. Comprendía la región de la Gran Polonia y las zonas adyacentes. Partes del Reichsgau coincidían con la antigua provincia prusiana de Posen. El nombre derivaba del principal río de la zona, el Warthe (en polaco, Warta).

Wehrbauer: Wehrbauer, o en plural *Wehrbauern*, es un término alemán utilizado por los colonos armados que vivían en las fronteras del Reich, que tenían por ocupación no solo las labores agrícolas o ganaderas, sino también la defensa de aquella línea fronteriza de cualquier posible invasión.

Weltanschauung: la cosmovisión (del alemán *welt*, mundo, y *anschauen*, observar) es el conjunto de opiniones y creencias que conforman la imagen o concepto general del mundo que tiene una persona, época o cultura, a partir del cual interpreta su naturaleza y todo aquello que existe. Es un concepto fundamental de la filosofía alemana, que tuvo un protagonismo capital durante el Tercer Reich.

Wochenschau: Die Deutsche Wochenschau (El Noticioso Semanal Alemán, una especie de NoDo) era el nombre para unificar los reportajes informativos que se proyectaban en los cines alemanes, durante la Segunda Guerra Mundial, antes de la función cinematográfica principal. Eran pura propaganda del régimen.

Wunderwaffe: en alemán, armas maravillosas o armas milagrosas.

Fue un término asignado durante la Segunda Guerra Mundial por el Ministerio de Propaganda de la Alemania nazi a unas superarmas revolucionarias, utilizadas por los alemanes.